



COLECCIÓN CONOCIMIENTO CONTEMPORÁNEO

THE STORY
PIONEER

**Historia de una pionera,
de Anna Howard Shaw.**

Traducción anotada y estudio crítico

- Javier Martín Párraga -



Dykinson, S.L.

HISTORIA DE UNA PIONERA, DE ANNA HOWARD SHAW.
TRADUCCIÓN ANOTADA Y ESTUDIO CRÍTICO



COLECCIÓN CONOCIMIENTO CONTEMPORÁNEO

HISTORIA DE UNA PIONERA,
DE ANNA HOWARD SHAW

TRADUCCIÓN ANOTADA Y ESTUDIO CRÍTICO

– Javier Martín Párraga –

Dykinson, S.L.

2023

HISTORIA DE UNA PIONERA, DE ANNA HOWARD SHAW.
TRADUCCIÓN ANOTADA Y ESTUDIO CRÍTICO

Este libro ha sido sometido a evaluación por pares académicos con el método de doble ciego, así como parte de nuestro Consejo Editorial. Para mayor información, véase www.dykinson/quienes_somos

Maquetación: Francisco Anaya Benítez
© de los textos: los autores
© de la presente edición: Dykinson S.L.
Madrid - 2023

N.º 165 de la colección Conocimiento Contemporáneo
1ª edición, 2023

ISBN: 978-84-1170-938-5

NOTA EDITORIAL: Los puntos de vista, opiniones y contenidos expresados en esta obra son de exclusiva responsabilidad de sus respectivos autores. Dichas posturas y contenidos no reflejan necesariamente los puntos de vista de Dykinson S.L, ni de los editores o coordinadores de la obra. Los autores asumen la responsabilidad total y absoluta de garantizar que todo el contenido que aportan a la obra es original, no ha sido plagiado y no infringe los derechos de autor de terceros. Es responsabilidad de los autores obtener los permisos adecuados para incluir material previamente publicado en otro lugar. Dykinson S.L no asume ninguna responsabilidad por posibles infracciones a los derechos de autor, actos de plagio u otras formas de responsabilidad relacionadas con los contenidos de la obra. En caso de disputas legales que surjan debido a dichas infracciones, los autores serán los únicos responsables.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
ANNA HOWARD SHAW Y LA IMPORTANCIA DEL RECUERDO	11
EL CAMINO HACIA EL SUFRAGIO FEMENINO EN ESTADOS UNIDOS	15
CAPÍTULO I. MIS PRIMEROS RECUERDOS	25
CAPÍTULO II. EN LOS BOSQUES.....	45
CAPÍTULO III. DÍAS DE INSTITUTO Y UNIVERSIDAD	65
CAPÍTULO IV. EL LOBO A LAS PUERTAS	87
CAPÍTULO V. PASTORA DE UN REBAÑO DIVIDIDO.....	107
CAPÍTULO VI. RECUERDOS DE CAPE COD.....	125
CAPÍTULO VII. MI GRAN CAUSA.....	137
CAPÍTULO VIII. DRAMA EN EL CAMPO DE LAS CONFERENCIAS	155
CAPÍTULO IX. “TÍA SUSAN”	169
CAPÍTULO X. LA MUERTE DE “TÍA SUSAN”	191
CAPÍTULO XI. EL LARGO CAMINO HACIA EL SUFRAGIO FEMENINO	207
CAPÍTULO XII. CONSTRUYENDO MI HOGAR.....	225
CAPÍTULO XIII. PRESIDENTA DE “LA NACIONAL”	243
CAPÍTULO XIV. CAMPAÑAS RECIENTES.....	255
CAPÍTULO XV. INCIDENTES EN LAS CONVENCIONES.....	263
CAPÍTULO XVI. RECUERDOS DEL CONSEJO	277
CAPÍTULO XVII. ¡VALE!	285

In memoriam Juan de Dios Torralbo Caballero

PRÓLOGO

La obra que tenemos el privilegio de prologar, *Historia de una pionera*, de Anna Howard Shaw, es un exquisito ejemplo de protagonismo femenino que, pese a la investigación realizada desde hace décadas, permanece ajeno al conocimiento general.

Desde el feminismo reivindicamos con tesón la genealogía de las mujeres, a aquellas que han sido pioneras y constituyen auténticos referentes no solo para nosotras sino para toda la sociedad. Biografías individuales e historias colectivas que demuestran cómo el pasado se ha escrito con un claro sesgo que deja fuera a las mujeres, a las personas humildes y a las minorías de cualquier tipo que no encajan en la norma establecida por una reducidísima elite. No obstante, la riqueza de este texto no radica únicamente en poner en valor la figura de Anna Howard Shaw y su legado, sino en que se recoge su propio testimonio y, de esta forma, no *se le da voz*: se erige en ejemplo de agencia a través de sus propias palabras.

Nos gustaría resaltar la rigurosa edición realizada por el profesor Martín Párraga, dado que la traducción del manuscrito original, en inglés, permite a lectoras y lectores hispanohablantes acceder por primera vez a esta obra. Además, las cuidadas explicaciones facilitan su comprensión y aclaran aspectos de la América del siglo XIX que resultan desconocidos para el gran público.

La obra sobresale por su estilo sencillo, didáctico, que favorece la comprensión de los hechos, mientras que sus reflexiones y emociones nos trasladan de forma empática a su época. La autora plasma en su escrito sonidos, texturas, emociones y miradas; en definitiva, pormenores que podrían pasar desapercibidos, pero que indican su capacidad de observación y habilidad para reparar en los detalles.

A lo largo de esta obra, se desarrolla un relato que resalta la esencia misma del movimiento sufragista en la época, no exento de dificultades y diferencias internas. No obstante, a pesar de estas divergencias, Anna Howard Shaw continúa brindándonos una valiosa lección muy actual.

En cada página de estas memorias, sin perder de vista el humor inteligente que caracteriza su escritura, la sororidad prevalece como el hilo conductor, manifestándose a través de su admiración y conexión con otras mujeres. Esta fuerza impulsora es responsable de los impresionantes logros alcanzados por el movimiento.

Junto a ello, una de las grandes aportaciones de Anna Howard Shaw es lo que hoy se denomina enfoque interseccional, pues aborda temáticas como el abolicionismo o debates filosóficos y teológicos, que, además, dan muestra de su extraordinaria formación. Igualmente, su compromiso y reivindicación de los derechos de las mujeres se manifiesta tanto de forma teórica y conceptual, como a través del ejemplo de su propia vida.

Finalizamos agradeciendo a Javier Martín Párraga el hecho de habernos puesto en contacto con Anna Howard Shaw y de confiar en nosotras para prologar esta magnífica obra. Más allá de su indudable valor en el ámbito académico, *Historia de una pionera* no se circunscribe a esta esfera, sino que es un ejemplo de cómo la investigación universitaria revierte en el conjunto de la sociedad, mediante la transferencia de conocimiento y el compromiso social de la institución y de las personas que la conforman.

Como indicábamos al inicio de esta contribución, la autora es una pionera en el sentido más amplio de la palabra, por su capacidad de agencia y por la defensa de los derechos humanos. En estas memorias no solo se encuentra un testimonio histórico del movimiento sufragista, sino también un llamado a la acción, a la dedicación desinteresada por ideales que trascienden el tiempo, una lección atemporal que reverbera a lo largo de las páginas que están por descubrirse en las memorias de Anna Howard Shaw. Confiamos en que se enriquezcan y disfruten con la lectura de su obra.

SARA PINZI

Vicerectora de Igualdad, Inclusión y Compromiso Social de la Universidad de Córdoba

SILVIA MEDINA QUINTANA

Directora de Igualdad de la Universidad de Córdoba

ANNA HOWARD SHAW Y LA IMPORTANCIA DEL RECUERDO

Anna Howard Shaw (1847-1919) fue sin lugar a dudas una mujer formidable. Como descubriremos en este volumen en sus propias palabras, en un momento histórico en el que un número ínfimo de mujeres norteamericanas lograban continuar su formación una vez terminados los estudios más elementales,¹ Howard Shaw logró no solo licenciarse en dos titulaciones diferentes (y tradicionalmente vetadas a las mujeres) sino también ordenarse pastora y doctorarse en Teología. Si sus méritos académicos y papel de auténtica pionera y referente para futuras generaciones de mujeres norteamericanas ya la hacen merecedora de nuestra atención, el destacado papel que jugó a nivel social como incansable luchadora por el sufragio femenino hacen que su narrativa se convierta no solo en una lectura fascinante sino también en una fuente de información histórica verdaderamente fundamental para conocer el movimiento sufragista norteamericano, al mismo tiempo que se convierte en una excepcional fuente primaria para descubrir la vida cotidiana del país a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

No nos extenderemos aquí a la hora de presentar a nuestra protagonista ni su fascinante trayectoria vital (que la llevó a recorrer tanto su país como muchos otros y a ser recibida por el Papa en audiencia en el Vaticano), puesto que creemos que debe ser la propia Anna Howard Shaw la que se encargue de esta tarea, que nos resulta tan valiosa a nivel académico como a nivel humano. Y es precisamente ese el motivo por el que nos decidimos a hacer frente a la compleja tarea de estudiar en profundidad, traducir y anotar de manera profusa *Story of a Pioneer*. Estamos convencidos de la profunda deuda que tenemos con personas como

¹ A diferencia de la mayoría de naciones, en Estados Unidos el índice de alfabetismo a mediados del siglo XIX superaba el 90% de la población libre, sin que se apreciaran grandes diferencias estadísticas entre géneros.

Anna Howard Shaw, que dedicaron su vida entera a pelear porque personas como nosotras gocemos de unos derechos, libertades y seguridades que damos por garantizadas pero que hasta hace muy poco tiempo resultaban inaccesibles para una gran parte de la población mundial.

Narraciones como esta *Story of a Pioneer* son únicas e imprescindibles en muchos sentidos y no podemos permitirnos el lujo como ciudadanos y ciudadanas libres de que acaben por caer en el inmerecido olvido que de manera tan injusta como continua les acecha. En primer lugar, la autobiografía de Howard Shaw resulta sumamente interesante por su propia autora. Como es bien sabido, hasta bien entrado el siglo XX, la esfera pública, así como la literaria, estaba destinada de manera casi exclusiva a los varones; puesto que el espacio destinado a la mujer no dejaba de ser el de la subalternidad doméstica. Así pues, el disfrutar de la lectura de un testimonio femenino del siglo XIX narrado en primera persona resulta, desafortunadamente, un placer sumamente extraño, al mismo tiempo que extremadamente necesario, imprescindible nos atrevemos a decir, si queremos enfrentarnos al estudio del pasado de manera coherente, moral e intelectualmente legítima.

En segundo lugar, el testimonio de Anna Howard Shaw resulta también extremadamente valioso por su naturaleza democrática e íntima. Como Jean François Lyotard tan certeramente nos hizo ver, durante siglos no hemos estudiado Historia, sino que nos hemos centrado de manera incesante en familiarizarnos con aquellas grandes narrativas que relataban de manera decididamente subjetiva, partidista y marcadamente falocéntrica los hechos y vidas no de la inmensa mayoría de personas anónimas y desprovistas de poder que habitaban un determinado espacio geográfico, sino de la minúscula proporción de aquellas personas (en su gran mayoría varones occidentales) que gozaron de riquezas, prestigio y poder político. Pero, como resulta evidente, estudiar a esas personas no nos permite en modo alguno asomarnos, aunque sea de manera tímida, a conocer cómo vivían, pensaban, sentían, padecían y lograban sobrevivir (gracias a infinitos esfuerzos) las personas comunes, sin título nobiliario, sangre azul ni fortunas heredadas generación tras generación. El siglo XIX

en Estados Unidos, como cualquier otro espacio geográfico y momento histórico, no puede entenderse si no es descubriendo cómo vivían no las élites socioeconómicas, religiosas o políticas del país; sino aquellas personas anónimas, que gracias a sus innumerables esfuerzos, tesón y talento lograron sobrevivir, al mismo tiempo que contribuyeron de manera determinante al desarrollo tanto de sus propias familias como de su país.

Como vemos, la autobiografía de Anna Howard Shaw que presentamos ofrece un indudable interés. No obstante, hasta la publicación del volumen que presentamos en estas páginas, no resulta posible acceder al texto en ningún idioma que no sea el inglés en que se redactó en su versión original. Por otra parte, ni si quiera en Estados Unidos se ha publicado hasta la fecha una edición de la obra fuente como la que proponemos, prolijamente anotada. De este modo, a pesar de la importancia del texto, el público lector que puede acceder al mismo no resulta lo suficientemente amplio.

Este es precisamente el motivo por el que nos hemos decidido a aceptar el desafío de traducir al castellano y anotar *Story of a Pioneer*, con la esperanza de que la edición que ahora tienen en sus manos contribuya a evitar que las memorias de una mujer tan notable y a la que tanto debemos caiga en el olvido. No ha sido en modo alguno una tarea sencilla, puesto que aunque el texto fuente está escrito en un inglés que no presenta dificultades significativas de naturaleza traductológica (más allá de algún leve anacronismo, la abundancia de siglas correspondientes a instituciones del momento que no son conocidas a día de hoy y una levísima tendencia a la variante norteamericana del inglés estándar); la labor de contextualizar adecuadamente el texto, mediante anotaciones a pie de página, sí que, en no pocas ocasiones, ha entrañado complicaciones notables.

Anna Howard Shaw participó en innumerables asociaciones y encuentros de todo tipo. Al mismo tiempo, interactuó con un número muy importante de personajes históricos de gran relevancia, tanto en su Estados Unidos natal como a nivel internacional. De ese modo, el rastrear todas y cada una de esos eventos y personas, con el objetivo de que el público lector no

se sienta desorientado o falta de información en momento alguno nos ha obligado a sumergirnos por completo en el siglo XIX norteamericano.

Confiamos en que los inevitables errores que hayamos podido cometer a la hora de acometer esta tarea queden compensados por la riqueza del propio texto y aspiramos a que esta modesta empresa académica rinda adecuado homenaje a Anna Howard Shaw y la acerque al público lector hispanohablante.

EL CAMINO HACIA EL SUFRAGIO FEMENINO EN ESTADOS UNIDOS

En el momento en que redactamos estas líneas podemos afirmar que el sufragio femenino es una realidad en todo el mundo. De hecho, ninguna legislación en todo el planeta niega a las mujeres el derecho al voto en el año 2023. No obstante, desafortunadamente, la ausencia de legislaciones restrictivas en este sentido no debe llevarnos a considerar de manera errónea que exista una igualdad plena y total *de facto* entre hombres y mujeres a la hora de ejercer el derecho a elegir a las personas que les representarán. A modo de rápido ejemplo, sociedades y sistemas políticos como el de Arabia Saudita no imposibilitan, pero sí dificultan en gran medida el que las mujeres puedan emitir un voto distinto al de los hombres que siguen dictando sus destinos (padres, esposos, hermanos, líderes religiosos, etc.), tanto a nivel familiar como social.

A nivel legal, el derecho al voto femenino queda garantizado en todo el planeta desde el día 10 de diciembre de 1948. En esta histórica fecha se aprobó la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*,² cuyo artículo 21 establece de manera inequívoca lo siguiente:

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente, escogidos.
2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.
3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

² Texto en gran medida deudor no solo de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* (aprobado, tras la Revolución Francesa, por la Asamblea Nacional Constituyente el 26 de agosto de 1789); sino también de la *Declaración de Independencia de Estados Unidos*, que el 4 de julio de 1776 supuso el nacimiento de Estados Unidos como nación independiente, al mismo tiempo que daba el pistoletazo de salida para la edad contemporánea.

También es importante destacar en este sentido que, aunque ninguna legislación prohíba de manera explícita que las mujeres puedan concurrir a los diferentes procesos electorales que se convocan en sus países, siguen existiendo diversos estados en todo el mundo donde ninguna mujer ostenta un cargo de representación política destacado. En concreto, nos referimos a Afganistán, Azerbaiyán, Arabia Saudita, Armenia, Brunei, Corea del Norte, Papúa Nueva Guinea, Tailandia, Vietnam, Yemen y el Estado de la Ciudad del Vaticano, en concreto.

A pesar de estas evidentes injusticias, de que en demasiados territorios la mitad de la población mundial siga estando relegada al ámbito doméstico, a la *subalternidad* (si empleamos la terminología que la filósofa Gayatri Spivak acuñó para los estudios postcoloniales pero resulta, también, plenamente aplicable en este caso), o de que la violencia física, emocional y sexual contra la mujer siga constituyendo una lacra en la práctica totalidad de países del mundo,³ no podemos dejar de mostrar satisfacción y un moderado optimismo ante el estado del voto femenino en el mundo a día de hoy.

Sin embargo, parafraseando la magistral novela de Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, hasta ayer mismo no hubo sino oscuridad en el mundo. Un breve recorrido por la historia del voto femenino nos permitirá darnos cuenta de hasta qué punto resulta reciente el derecho al voto para la mujer. El primer país en concederlo fue Nueva Zelanda, en el 19 de noviembre de 1902.⁴ Finlandia haría lo propio en 1906, aunque de manera mucho más liberal y justa, puesto que también permitía que las mujeres pudieran presentarse como candidatas, algo que en Nueva Zelanda no ocurriría hasta 1919; Noruega, en 1913; Dinamarca, en 1915; la Unión Soviética, en 1917; Inglaterra en 1918⁵ y Estados

³ No pretendemos entrar en debates políticos en esta obra; de modo que nos limitaremos a señalar que durante todos los años en que duró la barbarie terrorista de ETA (casi 50 años), se contabilizan 850 víctimas; pero, sin embargo, entre los años 2003 y 2023, 1214 mujeres fueron asesinadas por sus parejas en España (https://violenciagenero.igualdad.gob.es/violenciaEnCifras/victimasMortales/fichaMujeres/2023/VMortales_2023_07_28.pdf).

⁴ Aunque no sería justo dejar de destacar que la comunidad aborigen, con independencia de su género, estaba privada del derecho al sufragio.

⁵ Aunque los varones mayores de 21 años podían votar mientras que tan solo las mujeres mayores de 30 años podían hacer lo propio.

Unidos en 1920. Pero en el contexto de los países desarrollados y con tradición democrática, como el de Francia o Italia (1945) también abundan ejemplos mucho más tardíos. En España, la Segunda República concedió el derecho al voto femenino en 1933; aunque el ilícito, dictatorial y brutal régimen franquista impediría tanto a hombres como a mujeres volver a votar hasta el año 1977.

En resumidas cuentas, en ningún país del mundo se permite al 50% de la población expresar sus ideas e intenciones mediante el ejercicio del voto hasta el siglo XX. El camino recorrido hasta llegar a esta realidad fue, sin duda, largo, costoso y repleto tanto de altibajos como de represión, sufrimiento y penas de cárcel para las personas que pelearon por hacer el sufragio femenino posible.⁶

El objetivo principal de este trabajo es el de hacer disponible la biografía de una de las sufragistas norteamericanas más relevantes al público lector español; de modo que en este estudio preliminar nos centraremos, principalmente, en la historia del sufragio femenino en Estados Unidos.

No podemos evitar comenzar nuestro recorrido por la localidad norteamericana de Seneca Falls, en el estado de Nueva York. Allí, los días 19 y 20 de julio de 1848 se celebró la *Primera Conferencia sobre el Derecho de las Mujeres de Estados Unidos* (de todo el mundo, para ser más precisos). A la misma acudieron más de 300 personas, que debatieron hasta aprobar, finalmente, el borrador de un documento presentado por Lucretia Mott que servirá como punto de partida para el sufragismo y el feminismo, tanto en Estados Unidos como en todo el mundo. El documento final, firmado por 100 personas,⁷ re-escibe la Declaración de Independencia de Estados Unidos (redactada, como es bien sabido por Thomas Jefferson, en colaboración con su esposa Martha y aprobada en Filadelfia el histórico 4 de julio de 1776) desde una perspectiva femenina en la que se evidenciaban de manera sistemática, plenamente orgánica y convincente, el injusto trato que las mujeres de Estados Unidos

⁶ Es cierto que la gran mayoría de personas implicadas en el movimiento sufragista son mujeres; pero no podemos dejar de reconocer la fundamental labor llevada a cabo en este sentido por muchos hombres, también, como Frederick Douglass, como ejemplo paradigmático.

⁷ 68 mujeres y 32 hombres.

habían venido sufriendo desde el nacimiento de la nación. Las dos primeras denuncias que se expresan en este seminal texto están, como probablemente no podía ser de otra manera, relacionadas con la cuestión del sufragio:⁸

Nunca le ha permitido que la mujer disfrute del derecho inalienable del voto.

La ha obligado a acatar leyes en cuya elaboración no ha tenido participación alguna.

2 años más tarde, se celebra en la ciudad de Worcester (situada en el estado de Massachussets), la *Primera Convención Nacional sobre los Derechos de las Mujeres*, a la que asistieron más de un millar de personas. A partir de ese momento, la Convención se celebrará de manera anual (con excepción del año 1857), hasta 1860, en el que el *zeitgeist* del país, que ya claramente anticipaba la imposibilidad de escapar de una guerra civil la hizo inviable.

Tras la Guerra de Secesión, en 1868 se aprueba la 14^o Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, que concede la ciudadanía a toda persona mayor de 21 años nacida (o naturalizada) en Estados Unidos.

En el año 1869, el movimiento sufragista norteamericano sufre una importante escisión, puesto que Susan B. Anthony y Elizabeth Cady Stanton constituyen la *Asociación Nacional para el Sufragio de las Mujeres*; mientras que Lucy Stone y Henry Blackwell conforman la *Asociación de Mujeres Americanas para el Sufragio*. El motivo de esta escisión que Anthony, Cady Stanton y sus seguidoras apostaban por garantizar el derecho al voto mediante la introducción de una enmienda a la Constitución de Estados Unidos mientras que el grupo de Stone, Blackwell no eran partidarias de la vía de la enmienda, sino que apostaban por introducir el derecho al voto femenino de manera progresiva en las legislaciones de los diferentes estados del país. Ambas asociaciones no volverán a

⁸ En 1873, Susan B. Anthony seguirá una estrategia muy similar en un célebre discurso, al inspirarse en las primeras líneas de la Constitución del país para aseverar lo siguiente: “Fuimos nosotros, el pueblo, no nosotros, los ciudadanos varones blancos, ni nosotros, los ciudadanos varones, sino nosotros, todo el pueblo, que formamos esta Unión”, dijo. “Y lo formamos, no para dar las bendiciones de la libertad, sino para asegurarlas; no a la mitad de nosotros mismos ni a la mitad de nuestra posteridad, sino a todo el pueblo, tanto mujeres como hombres”.

fusionarse hasta el año 1890, bajo el nombre *Asociación Nacional Americana para el Sufragio de las Mujeres*.

En 1870, la 15ª Enmienda concede el derecho al voto a las personas que gozaban de ciudadanía, estableciendo que,

El derecho de los ciudadanos de los Estados Unidos a votar no será negado o disminuido por los Estados Unidos o por cualquier Estado debido a raza, color, o condición anterior de servidumbre.

Como vemos, esta enmienda explícita que no puede negarse, o limitarse, el derecho al voto “debido a raza, color, o condición anterior de servidumbre”, lo que deja fuera a las mujeres.⁹

Susan B. Anthony, que considera que la injusticia de la enmienda la hace inconstitucional, decide ejercer su derecho al voto en las elecciones de 1872, depositando su confianza en el candidato Ulysses S. Grant; lo que resultó en su arresto. Tras un proceso judicial que se dilataría durante 2 años, fue declarada culpable y condenada a pagar una multa de 100 dólares. Anthony le anticipó al juez que en modo alguno iba a pagar un solo centavo:

Puede imponer la sanción que le plazca a su Señoría, pero yo nunca pagaré un dólar de su injusta pena. Todo el capital que poseo es una deuda de 10,000 dólares, fruto de publicar mi periódico "La Revolución" hace cuatro años, cuyo único objetivo era educar a todas las mujeres para que hagan precisamente lo que yo he hecho: rebelarse contra sus formas de ley hechas por el hombre, injustas e inconstitucionales, que gravan, multan, encarcelan y cuelgan a las mujeres, mientras les niegan el derecho de representación en el gobierno. Trabajaré con todas mis fuerzas para pagar cada dólar de esa deuda honesta, pero ni un centavo irá a esta injusta demanda. Y seguiré instando con sinceridad y persistencia a todas las mujeres a que reconozcan prácticamente el antiguo lema revolucionario de que "La resistencia a la tiranía es obediencia a Dios" (<https://housedivided.dickinson.edu/sites/teagle/texts/susan-b-anthony-trial-statement-1873/>).

Y cumplió su promesa, puesto que cuando se negó a pagar la multa y los oficiales de policía acudieron a confiscar sus bienes, no encontraron nada de valor en el domicilio de la activista.

⁹ Aunque, en verdad, las personas afroamericanas no tendrán garantizado *de facto* el derecho al voto en todo el país hasta el año 1965, cuando se aprueba el *Voting Rights Act*.

Durante el juicio, Susan B. Anthony no solo no acata la orden del juez de permanecer callada, sino que pronuncia unas palabras que se convertirán en auténtico referente para la causa sufragista del país:

Todos mis acusadores, desde el político de la tienda de comestibles de la octava avenida que presentó la denuncia, hasta el Comisario de los Estados Unidos, el Fiscal de Distrito, el Juez de Distrito, su Señoría en el estrado... ninguno de ellos es mi igual, sino que todos ustedes son mis soberanos políticos. Incluso si su Señoría hubiera sometido mi caso al jurado, como era claramente su deber, aún así tendría justa causa para protestar, porque ninguno de esos hombres es mi igual; ya sea nativo o extranjero, blanco o negro, rico o pobre, educado o ignorante, despierto o dormido, sobrio o borracho, cada uno de ellos era mi superior político; por lo tanto, en ningún sentido, mi igual (<https://housedivided.dickinson.edu/sites/teagle/texts/susan-b-anthony-trial-statement-1873/>).

Cuando el juez le argumenta que se la ha juzgado de acuerdo con la ley, Anthony no duda en responder en los siguientes términos:

Sí, su Señoría, pero todas las formas de ley están hechas por hombres, interpretadas por hombres, administradas por hombres, a favor de los hombres y en contra de las mujeres; de ahí el veredicto culpable ordenado por su Señoría; en contra de una ciudadana de los Estados Unidos por ejercer "el derecho de ese ciudadano a votar", simplemente porque esa ciudadana era una mujer y no un hombre. Sin embargo, ayer, esas mismas formas de ley hechas por el hombre declaraban como un delito castigado con una multa de \$1,000 y seis meses de prisión, el dar un vaso de agua fría, un trozo de pan o un refugio nocturno a un fugitivo jadeante mientras rastreaba su camino hacia Canadá. Y cada hombre o mujer en cuyas venas corría una gota de simpatía humana violó esa malvada ley, sin importar las consecuencias, y estaba justificado en hacerlo. Así como los esclavos que obtuvieron su libertad tuvieron que conseguirla a pesar de las injustas formas de ley, exactamente de la misma manera, ahora las mujeres deben obtener su derecho a tener voz en este gobierno; y yo he obtenido el mío, y pretendo obtenerlo en cada oportunidad posible.

Desde el arresto de Susan B. Anthony hasta el momento en que las mujeres vean su derecho al voto reconocido por uno de los estados que conforman Estados Unidos como país habrán de transcurrir 21 años; ya que será en 1893 cuando el estado de Colorado incluya una enmienda en su constitución que permite el voto a las mujeres. De manera progresiva, gracias a la incansable tarea de numerosas personas que dedicaron

innumerables esfuerzos a la causa, muchos más estados irán introduciendo enmiendas similares de manera progresiva, al mismo tiempo que se fundan nuevas, y muy activas, asociaciones pro-sufragio a lo largo de todo el país.

Como resultado de todos estos esfuerzos, el 26 de agosto de 1920,¹⁰ finalmente se aprueba la 19ª Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos. Una enmienda redactada por la propia Susan B. Anthony, que había enviado originalmente al Congreso en 1878, más de 40 años antes. La enmienda expresa lo siguiente, de manera literal:

Sección 1. El derecho de los ciudadanos de los Estados Unidos al voto no será negado o menoscabado por los Estados Unidos, ni por ningún estado, por motivos de sexo.

Sección 2. El Congreso estará facultado para hacer cumplir este artículo mediante las leyes necesarias.

Tras la aprobación de esta enmienda, tan importante para los derechos de las mujeres en Estados Unidos, no tardaron en sucederse los desfiles y celebraciones para celebrar el hito. Entre la multitud de celebraciones, destacamos una de las más multitudinarias, que se celebró en septiembre de 1920 en Liberty Square, en la ciudad de Filadelfia. No obstante, no todo estaba conseguido en el contexto del sufragio femenino y las principales líderes del movimiento sufragista norteamericano no tardaron en tomar caminos separados, lo que fragmentó tanto su propio movimiento como el feminismo incipiente del momento.

La principal causa de esta fragmentación en 2 facciones claramente diferenciadas se derivó de la conocida como “Enmienda de Igualdad”, redactada en 1923, por Alice Paul y que rezaba lo siguiente:

Los hombres y mujeres gozarán de derechos iguales en todo el territorio de Estados Unidos, así como en todos los territorios sobre los que el país tenga jurisdicción. El Congreso tendrá la facultad de exigir el cumplimiento de las disposiciones de este artículo mediante la legislación correspondiente.

¹⁰ Fecha que pasa a denominarse y celebrarse cada año como el “Día de la igualdad de la mujer”.

Carrie Chapman Catt, por el contrario, consideraba que esta enmienda resultaba tan difícil de ratificar como completamente innecesaria, por lo que apostó por la educación de las mujeres y el fortalecimiento de la democracia en su país.

No entraremos aquí a debatir la necesidad de la enmienda en cuestión, pero lo que resulta indudable es que Catt estaba en lo cierto en lo referente a la dificultad de ratificar la enmienda de Alis. Para lograr este objetivo, se necesitaba la aprobación de un mínimo de 38 estados. Entre 1923 y 1940, Catt y sus seguidoras pelean incansablemente por la aprobación de la Enmienda, sin lograr resultados hasta el año 1940, cuando los partidos Demócrata y Republicano aceptan debatirla. Sin embargo, la oposición social y de las élites empresariales fue feroz, haciendo evidente que no se podría aprobar el texto tal como estaba formulado. De ese modo, en 1943, la propia Paul reescribe la enmienda, que queda del siguiente modo:

Artículo 1: La igualdad de derechos en virtud de la ley no puede ser negada ni restringida por Estados Unidos ni por ningún estado por motivos de sexo.

Artículo 2: El Congreso tendrá la facultad de exigir el cumplimiento de las disposiciones de este artículo mediante la legislación correspondiente.

Artículo 3: Esta enmienda cobrará vigencia dos años después de la fecha de su ratificación.

Sin embargo, deberán pasar casi 3 décadas hasta que, en 1972, se proponga esta enmienda a las 2 Cámaras del país. Recordemos que debía contar con la ratificación de 38 estados; logrando entre el año 72 y el 76 un total de 33, claramente insuficientes. En 1980, las perspectivas empeoran, ya que el partido Republicano retira su apoyo a la enmienda. En 1982, se vuelve a presentar la propuesta, que va logrando lentamente alcanzar apoyos entre los diferentes estados... tan lentamente que no será hasta enero del 2020 cuando Virginia ratifique como estado número 38 la enmienda. No obstante, la misma no forma parte a día de hoy de la Constitución, puesto que la fecha límite para alcanzar los 38 estados venció en el año 1982, hace casi 4 décadas. No obstante, se emitieron consultas legales, a las que el Departamento de Justicia de Estados

Unidos respondió de forma desfavorable a la aprobación. Para complicar aún más la lucha por la ratificación de la enmienda, que continúa en el presente, los estados de Nebraska, Tennessee, Idaho, South Dakota y Kentucky que votaron a favor han retirado posteriormente su aval y 3 estados (Alabama, South Dakota y Luisiana) han recurrido la enmienda al Tribunal Supremo de Estados Unidos.

Como vemos, aunque la incansable labor de innumerables ciudadanos y, sobre todo, ciudadanas de Estados Unidos logró garantizar el voto para toda la ciudadanía del país y que a día de hoy las mujeres norteamericanas no solo disfruten del derecho al voto sino que también ostenten destacados puestos de representación política; a nivel legislativo sigue resultando extremadamente complejo el ratificar una enmienda planteada en los albores del movimiento sufragista que, además, no demanda sino que se cumpla con las promesas de democracia nacional que los Padres Fundadores de Estados Unidos hicieron siglos atrás.

MIS PRIMEROS RECUERDOS

Los antepasados de mi padre eran los Shaws, de la ciudad de escocesa de Rothiemurchus y las ruinas de su castillo todavía pueden verse en la isla de Loch-an-Eilan, en el norte de las Tierras Altas escocesas. El hogar de los belicosos Shaw nunca fue un castillo pintoresco digno de un cuento de hadas, sino más bien una fortaleza austera que probablemente databa de la época romana. A día de hoy, las ruinosas murallas que todavía sobreviven exhiben numerosas muestras de los incesantes ataques que recibieron a lo largo del tiempo.

Uno de los últimos asedios, y el que mayor éxito tuvo, fue el de los Grant y Rob Roy.¹¹ Y fueron precisamente los Grant los que lograron someter finalmente el castillo Shaw alrededor del año 1700, tras casi un siglo de combates sin tregua.

No me resulta placentera la lectura de los detalles macabros de estas batallas, pero debo confesar que me produce una cierta satisfacción el saber que mis antepasados ofrecieron una resistencia heroica al defender lo que era suyo y no cabe duda de que fueron unos guerreros valientes y unos hombres fuertes. Sin embargo, el pasado de mis antepasados también contiene capítulos menos loables. Por ejemplo, en las crónicas familiares se relata el pasado manchado de sangre de Allen Shaw, el hijo mayor de la última Señora Shaw que habitó la fortaleza. Resulta que cuando el padre del joven Shaw falleció, alrededor de 1560, su madre volvió a contraer matrimonio a pesar de la profunda desaprobación mostrada por su hijo. Durante un tiempo, el joven no llevó a cabo ninguna acción contra el recién llegado, pero, finalmente, y con el pretexto de que el padrastro había maltratado a su perro, provocó una pelea que acabó en un combate a espada. Tras alzarse con la victoria en el duelo, el joven Shaw no solo no mostró ninguna caballerosidad, sino que

¹¹ Rob Roy McGregor (1671-1734) fue un célebre personaje escocés que se convirtió en héroe popular y es conocido en muchos sectores como “el Robin Hood escocés”.

decapitó al padraastro, cuya cabeza depositó en la cama de su madre. Incluso es un periodo histórico en el que la tolerancia a la brutalidad resultaba muy alta, esta acción fue entendida como excesiva, al llevar el resentimiento filiar demasiado lejos.

Es de suponer que Allen se arrepintió de sus acciones, ya que él mismo y su clan acabaron por pagar un alto precio. El joven, proscrito, se vio obligado a huir y durante meses se le dio caza hasta que finalmente se le apresó y fue ejecutado por un miembro de la familia Grant que, como castigo al innoble crimen cometido, también asedió y logró tomar el fuerte Shaw. El resto de los miembros del clan Shaw pelearon con pasión durante un largo periodo de tiempo, tratando de recuperar sus posesiones. No obstante, a pesar de contar con el apoyo de sus parientes, los Mackintosh y de que la sangre de muchos buenos escoceses tiñó las murallas de la fortaleza a lo largo de las siguientes generaciones, el castillo ya nunca volvió a manos de los Shaw. De todas formas, los Grant siguen estando sometidos a ciertas reglas, entre ellas la de ofrecer una bola de nieve al Rey de Inglaterra en cada ocasión en que el monarca visita Lochan-Eilan.

A medida que transcurrían los años, los miembros de la familia Shaw se fueron dispersando. Muchos de ellos siguen viviendo hoy en día en el condado de Macintosh y por todo el sur de Escocia. Otros, decidieron marcharse a Inglaterra y es precisamente de esa rama de la familia de donde procede mi padre. Se llamaba Thomas Shaw y era el hijo menor de un caballero (término que en aquella época definía a los hombres que destinaban la mayor parte de su tiempo a las apuestas y carreras de caballo). Mi abuelo, como había hecho su padre antes que él, se mantuvo fiel a lo que se esperaba de una persona de su clase social en aquel momento y dedicó su vida a derrochar todo lo que poseía, hasta que falleció de forma abrupta, dejando a su esposa y dos hijos en la miseria. Pero no eran para nada unas personas sin recursos ya que ellos también tenían sus propias tradiciones, heredadas de los bravos Shaw. Peter, el hijo mayor, se alistó en el ejército y murió de forma heroica en la guerra de Crimea. Mi padre, gracias a algún consejo que recibió, centró sus esfuerzos en el comercio y aprendió a pintar papel de pared de forma artesanal, logrando alcanzar un talento que le granjeó un gran prestigio en este

campo. De hecho, progresó tanto que él mismo cavó su tumba empresarial, al diseñar una máquina que hizo que su trabajo resultara innecesario. Entonces, su jefe reclamó la titularidad de este invento, lo cual era legal de acuerdo con la legislación del momento, de modo que la piedra sobre la que mi padre había pensado cimentar su imperio acabó por hundir el barco de sus expectativas. Pero todo esto ocurrió años después, en Estados Unidos, y hasta llegar a ese evento acontecieron muchas otras cosas.

Por una parte, dejó temporalmente su oficio y se dedicó al negocio de las semillas y la harina y, por otra parte, se casó con mi madre, que era hija de un matrimonio escocés que había emigrado a Inglaterra para establecerse en Alnwick, en el condado de Northumberland. Su padre, James Scott, era conductor del carromato que transportaba el correo real entre Alnwick y Newcastle y su muerte accidental cuando todavía era un hombre joven dejó a mi abuela y a sus ocho hijos en la miseria casi más absoluta. Por este motivo, le dieron de inmediato empleo en el castillo del Duque de Northumberland, de modo que sus hijos se educaron en la escuela del duque mientras que sus hijas hacían lo propio en la escuela de la duquesa.

Guardo un gran cariño a la memoria de mi abuela, Nicholas Grant Scott, ya que fue una mujer admirable, de espíritu inquebrantable, que albergaba unas ideas progresistas muy adelantadas a su tiempo. Fue una de las primeras Unitarias de Inglaterra y muchos años antes de que los pensamientos sufragistas maduraran en las mentes de algunas mujeres de su país, se negó a pagar impuestos a la Iglesia de Inglaterra. Esta acción dio lugar a un dilatado conflicto legal. En aquellos tiempos era costumbre cobrar impuestos para financiar la Iglesia de Inglaterra; pero mi intrépida abuela se negaba, año tras año, a pagarlos. Y, del mismo modo, año tras año, se veía obligada a sentarse en el umbral de su casa con mirada pensativa mientras requisaban alguno de sus bienes como pago de esas tasas. Debió de ser una escena impresionante a la que los vecinos sin duda se habituaron, ya que la resoluta anciana nunca ganó la batalla, pero tampoco la abandonó jamás. Pero, al menos, le quedaba el consuelo del aprecio vecinal, ya que no tardó en ser la mujer más popular del condado. Los vecinos admiraban su coraje; pero, sin duda, apreciaban más lo que hacía por ellos. Y es que mi abuela pasaba todo su tiempo

libre en casa de las familias más pobres, remendando sus ropas o enseñándoles a coser. También dejó tras de sí una estela de limpieza tan clara como la de espuma que sigue a un navío, puesto que Nicholas Schott se oponía con tan firmeza a la suciedad como lo hacía a pagar impuestos a la Iglesia.

Permitió que sus hijos e hijas asistieran a las escuelas del duque y la duquesa hasta completar sus programas de estudios. Han sido cientos las veces en que he oído a mi madre relatar sus propias experiencias como pupila. Todos los niños educados en el castillo recibían instrucción formal hasta los catorce años. Durante el transcurso de su formación, no se les permitía estudiar Geografía; ya que, en opinión de sus sabios maestros, el familiarizarse con tierras extranjeras podría llevarles a albergar el deseo de viajar. Tampoco se volcaban mucho en la enseñanza de la escritura, puesto que podía propiciar o facilitar que redactaran mensajes de amor a otros alumnos. Se les permitía, sin embargo, absorber tantas lecturas y aritmética como sus pequeños cerebros pudieran retener. En lo concerniente al arte de la costura, se le daba una gran importancia, concediendo incluso premios a las mejores de la clase. Mi madre, que era una persona muy precoz, se graduó con trece años y consiguió el primer premio de costura. La prenda que confeccionó y fue galardonada consistía en una camisa de lino para la duquesa, en el que la pequeña costurera había bordado, con su propio pelo, el escudo de armas de la augusta dama. El premio que recibió sin duda satisfizo a mi madre, que siempre acababa el relato con las mismas palabras, pronunciadas con idéntico aire de delicada satisfacción, “Y, entonces, la duquesa me dio, con sus propias manos, ¡la Biblia y la jarra de cerveza!”. A mi madre nunca le resultó divertida la combinación de obsequios recibidos, de modo que siempre que contaba la historia yo me situaba a sus espaldas, para que no notara el humor irrespetuoso que sí que despertaba en mí.

Mis padres se conocieron en Alnwick y se casaron en febrero de 1835. Diez años después, la Leyes de Cereales¹² llevó a mi padre a la

¹² En inglés, “corn law”. Se trata de una ley aprobada en 1815 y vigente hasta 1846 que imponía unos aranceles desproporcionados a la importación de cereales, en un claro esfuerzo por salvaguardar los intereses económicos de los terratenientes ingleses.

bancarrota, obligando a la familia a vender casi todo lo que tenían, incluso su hogar y mobiliario. Sus hijos pequeños, que estaban estudiando fuera, volvieron a casa y los gastos familiares se redujeron al mínimo indispensable. Pero todos estos sacrificios no lograron solventar más que una pequeña parte de las deudas. Mi madre se dio entonces cuenta de que su talento como costurera podía resultarle útil a la familia y se dedicó a estas tareas. Mientras tanto, mi padre encontró un empleo que le proporcionaba un escueto salario y ambos se dedicaron a ahorrar cada penique, con la desesperada determinación de pagar las deudas restantes. Fue un período largo y muy duro, pero finalmente lograron llevar a cabo su objetivo. Sin embargo, antes de lograrlo, y durante sus momentos más duros, su bebé falleció. Mi madre, como también ocurriera antes con la suya, estaba al margen del amparo de la Iglesia de Inglaterra. Al ser una Unitaria, su hijo no podía ser enterrado en ningún camposanto del vecindario. De ese modo, tuvieron que elegir entre enterrarlo en una fosa común, con los criminales, suicidas y pobres de solemnidad o bien trasladarlo en el carruaje del correo a Alnwick, que se encontraba a más de cuarenta kilómetros de distancia, para poder depositar su cuerpo en el pequeño camposanto Unitario de la ciudad donde, tras su agitada vida, también reposaba en paz Nicholas Schott. Mi madre hizo el viaje en solitario, con el cuerpo de su amado hijo sobre el regazo.

En 1846 mis padres se mudaron a Londres; pero no permanecieron mucho tiempo allí, puesto que la gran e indiferente ciudad no tenía nada que ofrecerles. De ese modo, se mudaron a Newcastle-on-Tyne y es allí donde nací yo, el día 14 de febrero de 1847. Al círculo familiar habían llegado antes 3 niños y 2 niñas y mi hermana menor vino al mundo cuando yo solo tenía 2 años. En Newcastle-on-Tyne vivíamos con mayor desahogo que en Londres y fue entonces cuando mi padre comenzó a albergar la esperanza de disfrutar del gran sueño del momento. Había decidido marcharse a América, y estaba seguro de que en la tierra de las oportunidades todo les iría bien a él mismo y a su familia. Esperó hasta haber cumplido con el pago de la última cuota de su deuda y a que naciera mi hermana. Entonces, se despidió de nosotros y embarcó hacia América para construir una casa para la familia. En primavera del año 1851, mi madre se embarcó con sus 6 hijos en un navío que partía desde Liverpool, el John Jacob Westerfelt.

En aquel momento yo tenía poco más de 4 años y el primer recuerdo vívido de mi existencia es el de una inmensa ola a bordo de ese barco. Estaba tumbada en lo que parecía una enorme caja roja, bajo una escotilla, y el agua se colaba desde arriba, hasta casi ahogarme. Aunque la tormenta furiosa que nos azotó durante varios días no estaba más que dando sus primeras señales. Todavía guardo en mi memoria confusos recuerdos, como de pesadilla, en los que destacan extraños horrores que todavía me atormentan en el presente cada vez que embarco en cualquier navío. La imagen que recuerdo con mayor claridad de esos días es la tez pálida de mi madre, yaciendo enferma en la cama.

Viajábamos con otros 500 emigrantes en la cubierta inferior del navío y a medida que la tormenta se volvía más salvaje, el terror más insensato fue invadiendo a todos los pasajeros. Demasiado enferma para cuidar de nosotros, mi madre contemplaba como los demás pasajeros nos llevaban consigo, en ocasiones durante horas enteras y nos paseaban por el túnel negro en que se convertía la cubierta cuando se cerraban todas las escotillas. Estoy segura de que en ningún manicomio se han contemplado imágenes más horribles de las que mis ojos infantiles contemplaron durante esos 3 días en los que la tormenta se impuso. El único consuelo del que disfrutábamos era el saber que nuestra madre no estaba asustada. Se encontraba terriblemente enferma, pero cuando podíamos acercarnos a ella durante un breve pero bendito intervalo de tiempo seguía siendo para nosotros el mismo refugio firme que siempre había sido.

El segundo día de tormenta se quebraron los mástiles y al día siguiente, el navío, que era ya incapaz de navegar y tenía una grieta por la que entraba el agua, fue rescatado de su zozobra sin destino por otro barco; que nos remolcó hasta el puerto más cercano, el de Queenstown. Una vez liberados de sus ansiedades, los pasajeros pasaron de un miedo extremo a un estado de embriaguez celebratoria igualmente excesivo. Entonces rieron, cantaron y danzaron; pero en cuanto alcanzamos la orilla, muchos de los pasajeros volvieron a sus hogares, con la certeza de haber tenido ya bastante océano para el resto de sus vidas. Nosotros, sin embargo, seguimos en el barco hasta que lo repararon y continuamos ruta en cuanto fue posible. Éramos demasiado pobres para volver a casa y, de hecho, no teníamos ninguna casa a la que regresar. En verdad, éramos

demasiado pobres para sobrevivir en tierra. Pero sí que hicimos alguna modesta excursión durante el viaje, en los pequeños botes que partían en busca de víveres y que a nosotros, como niños, nos hacían las semanas de tedio algo más llevaderas. Entre otros lugares, visitamos la Isla de Spike, donde estaban los convictos y contemplamos durante horas enteras la monótona labor que los prisioneros llevaban a cabo, acarrearon cubos de agua de un extremo de la orilla a otro, donde los vaciaban. Esto no tenía otro objeto que el de tener a los presos entretenidos en una tarea físicamente extenuante. Se ve que incluso siendo una niña fui capaz de apreciar, aunque fuera de manera vaga, la ironía, puesto que el recuerdo ha permanecido de manera vívida en mi memoria todos estos años.

Nuestro segundo trayecto en el Jacob Westervelt supuso una experiencia muy diferente a la que vivimos durante el primer viaje. Durante el día, un sol glorioso brillaba sobre nuestras cabezas y por la noche podíamos contemplar la luna y las estrellas, así como las juguetonas olas que nunca nos cansábamos de contemplar. Por algún motivo, tal vez por la profunda admiración que me provocaban esas olas y que yo mostraba con una franqueza impropia de una señorita, me convertí en la favorita de los marineros. Así, me enseñaron las canciones que canturreaban mientras cargaban con las cuerdas de las velas. Recuerdo, como si lo hubiera aprendido ayer mismo, un divertido estribillo:

Tiremos de la escota del foque,
Kitty es mi querida,
Tiremos de la escota del foque,
La escota del foque.

Cuando yo cantaba “tiremos”, todos los marineros tiraban con todas sus fuerzas y yo disfrutaba de la excitante sensación de formar parte de estas labores. Como pago por el servicio de les prestaba con mi canto, no dejaban de llenarme el pequeño bolsito que llevaba de azúcar de barco—una sustancia muy negra, que probablemente era muy mala para mí; pero durante el trayecto consumí una gran cantidad y, hasta donde yo recuerdo, nunca tuvo ningún efecto negativo en mi salud.

También recuerdo con gran claridad es el haberme quemado mucho. Estaba a los pies de una escalera de mano por la que subía un marinero,

cargado con un gran jarro de café caliente. El hombre se resbaló y el líquido hirviendo cayó sobre mí. Supongo que tras el accidente debí de pasar unos días muy malos, puesto que las quemaduras fueron severas, pero el recuerdo que guardo de esos días es misericordiosamente vago.

El siguiente recuerdo claro que tengo es el de avistar tierra, lo que ocurrió al atardecer, y recuerdo con gran claridad el aspecto que tenía y que nunca ha vuelto a ser igual para mí. El cielo del oeste parecía una gran masa de nubes carmesí y doradas, que tomaban extrañas y hermosas formas. Entonces sentí que estábamos entrando al cielo. También recuerdo a los doctores que embarcaron para examinarnos y todavía hoy veo con claridad a una larga fila de irlandeses, que se mantenían muy rectos y sacaban la lengua para que les examinaran. Para una niña de tan solo 4 años, sus enormes bocas abiertas resultaban fascinantes.

Al desembarcar, nos llevamos una gran decepción, puesto que mi padre no vino a recibirnos. Se encontraba en New Bedford, en Massachusetts, lamentando su triste suerte mientras llevaba a cabo los preparativos para regresar a casa; puesto que le habían dicho que el John Jacob Westervelt se había perdido en el mar, con todas las almas que llevaba a bordo. Uno de los misioneros que vino a recibir al barco nos tomó bajo su protección y nos llevó a un pequeño hotel, en el que permanecemos hasta que llegó mi padre. Éste había recibido las increíbles noticias de nuestra supervivencia y se dirigió a Nueva York con la mayor premura. Apenas sí podía creer que no nos había perdido para siempre e incluso hoy, más de medio siglo después, recuerdo como si fuera ayer la expresión en sus ojos húmedos mientras me cogía en sus brazos y lanzaba al aire.

También recuerdo perfectamente los juguetes que me trajo, una pequeña sierra y un hacha, que se convirtieron en los más valiosos tesoros de mi niñez. Esa hacha y sierra fueron regalos proféticos, ya que, en los años venideros, tendría que usar herramientas, al igual que mis hermanos, para ayudar a construir nuestro hogar fronterizo.

Fuimos a New Bedford con mi padre, que había encontrado trabajo en su antiguo oficio y es allí donde comencé a forjar los cimientos de mi primera amistad de juventud; pero no con un niño, sino con un vecino que se dedicaba a construir barcos. Cada mañana, este hombre me

llevaba en sus grandes hombros a su patio trasero, donde les daba a mi hacha y sierra violentos movimientos, al imitar a los trabajadores que tenía a mi alrededor. Al darse cuenta de que las pequeñas enaguas que vestía me resultaban un engorro, encargó que hicieran un trajecito de niño para mí y, emancipada a esta temprana edad, cada día trabajaba a su lado de manera incansable durante todo el día. No me cabe duda de que si no fuera por mi amigo, no habría tardado en cercenarme varios dedos de manos y pies. Lo que el vecino no podía evitar es que me los machacara con frecuencia a golpes de mi hacha roma, pero pesada. El caso es que siempre estaba muy pero que muy ocupada y siempre he defendido que empecé a colaborar con la economía familiar cuando solo tenía 5 años, porque a cambio de disfrutar de mi compañía (de la que nunca parecía aburrirse), mi nuevo amigo permitía que mis hermanos se llevaran a casa toda la madera que necesitara nuestra familia.

Permanecimos en New Bedford menos de un año, puesto que durante la primavera de 1852 mi padre decidió emprender un nuevo cambio, mudándonos a Lawrence, en Massachussets, donde vivimos hasta 1859. Esos años en Lawrence fueron interesantes, al mismo tiempo que formativos. A la tierna edad de 9 o 10 años, me interesé por el movimiento abolicionista. Éramos Unitarios y el general Oliver y muchos de los ciudadanos de Lawrence también pertenecían a la Iglesia Unitaria. Conocíamos a Robert Shaw,¹³ quien comandara al primer regimiento negro y al juez Storrow, uno de los jueces más destacados del momento en Nueva Inglaterra y también a los Cabots y a George A. Walton, autor del libro *La Aritmética de Walton*¹⁴ y director de las escuelas de Lawrence. Los relatos de la guerra que oía me fascinaban y yo misma viví

¹³ Rober Gould Shaw (1837-1863), egresado de la Universidad de Harvard, peleó en la Guerra de Secesión en el bando de la Unión. En efecto, dirigió el "54.º Regimiento de Infantería de Voluntarios de Massachusetts" en 1863; primer regimiento compuesto casi exclusivamente por soldados negros, liberados por la *Proclamación de Emancipación*, firmada por el Presidente Abraham Lincoln el 1 de enero de 1863.

¹⁴ El título completo de la obra, publicada en Filadelfia en 1815 es *A new system of practical arithmetic, particularly calculated for the use of schools in the United States: Containing a large proportion of examples in federal money, in each rule throughout the work*. Se trata de una publicación de gran relevancia histórica, al tratarse de uno de los primeros libros de texto para la enseñanza de las matemáticas en educación primaria no solo en Estados Unidos, sino a nivel mundial.

una pequeña aventura cuando un día escuché un ruido en nuestro sótano, en la carbonera. Allí descubrí a una mujer negra escondida. Yo había estado leyendo *La Cabaña del Tío Tom*¹⁵ y escuchado a mis mayores, de modo que estaba muy concienciada sobre la esclavitud. Subí corriendo las escaleras, temblando de una emoción que mi madre no tardó en reprimir, al mandarme a la cama. Sin duda, desconfiaba de mi discreción juvenil, puesto que estuvo a punto de convencerme de que no había visto nada en absoluto, pero de todas formas se aseguró de que no me separara de ella durante varios días, hasta que la esclava negra a la que mi padre había estado dando cobijo pudo abandonar nuestro hogar con seguridad. Si esta grave ofensa hubiera sido descubierta, sin duda mi padre hubiera tenido que hacer frente a unas consecuencias muy serias.

También fue en Lawrence donde conseguí y gasté mis primeros 25 centavos. Dedicué a esta tarea toda una jornada, que resultó de las más gratas y memorables de mi vida. Era el Cuatro de Julio y yo formaba parte de un desfile, completamente vestida de blanco. Mi hermana Mary, que también desfilaba conmigo, había recibido otros 25 centavos. Cuando nos dimos cuenta de que, por motivos obvios, no podíamos dejar nuestros sitios en el desfile para gastar la fortuna recibida, nos sentimos apesadumbradas y en el momento en que, finalmente, comenzamos las compras, la primera tienda que visitamos fue de caramelos. Allí, hicimos que el cansado propietario bajara y nos enseñara todas y cada uno de los tarros de caramelos antes de soltar ni un solo penique. Ese día también compré la primera banana que comí en mi vida y me lo pensé mucho antes de gastar el dinero, puesto que costaba 5 centavos y yo no tenía nada claro que un breve disfrute pudiera merecer semejante desembolso. Al final, me decidí y la compré, pero la experiencia acabó siendo trágica, porque al no saber que tenía que pelar la fruta, le di un mordisco como hacía con las manzanas, llevándome una decepción tremenda por el sabor. Tantos años después, la nobleza de mi hermana aquel día sigue emocionándome. Ella había sido más precavida que yo y no se había arriesgado a comprar la fruta desconocida, pero viendo mi

¹⁵ Publicada por Harriet Beecher Stowe en 1852, la novela *Uncle Tom's Cabin* no tardó en convertirse no solo en una de las obras más vendidas y leídas en Estados Unidos, sino también en uno de los textos que más contribuyó a la causa abolicionista en el país.

desesperación, me pagó la mitad del fruto y compartimos tanto la pérdida económica como la valiosa lección. El destino, sin embargo, nos tenía otro golpe preparado ya que, tras darle Mary otro mordisco, las dos decidimos darle lo que quedaba de banana a un niño que pasaba por allí y quien sí sabía cómo comerse la fruta. En aquel momento ni la cantidad de caramelos que teníamos entre las pegajosas manos nos permitió contemplar la felicidad del niño sin tirarnos de los pelos.

Otra anécdota relacionada con la fruta que ocurrió mientras vivíamos en Lawrence me permitirá mostrar las convicciones de mi madre y la educación que daba a sus hijos. Una tarde, los Cabbots, nuestros vecinos, celebraban una gran fiesta en su jardín y mi hermana estaba ayudándoles a recoger fresas para la ocasión. Volviendo a casa de la escuela pasé por las hileras de fresas y me paré a hablar con mi hermana, que me dio 2 fresas. Me dijo que la señora Cabbot le había dado permiso para comerse todas las fresas que quisiera, menos 2, que debía darme a mí. A mí, la idea me pareció justa y generosa, ya que las fresas no abundaban en mi vida. Me comí una fresa y decidí ser generosa yo también, de modo que le llevé la otra a mi madre, contándole cómo la había conseguido. El enfado de mi madre me pilló totalmente por sorpresa. Me dijo que el trato le resultaba completamente injusto y me hizo devolverle la fresa a la señora Cabbot, junto con mis disculpas. Cuando llegué a casa de la señora Cabbot, la fruta estaba pocha, y yo también. En aquel entonces solo tenía 9 años y era muy sensible. Estaba convencida de que no sería capaz de soportar la humillación de esa confesión y, de hecho, fue una experiencia muy amarga. En verdad, en mi joven vida, nunca había sentido tanta vergüenza, a pesar de que la señora Cabbot fue totalmente comprensiva y empática. Me dio un beso y un puñado de fresas para que se las llevara a mi madre. Sin embargo, durante mucho tiempo no fui capaz de mirar a nuestra vecina a los ojos, porque seguía pensando que ella pensaba que yo era una ladrona.

La segunda amistad que hice en mi vida, y fue una amistad que tuvo una profunda influencia en mi vida posterior, se gestó en Lawrence. Aunque no tenía más de 10 años cuando la conocí, en años posteriores fueron el recuerdo de esta nueva amiga y la impresión que causó en mi joven mente los que me condujeron primero en la senda del ministerio

religioso, más tarde hacia la medicina y, por último, a pelear por la causa sufragista. En la casa que se ubicaba junto a la nuestra en Prospect Hill vivía una hermosa y misteriosa mujer. Todo lo que los niños sabíamos de ella es que era una figura impresionante y romántica, que parecía no tener amigos y de quien los mayores hablaban en susurros, si es que lo hacían alguna vez. A mí me parecía una princesa de cuento de hadas, puesto que vestía un traje de montar azul, un sombrero de terciopelo del mismo color del que colgaba una pluma blanca muy pintoresca y montaba un caballo blanco. No tardé en familiarizarme con las horas en que salía a montar y me quedaba en la puerta de nuestra casa, porque me encantaba verla galopar. Me di cuenta de que su casa tenía algo inusual y tenía la convicción de que el príncipe la estaba esperando en algún paraje remoto y que había sido capaz de escapar de un ogro en el castillo que debía haber dejado atrás. Me equivocaba en lo referente al príncipe, pero acerté plenamente con lo del ogro. Y es que la infeliz dama no fue libre hasta que escapó del castillo.

Ella tampoco tardó en reparar en mí. Posiblemente reconociera la admiración en mis ojos infantiles. De ese modo, empezó a saludarme con la cabeza y a sonreírme y, más tarde, a hablar conmigo, aunque al principio casi me daba miedo responderle. Por entonces, entre los niños ya corrían rumores que aseguraban que la casa estaba encantada y que por las noches se podía ver a un fantasma merodeando el hogar y su jardín. A mí, el fantasma me producía una fascinación profunda y pasaba horas enteras mirando a través de los huecos de nuestra verja, tratando de verlo; pero no estaba segura de que fuera una buena idea entablar amistad con una persona que se relacionaba con fantasmas.

Un día, la misteriosa mujer se agachó y me besó. Después, se incorporó y me miró de manera divertida, mientras me decía: “Ve y dile a tu madre lo que acabo de hacer”. Su presencia destilaba autoridad y no dudé un segundo en correr a casa y contárselo a mi madre. Mientras ésta consideraba el problema que entrañaba esta situación, puesto que conocía el secreto de nuestra vecina, llegó un mensaje a manos de mi madre. Se trataba de una nota muy breve y patética en el que la misteriosa dama le pedía a mi madre que me dejara ir a su casa. Mucho después, mi madre me enseñó la nota, que terminaba con las siguientes palabras: “No verá

a nadie más que a mí misma. No le pasará nada malo. Confíe en mí”.

Esa misma noche, mis padres debatieron la cuestión y decidieron dejarme ir. Probablemente sintieran que la esclava que vivía a nuestro lado merecía tanta compasión como los esclavos fugitivos que a menudo escondían en nuestra propia casa. Así pues, fui a su casa y esta fue la primera de muchas visitas en las que una extraña amistad comenzó a gestarse entre la mujer más famosa de la ciudad y una niña a la que amaba. Recuerdo algunas de estas visitas de manera tan vívida como si hubieran sido ayer mismo. Durante ninguna de estas visitas nunca tuve el más leve indicio de las cosas que yo no debía ver o escuchar, puesto que cuando yo estaba en la casa, la anfitriona se convertía en una niña y pasábamos las horas simplemente jugando. Siempre tenía maravillosos juguetes para mí, así como imágenes y libros. Sin embargo, el objeto que más me gustaba y con el que jugábamos más a menudo era una pequeña gallina de peluche que, según me dijo, había sido su tesoro más preciado cuando ella era una niña y vivía en su casa. También tenía un perrito de peluche y en una ocasión mencionó que eran las 2 únicas cosas que le quedaban de su niñez. Además de los juguetes y libros, también me daba pasteles y helado y me contaba cuentos. Sabía de maravilla las cosas que le encantaban a los niños. En la casa vivían con ella otra media docena de mujeres, pero yo nunca las vi ni a ellas ni a los hombres que iban a visitarlas.

En una ocasión, cuando ya éramos buenas amigas y no quedaba en mí ni una sombra de la timidez anterior, encontré valor para preguntarle dónde habitaba el fantasma que encantaba la casa. Todavía puedo ver sus ojos, mientras me miraba. Me dijo, entonces, que el fantasma habitaba en su corazón, pero no que no le gustaba hablar de él, de modo que nunca más lo haríamos. A partir de entonces, nunca volví a mencionar el tema, pero mi interés por el fantasma se intensificó, puesto que un fantasma que habitaba un corazón humano era nuevo para mí en aquel entonces, a pesar de que a lo largo del tiempo he conocido a muchos que así lo hacen. Mi madre nunca entró en casa de la vecina, como tampoco mi misteriosa lo hizo en la nuestra; aunque continuamente le mandaba a mi madre regalos secretos para los enfermos o pobres del vecindario y era siempre la primera en ofrecer ayuda cuando alguien la

necesitaba. Mi madre me dijo muchos años después que era la mujer más generosa que nunca hubiera conocido. Nuestra partida a Michigan concluyó nuestra amistad; pero nunca me he olvidado de ella y cada vez que en mi vida he sido capaz, como ministra, como médico o como sufragista, de ayuda a alguna mujer de su misma condición, siempre he estimado que el mérito por esa ayuda correspondía a esta mujer, en cuya biografía contrastaban de manera tan marcada las páginas claras y las manchadas.

Hay otro incidente relacionado con Lawrence que debo contar antes de dejar la ciudad atrás, como la dejamos para siempre el año 1859. Mientras todavía residíamos allí, un grupo de hombres de Lawrence decidieron marcharse al oeste y se dirigieron a Kansas, donde fundaron la ciudad de Lawrence, levantando gran expectación con su partida entre todos los ciudadanos. Recuerdo con gran claridad este interés que sentíamos por su viaje al oeste y la sensación que teníamos de que estaban abandonando para siempre el mundo civilizado. Se despedían para siempre de sus amistades, ya que nadie esperaba volver a verlos nunca más y mi pequeño cerebro se turbaba al tratar de concebir un lugar tan remoto como aquel al que se dirigían estos aventureros. Finalmente, decidí que debía tratarse de un lugar que se ubica en los límites mismos del planeta y no me resultaba imposible que los aguerridos exploradores acabaran cayendo al espacio. 50 años después me encontraba hablando con una chica de California que se quejaba un poco de un clima en el que el sol brillaba y las flores brotaban durante todo el año. “Pero el año pasado experimenté un delicioso cambio, al ir al Este a pasar el invierno”, añadió.

“¿A Nueva York?”, le pregunté.

“No”, me corrigió la joven californiana, “A Lawrence, en Kansas”.

Creo que ningún comentario en toda mi vida me ha hecho sentirse más vieja que este. Hasta ese momento de mi vida, no había visto con tanta claridad una evolución tan amplia como la de esta ciudad, y la sensación me resultó opresiva. Sin embargo, luego me di cuenta de que, en realidad, esa trayectoria era simplemente un arco iris del tiempo que mostraba cuán gloriosamente se habían cumplido las esperanzas de los pioneros de Lawrence.

La mudanza a Michigan supuso un cambio radical para toda la familia. En Lawrence teníamos a nuestro alrededor las joyas de la cultura de Nueva Inglaterra. Los niños íbamos a la escuela y nuestros padres, aun siendo muy modestos, estaban en contacto con los líderes y grandes movimientos culturales del momento. Al marcharnos a Michigan, nos adentramos en un terreno inhóspito y en la vida salvaje de los pioneros y para entonces todos los miembros de la familia teníamos ya edad suficiente como para que este cambio nos afectara con gran intensidad.

Mi padre fue uno más de los muchos caballeros ingleses que compraron tierras en los bosques del norte de Michigan, para cumplir el viejo sueño de establecer una colonia en la zona. Pero ninguno de esos caballeros tenía la menor experiencia como granjero. Eran personas de ciudad o trabajadores de oficios que nada tenían que ver con el cultivo de la tierra. Por eso, todo ellos se lanzaron de cabeza a los densos bosques en lugar de dirigirse a las ricas praderas que les estaban esperando y, para colmo, empeoraron su error al talar los magníficos árboles casi de inmediato. De este modo, los arce rojos y otros muchos hermosos árboles acabaron convertidos en leña o empleados para levantar rudimentarias cabañas y, de este modo, los mejores recursos de los pioneros se malgastaron por completo.

Mi padre y mi hermano mayor, James, llegaron a Michigan antes que el resto de la familia y reclamaron una parcela de tierra para nuestra familia¹⁶. Despejaron un terreno en el bosque de tamaño suficiente como para levantar una cabaña de troncos y colocaron unas rudimentarias paredes. Entonces, mi padre regresó a Lawrence y a su empleo, dejando a James en Michigan. Unos meses después, en 1859, mi madre, mis dos

¹⁶ El 20 de mayo de 1862, durante la Guerra de Secesión, se aprobó en Estados Unidos el *Homestead Act* (generalmente traducido a nuestro idioma como *Ley de Asentamientos Rurales*), que permitía que cualquier ciudadano estadounidense que no se hubiera levantado en armas contra el Gobierno Federal pudiera reclamar para sí 160 acres de tierra. Los que así lo hicieran, debían cultivar y mejorar esa parcela y residir en ella. Tras 5 años, si habían cumplido esos requisitos, el terreno pasaba a ser de su propiedad con tan solo pagar unos muy modestos gastos correspondientes a los gastos notariales de escrituración. El *Homestead Act* estuvo en vigor hasta el año 1976, aunque la mayoría de los ciudadanos que se acogieron al mismo lo hicieron entre 1863 y 1900. También es importante mencionar que no fueron muchas las familias que se beneficiaron en verdad de esta medida, al acabar la mayor parte de tierras fértiles en manos de especuladores.

hermanas (Eleanor y Mary), mi hermano menor, Henry (que tenía 8 años) y yo, que entonces tenía 12 años, nos dirigimos a Michigan; mientras mi padre y 2 de mis hermanos (John y Thomas) se quedaron en el este, para hacernos llegar todo el dinero que podían conseguir.

Recuerdo perfectamente cada detalle de nuestro recorrido por los bosques. Por aquel entonces, el tren terminaba en Grand Rapids, en Michigan, y tuvimos que recorrer el resto del camino (más de 150 kilómetros) en carreta, atravesando un bosque muy denso y en muchas ocasiones desprovisto de senderos. Mi hermano James vino a recogernos en Grand Rapids, con lo que en aquellos días se llamaba un carromato para troncos y que se parecía de manera horrible a una ambulancia. Mis hermanas y yo le echamos un vistazo y enseguida nos alejamos de aquella carroza. Su aspecto era tan horroroso que nos negamos a atravesar la ciudad montadas en esa cosa horrible y, en su lugar, preferimos ir a pie, fingiendo que no teníamos nada que ver con el espantoso vehículo. No consentimos subir al destartado carro hasta que no dejamos atrás las calles de la ciudad. Hasta el último hueco del carro estaba ocupado por ropa de hogar y provisiones. Sin embargo, no teníamos muebles, que tuvimos que construir nosotros mismos al llegar a la cabaña. Había tan poco espacio disponible que los niños nos turnábamos para hacer parte del camino a pie, mientras que James dirigía a los cansados caballos durante los 7 días que duró el trayecto.

Para mi madre, que nunca había sido fuerte, la experiencia debió ser una pesadilla repleta de sufrimiento y estoica resistencia. Para los niños, sin embargo, había algunas cosas positivas. La expedición se convirtió para nosotros en una gran aventura, en la que a veces encontrábamos refugio y en otras ocasiones no, unas pocas veces comíamos, pero casi siempre pasábamos hambre. Cruzamos innumerables riachuelos y las ruedas del carromato se hundían en el fango tan profundamente que teníamos que retirar la carga para poder rescatar el vehículo. Con mucha frecuencia, los árboles caídos interrumpían nuestro trayecto, los ríos nos hacían desviarnos de nuestra ruta durante horas y una y otra vez nos perdíamos en la laberíntica vegetación o llegábamos a puntos muertos del camino que nos obligaban a dar la vuelta.

La primera jornada del viaje apenas recorrimos 13 kilómetros y esa noche nos detuvimos en una granja que fue el último vestigio de civilización conque nos encontramos. A la mañana siguiente partimos muy temprano, avanzando a un ritmo muy lento, a causa del inhóspito terreno y de la pesada carga que acarreábamos. Pasamos la noche en un lugar llamado *La Posada de Thomas*, donde la mujer que la regentaba nos dijo que no tenían nada de comer, porque su marido había ido “fuera” (a Grand Rapids) a por harina y no había regresado todavía, pero sí que nos ofreció refugio para pasar la noche, si queríamos quedarnos, aunque no hubiera comida. Como teníamos provisiones en el carronato, nos quedamos allí y mi hermano James trajo algo de carne de cerdo y abrió un barril de harina, con el que la señora de la casa preparó algunas galletas, que estaban tan verdes que mi pobre madre no pudo comerlas. La mujer nos informó que lo único que quedaba en su casa era bicarbonato de sodio, e hicimos uso de este ingrediente de manera generosa. Cuando acabamos de cenar, nos hizo saber que tampoco tenía camas.

“La señora mayor puede dormir conmigo”, sugirió, “y las niñas pueden hacerlo en el suelo. Pero los niños tendrán que pasar la noche en el establo”. Ni la mujer ni su cama resultaban especialmente atractivas, de modo que mi madre decidió acostarse en el suelo con nosotras. Habíamos traído mantas del carronato y pasamos la noche bastante bien; pero, aunque mi madre solía sobreponerse muy bien a las pequeñas molestias, creo que esa noche realmente le afectó sobremedida el que la llamaran “señora mayor” porque, aunque puede que esa noche se sintiera como una verdadera anciana, solo tenía 48 años.

Al día siguiente, retomamos el camino nada más salir el sol y ese día, como todos los demás, fuimos capaces de recorrer la distancia que nos habíamos propuesto al comenzar el viaje. Por lo general, de ese modo nos garantizábamos algún tipo de refugio cada noche. Un día, sin embargo, sabíamos que no encontraríamos ningún edificio en el que dormir. La distancia aquella vez era de unos 30 kilómetros y al anochecer no habíamos logrado cubrir esa distancia. Mi madre llevaba una caja con cerditos, que se escaparon durante la tarde y corrieron al bosque. Tardamos mucho en recuperarlos y acabamos tan agotados que en cuanto

llegamos a una casucha hecha con ramas y hojarasca decidimos acampar allí esa noche, aunque no sabíamos de su existencia. Mi hermano les había quitado los arneses a los caballos y mi madre y hermana estaban cocinando unos panecillos fritos, que preparaban con una mezcla de harina, agua y bicarbonato; cuando 2 hombres nos rodearon a caballo y le ordenaron a mi hermano que se acercara a ellos. Tras hablar con los hombres, mi hermano volvió a poner los arneses a los caballos y nos obligó a partir en el acto, aunque para entonces ya era noche cerrada. Más tarde, mi hermano le contó a mi madre, aunque no nos dijo nada a los niños, que la noche anterior un hombre había sido asesinado en esa casucha. El asesino seguía escondido en el bosque y los 2 hombres que habían llegado hasta nosotros formaban parte de una cuadrilla que lo buscaban. En cualquier caso, mi hermano no dudó un momento en poner tantos kilómetros de distancia entre nosotros y el siniestro lugar como fuera posible. El último día, como también había ocurrido el primero, tan solo recorrimos unos 13 kilómetros, pero pasamos la noche en una casa que jamás olvidaré. Estaba increíblemente limpia y la anfitriona nos preparó para la cena las rebanadas de pan más grandes que nunca hubiéramos visto. Cortó enormes rebanadas de este pan y les puso sirope de arce. A nosotros nos resultó la comida más exquisita que nunca hubiéramos probado.

A la mañana siguiente emprendimos la última etapa del viaje con el corazón lleno de alegría por estar llegando por fin a nuestro nuevo hogar. Todos teníamos la idea vaga de que íbamos a una granja y esperábamos que se pareciera a las prósperas granjas que habíamos visto en Nueva Inglaterra. La imagen mental que se había formado mi madre, desde luego, era la de una granja inglesa. Posiblemente esperara establos rojos y prados extensos, cielos soleados y margaritas. Lo que en verdad nos esperaban eran las 4 paredes y el tejado de una casa de troncos de buen tamaño, que se erigía en mitad de un pequeño espacio despejado en mitad de la naturaleza. Sus puertas y ventanas no eran más que agujeros cuadrados, el suelo también quedaba por hacer y el aspecto general era de solitaria desolación. La noche estaba cayendo y nos dirigimos a la apertura que servía de entrada principal. Por mi parte, yo nunca olvidaré la mirada que mi madre le dirigió a aquel lugar. Cruzó el umbral sin

decir palabra y, quedándose quieta, miró a su alrededor muy lentamente. Entonces, algo en su interior pareció quebrarse y se dejó caer al suelo. No podía concebir, ni si quiera en aquel momento, que aquel fuera el lugar que mi padre había preparado para la familia y en el que esperaba que viviéramos. Cuando finalmente lo aceptó, enterró el rostro entre las manos y se quedó sentada así durante horas, sin moverse ni hablar lo más mínimo. Por primera vez en su vida, se había olvidado de nosotros, que ni nos atrevíamos a hablar con ella. Nos limitamos a quedarnos a su alrededor, asustados y hablando entre nosotros en susurros. Nuestro pequeño mundo acababa de derrumbarse bajo nuestros pies. Y es que nunca antes habíamos visto a mi madre ceder de esa manera ante la desesperación.

La noche comenzó a caer y los bosques cobraron vida con criaturas nocturnas, e incluso las más inofensivas hacían unos ruidos terroríficos. Los búhos comenzaron a ulular y no tardamos en escuchar a los gatos monteses, cuyos aullidos recuerdan a los de un niño aterrorizado y son de los más sorprendentes del bosque. Más tarde, los lobos se sumaron con sus aullidos al tumulto. Pero, aunque la oscuridad nos había invadido y los niños estábamos atemorizados a su alrededor, mi madre permanecía sentada en su extraño letargo.

Finalmente, mi hermano acercó los caballos a la cabaña y encendió unas fogatas para proteger tanto a los animales como a nosotros mismos. Aunque no tenía más que 20 años, demostró ser un verdadero hombre durante esos primeros días que vivimos como pioneros. Mientras él protegía a los caballos y preparaba los fuegos, mi madre volvió en sí, pero su rostro cuando emergió resultó ser peor de lo que había resultado el silencio anterior. Era como si hubiera muerto y regresado de la tumba y no me cabe duda de que era precisamente así como se sentía. A partir de aquel momento, se alzó y comenzó a cargar con el peso que le había tocado. Un peso del que no se libró hasta el día de su muerte. Pero ya nunca se libró de las arrugas profundas que esas primeras horas como pionera habían cincelado en su rostro.

Esa noche dormimos en troncos en el suelo cubierto de tierra de la cabaña, pusimos mantas ante los huecos que señalaban las futuras puertas

y ventanas y mantuvimos vivos los fuegos protectores. Yo no tenía más de 12 años, pero mi mente estaba repleta de fantasías. Tras las mantas, que se mecían por el viento nocturno, creí ver las cabezas y hombros de animales salvajes que pretendían entrar y de los que también escuchaba sus pasos amplificadas. Durante los años siguientes, nos familiarizamos con los elementos de la naturaleza, así como con otras cosas peores. Pero esa noche lo que más me aterrorizaba estaba dentro de mí, no en el exterior de la cabaña. No era capaz de entender que nos acababan de arrebatar el único refugio estable de nuestras vidas. Apenas era capaz de reconocer a esa mujer silenciosa que estaba tumbada cerca de mí, sin dejar de dar vueltas y contemplando la oscuridad con gran intensidad y no podía evitar sentir que habíamos perdido a nuestra madre.

EN LOS BOSQUES

Como ocurre con la mayoría de los hombres, mi querido padre nunca debió de casarse. Aunque su naturaleza era de las más nobles que haya conocido nunca y que estuviera dispuesto permanentemente a dedicar su tiempo o arriesgar su vida por otras personas, en lo que respecta a asuntos prácticos. Hasta el final de sus días fue tan imprudente como un niño pequeño y si se detenía por un momento a pensar en asuntos prácticos, no era sino para concebir grandes planes futuros. Y es que él para una bellota no era un fruto, sino un campo de jóvenes robles.

Por eso, cuando reclamó una parcela de 360 acres de tierra en aquel bosque del norte de Michigan y mandó a su mujer e hijos a vivir allí solos durante 18 meses hasta que él pudiera reunirse con nosotros no se paró a pensar por un solo momento en cómo íbamos a tener que pelear para sobreponernos a las innumerables dificultades que se nos plantearían a diario. Nos había provisto con la parcela de tierra y las 4 paredes de una cabaña de troncos. Estaba seguro de que algún día aquello sería un hermoso rancho que sus hijos heredarían y que con el paso de los años estos cederían a sus propios hijos, lo que constituía el mayor anhelo de todo ciudadano inglés. No se le había pasado por la cabeza que de momento nos encontraríamos a 160 kilómetros de las vías del tren, a 60 de la oficina de correos más cercana y a casi 80 de cualquier vecino que no fuera un indio, lobo o gato montés; que no estuviéramos para nada preparados para sobrevivir en los bosques ni supiéramos ni lo más mínimo acerca del oficio de granjeros; el que estuviéramos privados no ya de cualquier comodidad, sino incluso de las más elementales necesidades. Y tampoco se había planteado en ningún momento que nos estaba pidiendo que comenzáramos a enfrentarnos con una mano atrás y otra delante y sin preparación a los desafíos que entrañaba sobrevivir en uno de los lugares del mundo más inhóspitos del mundo, donde las fuerzas de la naturaleza conjuraban contra nosotros en todo momento. Ni si quiera si hubiera contemplado la desesperación de mi madre la tarde en

que llegamos habría podido entenderlo. Desde su perspectiva, él simplemente estaba cumpliendo con las obligaciones de un varón. Estaba trabajando duro en Lawrence y, también, dedicándole mucho tiempo a la abolición y a otras causas sociales que contaban con su total interés y simpatía. Nos escribía con regularidad y también nos mandaba dinero cuando podía, así como una generosa cantidad de libros para alimentar nuestras mentes. Pero el fortalecer nuestros cuerpos, adaptarnos al lugar al que él nos había mandado y sobrevivir, si podíamos, era enteramente cosa nuestra.

La mañana siguiente a nuestra llegada nos enfrentamos a nuestra nueva ubicación con los ojos claros y libres de temor. Sabíamos que el problema de la comida estaba, al menos de momento, solventado, porque habíamos traído con nosotros una cantidad de café, cerdo y harina para subsistir durante varias semanas y lo único conque mi padre había equipado la cabina era una gran chimenea, hecha de piedras y arcilla en la que podríamos cocinar. El problema de conseguir agua no era tan sencillo de resolver, pero mi hermano James lo solucionó al mostrarnos un arroyo que, no obstante, se encontraba a una gran distancia de la casa. Así fue como, durante varios meses, llevamos desde el arroyo en cubos cada gota de agua que empleamos, salvo la que recogíamos cuando llovía.

Tras desayunar, tuvimos una reunión familiar en la que, a pesar de tener solo 12 años, jugué un papel decidido y entusiasta. Me encantaba trabajar (de hecho, era mi entretenimiento favorito) y, de este modo, aproveché cada oportunidad que se me presentaba para hacerlo, siempre con una sonrisa. Como resulta obvio, la primera tarea consistió en colocar puertas y ventanas en los agujeros que mi padre había dejado preparados a tal efecto. También debíamos poner tablones de madera sobre el suelo y esas labores quedaron resueltas antes de que cayera la noche. A unos 15 kilómetros de la cabaña había un pequeño aserradero, donde ahora se ubica Big Rapids, y era allí donde comprábamos los tablones de madera. Aunque pusimos todo nuestro corazón en la labor y en aquellos momentos nos pareció que los resultados fueron muy buenos, hoy debo admitir que distaba mucho de ser perfecto. Comenzamos por hacer 3 ventanas y 2 puertas y, animados por este éxito, construimos también un ático y dividimos la planta inferior, con lo que quedaron 4 habitaciones.

La impresión general que producía la casa era de caprichosa improvisación y los tablones que cubrían el suelo no estaban ni si quiera clavados. Estos eran finos y tenían un aspecto estupendo, sin un solo nudo visible, así que nos limitamos a situarlos uno junto al otro, lo más cerca que pudimos y los dejamos así, tal cual. Tampoco nos molestamos en comprobar que las paredes estuvieran libres de grietas. Es cierto que una cabaña que ha sido cuidadosamente construida y rematada puede resultar muy cómoda; pero por algún motivo (probablemente porque siempre había algo que hacer que se nos antojaba más urgente), nunca llegamos a molestarnos en enyesar la nuestra. El resultado de este olvido fue que durante los inviernos siguientes, en no pocas ocasiones nos levantábamos primorosamente cubiertos de blanca nieve y el único espacio mínimamente cálido del salón se encontraba justo delante de la chimenea, donde pesados troncos ardían día y noche. Pero incluso allí, mientras se nos quemaba la cara sentíamos la espalda congelarse, hasta que decidíamos darnos la vuelta, como pollos en el asador. No me cabe duda de que hubiéramos trabajado de manera más concienzuda si mi hermano James, que tenía 20 años y era nuestro elemento más sólido, hubiera permanecido con nosotros; pero unos pocos meses tras nuestra llegada, se cayó y tuvo que volver al este a operarse. Ya nunca pudo volver junto a nosotros, de modo que mi madre, junto a sus tres hijas y a su hijo menor (que solo tenía 8 años) tuvo que pelear sola hasta que mi llegó padre, más de un año después.

Mi madre estaba casi inválida a causa de una afección nerviosa que le impedía mantenerse en pie sin apoyarse en una silla. Sin embargo, cosía con su habitual maestría, lo que permitía que por mucho que maltratásemos la ropa, mantuviéramos siempre una apariencia digna. Cosía durante varias horas al día y, gracias a un taburete con ruedas que James le había hecho en cuanto llegamos, podía desplazarse alrededor de la casa. También construyó para ella una silla especial, con un respaldar más alto, que le resultaba mucho más cómoda.

La distribución de tareas que decidimos en nuestra primera reunión consistía en que madre cosería y mis hermanas mayores, Eleanor y Mary, se encargarían de las tareas domésticas, que no eran muy exigentes, puesto que vivíamos de la manera más simple. Mis hermanos y yo, por nuestra

parte, nos encargaríamos de las labores del exterior, lo que se adaptaba perfectamente a mis deseos. Al principio, por falta de experiencia, nuestras labores se veían muy limitadas. Ya había pasado el período de arado y siembra, aunque de todas formas tampoco es que tuviéramos nada con lo que arar y, además, el terreno despejado de tierra estaba plagado de duros tocones de los árboles que habíamos ido talando. Incluso durante el segundo verano nos resultó imposible arar y no pudimos más que plantar patatas y maíz, de la forma más rudimentaria posible. Cogimos un hacha, picamos la hierba lo mejor que pudimos y pusimos las semillas, para que crecieran. Y crecieron, lo que nos llenó de alegría y nos dio muchos ánimos. Nuestro maíz verde y patatas eran las mejores que he comido en mi vida. Pero esos fueron lujos de los que carecimos en un primer momento.

Teníamos, sin embargo, una cantidad enorme de frutas salvajes, grosellas, moras y ciruelas, que mi hermano Harry y yo recogíamos en las orillas del lago. Por otra parte, Harry no tardó en volverse un experto pescador. No teníamos ni anzuelos ni rollo de hilo de pescar, pero mi hermano les quitó a nuestros corses algunos cables, a los que les dobló la punta. Yo le ayudaba, en un tronco, asustando a los peces con unos horribles sonidos que emitía con un entusiasmo apasionado. Cuando los peces salían a la superficie a investigar el origen del estruendo, el habilidoso muchacho los pescaba al vuelo, sintiéndose muy orgulloso de contribuir de esa manera al sustento familiar.

El primer invierno sobrevivimos básicamente a base de pan de maíz, que conseguíamos a costa de un pequeño viaje de alrededor de 30 kilómetros al molino más cercano. Pero incluso así, éramos más afortunados que muchos de nuestros vecinos. Recuerdo una familia de la zona que tuvo que apañárselas con unos nabos duros y amarillentos, que cambiaron con agrado por puerros en cuanto estos florecieron en primavera.

Todo el mobiliario del que disponíamos lo habíamos fabricado nosotros mismos. Además de las 2 sillas de mi madre y de las literas en que dormíamos, James hizo un pequeño sofá para el salón, así como una mesa y algunos taburetes. En un primer momento, contratábamos a leñadores para que cortaran nuestros árboles, pero no tardamos en hacernos

expertos en esta noble arte. Yo alcancé tal gran maestría, que incluso muchos años después, seguí ayudando a mi padre con la tala.

No había hora del día ni lugar en el que no nos diéramos de bruces con las extremas limitaciones que impone la vida del pionero. En toda la región donde vivíamos no había caballos de tiro. Los que nos habían traído hasta aquí los había alquilado mi hermano en Grand Rapids y los devolvimos de inmediato. Así, la leña nos la traían con bueyes y las pocas compras imprescindibles que hacíamos “fuera” (en las tiendas más cercanas, que estaban a más de 50 kilómetros de distancia), las acarreaban a sus espaldas hombres, que cruzaban el bosque cargados con las provisiones. El correo nos lo traía un mensajero, a veces a caballo y en otras ocasiones viajando en una canoa. Pero disfrutábamos de salud, juventud, entusiasmo, una gran ambición y la fortaleza de espíritu necesaria para pelear por nuestros sueños. Por las noches, caímos exhaustos en las literas y enseguida nos sumíamos en un sueño profundo. De hecho, cuando recuerdo ahora esos primeros meses, se me antoja que fueron un larguísimo y glorioso picnic, interrumpido solamente por horas puntuales de dolor o pánico.

Como resulta evidente, nuestras 2 mayores amenazas provenían de los animales salvajes y de los indios. Pero a medida que avanzaban los días, comenzamos a perder el miedo a las criaturas salvajes y nos fuimos volviendo indiferentes a los sonidos que emitían, de modo que el espanto que nos produjeron las primeras noches se tornó en una especie de familiaridad y comenzamos a contemplar a las diversas criaturas peludas que nos miraban desde todos los rincones del bosque casi con hastío. Las experiencias de otros colonos que llegaron antes que nosotros con los animales nos habían enseñado a evitarlos más que a buscar su contacto y teníamos por costumbre dejar el máximo espacio posible entre las bestias y la familia. Los indios, sin embargo, estaban por todas partes y con cada colono que hablábamos, nos contaba una gran cantidad de historias que nos ponían los pelos de punta. El consenso general era que solo resultaban una amenaza cuando estaban borrachos, pero como lo estaban en cuanto podían hacerse con algo de whisky y les daban licor continuamente a cambio de pieles y otros productos, cada vez que nos encontrábamos con un indio nos embargaba una profunda preocupación.

Mi primer encuentro con los indios ocurrió en el bosque, un anochecer, cuando estaba con mi hermano pequeño, Harry. Estábamos persiguiendo a una vaca que James había comprado y nuestros jóvenes ojos estaban muy atentos a cualquier leve movimiento que se produjera entre la vegetación. De repente, vimos como un grupo de indios se dirigía directamente hacia nosotros. Eran 5, todos hombres, y caminaban en fila, tan silenciosos como espectros, puesto que sus mocasines no hacían el menor ruido al desplazarse sobre las hojas secas que cubrían el bosque. No tardaron en venir a nuestra memoria las horribles historias acerca de la crueldad india que habíamos oído y, por un instante, nos quedamos congelados por el pánico. Entonces, recordé que lo último que había que hacer al encontrarse con los indios era mostrarles temor. Harry llevaba consigo una cuerda con la que esperábamos cazar a la vaca fugitiva y yo sujeté un extremo con fuerza y le susurré a mi hermano que jugáramos al “caballito”, fingiendo que él me llevaba. Nos acercamos a ellos con pies de plomo y con tal horror en los ojos que apenas sí distinguíamos una fila de figuras borrosas en movimiento. Sin embargo, cuando pasamos cerca, no se dignaron ni en dirigirle una mirada fugaz a aquellas dos criaturas que con tanto esfuerzo fingían no estar asustadas. Nos dimos cuenta de que se dirigían directamente a nuestra casa y, con mucho cuidado de que no nos vieran, corrimos a avisar a nuestra madre a través de la maleza.

Como mi hermano no estaba, mi madre tuvo que preparar la visita de los indeseados visitantes sola, con la única ayuda de sus hijos e hijas menores. Sin embargo, preparó el almuerzo, y cuando llegaron, los recibió de manera calmada, ofreciéndoles lo mejor que tenía. Tras comer, comenzaron a señalar las cosas de la habitación que les gustaban y querían llevarse: la pipa de mi hermano, algo de tabaco, un cuenco y otras cosas sin importancia que mi madre, por temor a disgustarles, les dio sin rechistar. Estaban bastante sobrios y, aunque se marcharon sin dar la menor muestra de gratitud, nos hicieron una segunda visita algunos meses más tarde, trayendo consigo una gran cantidad de carne de venado y una bolsa de arándanos como generoso pago. Estos indios eran Ottawas y, más tarde, llegamos a establecer una gran amistad con ellos y el resto de su tribu, de modo que incluso asistimos a una de sus danzas, que describiré más adelante.

Nuestro segundo encuentro con los indios resultó bastante más desagradable. Eran siete guerreros de la tribu Marquette, que estaban completamente borrachos. Además, llevaban consigo varias botellas de ese whisky desquiciante de pésima calidad con que les pagaban los comerciantes de pieles. De modo que resultaba bastante evidente que no se comportarían con educación en nuestra cabaña. Afortunadamente, nuestro hermano James estaba en casa en aquella ocasión y a medida que caía la tarde y los indios que se agrupaban alrededor del fuego iban comportándose de manera cada vez más irresponsable, diseñó un plan para garantizar nuestra seguridad.

Ya habíamos acabado de construir el ático de la cabaña, al que solo se podía acceder a través de una trampilla, subiendo una escalera. Cuando mi hermano se lo indicó en susurros, mi hermana Eleanor subió discretamente al ático y dejó caer una cuerda por la ventana del mismo, a la que James ató su pistola y varias hachas, que eran todas las armas con que contábamos. Eleanor subió las armas y las escondió en una de las literas. A partir de ese momento, mi hermano nos fue indicando al resto de miembros de la familia que subiéramos también, de uno en uno y cada poco rato, lo más disimuladamente que pudiéramos para que los indios no se dieran cuenta de lo que estábamos haciendo. Una vez estuvimos todos en el ático, retiramos la escalera y cerramos la trampilla, quedando razonablemente protegidos... a menos que los indios decidieran quemar la cabaña.

Esa tarde pareció no acabar nunca y nos resultó totalmente estresante. Los indios se comieron toda nuestra comida, mientras yo observaba, escondida en un rincón, como mi hermana se la iba trayendo. Recuerdo perfectamente el espectáculo que ofrecieron en nuestro salón y la algarabía de sus extraños acentos. De vez en cuando, uno de ellos se arrancaba un cabello de la cabeza, sacaba uno de esos cuchillos que usaban para arrancar el cuero cabelludo de sus enemigos y cortaba con él el pelo de la forma más siniestra. Cuando alguna de mis hermanas se acercaba a ellos, alguno de ellos empezaba a gesticular, como si fuera a arrancarle la cabellera. A pesar de todo, era el whisky el que captaba la mayor parte de su atención y fue precisamente por este motivo por el que pudimos escondernos en el ático sin que se dieran cuenta si quiera. James fue el

último en subir, retirando la escalera después. Entonces, mi madre y los niños se acostaron, pero James y Eleanor pasaron esa interminable noche tumbados en el suelo, observando a través de las grietas que había en los tablones de madera cómo la embriaguez y comportamiento salvaje de los indios iba aumentando a media que se acercaba el amanecer. No teníamos manera de saber cuándo se darían cuenta de nuestra ausencia o si su estado de ánimo cambiaría. En cualquier instante podrían atacarnos o prender fuego a la cabaña. Sin embargo, al llegar el alba, ya no les quedaba whisky y los 7 estaban tan borrachos que fueron cayendo al suelo desde sus sillas de uno en uno, donde se quedaron inconscientes. Al despertar, se marcharon de inmediato y sin causar ningún tipo de problema. En ese momento, daban la impresión de ser un grupo de personas totalmente sometidas y castigadas y ciertamente debían de sentirse muy enfermos a causa del alcohol adulterado que los comerciantes les habían dado.

Ese otoño, los Ottawa celebraron una gran fiesta para celebrar la cosecha de maíz, a la que invitaron a los colonos. James y mis hermanas mayores asistieron y yo fui con ellos, por voluntad propia y firme insistencia. Y es que no me parecía justo que ya que compartía el duro trabajo y los peligros a los que hacíamos frente cada día, también debía compartir sus alegrías. Aunque me costó, al final pude convencer a mi familia de la valía de este argumento.

La celebración se organizó en torno a un enorme caldero, con una circunferencia de muchos centímetros, en el que los indios iban añadiendo una extraordinaria variedad de alimentos. Cabezas enteras de ciervo acabaron en ese caldero, junto con todo tipo de carnes y verduras que los indios pudieron conseguir. Todo el mundo comió de esta agradable combinación de ingredientes y, más tarde, comenzamos a bailar entre nosotros, y con los indios, al son de un tambor y un tom-tom. La fiesta resultó muy interesante, hasta que el whisky hizo acto de presencia y comenzó a hacerles efecto. Cuando nuestros anfitriones comenzaron a caer al suelo y quedar allí inertes, mientras otros muchos seguían bailando y las peleas surgieron como otro de los resultados de la bebida, nos marchamos de allí con discreción y sin despedirnos de nuestros anfitriones.

Durante los duros meses invernales, la vida nos ofrecía muy pocas diversiones, aunque estuvieron completamente repletos de dificultades y privaciones. Nuestro arroyo se congeló y la cuestión del agua se convirtió en un serio problema, que sobrellevamos como mejor pudimos a medida que la temperatura iba cayendo de manera progresiva. Derretimos hielo y nieve y, de ese modo, logramos sobrevivir al invierno, aunque con tal incomodidad que no nos quedaron ganas de repetir esa fase concreta de nuestra experiencia como colonos. Así pues, en primavera, construí a pozo; pero antes de llegar ese momento, James se había marchado, quedando Harry y yo como únicas personas encargadas de ese tipo de tareas. Harry era todavía demasiado joven como para ayudar a construir el pozo; pero un joven vecino que había tomado por costumbre el cabalgar casi 30 kilómetros para asegurarse de que seguíamos bien, me ayudó en esta tarea.

Comenzamos la labor, y en cuanto cavamos hasta donde pudimos con las palas, el vecino bajó al agujero y comenzó a lazar tierra hacia el exterior, que yo iba retirando. A medida que el pozo se iba haciendo más profundo, colocamos una repisa a medio camino, en la que él iba dejando la tierra que yo lanzaba al exterior. Más tarde, el joven siguió descendiendo todavía más en el agujero que estábamos ahondando, y a colocar la tierra en cubos que me pasaba a mí y yo se los daba a mi hermana, que en aquel momento se había visto obligada a colaborar también. Cuando la construcción tuvo la profundidad necesaria, hicimos un muro empleando tablones de madera, colocadas unos junto a otros de manera burda. No sería justo calificar el resultado de nuestros esfuerzos como hermoso, pero sí que resultó ser un pozo tremendamente útil. De hecho, fue el que empleamos durante los 12 años que habitamos la cabaña.

El primer año que residimos en el bosque no había ninguna escuela a menos de 15 kilómetros de distancia de nuestra casa; pero esa circunstancia no nos apenó ni a mi hermano Harry ni a mí misma. Habíamos traído con nosotros una caja de libros de Lawrence, que nos proporcionaron un gran placer durante los meses invernales en los que el frío tanto limitaba nuestras actividades en el exterior. Eran los únicos libros en aquella zona del país, y los leímos tantas veces que acabamos por sabérnoslos de memoria. Además, nuestro padre nos mandaba con

regularidad ejemplares del *New York Independent*,¹⁷ que nos entretuvieron mucho y que, tras leerlos, empleábamos para empapelar las paredes. De ese modo, los días de tormenta podíamos tumbarnos en el sofá o en el suelo y volver a leer el *Independent* otra vez, con renovado interés y placer.

En algunas ocasiones, nuestro padre también nos enviaba algún ejemplar del *Ledger*,¹⁸ aunque mi madre no tardó en establecer límites en este sentido. Madre detestaba ese periódico y la peor crítica que podía hacerle a una mujer era el ser el tipo de persona “que tenía un perro, horneaba galletitas y leía el *New York Ledger* durante todo el día”. Nuestra modesta biblioteca también incluía diversos volúmenes sobre la historia de Grecia y Roma y debían ser buenas obras, porque cuando años más tarde ingresé en la universidad, pasé mi examen de Historia Antigua sin ninguna otra preparación que esas lecturas. También teníamos algunas obras de aritmética y álgebra, una o dos novelas históricas y no podía faltar, tampoco, una copia de *La cabaña del Tío Tom*, cuyas páginas a menudo humedecí con mis lágrimas.

Cuando las ventajas de la educación pública finalmente se me ofrecieron, con 13 años, al abrir una escuela a menos de 5 kilómetros de nuestra casa, las acepté con no pocos recelos. La maestra tenía 44 años y era la primera solterona que conocí en mi vida. Su nombre, Prudence Duncan, le iba como anillo al dedo y encajaba perfectamente con su personalidad rígida y en extremo inflexible.¹⁹ Acudí a esta escuela durante 3 meses hasta que Prudence me pidió de manera vehemente que dejara de hacerlo. Durante esos 3 meses había caminado cada día casi diez kilómetros por caminos sin asfaltar, mientras nevaba, para tomar lo que la

¹⁷ Se trata de un periódico que se editó a diario en la ciudad de Nueva York entre los años 1848 y 1928. Se fundó para promover la fe Congregacionista en el país y que no tardó en convertirse en uno de los medios de comunicación más comprometidos con las causas abolicionistas y sufragista en Estados Unidos.

¹⁸ Publicación semanal, editada también en la ciudad de Nueva York, entre 1855 y 1898. Aunque la línea política y editorial no divergía en exceso de la del *Independent*, esta revista también publicaba relatos literarios fantásticos y románticos, probable motivo por el que la madre de la autora desaprobaba esta publicación.

¹⁹ Debido a la etimología latina de “prudence”, el juego de palabras se entiende a la perfección, tanto en el texto fuente como en el meta.

maestra pudiera ofrecerme. Pero, en verdad, no tenía mucho con lo que pudiera alimentar mi mente despierta y crítica. Lo que había estudiado en Lawrence y mis lecturas en el bosque me habían enseñado más de lo que Prudence sabía; un hecho que nos quedó pronto claro a ambas y nos causaba resentimiento mutuo. Debo confesar que yo era una jovencita bastante desafiante e insolente, que no perdía oportunidad de dejar en evidencia la falta de conocimientos y profundidad intelectual de Prudence. Esta, a su vez, se desquitaba no solo conmigo sino también con mi hermano pequeño. De ese modo, me convertí en una piedra en su zapato y un día, tras una discusión especialmente airada en la que también participó mi hermano, me sacó de la clase y expulsó de su escuela de por vida. A partir de ese momento, estudié en casa donde, además, resultaba mucho más útil a la familia que permaneciendo en la escuela.

La segunda primavera que pasamos en los bosques, Harry y yo comenzamos a extraer la savia de los sauces azucareros; recolectando todo su jugo, que transportábamos a casa en cubos, mediante un yugo colocado en las espaldas. Logramos extraer unos 70 kilos de azúcar y un barril de sirope, aunque como de costumbre, trabajábamos de la manera más primitiva que se pueda imaginar. Para obtener la savia, hacíamos cortes en los árboles, donde colocábamos espitas y bajo estas excavábamos las zanjas de donde luego recogíamos la savia. No era una tarea fácil levantar las bandejas de las zanjas llenas de savia y vaciarlas en cubos, pero lo logramos. Entonces, encendíamos fuegos para hervirla.

Para ese momento, también habíamos despejado parte de nuestro terreno y durante la primavera siguiente pudimos arar, repartiéndonos el trabajo de manera equitativa entre mi hermano y yo misma. Sin duda, eran ocupaciones arduas para un niño de nueve años y una niña de trece. Pero, aunque tampoco es que fuéramos unos santos, no nos quejamos nunca. De hecho, estas tareas eran para nosotros unos sustitutos bastante satisfactorios de los divertimentos de que habíamos disfrutado en la ciudad. Aunque también ocurrieron pequeñas tragedias. Nuestra vaca murió y pasamos un invierno entero sin leche; el suministro de café se agotó pronto y como sustituto ideamos una mezcla de guisantes tostados y centeno quemado. En invierno siempre teníamos frío y, hasta que construimos el pozo, la falta de agua suponía una preocupación constante y aguda.

Cuando pasaron 18 meses, mi padre se unió a nosotros, pero aunque su presencia nos llenó de alegría y apoyo moral, no contribuyó demasiado con las tareas que llevábamos a cabo. Trajo consigo una mecedora para mi madre y un nuevo suministro de libros, sobre los que me lancé con la misma ansia que una persona hambrienta se hubiera arrojado sobre la comida. Mi padre leía con tanto interés como lo hacía yo, aunque de manera más pausada. Su mente estaba siempre resolviendo problemas y si uno de estos problemas le asaltaba mientras se encontraba trabajando en el campo, la implacable curiosidad que le poseía le hacía dejar todo lo que estuviera haciendo y regresar a casa de inmediato para reflexionar sobre el problema en cuestión. De ese modo, se pasó una de las temporadas de siembra de maíz entera calculando la producción que daría un número concreto de semillas de maíz, en lugar de plantar y cuidar del vegetal. Durante el invierno, se suponía que mi padre se encargaría de limpiar el terreno, para poder plantar un huerto de árboles frutales la siguiente primavera; pero en lugar de eso se volcó en sus libros y meditaciones durante todo el día y, muchas veces, también durante gran parte de la noche.

Nuestros vecinos, cuyo número comenzaba a aumentar con gran rapidez, no tardaron en descubrir que mi padre tenía muchos libros y que le encantaba leer en voz alta. Así pues, muchos hombres caminaban 15 o más kilómetros para pasar la noche con nosotros, escuchando leer a mi padre. A medida que su fama fue creciendo, comenzó a ser frecuente que 10 o 12 hombres llegaran a nuestra cabaña el sábado, que permanecían con nosotros hasta el domingo. En una ocasión, mi madre intentó hacerles ver a nuestros huéspedes el efecto en nuestra economía de estas frecuentes lecturas que duraban toda la noche, poniendo como ejemplo el gasto que suponía en velas. El siguiente sábado, todos los hombres que fueron llegando traía consigo una vela en cada mano. Pero no se trataba de personas muy sensatas y, puesto que habían traído las velas, tanto a ellos como a mi padre les pareció justo que las chicas cocináramos y les sirviéramos la cena.

Sin embargo, el nivel de tolerancia con la indolencia que mi padre tenía con otras personas no lo aplicaba con sus hijos e hijas, lo que condujo a la primera de mis rebeliones, que tuvo lugar cuando yo tenía 14 años.

Yo había estado todo el día en el bosque, totalmente absorta en mis libros y no volví hasta la noche, todavía perdida en el mundo de ensueño al que me habían transportado las lecturas. Mi padre estaba esperándome con el ceño fruncido en un claro gesto de desaprobación. Resultaba que ese día mi madre había necesitado mi ayuda y mi padre me reprochó con dureza el no haber estado disponible y ser una vaga que perdía el tiempo mientras su madre se esforzaba. Terminó su larga perorata augurando de manera ominosa que, de seguir por esos derroteros, nunca llegaría a ser nada en la vida.

La injusticia de sus palabras me afectó profundamente, porque era plenamente consciente de que siempre había hecho, y seguía haciéndolo, todo lo que podía por contribuir al bienestar de la familia. Pero también porque en aquel momento yo ya había empezado a sentir la llamada de mi vocación. Por alguna razón que no era capaz de entender, quería hablar en público y ser capaz de transmitir ideas a la gente. Todavía no sabía el porqué de mi necesidad ni qué enseñaría; pero ya había empezado a dictar clases en los silenciosos bosques, subiéndome a tocones y predicando a los impasibles árboles.

Cuando mi padre terminó de decir todo lo que quiso, lo miré y le aseguré de manera calmada, “Padre, algún día iré a la universidad”.

Todavía puedo ver su leve e irónica sonrisa; que me condujo a hacer una segunda predicción. En aquel entonces era lo suficientemente joven como para medir el éxito de acuerdo con resultados económicos, de modo que añadí de forma impetuosa:

“Y antes de morir, habré ganado 10.000 dólares”.

La cifra me desconcertó incluso cuando la estaba pronunciando. Era la cantidad más alta que podía concebir, aunque sentía que ninguna mujer había poseído antes ni poseería nunca después esa enorme cantidad de dinero. Y hasta donde yo sabía, tampoco ninguna mujer había ido nunca a la universidad. Pero una vez expresados con palabras mis anhelos secretos, me embargó la determinación desesperada de hacerlos realidad. Tras comenzar a ganar un salario, el deseo de amasar una fortuna me abandonó; pero el sueño de ir a la universidad creció dentro de mí a lo largo de los años siguientes y aunque mi carrera académica parecía no

estar más cercana que la más lejana estrella del firmamento, nunca dejé de dirigirme con firmeza al amigable brillo de esa posibilidad.

Cuando tenía 15 años, me ofrecieron un trabajo como maestra de escuela. Para aquel momento, la comunidad a nuestro alrededor estaba creciendo con la rapidez característica de aquella zona, de modo que comenzaban a abundar los niños que necesitaban educación. Yo aprobé un examen que me hizo el consejo escolar, que estaba formado por 3 hombres nerviosos y cohibidos y recibí un certificado que incluso a día de hoy conservo. De ese modo comenzó mi carrera profesional, con el modesto salario de 2 dólares semanales, más alojamiento.

La escuela se encontraba a unos 6 kilómetros de casa, de modo que mi alojamiento era itinerante y me alojaba las familias de mis pupilos, dos semanas en cada casa; desde donde recorría andando los 5 o 10 kilómetros hasta la pequeña escuela hecha de troncos, hiciera el tiempo que hiciera. El primer año tuve unos 14 alumnos, de edades, tamaños y temperamentos diferentes y en la escuela no contaba con ningún libro más allá de los que yo misma traía de casa. De ese modo, una de las niñas aprendía a leer con un almanaque, mientras otra lo hacía con un libro de salmos.

Durante el invierno, caldeábamos la escuela gracias a una estufa de leña, de la que la profesora tenía que estar muy pendiente. Yo no podía confiar en que el alumnado encendiera el fuego ni trajeran la madera, de manera que no era infrecuente que yo misma tuviera que cortar la leña y transportarla a través del bosque, en muchos casos, desde muy lejos. Así lo hacía, una y otra vez, y llegaba a la escuela tras andar kilómetros en medio de una tormenta de nieve, con la ropa húmeda, para enseñar durante todo el día. En lo concerniente a alojarme en casa de los pupilos, a menudo me vi durmiendo en cabañas que solo contaban con una única habitación, donde se acinaban las literas, separadas del resto del domicilio tan solo por una cortina o sábana colgada como improvisada delimitación. Allí dormía con uno o dos de mis alumnos. La costumbre era que en esas ocasiones, el hombre de la casa durmiera en el establo y desapareciera de nuevo por la mañana, mientras las mujeres nos vestíamos. En algunas casas, la comida era tan mala que no podía comerla y con

mucha frecuencia el único almuerzo que mis pobres alumnos traían a la escuela consistía en un poco de pan y algo de cecina de cerdo.

Ese año me gané mis 2 dólares a la semana, pero tuve que esperar para cobrarlos hasta que se recaudaron los impuestos locales. Así, cuando finalmente recibí mis 26 dólares como pago por las 13 semanas de clase que había trabajado, fui hasta la tienda más cercana y con mucho gusto me gasté casi todo el salario en mi primera “fiesta de ropas”. Considero que el vestido que compré era precioso. Tenía un color magenta encendido y la falda estaba elegantemente decorada con un cordón de tela negra. La admiración que sentí por aquel vestido estaba, desde luego, justificada ya que tenía todo aquello que el corazón de una joven pudiera desear de un vestido. Y, de hecho, condujo a mi primera propuesta.

El joven que aspiraba conseguir mi mano tenía unos 20 años y por una mala jugada del destino resultó ser una de las personas menos atractivas de la región, lo que lo convertía en el hazmerreír de todos los vecinos y de sus compañeros de trabajo. La noche que vino a nuestra casa a ofrecerme su corazón ya había allí otros 2 jóvenes, pretendiendo a mis hermanas. Todas estábamos sentadas en torno al fuego en el salón cuando llegó mi pretendiente. Su atuendo, como él mismo, también dejaba bastante que desear. Vestía una camisa de franela azul y unos pantalones hechos con sacos de harina. Esta era una práctica habitual en la región y la madre del muchacho que se los había hecho había tenido mucho cuidado de elegir un par de sacos de harina limpios para confeccionar la prenda. Pero en un pernil aparecía el nombre de la empresa que había producido la harina --A. y – G. W. Grenn – y, por una coincidencia del destino, A. y G.W. Green no eran sino los 2 pretendientes de mi hermana. En la parte de atrás de las bolsas, directamente a la altura del trasero del que los vestía, aparecía la leyenda “96 Libras”.²⁰ El pintoresco aspecto de los ropajes se completaba con un fajín de color amarillo brillante, que mantenía los pantalones en su lugar.

La visión dejó completamente fascinadas tanto a mis hermanas como a sus pretendientes; que le prestaron al recién llegado toda su atención y

²⁰ Esta medida equivale a unos 43'5 kilos, aproximadamente.

cuando este hizo saber con un elocuente gesto que estaba allí para pretenderme y me pidió que fuéramos a otra habitación, el cuarteto se levantó al mismo tiempo y nos acompañaron a la puerta. Entonces, cuando cerramos la puerta, pegaron sus ojos a las grietas de la pared del salón, para no perderse ni un solo momento del espectáculo. Cuando nos quedamos solos, el joven y yo nos sentamos uno frente al otro, en un silencio deprimente. El chico estaba nervioso y yo me sentía asustada y molesta a partes iguales. Había oído cómo al otro lado de la pared se reprimían las risas y, al contrario que mi pretendiente, me di perfecta cuenta de que no estábamos disfrutando de la privacidad que la situación parecía demandar. Finalmente, el chico me informó de que su “papá” le había dado una cabaña, una yunta de novillos y algunas gallinas. Cuando acabo de enunciar todo lo que le había sido legado, se incorporó en la silla y me preguntó con solemnidad, “¿Me tomarás como esposo?”

Una explosión de risas al otro lado de la pared respondió a la propuesta, pero el ardiente joven o no las oyó, o bien prefirió no hacerlo. Sentado de manera rígida, con los ojos muy fijos en mí, esperaba ansioso mi respuesta. Yo a esas alturas estaba ya desesperada por librarme de él y poner fin a la incómoda situación y dije lo primero que se me pasó por la cabeza. “No puedo, puesto que ya estoy prometida”.

Se levantó de un salto, como una navaja automática que se abre de golpe y por un instante se quedó mirándome. Medía más de metro noventa y era extremadamente delgado y yo soy muy baja; de modo que al mirarlo desde aquella posición me daba la sensación de que los pantalones-sacos de harina se juntaban con el fajín amarillo, casi en el techo de la casa. Entonces, metió ambas manos en los bolsillos y emitió la siguiente despedida de manera muy lenta, “Maldita sea, vaya decepción me he llevado”, antes de abandonar la casa. Tras tomarme un momento para recobrar la compostura, volví al salón, donde tuve el privilegio de contemplar cómo mis hermanas y sus visitantes estaban disfrutando con la situación. Los cuatro estaban doblados por la risa, las lágrimas les corrían por las mejillas y casi se caen al suelo al recordarme las pintas con que se había presentado mi pretendiente. Tras este incidente, pasó un tiempo en el que los asuntos sentimentales me producían un intenso rechazo.

Con mi radiante vestido, asistí a mi primer baile de sociedad en noviembre. Éramos un grupo de 8 personas, que incluía a mis 2 hermanas, a otra chica y a mí misma además de a 4 jóvenes varones. El baile tuvo lugar en Big Rapids, que para entonces era ya una ciudad muy próspera gracias a sus aserraderos. Resultaba imposible alquilar caballos de tiro, o incluso bueyes, para el viaje, de modo que nos vimos obligados a realizar el trayecto en una balsa que construimos para la ocasión, llevando nuestras ropas de gala en baúles. Desafortunadamente, la balsa se atascó y los 4 chicos tuvieron que lanzarse al agua helada y pelear con las rocas durante un buen rato antes de que la pequeña embarcación quedara finalmente liberada. Como resulta evidente, quedaron empapados y tiritando, pero aceptaron la experiencia con paciencia y un espíritu alegre.

Cuando llegamos a Big Rapids, nos cambiamos para el baile y como en aquella época era habitual cambiarse a medianoche, tuve la oportunidad de lucir 2 vestidos diferentes. El segundo lo confeccioné con unas cortinas del dormitorio y tenía el cuello bajo y mangas cortas. Bailamos el “money musk”, el “Virginia reel” y el “hoeing her down” (donde había que cambiar de parejas) a la manera en que lo hacían los auténticos colonos. Yo no dejé de bailar ni una sola de las canciones ni en este baile ni en los posteriores a los que también acudí y llegaron a decir de mí que en todas las fiestas a las que acudía, resultaba siempre la persona más incansable y animada. Pero ese fue hasta que, años después, me convertí en ministra metodista y dejé atrás ese tipo de vanidades mundanas.²¹ La primera vez que acudí a predicar a mi región de origen, acudieron al servicio todos mis antiguos compañeros de fiesta, y me escucharon con una amplia sonrisa pícara, que me dificultó en gran medida el pronunciar un texto que había preparado de manera sumamente solemne.

No tardé mucho en arrepentirme por haber malgastado mis primeros

²¹ Como ocurre con la mayor parte de iglesias protestantes, dentro de cada una de ellas existen diferentes comunidades más o menos abiertas a determinadas prácticas culturales, sociales o sexuales. En el caso de la Iglesia Metodista, incluso a día de hoy existe un debate abierto acerca de la moralidad (o inmoralidad) subyacente al hecho de bailar en público en eventos de naturaleza no religiosa. Como veremos a lo largo de este volumen, la Iglesia Metodista norteamericana del momento sí que sostenía de manera unánime que el consumo de alcohol y los juegos de azar conducían a la degradación moral y no debía permitirse; convicciones que nuestra autora defiende con firmeza a lo largo de toda su vida.

sueldos de manera tan extravagante. En mi segundo año como maestra se decidió que recibiría 5 dólares, aunque tendría que pagar yo misma mi alojamiento. Elegí una casa a unos 4 kilómetros de la escuela y el arrendatario no tardó en pedirme que abonara la renta por adelantado. Me explicó que no lo hacía por desconfianza, sino porque necesitaba el dinero para poder marcharse de la zona junto con su familia con provisiones suficientes. De este modo, le di permiso para acudir a la junta escolar y solicitar que le pagaran 3 dólares de mi sueldo a la semana por adelantado. Sin embargo, cuando llegué la semana siguiente a la casa que había alquilado, la encontré desierta y con las puertas y ventanas bloqueadas con tablones clavados. El hombre y su familia se habían marchado con mi dinero, dejándome, como me dijeron los miembros del comité escolar al comparecerse de mí, abandonada a mi suerte sin nada. Ya solo me quedaban 2 dólares semanales, de forma que me vi obligada a andar todos los días hasta la escuela desde mi casa, que estaba a casi 7 kilómetros de distancia, y de vuelta a casa. Durante este duro período de mi vida, tuve tiempo más que suficiente de reflexionar sobre lo veleidosa que resulta la diosa fortuna.

Mientras tanto, se declaró la guerra. Cuando nos llegaron noticias de que Fort Sumter²² había sido atacado y que Lincoln había solicitado tropas, los hombres de la zona estaban trillando. Por aquel entonces, en toda la región solo había una trilladora, que iba de granja en granja. Recuerdo a un hombre que llegó a caballo, gritando que Lincoln solicitaba tropas y explicando que un regimiento se estaba formando en Big Rapids. Antes de que hubiera acabado de hablar, todos los hombres dejaron la trilladora y corrieron a alistarse, entre ellos mi hermano Jack. En menos de 10 minutos no quedaba absolutamente nadie en el campo. Unos meses más tarde, mi hermano Tom, que todavía no era más que un muchacho, se alistó como corneta y mi padre tampoco tardó en seguir el ejemplo de sus hijos y sirvió en el ejército hasta que la guerra acabó. Se alistó el 28 de agosto de 1862, como asistente de suministros, y regresó a casa con el rango de teniente, como cirujano asistente.

²² Esta batalla, acontecida entre los días 12 y 14 de abril de 1861 en el muelle de Charleston (en Carolina del Sur) marcó el comienzo de la Guerra de Secesión norteamericana, que se desarrollará entre esa fecha y el 9 de abril de 1865.

Durante esos años, yo fui el principal sustento de la familia y sobrevivir se tornó agotador a la par que complicado. Pasaban meses enteros sin que llegaran noticias del frente. El trabajo en nuestra comunidad se hacía gracias al esfuerzo de mujeres que trabajaban con el corazón roto y la mente puesta en sus hombres. De este modo, la preocupación se volvió un huésped permanente en nuestro hogar y la Muerte²³ también nos visitó. Mi hermana Eleanor se había casado y falleció al dar a luz, dejando a su hijo a mi cargo. Los momentos más dolorosos de aquellos años sombríos fueron sin duda las horas en las que vi a mi hermana morir. Aún hoy la recuerdo, yaciendo inconsciente y levantándose de cuando en cuando para preguntar por su bebé. Insistía en que nuestro hermano Tom debía ponerle nombre; pero Tom se encontraba luchando por su país, a menos que él mismo también hubiera traspasado ya el sombrío portal que se abría ante su hermana. Solo pude decirle a Eleanor que le había escrito, pero antes de que pasara una hora, ya se había vuelto a sumir en un estado de inconsciencia, del que regresaba con mucho esfuerzo para preguntar si habíamos recibido alguna respuesta de mi hermano. Finalmente, para consolarla, le dije que sí y que Tom había elegido para el pequeño el nombre de Arthur. Entonces, sonrió, respiró profundamente y, sin dejar de sonreír, falleció de manera plácida. El bebé palió durante un breve período de tiempo el vacío que nos dejó mi hermana; pero pasados unos meses, su marido se casó de nuevo, llevándose consigo a su hijo. En ese momento sentí que ya no quedaba nada en casa por lo que mereciera la pena vivir.

Asimismo, la cuestión económica se tornaba más angustiada con cada día que pasaba. Aumentábamos nuestros modestos ingresos de todas las formas posibles, acogiendo a trabajadores de los campamentos madereros como pensionistas, confeccionando colchas que vendíamos y aprovechando cualquier oportunidad legítima para ganar un centavo, al mismo tiempo que mi madre también aceptaba todos los encargos de costura que le hacían. Pero, a pesar de todos estos esfuerzos, medida que iban pasando los meses, la brecha entre nuestros ingresos y nuestros gastos se hacía más grande, mientras que el precio de los productos más

²³ Conservamos la mayúscula empleada por la autora en el original.

necesarios e indispensables no dejaba de aumentar.²⁴ Mi salario máximo como maestra era de 6 dólares a la semana y nuestra escuela solo impartía 2 períodos de clase, de 13 semanas cada uno. De este modo, el mantener nuestras tierras, pagar los impuestos y poder comer se convirtió en una angustiada batalla diaria. El lienzo se vendía a cincuenta centavos el metro. El café costaba un dólar la libra. No quedaban trabajadores para moler nuestro maíz, cosechar nuestros cultivos o cuidar de nuestro ganado y allá donde miráramos, a nuestro alrededor veíamos reflejada nuestra lucha en las vidas de nuestros vecinos.

Cada cierto tiempo nos llegaba información de las batallas en las que habían participado mi padre (en el Décimo Regimiento Voluntario de Caballería de Michigan) o mis hermanos. Pero pasaba, también, mucho tiempo sin recibir noticia alguna. Tras la muerte de Eleanor, mi hermano Tom fue herido en combate y pasamos meses enteros temiéndonos lo peor, aunque al final se recuperó. Yo, por mi parte, caminaba 12 o 13 kilómetros al día y hacía trabajos extra después de la escuela, de manera que mi salud comenzó a resentirse, también. Son años que no me gusta recordar en los que la vida degeneró hasta convertirse en una especie de rueda cuya monotonía solo se veía alterada por los mensajes sombríos que nos llegaban del frente. Mi hermana Mary se casó y fue a vivir a Big Rapids. A mí casi no me quedaba tiempo para soñar, pero la estrella de mi propósito en la vida seguía brillando en el oscuro horizonte. En aquel entonces parecía que solo un milagro podría sacarme de aquel destino cruel; aunque en verdad nunca dejé de confiar en que ese milagro llegaría algún día y es que nunca he creído en algo con mayor convicción con la que confié en poder ir a la universidad.

²⁴ Durante la Guerra de Secesión, la inflación en el norte de Estados Unidos alcanzó un 180%, mientras que en el sur del país llegó a ser de un 9000%. No obstante, debemos recordar que muchas de las familias sureñas blancas contaban con grandes extensiones de tierras, esclavos y suficientes ahorros, mientras que los habitantes del norte eran, como ocurre con la familia de nuestra autora, en su mayoría trabajadores del sector primario que sobrevivían a diario sin contar con grandes ahorros.

DÍAS DE INSTITUTO Y UNIVERSIDAD

El final de la Guerra Civil también me trajo la libertad a mí. Cuando se firmó la paz, mi padre y hermanos volvieron a las tierras que mi familia había peleado tan duramente por mantener mientras ellos estaban fuera. A nuestra familia, como a muchas otras, los años finales de la guerra nos impusieron muchos cambios en nuestra forma de vida. El lugar de mi hermana Eleanor en la casa había quedado vacío. Mary, como ya he dicho, se casó y ahora vivía en Big Rapids. De ese modo, mi madre y yo nos quedamos solas con mi hermano Harry, que tenía 14 años. Tras la vuelta de los hombres al hogar, yo ya no necesitaba destinar cada penique que ganaba al mantenimiento de la familia. Así pues, por primera vez en mi vida, pude empezar a ahorrar una parte de mi sueldo para destinarlo a mi sueño de ir a la universidad; aunque todavía me quedaba transitar un camino muy largo y arduo hasta poder ver en la lejanía las puertas de la universidad que tanto anhelaba alcanzar.

El mayor sueldo que logré obtener como maestra en los bosques nortños fue de 156 dólares al año. Aunque de ese salario debía restar mi alojamiento y el coste de la ropa, que eran los únicos gastos que me permitía. Así pues, de manera muy, muy, lenta los dólares destinados a mi educación se fueron acumulando hasta que finalmente, me desesperé al ver cómo se me escapaba la juventud, llevándose consigo mis sueños, tomé una decisión súbita y radical. De este modo, abandoné la enseñanza y me mudé de nuestra cabaña en los bosques a vivir con mi hermana Mary, en Big Rapids. Mary se había casado con un hombre de éxito y generosamente me ofreció vivir con ellos en el domicilio familiar. Decidí que allí aprendería algún oficio y en verdad no me importaba mucho cuál fuera el trabajo a realizar. La única condición indispensable es que fuera un empleo bien pagado que me permitiera ahorrar el dinero para la universidad con mayor velocidad. Hace casi 50 años, en una pequeña ciudad de colonos, el mercado laboral disponible para las mujeres era escaso y estaba mal gratificado. La costura no tardó en presentarse

como opción laboral, pero en un primer momento la rechacé con desprecio. Hubiera preferido cavar zanjas o acarrear carbón, pero la costura siguió presentándose ante mí como la única opción viable y, al final, me vi obligada a aceptarla.

Pero, sin embargo, parece que la mala suerte se cansó de tenerme prisionera entre sus garras y me dejó escapar finalmente. No llevaba ni un mes trabajando en un empleo que detestaba cuando una ministra metodista, la reverenda Marianna Thompson²⁵ llegó a Big Rapids a predicar. El sermón tuvo lugar el domingo por la mañana y creo que fui de las primeras personas en llegar a la gran congregación que abarrotó la iglesia. Cuando vi por primera vez en mi vida a una mujer dirigirse al púlpito fue un momento maravilloso para mí y a medida que iba escuchando su sermón, mi alma se iba incendiando y todos los deseos tempranos que había sentido de predicar yo misma cobraron una fuerza enorme dentro de mí. Tras el servicio religioso, me quedé un rato junto las demás personas que la rodeaban y, finalmente, cuando se quedó sola y estaba ya a punto de marcharse, logré reunir el coraje suficiente para presentarme a la ministra y confesarle mi sueño. Me respondió como si hubiera estado meditando acerca de mi problema durante años enteros.

“Mi querida niña”, me dijo, “abandona esa idea absurda de trabajar y ve a la escuela. No vas a poder hacer nada hasta que tengas formación académica. Tienes que estudiar, y tienes que hacerlo AHORA”²⁶.

Su sugerencia me encantó y respondí a su confianza tan pronto como pude, ya que la mañana siguiente me matriculé en el Instituto de Big Rapids, que también actuaba como escuela preparatoria para la universidad. Había tomado la decisión de estudiar allí mientras tuviera dinero para pagar las tasas y, con el optimismo propio de la juventud, me aferré a esa decisión. Gracias a Mary no tenía que preocuparme por la vivienda, las ropas que había traído de los bosques me resultaban suficientes y, tras años de caminar muchos kilómetros campo a través, ir paseando a

²⁵ Mariana Thompson Folsom (1845-1909), quinta mujer en Estados Unidos en ser ordenada ministra unitaria, se convirtió en una de las figuras más relevantes del movimiento sufragista en el sur del país, muy particularmente en el estado de Tejas.

²⁶ Mantenemos las mayúsculas empleadas por la autora en el texto fuente.

la escuela no me resultaba en absoluto incómodo. Mientras iba andando, me imaginaba a mí misma como a una heroína de las novelas que adoraba. Por primera vez en mi vida, sentía que la vida me sonreía y yo le devolvía la sonrisa de todo corazón.

La directora del instituto era Lucy Foot, una mujer formidable que se había graduado en la universidad. Había oído hablar de su empatía y carácter amable. La tarde siguiente a mi primer día en el instituto, fui a hablar con ella y le confíe el consejo que me dio la reverenda Marianna Thompson y mi propia decisión de apostar por mi educación. Lucy Foot de inmediato se interesó en mí, lo que demostró inscribiéndome en clases de oratoria y debate, donde se me daba la oportunidad de representar a mis compañeros indefensos cuando el espíritu de la elocuencia se apoderaba de mí.

Para contribuir a mi formación como oradora, me pidieron que practicara con discursos públicos y recuerdo cada doloroso detalle de la primera ocasión en que me dirigí a un grupo de personas. Celebrábamos nuestra “noche abierta mensual”, de modo que el público no solo estaba compuesto por mis compañeros de clase, sino también por sus familiares y amistades. Había decidido recitar un poema titulado “No Sects in Heaven”²⁷, pero al contemplar con horror la cantidad de personas que me escucharían, fui consciente de mi propia temeridad y nada más declamar el primer verso caí al suelo, desmayada. Algunos compañeros de clase me llevaron a la antesala, donde me revivieron, dando por hecho que mi contribución al espectáculo de esa noche podía darse por concluido. Pero yo sentía que si me dejaba derrotar en aquella ocasión ya nunca sería capaz de hablar en público, así que no habían pasado ni diez minutos cuando, a pesar de las protestas de mis amigos, ya me encontraba de vuelta en el escenario, comenzando a recitar por segunda vez. La audiencia me prestó su completa atención. Posiblemente, esperaran que me cayera de la tarima de nuevo, lo que desde luego no ocurrió.

Logré mantener la templanza y concluí la lectura, que acabó por recibir algunos aplausos amistosos. Aunque pueda resultar sorprendente, el

²⁷ Poema de Elizabeth Hannah Jocelyn Cleaveland (1824-1911).

miedo escénico que experimenté esa primera noche lo he vuelto a sentir, aunque en menor medida, en cada uno de los miles de discursos que he concedido a lo largo de los años. Es cierto que nunca ha vuelto a invadirme con tal intensidad como para desvanecerme, pero en todas las ocasiones he sentido como, a medida que me acercaba al escenario, el estómago se me hundía y las rodillas me flaqueaban; aunque ahora los nervios apenas me duran uno o dos minutos.

A partir de esa noche, la señora Foot no perdió oportunidad de colocarme en primera línea en todos los actos que organizó la escuela a partir de entonces. De ese modo, participé en todos los debates, recité horas y horas de poesía a todo tipo de audiencias e incluso llegué a brillar de manera modesta en nuestras representaciones teatrales. Probablemente fue toda esta actividad por mi parte la que llamó la atención del Superintendente de la Iglesia Metodista²⁸ de nuestro distrito, el Doctor Peck,²⁹ que era un hombre de ideas progresistas. En aquel momento había un movimiento en marcha que aspiraba a lograr que se dieran licencias a las mujeres para predicar en la Iglesia Metodista y el doctor Peck ambicionaba ser el primer Superintendente en ordenar a una mujer como ministra metodista. De hecho, ya había incitado a la señora Foot a serlo, pero las ambiciones de ésta no se dirigían en esa dirección. Aunque era una metodista devota, no sentía la vocación de ser pastora de ninguna comunidad. Adoraba su tarea escolar y no aspiraba a otra cosa que a seguir ejerciéndola, de modo que de forma delicada pero persistente, fue dirigiendo la atención del doctor Peck hacia mi persona, lo que éste no tardó en aceptar.

Sin informarme de hacia dónde podía dirigirse aquella reunión, la señora Foot finalmente organizó una cena en su casa a la que también asistiría el doctor Peck. Durante la cena, totalmente desconocedora de la importancia del encuentro, hablé de manera distendida sobre todo tipo de asuntos relevantes y mi opinión acerca de los mismos. El doctor Peck me dejó expresarme con total libertad, escuchándome y sonriendo.

²⁸ En el original, *Presiding Elder*.

²⁹ Jesse Truesdell Peck (1811-1883) fue un destacado miembro de la Iglesia Unitaria; además de ser uno de los fundadores de la prestigiosa *Syracuse University*, en el estado de Nueva York.

Cuando la velada tocaba a su fin y nos levantamos para marcharnos, se dirigió a mí con una seriedad repentina:

“Nuestra asamblea trimestral tendrá lugar en Ashton”, dijo de manera casual. “Y me gustaría que impartieras el sermón en ese encuentro”.

Durante unos momentos, sentí como si mis pies flotaran sobre el suelo y lo miré con absoluta estupefacción hasta que, poco a poco, fui consciente de que por increíble que resultara, la petición del hombre resultaba sincera.

“Pero...”, balbuceé, “Yo no puedo dar un sermón”.

El doctor Peck me sonrió y preguntó, “¿Acaso has intentado hacerlo?”

Lo miré fijamente y le aseguré que nunca lo había hecho. Entonces, como si una pantalla de cine apareciera ante mis ojos, me contemplé a mí misma, de niña, predicando sola en el bosque, a una congregación silenciosa de árboles, como tantas veces había hecho. Así que tuve que matizar mis palabras.

“Nunca a seres humanos”.

El doctor Peck me sonrió de nuevo. “Bueno, pues tienes la puerta abierta. Entra o quédate fuera, como mejor prefieras”.

El doctor dejó la casa, pero yo me quedé, para debatir la abrumadora propuesta con la señora Foot cuando un repentino pensamiento me llenó de pesadumbre.

“Pero”, exclamé, “yo nunca me he convertido. ¿Cómo voy a predicarle a nadie?”

La señora Foot y yo compartíamos una idea anticuada acerca de la conversión que, ahora, me resulta errónea. Siempre habíamos creído que cada uno debía debatir con el pecado y con el Señor hasta que su corazón se abriera por completo, todas las dudas desaparecieran y la luz penetrara en el espíritu. La señora Foot no pudo más que aconsejarme que le planteara al Señor el problema, que debatiera conmigo misma y que rezara. De ese modo, durante varias horas al día, me ayudaba y rezaba conmigo. A lo largo de esas horas me iba dando ánimos, implorando, me enseñaba y también rezaba ella misma por mí. La última de nuestras sesiones de

oraciones resultó dramática y duró toda una noche y mucho antes del amanecer ambas estábamos exhaustas. Sin embargo, al salir el sol, ya fuera por la fatiga extrema del cuerpo o por excitación espiritual, me pareció ver al fin la luz y me sentí plena de felicidad. Todo mi ser sentía el deseo de predicar y sentí que finalmente había sentido la llamada de la vocación. Al día siguiente, informamos al doctor Peck de que impartiría el sermón en Ashton que me había solicitado; pero le pedimos que, de momento, no dijera nada acerca de este asunto de modo que la señora Foot y yo misma pudiéramos guardar el secreto en nuestros corazones. Yo sabía de sobra lo que pensarían de esta decisión mis familiares y amigos. Para estos seres queridos, este sermón supondría una desgracia, una verdadera mancha en la historia de la familia Shaw.

Dispuse de 6 semanas para preparar el sermón y le dediqué la mayoría de mis horas de vigilia y muchas otras de las que debería emplear para dormir. Como pasaje bíblico elegí, “Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también debe ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”.³⁰

Hasta 3 días antes de la fecha del sermón no encontré el valor para contárselo a mi hermana Mary, a la que la noticia la hizo sentirse tan perpleja como si le hubiera confesado que pensaba cometer un crimen capital. Siempre habíamos estado muy unidas y la muerte de nuestra adorada hermana Eleanor afianzó incluso más nuestra relación. Ahora, las súplicas y lágrimas de Mary me encogían el corazón y hacían que me embargaran las dudas. Pero, después de todo, lo que me estaba pidiendo no era sino que renunciara a mi futuro por completo, que cerrara los oídos a la llamada de la vocación y en mi interior sentía que no podía hacerlo. De ese modo, mi decisión hizo que mi relación con Mary se enrareciera, y esta situación duró varios años. La tarde anterior al sermón, partí hacia Ashton en el tren. En el mismo vagón, pero como si en verdad estuviera muy lejos de mí, iba Mary, que se sentó sola todo el trayecto, durante el que no dejó de llorar. Iba a ver a mi madre, pero a mí no me dirigía la palabra. Por mi parte, aunque el hecho de que mi

³⁰ Pasaje bíblico procedente de Juan 3: 14-17.

hermana me ignorara y el desafío al que iba a enfrentarme pesaban sobre mí, encontré un gran consuelo en la presencia y cariñosos ánimos de Lucy Foot.

Como en Ashton no había iglesia, impartí mi sermón en una de las pequeñas escuelas del lugar, que estaba repleta de personas curiosas, que ardían en deseos de ver y escuchar a la chica que desafiaba todas las convenciones al dejar el banco de la iglesia para ascender al púlpito. Los instantes antes de que yo comenzara a hablar, los murmullos resultaron incesantes y yo podía la emoción contenida; pero tan pronto comencé a orar, el silencio invadió la sala y nadie habló hasta que yo concluí. A la altura de mi codo habían colocado una lámpara de queroseno, sobre un soporte y mientras hablaba, mi temblor era tal que el aceite se agitaba en su esfera de vidrio; aunque terminé sin romper la lámpara. Una vez hube acabado, el doctor Peck, que tenía sus propios motivos para estar nervioso, me dijo con elegancia que mi primer sermón había sido mejor que el suyo cuando se inició como predicador. Resultó evidente que no había sido un fracaso, ya que al día siguiente me invitó a acompañarlo en su gira, que incluía 36 encuentros y deseaba que yo hablara en todos y cada uno de esos 36 lugares; puesto que quería que todos los ministros de la zona me escucharan antes de que yo solicitara mi licencia como pastora.

Pero el sermón trajo consigo otra consecuencia, bastante menos grata. Llegó a la mañana siguiente, cuando se publicó la primera noticia acerca de mi persona en un periódico; lo que ocurrió a instancias de mi cuñado. El texto era breve pero punzante y rezaba así:

Una muchacha llamada Anna Shaw, de 17 años, predicó ayer en Ashton. Sus verdaderos amigos desprecian el rumbo que está tomando en su vida.³¹

Esta pequeña nota tuvo un efecto similar al de acercar una cerilla encendida a la pólvora, ya que una verdadera explosión de sentimientos públicos se desató, toda la comunidad se mostró consternada y yo me convertí en un tema de conversación acerca del que amigos y extraños

³¹ En el texto fuente, Elisabeth Jordan, editora del volumen aclara que la información publicada por el cuñado es errónea, ya que la edad real de nuestra autora era de 23 años.

debatían encarecidamente hasta quedarse sin fuerzas. Los miembros de mi familia, reunidos en un concilio formal, me pidieron que fuera a verlos y yo acepté. Tenían una propuesta que hacerme y en cuanto entré por la puerta la pusieron ante mí, sin perder tiempo. Si dejaba de predicar, me mandarían a la universidad y pagarían el curso entero. Sugerían Ann Arbor,³² una institución que sin duda me resultaba tentadora. Pero descender del púlpito al que había logrado llegar; ese mismo púlpito que había visualizado con tanta claridad durante mi niñez, no era algo que estuviera ni tan si quiera dispuesta a plantearme. Así, pasamos toda la tarde juntos. Y no fue una velada muy placentera. Tras la misma, me daban 24 horas para decidir si apostaba por los míos y por la universidad o, por el contrario, me decidía por el púlpito y por la frialdad que supondría una existencia alejada de mis familiares. Pero yo no necesitaba tantas horas de reflexión para tener claro que debía apostar por separarme de mi familia.

Ese año prediqué en 36 ocasiones, ante cada uno de los Superintendentes de la Iglesia Metodista y la primavera siguiente lo hice en la Conferencia Metodista anual de nuestro distrito, que se celebró en Big Rapids, donde se me presentó como candidata a la licencia de pastora. La votación suscitó un interés inusitado y mi padre fue uno de los muchos que vino a ver el resultado de la misma. Durante estas ocasiones, si un ministro levantaba la mano, su voto se consideraba como afirmativo; pero si, por el contrario, la dejaba bajada, manifestaba su oposición. Cuando se planteó mi candidatura, la mayoría de los pastores respondieron alzando ambas manos y mientras la multitud celebraba la decisión, mi padre se marchó de manera discreta. Aquellos que lo vieron dicen que parecía satisfecho, pero nunca me mandó un mensaje para hacerme saber que había cambiado de opinión y el abismo entre la familia y la oveja negra en que yo me había convertido se mantuvo. Aunque el calor del amor de mi hermana Mary era ya solo un recuerdo del pasado, la frialdad de su corazón se hacía patente ahora cada día y yo me vi obligada a aceptar este hecho, de modo que seguimos viviendo juntas como meras

³² Se trata de la Universidad pública de Michigan, fundada en 1817 (veinte años antes de que Michigan recibiera el estatus legal de Estado).

sombras de lo que una vez fuimos. En verdad, tan solo 2 de mis amigas se mantuvieron junto a mí de manera incondicional, la señora Foot y Clara Osborn,³³ que fue mi alma gemela en Big Rapids y a la que aún conservo en mi corazón.

Mientras tanto, los sermones que pronunciaba no interferían con mis estudios. Trabajaba sin descanso, día y noche; aunque tampoco mi vida en la escuela era fácil, puesto que muchos de mis compañeros de estudios tenían dudas sobre la decisión que había tomado y muchos otros sacudían la cabeza. Pero lo que yo más necesitaba era escuchar voces amigas, puesto que mi existencia resultaba muy solitaria. Entonces, cuando yo sentí que la presión comenzaba a poder conmigo y me notaba encojerme ante su peso, una noticia con la que nunca me atrevía a soñar llegó. Mary A. Livermore,³⁴ que entonces estaba en la cima de su carrera, vino a Big Rapids y toda la comunidad acudió en masa a escucharla. Yo me senté entre la multitud, en las últimas bancas, y la escuché, fascinada y temblorosa ante la oportunidad que se me presentaba de conocerla en persona. Cuando terminó de hablar, me sumé al gentío que se acercó a ella, para saludarla. Cuando sentí el apretón amistoso de su mano, tuve la certeza de que aquel momento iba a marcar mi vida para siempre. Estaba en lo cierto. Alguien del círculo de personas que nos congregábamos allí con ella le dijo que yo deseaba predicar, pero que me estaba enfrentando a una oposición tremenda. Ella se interesó por mí en el acto y me miró con una gran simpatía. De repente, me rodeó con su brazo y, acercándose a ella, me dijo de manera muy calmada:

“Querida, si quieres predicar, sigue predicando. No dejes que nadie te detenga. Que no te importe lo que la gente diga de ti, ¡nunca dejes que nadie te detenga!”

Durante unos instantes, me sentí tan abrumada que no pude contestar. Esas eran casi las primeras palabras de ánimo que recibía y todas las

³³ Osborn, Clara Ellen (1875-1955).

³⁴ Mary Livermore (1820-1905), periodista norteamericana que alcanzó gran popularidad y cuyas publicaciones a favor de la abolición de la esclavitud y el sufragio femenino resultaron muy importantes para ambas causas. Muchos de estos artículos aparecieron en *The Agitator*, una publicación periódica dedicada al sufragio femenino que la propia Livermore fundó en la ciudad de Chicago en 1869.

estrellas matutinas cantando en coro no hubieran podido crear una melodía más hermosa para mis oídos. Antes de que yo pudiera si quiera responder, una voz se alzó.

“Oh, señora Livermore”, exclamó, “¡pero no le diga eso! Todos estamos intentando detenerla. Su familia está destrozada. ¿Y acaso no ve lo enferma que se encuentra? Si ya tiene hasta un pie en la tumba”.

La señora Livermore me dirigió una mirada larga y pensativa.

“Sí”, dijo finalmente, “Veo que está enferma. Pero es mucho mejor que perezca haciendo lo que desea hacer a que lo haga porque no puede cumplir sus sueños”.

Sus palabras fueron para mí un bálsamo y me devolvieron la voz. “Así que creen que voy a morir”, grité, “Pues vaya si se equivocan. Pienso vivir, del mismo modo que pienso seguir predicando”.

A partir de ese mismo instante, siempre he sentido que sin la inspiración que me proporcionó el consejo de la señora Livermore, no hubiera podido continuar con mi lucha. Sus palabras me sirvieron de escudo, contra el que todas las críticas del mundo chocaban en vano. El destino siguió mostrándose favorable a mis intereses ese año, pues tras la visita de la señora Livermore llegó Anna Dickinson,³⁵ ese mismo otoño. Vino a la ciudad a impartir una conferencia sobre Juana de Arco. Nunca antes una conferencia me había afectado de manera tan íntima, y debo decir que tampoco ninguna otra lo ha hecho después. Cuando terminó de hablar, me acerqué al escenario, junto con las demás personas que deseaban conocer a la ilustre invitada. Fue el gerente del local el que me presentó. “Esta es Anna Shaw y ella también será conferenciante en el futuro”.

Contemplé a la brillante señora Dickinson con la confianza de la juventud brillando en mis ojos. Me acordé también de la señora Livermore y pensé que todas las mujeres grandiosas eran como ella, pero ahora iba a experimentar una amarga desilusión. La señora Dickinson apenas rozó las puntas de mis dedos mientras miraba indiferentemente más allá de un lado de mi

³⁵ Anna Elizabeth Dickinson (1842-1932), otra destacada oradora en favor de la abolición y el sufragio femenino fue la primera mujer en la historia de Estados Unidos en dirigirse al Congreso de la nación, en 1863.

rostro. “Ah”, dijo gélidamente, y se dio la vuelta. Con los años aprendí lo imposible que es para un orador dejar una impresión grata en cada vida que por un momento se cruza con la suya; pero nunca he dejado de estar agradecida por haber conocido a la señora Livermore antes de encontrarme con la señora Dickinson en el momento crucial de mi carrera.

En el otoño de 1873 ingresé en Albion College,³⁶ en Albion, Michigan. Yo tenía 25 años, pero parecía mucho más joven y probablemente no aparentara tener más de 18 años. Aunque había hecho todos los esfuerzos posibles para ahorrar, no había tenido demasiado éxito, porque mis gastos siempre acababan por superar a mis modestos ingresos y, además, mi puesto como pastora me obligaba a mantener un vestuario digno. De este modo, cuando llegó el momento de matricularme en la universidad, tenía exactamente 18 dólares y fue con esta cantidad con la que entré en Albion. Además, tampoco tenía la más mínima idea de cómo se las iba a apanar para aumentar esa cantidad. La cuestión económica era tan grave que cuando llegué a mi destino, a medianoche, y descubrí que el trayecto entre la estación y la universidad costaba 50 céntimos, decidí ahorrarme ese dinero y fui caminando, siguiendo en todo momento las vías del tren, mientras imaginaba que una máquina poderosa me impulsaba. Había optado por Albion porque la señora Foot se había educado allí. La mañana siguiente a mi llegada al campus ocurrió algo que interpreté como un buen presagio y me dio ánimos. Iba camino del edificio principal cuando encontré una gran moneda de cobre en el suelo y, al recogerla, vi que su año de acuñación coincidía con mi año de nacimiento. Este buen auspicio se vio reforzado cuando a lo largo de la semana encontré otras 2 monedas idénticas. Aunque a lo largo de los años ha habido momentos en los que la tentación de gastarlas ha sido imperiosa, todavía conservo estas monedas y debo confesar que tenerlas me produce cierta tranquilidad.

Puesto que no había completado el bachillerato, mis primeros días en Albion los destiné por completo a preparar sin descanso los exámenes de acceso. Una mañana, mientras recorría el campus con un libro de

³⁶ Institución educativa privada en el estado de Michigan, fundada en 1835 por miembros de la Iglesia Metodista.

Historia de Estados Unidos bajo el brazo, me encontré con el presidente de la universidad, el doctor Josclyn.³⁷ Se detuvo un momento a dedicarme unas palabras de bienvenida, durante las cuales se me escapó el hecho de que nunca había estudiado historia de Estados Unidos. Entonces, el doctor Josclyn me invitó a acompañarle a su despacho. Estaba segura de que lo hacía para explicarme, con tanta cortesía como pudiera, que mi preparación de cara a comenzar mis estudios universitarios resultaba claramente insuficiente. Sin embargo, comenzó a hablar de historia y a partir de ese momento hablamos y hablamos sin parar mientras las horas iban pasando. Debatimos acerca de la historia de Estados Unidos, de los sistemas de gobierno del mundo, de las causas que hacían que una nación tuviera influencia en alguna otra, sobre los fundamentos filosóficos de los diferentes movimientos nacionalistas occidentales, y de multitud de temas similares. Fue sin duda la conversación más larga y emocionante que hubiera tenido nunca con un hombre de tanta formación y durante la que, de hecho, sentía que mi cerebro se iba expandiendo.

“Tengo que darle algo”, me dijo, mientras escribía unas palabras en una hoja de papel que luego dobló y me dio.

¡Cuando llegué al dormitorio y leí la nota descubrí que el presidente me había aprobado todo el curso de la asignatura de Historia! Pero esta no fue ni mucho menos la única conclusión positiva de nuestra entrevista, ya que, al cabo de unas semanas, el presidente y su esposa, cuya hija había fallecido recientemente, me invitaron a alojarme con ellos y así fue como pasé mi primer año en Albion en su residencia.

Mi éxito con la asignatura de Historia no tardó en dar paso al descubrimiento humillante de que me encontraba muy por detrás del resto de estudiantado en muchas otras materias. Gracias a la temprana ayuda de mi padre, fui capaz de sacar adelante las matemáticas sin demasiados esfuerzos; pero me quedaba mucho por aprender en lo referente a la Filosofía y a las lenguas modernas y fueron a esas disciplinas a las que destiné innumerables velas a lo largo de aquellas noches de estudio en Albion.

³⁷ Mantenemos el error contenido en el texto fuente, en el que la autora refiere al doctor Josclyn como Presidente de Albion College, cuando el apellido correcto es el de Jocelyn (George Bemis Jocelyn, 1824-1877).

Como no podía ser de otra manera, muy pronto me volqué en la oratoria. Mi primer discurso público en la universidad lo dediqué a Jantipa. Siempre he pensado que abusaron mucho de la pobre mujer y que Sócrates mereció todo lo que de ella recibió, incluso más. Por eso, me presté con agrado a ejercer de defensora de esta mujer y la audiencia no tardó en darse cuenta de que mi admiración por Jantipe se debía a que nuestros caracteres resultaban similares; ya que no pasaron más que unos pocos meses desde que entré a Albion y ya estaba organizando mi primera protesta contra la autoridad que ejercían los alumnos masculinos.

Albion era una institución educativa mixta y la joya de la corona de esta universidad la constituían sus 3 sociedades literarias. La primera de ellas era exclusivamente masculina, la segunda solo admitía mujeres y la tercera era mixta. Todas estas sociedades trataban de atraer al nuevo alumnado y durante un tiempo dudé cuál debía elegir; pero un representante de la sociedad mixta me ayudó a decidirme, de manera claramente involuntaria y contraria a sus intereses.

“Las mujeres”, me aseguró de manera pomposa, “necesitan estar junto a los hombres, puesto que no saben cómo gestionar asuntos importantes”.

En ese mismo momento, mi brújula me orientó ya sin atisbo de duda hacia la sociedad femenina.

“Pues si no lo son”, le dije al pomposo caballero, “ya va siendo hora de que aprendan. Me uniré a la sociedad femenina y ya verás cómo destacamos”.

Cumplí con mi palabra y no llevaba mucho tiempo en la sociedad femenina cuando descubrí que siempre que se ofrecía una oportunidad o ventaja a cualquiera de las sociedades, los varones la lograban sin ninguna excepción ni esfuerzo. Estaba yo lamentándome de esta injusta situación cuando se presentó ante mí la oportunidad de presentar una reclamación formal contra este maltrato a las mujeres. La reunión quinquenal de todas las sociedades estaba a punto de celebrarse y en esta conmemoración siempre se elegía a un representante de las sociedades para pronunciar un discurso. Hasta ese momento la forma en que se designaba a la que persona que pronunciaría el discurso siempre había sido el mismo y consistía en que la sociedad masculina decidía al orador y se lo comunicaba a las mujeres, que confirmaban el nombre con

invariable humildad. Esta vez, sin embargo, cuando nos hicieron llegar el nombre del alumno que habían nominado, envié una misiva a nuestra sociedad hermana en la que hacía constar que nosotras también estábamos interesadas en remitir nuestra propia candidatura.

Todo el cuerpo de estudiantes respondió con interés a esta proposición sin precedentes, que entre las mujeres además de admiración produjo un intenso asombro. Los hombres se negaron a considerar nuestra candidatura y, como término medio amistoso, propusimos que todas las sociedades mantuviéramos una reunión en la que se eligiera a la persona que daría el discurso. Pero en un primer momento, la sociedad masculina también rechazó esta solución y no aceptaron hasta que hubieron pasado varias semanas de discusiones que nos robaban un precioso tiempo que deberíamos estar destinando a nuestros estudios. Cuando finalmente se celebró la reunión de las 3 sociedades, tampoco alcanzamos ningún resultado satisfactorio. Las mujeres contábamos con un miembro más que los hombres y no tardamos en volver a seleccionar a nuestra candidata, que los hombres rechazaron en ese mismo instante. 2 de las alumnas estaban comprometidas con 2 alumnos y la sociedad masculina había ideado un plan secreto: los alumnos llevarían a dar un paseo fuera del campus a sus novias, dejándolas en un lugar alejado del campus mientras ellos regresaban a caballo, a tiempo para votar. No obstante, descubrimos este complot con tiempo suficiente para impedirlo y, finalmente, meses después, cuando ya era evidente que no sería posible llegar a un acuerdo, los varones retiraron de repente su nominación y votaron por mí.

Eso no era en absoluto lo que yo pretendía y rechacé la propuesta en el acto. Entonces, las mujeres nominamos al alumno que había propuesto en primer término nuestra sociedad hermana, quien rechazó la nominación de manera altanera. Como no quedaban más que 2 semanas antes de la celebración y el programa seguía sin imprimirse, el Presidente tomó cartas en el asunto y me ordenó de manera tajante que aceptara la nominación o, de lo contrario, suspendería el evento. Para mí, esta situación se convirtió en un bumerán totalmente inesperado. Lo que yo había pretendido era simplemente reivindicar derechos iguales para las mujeres y demostrarles a los varones que nuestra sociedad existía; pero ni me

planteaba dar un discurso ante todo el estudiantado, ni muchísimo menos tener que preparar un discurso tan importante a última hora. Para colmo de males, tampoco contaba con un atuendo apropiado para un evento de semejante relevancia. Sin embargo, una de mis compañeras de clase le escribió una carta a mi hermana, sin que yo lo supiera, explicándole el honor que había recaído sobre mi persona y mis necesidades y mi familia respondió a esta petición de ayuda. Mi padre compró los materiales y mi madre y Mary pagaron la confección del vestido, que era de alpaca blanca, adornada con satén. El saber que el vestido me sentaba tan bien me levantó mucho el ánimo durante la agonía que supuso preparar y pronunciar el discurso. En lo que respectaba a mi familia, el discurso constituía una especie de redención por mi carrera anterior y por un instante casi llegaron a olvidar el crimen que había cometido al convertirme en predicadora.

Mis fondos originales de 18 dólares se veían suplementados por algunas conferencias que daba contra el consumo de alcohol. La Asociación de Mujeres Cristianas contra el Alcohol³⁸ todavía no se había constituido formalmente, pero las diferentes asociaciones que peleaban contra el excesivo consumo de alcohol contaban con oradoras y a mí de vez en cuando me pagaban 5 dólares para que disertara durante una o dos horas en las pequeñas escuelas rurales de la región. Como predicadora licenciada, no tenía que pagar tasas en la universidad; pero mi estancia en casa del presidente me costaba 4 dólares a la semana, lo que constituía el total de mis gastos, ya que yo misma lavaba mi ropa. Durante mi primer año en la Universidad de Albion destiné un total de 20 céntimos al ocio, que invertí en asistir a una conferencia. El desgaste mental que producía en mí la cuestión monetaria fue muy severo, ya que nunca tenía la certeza de cuánto dinero podría ganar y estaba ya al límite de mis fuerzas cuando llegaron las navidades y, con ellas, un regalo de 92 dólares que la señora Foot había podido recaudar entre mis amistades de Big Rapids. Esa suma, junto con lo que iba ganando con mis charlas, me permitieron sobrevivir aquel primer año.

La primavera siguiente, nuestro hermano James, que en aquel entonces

³⁸ La *American Temperance Society* se fundó en 1826, en la ciudad de Boston.

vivía en St. Johnsbury (Vermont) nos invitó a mi hermana Mary y a mí a pasar el verano con él y mi hermana y yo enterramos el hacha de guerra durante un tiempo y viajamos al oeste juntas. Llegamos a St. Johnsbury un sábado y no llevábamos allí ni una hora cuando mi hermano me informó que lo había organizado todo para que al día siguiente diera el sermón en la iglesia local. Eso estuvo a punto de arruinarle la visita a Mary, además de casi desenterrar de nuevo el hacha de guerra. En un primer momento, se negó de forma taxativa a venir a escucharme, pero tras unas horas en las que se mostró mustia y reflexiva, aseguró que si ella no venía, a buen seguro llevaría el pelo hecho un desastre y el sombrero ladeado. Así que, únicamente por este motivo, nos acompañó a la iglesia. Más tarde, en la sacristía, me dio un gran abrazo y, después, volvió a la iglesia con desganas y me escuchó predicar. De vuelta a casa no dijo una palabra acerca del sermón, pero de momento acalló sus protestas y volvimos a regalarnos el cariño y comprensión de nuestra infancia. Este cambio me llenó de alegría, puesto que Mary era la sal de mi existencia y durante los años de separación con mi familia, fue a mi hermana y a mi madre a quienes más añoré.

Durante ese verano, prediqué cada domingo en St. Johnsbury, o en los alrededores y a medida que el otoño se iba acercando, tuvimos un gran encuentro con los ministros de todas las congregaciones cercanas. Me pidieron que fuera yo quien diera el sermón en aquella ocasión, lo que suponía un gran honor. Pero en esa importante ocasión cometí un error al citar las Escrituras y, de ese modo, le pregunté a la congregación: “¿Puede un etíope cambiar sus manchas o un leopardo su piel?” Me di cuenta en ese mismo momento del desliz, y sin duda el horror se vio reflejado en mi mirada; pero seguí adelante sin corregir el error ni tan siquiera hacer la más mínima pausa. Más tarde, uno de los ministros me felicitó por la calma que había mostrado.

“Si hubieras corregido el error”, me dijo, “todos los jóvenes se habrían estado riendo todo el rato al imaginarse al negro con lunares. Sigue con tu costumbre de seguir siempre hacia delante”.

Al término del verano, las diversas iglesias en las que había predicado me dieron un hermoso reloj de oro y 100 dólares en efectivo, de modo que

volví a la universidad a comenzar mi segundo año de estudios con el corazón mucho más tranquilo.

A partir de ese momento, la vida no me resultó tan compleja. Contaba con suficientes charlas contra el alcohol y sermones en las escuelas rurales como para afrontar mis gastos en el campus y, ahora que la ansiedad a cuenta del dinero se había aliviado, mi salud mejoró de manera notable. En diversas ocasiones les prediqué a los indios, y esas fueron algunas de las experiencias más interesantes de mi vida. Los *squaws* siempre traían a sus bebés con ellos, pero habían ideado un método simple y efectivo para despreocuparse del cuidado de los infantes una vez que llegaban a la iglesia. Colgaban a los pequeños, que estaban sujetos a unas tablas, de la pared trasera del edificio como si fueran abrigos, mediante un agujero que había en la parte superior de la tabla y que sobresalía por encima de sus cabezas. Casi todos los niños llevaban un trozo de tocino atado al extremo de una cuerda, que llevaban atada a la muñeca, y con estas fuentes de alimento, los bebés se entretenían y estaban tranquilos mientras yo daba el sermón.

A menudo, el trozo de carne se les atragantaba en la garganta, pero siempre lograban escapar de la asfixia manoteando intensamente. Así, mientras observaba a la congregación, también veía a los bebés y casi nunca había un instante en que una u otra de las criaturitas no estuviera atragantándose, a espaldas de sus indiferentes madres, que no prestaban atención ninguna al malestar de sus hijos ni giraba la cabeza en momento alguno. Y es que, en esa congregación, no se permitía que las emociones interrumpieran el sereno disfrute del sermón.

La experiencia más dramática que viví durante aquel verano tuvo lugar el verano de 1874, cuando me desplazé a un campamento maderero del norte, para sustituir a un pastor que se encontraba disfrutando de su luna de miel. El carruaje me llevó a unos 30 kilómetros de mi destino, a un lugar llamado Seberwing. Una vez allí el sábado por la noche, descubrí con temor, que el resto del viaje transcurriría a través de un denso bosque y que, si quería llegar a tiempo para el sermón, tendría que encontrar a alguien me llevara por el bosque esa misma noche. No era una perspectiva agradable, ya que había escuchado relatos espeluznantes

sobre los campamentos madereros de esta región y sobre las mujeres que mantenían prisioneras allí. Pero no contemplaba la opción de no cumplir con mi misión y cuando, después de hacer varios intentos infructuosos por encontrar un conductor, un hombre apareció con una carreta de dos asientos y se ofreció a llevarme a mi destino, sentí que tenía que ir con él, aunque no me gustó su apariencia. Era una persona enorme y musculosa, con una mandíbula prominente y un ojo singularmente evasivo; pero estimé que su expresión amenazante podría deberse, al menos en parte, a la perspectiva del largo viaje nocturno por el bosque, al cual posiblemente él se oponía tanto como yo.

Cuando comenzamos el viaje ya estaba oscureciendo y pasados unos momentos dejamos atrás el pequeño asentamiento y nos adentramos en los bosques. Yo llevaba conmigo un revólver, que sabía usar desde hacía mucho tiempo, pero que en muy contadas ocasiones llevaba encima. De hecho, había dudado si llevarlo en esa ocasión y lo dejé en casa, pero un impulso súbito por el que no puedo estar más agradecida me hizo volver a por él y colocarlo en mi bolso de mano.

Yo iba sentada en la parte posterior del carro, directamente detrás del conductor y durante un rato, mientras nos adentrábamos en los cada vez más oscuros senderos, sus musculosos hombros cubrían casi toda mi visión y nos mantuvimos en completo silencio.

El bosque estaba lleno de pinos noruegos, abetos, abetos rojos y tamarindos, grandes árboles sombríos que debían impedir que la luz pasara, incluso en los días brillantes. Esta noche, no había estrellas en el cielo que nos guiaran y la oscuridad no tardó en envolvernos como un espeso manto. No podía ver ni al conductor ni a sus caballos. Solo podía escuchar el susurro sibilante de los árboles y el crujido de nuestras ruedas lentas en el áspero camino forestal.

De repente, el conductor comenzó a hablar y, en un primer momento, me alegré de escuchar una voz humana, puesto que empezaba a sentirme presa de una pesadilla. Le contesté inmediatamente, aunque no tardé en arrepentirme de esta decisión, puesto que los temas que sacaba el hombre resultaban de lo más desagradables. Comenzó a contarme historias

sobre los campamentos madereros, relatos sombríos con detalles horribles, que narraba con todo lujo de morbosos detalles que, sin duda, me relataba simplemente para escandalizarme. Le pedí que parara, puesto que no estaba dispuesta a mantener ese tipo de conversaciones. El hombre respondió con una sarta de vulgaridades y blasfemias y detuvo los caballos, para poder volverse a mirarme. Acabó por gritarme que yo debía pensar que él era un completo idiota para no darme cuenta de qué tipo de mujer era. ¿Qué hacía yo en un sitio como éste y, encima, sola en mitad de la noche?”

Aunque mi corazón en ese momento latía desatado, traté de responderle de manera calmada.

“Sabe usted perfectamente quién soy y que viajo por la noche porque mañana debo predicar en la iglesia y esta es la única manera de llegar a tiempo”.

Entonces lanzó una horrible carcajada.

“Bueno”, dijo de manera tranquila, “Pues no seré yo quien te lleve. Aquí te tengo y aquí te quedas”.

Entonces metí la mano en el bolso y toqué el revólver. Ningunos dedos humanos me han tranquilizado nunca como lo hizo el tacto del metal aquella noche. Respiré hondo, dando gracias por haber traído el arma conmigo. Entonces, saqué el revólver y lo amartillé; para que el hombre pudiera oír el clic.

“¿Anda! ¿Qué tienes ahí?”

“Tengo un revólver”, le respondí con tanta calma como pude. “Está cargado y apunta directamente a su espalda. Ahora, conduzca. Y si se le ocurre abrir de nuevo la boca o detenerse, le dispararé”.

El hombre dudó por un instante.

“Por Dios, ¿cómo que te vas a atrever a disparar!”

“¿Piensa que no? Pruebe a decir una sola palabra más y lo comprobará”.

Mientras hablaba, sentía como se me erizaba el cabello ante esta

pesadilla, que era la peor que una mujer pudiera sufrir.

Pero al hombre le derrotó el saber que tenía un arma cargada, apuntándole a la cabeza. Entonces, azotó con el látigo a los caballos con una violencia que casi me tira del carruaje.

El resto de la noche estuvo marcada por un terror que nunca seré capaz de olvidar. El conductor no volvió a dirigirme la palabra, ni se detuvo. Pero yo no bajé la guardia ni un solo momento. Las horas fueron pasando lentamente, y mantuve el revólver apuntándole. Sabía de sobra que, por dentro, el hombre ardía de rabia y que en cualquier instante podría tratar de arrebatarme el arma. Por ese motivo, tomé la decisión de apretar el gatillo si lo veía hacer el menor movimiento sospechoso. Pero al final amaneció justo cuando los primeros rayos de luz comenzaban a acariciar las puntas de los pinos, llegamos al hotel de madera en el campamento al que me dirigía. Entonces, el conductor recuperó la voz. “Bájate”, dijo gruñón. “Ya hemos llegado”.

Me mantuve inmóvil, puesto que no estaba dispuesta a fiarme de él ni si quiera ahora. Además, estaba tan entumecida por la noche de vigilia que no estaba segura de ser capaz de moverme.

“Bájese usted y vaya a buscar al dueño”.

Obedeció a regañadientes y despertó al dueño del hotel. Cuando volvió con él, me bajé del carruaje con esfuerzo, pero sin dar explicaciones. Esa mañana prediqué en el púlpito de mi amigo como me había comprometido a hacer y el modesto edificio de madera estaba a rebosar de trabajadores de los campamentos madereros de la zona. Su apariencia me causó una gran sorpresa, ya que era evidente que nunca habían acudido antes a un servicio religioso como este. Era una congregación de lo más pintoresca, puesto que todos llevaban su ropa de trabajo, camisas azules o rojas con bufandas amarillas anudadas al cuello y chaquetas de colores brillantes. Habría 40 o 50 hombres y cuando llegó el momento de pasar el cepillo, comenzaron a gritarse, de manera jovial.

“¡Pon 50 centavos!”, le gritaba uno a otro, que respondía desde el fondo, “¡Dale un dólar!”

Fue la mayor colecta en la historia del campamento, pero más tarde descubrí que no fue el alivio espiritual lo que les hizo ser tan generosos. El conductor, que estaba entre ellos, les había contado la aventura de la noche previa y todo el mundo había acudido a ver a la pastora que llevaba un revólver.

“¿El sermón?”, le dijo uno de ellos al dueño del hotel, “¡Uh! ¡Pues la verdad es que no tengo ni la más remota idea de qué hablaba, pero lo que le puedo asegurar es que la pequeña pastora tiene agallas!”

EL LOBO A LAS PUERTAS

Cuando regresé a Albion en otoño de 1875, llevaba conmigo un problema que me atormentaba durante el día y me impedía conciliar el sueño por las noches. ¿Debía dedicar 2 años más de mi juventud, que se me estaba escapando, a mi formación universitaria o, por el contrario, partir lo antes posible a la Universidad de Boston para comenzar mis estudios de Teología, alcanzar el título y dar inicio a la carrera que pensaba destinar al Señor?

En aquel momento tenía 27 años y había sido una pastora licenciada durante 3 años. Mi reputación en la zona noroeste del país había ido creciendo, gracias a lo que los sermones que concedía me permitían ganar el suficiente dinero como para mantenerme todo el curso en Albion. Por otra parte, Boston era un asunto enteramente diferente. Allí estaría sola, casi no tendría un centavo y las oportunidades de conseguir dinero serían mucho más escasas. Con casi total seguridad, si permaneciera en Albion otros 2 años sería capaz de ahorrar lo suficiente como para hacer mi estancia en Boston menos precaria y el sentido común pragmático heredado de mi madre me aseguraba que esa era la opción más segura, sin duda. Pero posiblemente fue el espíritu visionario que había heredado de mi padre el que hizo que al cabo de menos de 3 meses dejara de lado esa decisión sensata, empaquetara mis escasas posesiones y partiera hacia Boston, donde me matriculé en la Escuela de Teología en febrero de 1876.

Estaba realizando un salto de fe al vacío y aunque en esta y otras crisis posteriores de mi vida en las que tomé decisiones similares, hubo sin duda una sensación de profunda emoción, también acontecieron desasosiegos posteriores para los que ni si quiera mi viva imaginación me había preparado. Pasé unos meses muy duros en Boston, durante los que aprendí lo que significa irse a la cama tiritando de frío y hambrienta, el levantarme con el mismo frío y hambre y el no saber durante cuánto más tiempo sería capaz de aguantar en esas condiciones. Pero no fueron

más que una o dos veces las que me arrepentí de ir a Boston, y siempre fue por períodos muy breves de tiempo, una o dos horas, siempre como resultado de la depresión que me provocaba la malnutrición. Durante aquellos días, realmente estimé que el Señor me tenía muy en cuenta. Si estaba pasando frío y hambre era porque Dios estaba poniendo a prueba mi valía como predicadora y estaba convencida de que, si verdaderamente me había elegido para servirle, me haría sobrevivir a esos duros momentos. Esa misma fe que me mantuvo a flote en aquella ocasión sigue siendo un importante sustento en mi vida, sin la que el mundo me resultaría mucho más terrorífico. Pero debo confesar que hoy en día le imploro al Señor menos y con menor intensidad de lo que lo hacía antes de aquellos durísimos años que me enseñaron lo poco importante que resulta mi existencia en el gran esquema de las cosas.

Mi clase de Teología estaba compuesta por 42 hombres jóvenes, además de mi desvalida persona y no llevaba ni una hora en la clase cuando descubrí que las mujeres teólogas pagan un altísimo precio por el mero privilegio de ser mujeres. Los alumnos de la clase que contaban con licencia para predicar recibían alojamiento gratuito en el dormitorio de estudiantes y la comida, que recibían en un club formado para asistirles, les costaba solo un dólar y 25 centavos. Pero a mí no se me dieron semejantes facilidades. No se me permitía dormir en la residencia de estudiantes, sino que recibía 2 dólares a la semana con los que debía buscar mi propio alojamiento en la ciudad. Tampoco tenía permitido comer en el club, de forma que tenía que alimentarme por mis propios medios. Este era un plan que funcionaba admirablemente bien cuando contaba con medios, pero hacía aguas cuando no.

Sin embargo, con mi característico optimismo, alquilé un pequeño ático en Tremont Street. En lugar de una ventana, solo contaba con un diminuto tragaluz que me permitía contemplar las tormentas de febrero y tampoco contaba con calefacción ni agua corriente. No obstante, contar con este alojamiento me proporcionaba una grata sensación de posesión y veía esta experiencia como una gran aventura. Comencé de inmediato a buscar sermones o clases que impartir, pero estas eran más raras que la chimenea o la comida de que disfrutaba escasamente. En Albion había sido casi la única predicadora con licencia para realizar sustituciones. Sin

embargo, las 3 clases de Teología de la Universidad de Boston contaban con 100 alumnos, todos y cada uno de ellos deseosos de conseguir cualquier empleo que se les presentara y cuando, a pesar de esta dura competición, lograba que me invitaran a dar un sermón nunca tenía la certeza de si me pagarían con dinero o con cumplidos. Si, por fortuna, se me pagaba en efectivo, la cantidad casi nunca era de más de 5 dólares y jamás superaba los 10. Tampoco cabía esperar ayuda de mi familia, cuya oposición a mi carrera religiosa se había vuelto más intensa a raíz de mi partida al este. Así pues, sobreviví a base de leche y panecillos tostados y pasaba semanas enteras sin ser capaz de saciar mi apetito. Cuando vivía en los bosques, con mucha frecuencia escuché a los lobos aullar alrededor de nuestra casa por las noches. Ahora, en Boston, podía oírlos a plena luz del día.

En las condiciones que he descrito se produce una depresión especial, que resulta casi imposible de describir. Nadie que no haya experimentado nunca la combinación de hambre permanente, frío y soledad mientras sobrevive en una ciudad extraña, grande e indiferente, puede llegar a entender hasta qué punto estas circunstancias le destrozan a un ser humano los nervios y llegan a quebrar incluso la fibra moral de la persona. También la sensación de humillación que experimenté fue intensa. ¿Cómo es que había sido capaz de sobrevivir por mis propios medios en el noroeste, pero ahora era totalmente incapaz de hacer lo propio en Boston? ¿Quizá era mi propia fortaleza y capacidad lo que estaba fallando? Estas cuestiones me asaltaban una y otra vez, arruinando poco a poco mi autoestima. El único consuelo que encontraba en esos días aciagos era la certeza de que nadie sospechaba si quiera el abismo al que me enfrentaba a diario. Todos nosotros peleábamos de la misma forma y mis padecimientos no eran peores que los de mis compañeros de clase, que recibían alojamiento y frugales alimentos.

Tras unos cuantos meses de padecimiento, estaba ya casi dispuesta a aceptar que el Señor me estaba separando del ministerio y mientras este miedo me invadía, llegó una crisis financiera incluso más feroz; cuando amaneció un día en el que no me quedaba un solo centavo, ni tenía perspectivas de poder ganarlo. Mis únicas provisiones consistían en un paquete de galletas y mi fortaleza me iba abandonando como escapa la

sangre de una vena abierta. Entonces, ocurrió uno de esos giros del destino que me llenaban de optimismo. Casi al borde de esa noche, me pidieron que colaborara en un *avivamiento cristiano*³⁹ durante una semana con un ministro en una iglesia local y cuando acepté esta invitación decidí que sería esta semana la que decidiera mi destino. Mis zapatos se habían abierto por los laterales, ya que, al no poder pagar un coche, debía ir a pie a todos y cada uno de mis compromisos, aunque ya casi no tenía fuerzas para seguir caminando. Si la semana de trabajo me daba lo suficiente para comprar un par de zapatos baratos y me permitía alimentarle durante unos días, continuaría con los estudios de Teología. En caso contrario, tiraría la toalla.

Nunca en mi vida he trabajado mejor o con mayor intensidad que durante esos 7 días, donde puse en el asador no solo todos los esfuerzos de mi corazón y espíritu, sino también las últimas ascuas de mi agonizante vitalidad. Tuvimos un *avivamiento* muy intenso, uno de esos de la vieja escuela en la que los bancos están siempre a rebosar y en el aire no dejan de resonar los aleluyas entusiastas. La emoción de nuestro éxito, modestamente ayudada por la caja de galletas, me mantuvo a flote a lo largo de la semana y no fue hasta la última noche cuando me di cuenta de todo lo que había depositado en esta última batalla que había decidido librar. Entonces, cuando el concluyó último servicio y los fieles se marcharon, me hundí, débil y temblorosa, en una silla, tratando de recomponerme antes de escuchar mi destino en boca del ministro al que había estado ayudando. Cuando se acercó a mí y comenzó a elogiar mi labor, no pude ni levantarme. Me quedé sentada y le escuché con la mirada baja, temerosa de alzar los ojos y que él viera en ellos una pequeña parte del pánico y desesperación que me invadía en esos momentos en los que mi futuro entero estaba a punto de decidirse.

Al principio, sus palabras parecían provenir de un lugar muy lejano a mí, más allá del fondo de la iglesia vacía, pero finalmente comencé a

³⁹ En el texto fuente, *revival*. Durante el siglo diecinueve en Estados Unidos se produce un movimiento religioso y cultural conocido como “the Second Great Awakening” (“Segundo Gran Despertar Religioso”) que organizaba reuniones en los bosques del país, en los que se ubicaban grandes carpas en las que, durante varios días, se celebraban numerosos sermones, bautizos colectivos, colectas, etc. Es importante mencionar que estos eventos en muchas ocasiones también concitaban a partidarios del abolicionismo y, en menor medida, del sufragio femenino.

escucharlas. Aparentemente, había sido la mejor ayuda posible. Para él había sido un verdadero placer y un privilegio el colaborar conmigo. Sin duda alguna, me aguardaba un destino brillante y no le cabía duda de que llegaría muy lejos. De veras deseaba poder ser capaz de gratificar mis esfuerzos como me merecía. Merecía 50 dólares.

Mi exhausto corazón latió con fuerza al oírlo y probablemente mi estómago vacío también lo hiciera. Pero tan solo un momento después, las palabras del reverendo me dejaron sin aliento. Aparentemente, a pesar del entusiasmo y fervor religioso de la semana, la colecta había sido muy decepcionante mientras que los gastos resultaron inusualmente altos. De modo que no podía darme 50 dólares. De hecho, no podía darme nada en absoluto. Así que se limitó a agradecer mis esfuerzos de todo corazón y desearme buenas noches.

Logré responderle y ponerme en pie, pero el trayecto a través de las bancas vacías de la iglesia hasta llegar a la puerta fue el más largo de toda mi vida, y en esos momentos sentí no solo la decepción descorazonadora de esa última derrota sino también la infelicidad acumulada de los años que me esperaban a partir de ese momento aciago. No tenía amigos, ni dinero, estaba literalmente muriéndome de hambre, pero no fue en nada de esto en lo que pensé. El pensamiento abrumador que me inundó fue el que había sido puesta a prueba y había fallado. No era digna.

Una vez en la calle, continué caminando y pasé, sin reparar en ella, al lado de una mujer, que permanecía junto a la entrada de la iglesia. Me detuvo y, con timidez, tomó mi mano. Entonces, de repente, me abrazó y comenzó a sollozar. Era una mujer mayor a la que yo no conocía, pero me pareció oportuno que llorara en aquel momento. De hecho, en esos momentos sombríos, me hubiera parecido oportuno que todas las personas del planeta rompieran a llorar a coro.

“Oh, señora Shaw”, me dijo. “Soy la mujer más afortunada del mundo y le debo esta felicidad a usted. Esta noche, mi nieto se ha convertido gracias a sus palabras. Es todo lo que me queda en el mundo y yo llevo años rezando por su alma; pero siempre ha sido un muchacho salvaje. Pero me ha prometido de rodillas que a partir de hoy mismo va a comenzar a enderezar su vida”.

Su mano rebuscó en el bolso que llevaba.

“Soy una mujer pobre”, continuó. “Pero tengo todo lo que necesito y quiero hacerle un pequeño regalo. Sé de sobra lo dura que es la vida de los estudiantes”. Me puso un billete entre los dedos. “Es muy poco”, me dijo con modestia, “no son más que 5 dólares”.

Rompí a reír y en ese glorioso momento pareció que la vida reía conmigo. Al pasar el billete de manos de la mujer a las mías, mi existencia se transformó por completo, volviéndose más hermosa, casi maravillosa.

“Es el mejor regalo que nunca me hayan hecho”, le dije a la mujer, “Este pequeño billete es tan grande como para permitirme seguir con mi futuro”.

Esa noche tomé una buena cena y a la mañana siguiente me compré los zapatos. Pero mucho más alimenticia que la comida fue la convicción de que el Señor me había dado una señal inequívoca de aprobación. Esta experiencia supuso un punto de inflexión en mi carrera como teóloga. Cuando se me acabó ese dinero, conseguí obtener empleos eventuales y aunque la perspectiva seguía siendo oscura sin duda, ya nunca volví a perder la esperanza. La escuela de Teología estaba en Bromfield Street y el alumnado tenía que subir 3 plantas de escaleras hasta llegar al aula. Por falta de alimentación adecuada, estaba muy débil y no era capaz de subir las escaleras sin sentarme a descansar una o dos veces y un mes después de mi encuentro con la generosa abuela, la señora Barrett⁴⁰ me encontró sentada, descansando entre planta y planta. La señora Barrett era la Superintendente de la *Woman's Foreign Missionary Society*,⁴¹ cuyas oficinas se encontraban en el mismo edificio. Se detuvo, me observó de arriba abajo y, entonces, me invitó a entrar en su despacho, donde me preguntó si me sentía enferma. Le aseguré que no lo estaba y ella me hizo entonces una gran cantidad de preguntas y poco a poco, fue capaz de alcanzar, gracias a su empatía y sororidad, la verdad que yo había logrado esconder con tanto éxito hasta ese momento. En ese momento,

⁴⁰ Helen Barrett Montgomery (1861-1934). Entre los numerosos méritos de esta mujer destaca el hecho de ser la primera mujer en traducir el *Nuevo Testamento*, en 1924.

⁴¹ Asociación fundada en 1869 la Universidad de Boston donde nuestra autora se encontraba estudiando Teología. El principal objetivo de la misma era el de enviar mujeres a predicar la palabra de Dios a lo largo y ancho del mundo.

me dejó marchar sin decir nada; pero al día siguiente, me volvió a pedir que pasara a su despacho y no tardó en desvelar el motivo de esta nueva entrevista.

“Señora Shaw, he estado hablando con una amiga acerca de usted y le gustaría ofrecerle un trato. Piensa que trabaja usted demasiado y está dispuesta a pagarle 3 dólares y medio a la semana durante el resto del curso académico si promete usted que dejará de predicar. Mi amiga desea que descanse, estudie y cuide de su salud”.

Le pregunté el nombre de mi desconocida benefactora, pero la señora Barrett me dijo que debía permanecer secreto. Le había dado un cheque de 78 dólares y a partir de ese momento, me informó, se me pagaría de manera semanal. Acepté, con enorme gratitud, y unos años más tarde, devolví el dinero a la *Missionary Society*; aunque nunca llegué a descubrir la identidad de mi benefactora. Sus 3 dólares y medio semanales, sumados a los 2 dólares que recibía de la Universidad, por fin solucionaron mis problemas económicos y ahora que las horas de comida comenzaban a cobrar sentido en mi vocabulario, mi salud comenzó a mejorar y mi destino a parecer más brillante. Dedicaba la mayor parte de las tardes al estudio, y los domingos en las iglesias de Phillips Brooks⁴² y James Freeman Clark,⁴³ mis ministros favoritos. También me uní al coro de estudiantes de la universidad y participé en misiones con mujeres de la calle. Nunca olvidé la amistad que mantuve siendo muy joven con mi misteriosa amiga en Lawrence, la hermosa “dama misteriosa” que me había querido siendo una niña y, en su honor, me dediqué con total ahínco a ayudar a mujeres de su misma condición. Así pues, iba a las casas de estas mujeres, las seguía a las calles y salones de baile, hablaba con ellas, rezaba con ellas y me hacía su amiga. A algunas fui capaz de ayudarlas, pero muchas no tenían solución y no tarde en darme cuenta que en este

⁴² Phillips Brooks (1835-1893), obispo unitario que aumentó en gran medida el número de fieles de esta religión, debido a su carisma personal y a la actitud liberal que mantenía acerca de numerosas cuestiones, que se oponía a la rígida normatividad que comenzaba a resultar predominante en el unitarismo norteamericano del momento.

⁴³ James Freeman Clarke (1810-1888), ministro unitario y miembro destacado del Transcendentalismo norteamericano (como su íntimo amigo Ralph Waldo Emerson). Firme defensor de los derechos humanos, dedicó innumerables esfuerzos al abolicionismo y sufragio femenino.

tipo de casos el mejor trabajo es el que se hace antes, ya que poco se puede hacer para ayudar a las mujeres una vez han caído en desgracia.

Durante las vacaciones de verano de 1876, fui a Cape Cod y me costé la estancia sustituyendo a ministros en los púlpitos locales. Allí, en East Dennis, forjé la amistad que me trajo al mismo tiempo las mayores satisfacciones y el mayor pesar de ese periodo de mi vida. Mi nueva amiga era una viuda llamada Persis Addy,⁴⁴ que era hija del Capitán Prince Crowell,⁴⁵ el hombre más próspero de Cape Cod. Era un banquero local, director ferroviario y un ciudadano de gran prestigio en su comunidad en aquellos días. Cuando regresé a la escuela teológica en otoño, la señora Addy vino a Boston conmigo y desde ese momento hasta el día de su muerte, 2 años después, vivimos juntas. Estaba muy interesada en mi trabajo y nuestra amistad la distrajo del pesar con el que llevaba años peleando. Ella, por su parte, me abrió un mundo de posibilidades. Ya no estaba sola y aunque mientras vivimos juntas yo pagué mis gastos con mis modestos medios, ella me mostró por primera vez en mi vida una forma de vida en la que las comodidades y la cultura, el descanso, la lectura y el disfrute del tiempo libre resultaban comunes. Y por primera vez en mi existencia había alguien en casa esperándome cuando llegaba, alguien en quien podía confiar, con quien hablar, a quien escuchar y alguien a quien amar.⁴⁶ Leíamos e íbamos a conciertos juntas y fue durante ese invierno cuando asistí a la primera representación teatral de toda mi vida. La estrella de la función era Mary Anderson,⁴⁷ protagonista de la obra, que era *Pygmalion y Galatea*.⁴⁸ Tanto la obra como la actuación de la señora Anderson me dejaron tan fascinada que asistí a todas las representaciones que ofrecieron esa semana, sentada en lo más alto del gallinero y disfrutando cada segundo de este nuevo placer que se

⁴⁴ Persis Crowell Addy (1837-1878).

⁴⁵ Prince Sears Crowell (1813-1881).

⁴⁶ Aunque nuestra autora nunca declara públicamente su homosexualidad, tampoco ocultó en ningún momento que a lo largo de su vida compartió hogar y vida con varias mujeres. De hecho, para los parámetros morales del momento, el párrafo al que refiere esta nota resultaba ya decididamente valiente y le valió a Anna Howard Shaw no pocas críticas.

⁴⁷ Mary Anderson (1897-1986), fue una actriz norteamericana que alcanzó un gran éxito tanto en el teatro como en el cine mudo, llegando a protagonizar 77 películas.

⁴⁸ Adaptación al teatro del famoso mito, a cargo de William Schwenck Gilbert (1836-1911).

abría ante mí. Fue un placer tan intenso que deseé con todas mis fuerzas poder agradecerse a la actriz, pero no fue hasta muchos años más tarde, cuando finalmente pude conocer a la señora Navarro⁴⁹ en Londres, compartir con ella lo que me hizo sentir tanto tiempo atrás y agradecerse.

Lamentablemente, no pude disfrutar apenas estos nuevos deleites de los que estaba disfrutando tanto, puesto que muy pronto se me arrebató la felicidad. La primavera siguiente a nuestra llegada a Boston, la señora Addy yo nos trasladamos a Hingham, en Massachusetts, donde ejercería de manera temporal como ministra de la Iglesia Metodista. Fue allí donde la señora Addy cayó enferma y, a medida que su enfermedad empeoraba, regresamos a Boston, para no separarnos de los mejores médicos que, durante meses enteros, debatieron acerca de la enfermedad que seguían siendo incapaces de diagnosticar. Finalmente, su padre el capitán Crowell hizo que viniera desde París el doctor Brown-Squard,⁵⁰ el más distinguido especialista del momento. Tras examinar a la paciente, el doctor descubrió un tumor en el cerebro. Había sufrido un trauma terrible cuando su esposo falleció de forma trágica, mientras estaban dando la vuelta al mundo en su luna de miel y se creía que su enfermedad se remontaba a ese momento. El doctor no pudo hacer nada por ella, cuya salud se fue deteriorando día a día a lo largo del segundo año que pasamos juntas; hasta que en marzo de 1878 finalmente falleció. Esta terrible pérdida sucedió cuando yo estaba a punto de culminar mis estudios de Teología, mientras aún ejercía como pastor temporal en la iglesia en Hingham. Durante este tiempo, pasaba con ella cada minuto que podía ausentarme de mi congregación y de mis estudios. Fueron unos meses llenos de tristeza. En su pobre y atormentado cerebro, la señora Addy pensaba que era yo la que de las 2 estaba enferma en nuestra familia y, de este modo, cuando estábamos juntas en casa, insistía en que me acostara y me dejara cuidar por ella. Pasaba horas obsesionada conmigo, tratando de aliviar el dolor que creía que yo estaba experimentando. Cuando finalmente encontró paz, su padre y yo la llevamos a casa

⁴⁹ Apellido de casada de la actriz.

⁵⁰ Charles-Édouard Brown-Séquard (1817-1894) fue, en efecto, uno de los expertos en enfermedades cerebrales más prestigiosos del siglo XIX y pasó a la historia de la medicina por identificar un síndrome neurológico que lleva su nombre.

en Cape Cod y la depositamos en el cementerio de la pequeña iglesia donde nos conocimos al comienzo de nuestra breve y hermosa amistad. La soledad que experimenté después fue mucho mayor que cualquier otra que hubiera sufrido en el pasado, porque ahora había aprendido el significado de la verdadera compañía.

Me gradué 3 meses después de su fallecimiento. La señora Addy había planeado llevarme al extranjero cuando acabara mis estudios y durante el primer mes que pasamos juntas pasamos incontables horas hablando y fantaseando sobre nuestras futuras aventuras europeas. Cuando descubrió que ya no podría viajar a mi lado, redactó testamento y me legó 1500 dólares para que viajara; insistiendo en que debía seguir adelante con el plan que habíamos hecho. Durante los momentos de lucidez de que aún disfrutaba, no dejaba de hablar de este tema y me hacía prometer que emprendería el viaje. Cuando falleció, yo sentí que viajar sin ella me resultaría imposible, porque cada cosa hermosa que viera me recordaría ella, avivando el sufrimiento y aumentando mi soledad; pero deseó con sus últimas fuerzas que yo hiciera ese viaje, y cumplí con su voluntad.

Sin embargo, antes de viajar a Europa, me gradué. Ese día vestí una toga de seda negra, recién confeccionada para mí, y llevaba 5 dólares en el bolsillo, de los que no me separé durante toda la ceremonia. Tener ese dinero me producía una satisfacción muy especial, puesto que me dijeron que (a pesar de ser mujer), fui la única persona de mi clase que había trabajado durante todo el tiempo que duraron mis estudios y, por ese motivo, me graduaba totalmente libre de deudas o préstamos. Y, encima, tenía una toga nueva, además de unos cuantos dólares en metálico.

Me gradué sin honores. Es posible que de haberlo intentado, hubiera sido capaz de lograr algunos. Sin embargo, como ya he dicho, mi último año en la universidad fue muy complejo. Así pues, acabé los estudios como una estudiante promedio. Me sentía aislada al ser la única mujer de la clase, pero es cierto que tampoco fui capaz de deslumbrar a mis compañeros con grandes exhibiciones de un talento especial. Como es fácil suponer, extrañé mucho la camaradería y el apoyo de mis compañeros clase, ya durante todo el transcurso de mis estudios superiores, rara vez entraba al aula sin sentir la convicción profunda de que en verdad

no era bienvenida allí. No obstante, es cierto que algunos de los hombres eran amables y cordiales, y varios de ellos siguen siendo amigos a día de hoy. En lo concerniente a mi familia, la brecha que se había abierto cuando comencé a predicar seguía abierta. Con la excepción de Mary y James, todos mis familiares sentían que mi carrera teológica resultaba aberrante e incluso el amor de mi madre se veía empañado por lo que ella consideraba como un desafío deliberado y persistente a sus deseos.

Hacia el final de mi experiencia universitaria aconteció algo que, aparentemente, cambió la opinión de mi madre. En ese momento vivía con mi hermana Mary, en Big Rapids, Ohio, y durante una de las escasas visitas que les hacía, me pidieron que ofreciera un servicio en la iglesia local. Allí fue donde mi madre me oyó predicar por primera vez. Acompañada por uno de mis hermanos, acudió a la iglesia esa mañana, en un estado de nerviosismo que la hacía temblar. No sé exactamente que temía que fuera a decir, o hacer, pero hacia el final de mi sermón resultaba evidente que sus temores resultaban injustificados. Así sus ojos perdieron la sombra de aprensión que los había velado y su cuerpo se relajó. Más tarde, ese mismo, día, me dedicó el mayor cumplido que nunca me haya dedicado un miembro de mi familia.

“El sermón me ha gustado mucho”, le dijo a mi hermano, desenfadadamente, “Anna no habló del infierno, ni de nada por el estilo”.

Como su delicado cumplido nos hizo reír, tuvo que matizar sus palabras.

“Lo que quiero decir es que Anna no ha dicho nada inapropiado en el púlpito”, explicó.

Entre el momento en que murió mi amiga y mi partida hacia Europa me centré por completo en los estudios y en la labor de mi pequeña iglesia. Entonces, como si acudiera a la llamada de mi necesidad, Mary E. Livermore, que había sido la primera persona en darme ánimos profesionales, volvió a presentarse en mi vida. Su esposo era, como yo, pastor en una iglesia de Hingham y cada vez que sus finanzas decaían o necesitaba recaudar fondos para alguna cuestión en particular (lo que ocurría con bastante frecuencia en las iglesias más modestas), su brillante esposa acudía en su ayuda y ofrecía una charla para recaudar dinero, en la que su esposo se retiraba a un modesto segundo plano y la

contemplaba con devoción. Recuerdo que en una de estas ocasiones, cuando se dirigía al púlpito para comenzar su charla, depositó su sombrero y abrigó en un asiento vacío. Unos momentos después, este asiento hizo falta y el señor Livermore, que se sentaba bajo el púlpito, recogió las prendas y las mantuvo en su regazo, sin sombra de vergüenza, durante todo el discurso. Uno de los miembros de la congregación, al que al parecer había irritado el incidente, le preguntó con tono mordaz: “¿Qué siente uno al no ser más que el esposo de la señora Livermore?”

Como respuesta, el señor Livermore le dedicó una de sus encantadoras sonrisas, “Pues la verdad es que me siento muy orgulloso. De hecho, soy la única persona en todo el mundo que disfruta de ese honor”.

Se trataba de una pareja encantadora y merecían mucho más de lo que recibían de un mundo al que se dedicaban con todas sus fuerzas, de manera tan generosa. Conmigo fueron siempre, como con todas las personas que los conocieron, generosos y no puedo evitar sentir un sentimiento de gratitud muy profundo, tan profundo como la sensación de pérdida que me invade al pensar que ya no están entre nosotros.

Fue también durante este periodo de tiempo cuando conocí a Frances E. Willard.⁵¹ El reverendo Moody⁵² estaba llevando a cabo un gran *revival* en Boston y la señora Willard era su asistente personal y para ella este acontecimiento religioso debió cambiar su vida, ya que durante el mismo conoció a la señora Anna Gordon,⁵³ que se convertiría en una gran amiga de por vida y en su biógrafa. Y también fue en esta ocasión cuando comenzó nuestra propia amistad, puesto que a partir de este momento la señora Willard y yo estuvimos ya siempre muy unidas, tanto por el trabajo como por el afecto.

⁵¹ Frances E. Willard (1839-1898), fue una educadora estadounidense cuya influencia resultaría fundamental para la 18 Enmienda a la Constitución de Estados Unidos (que ilegalizaba el alcohol y daba inicio a la conocida como “ley seca”) y la 19 Enmienda, que garantizaba el sufragio femenino. Asimismo, también peleó por otras causas sociales, como la jornada laboral de 8 horas, o el endurecimiento de las penas por violación y el abuso sexual infantil.

⁵² Dwight L. Moody (1837-1899), conocido como “el evangelista más grande del siglo XIX”.

⁵³ Anna Gordon (1853-1931) fue otra destacada propulsora del movimiento contra el alcohol que posibilitó la “ley seca”.

Durante la segunda o tercera noche de la celebración religiosa, en uno de los actos a los que asistían tanto hombres como mujeres, el señor Moody invitó a todo aquel que quisiera dirigirse a las almas pecadoras a acercarse al escenario. Yo fui, junto con otras personas, y encontré un asiento vacío junto al de la señora Willard, a la que ya me había presentado anteriormente un conocido común. En aquellos años, yo llevaba el pelo corto y vestía una gorra de piel. Aunque ya llevaba años predicando, parecía muy joven, demasiado joven en verdad, como para atraer el interés del señor Moody; que fue dirigiéndose a todos los hombres y mujeres que habían respondido a su invitación, obviándome hasta el final. Entonces, me dijo que no quería a jovencuelas que se dirigieran a su congregación, sino a mujeres maduras con experiencia. Me recomendó que me fuera a casa con mi madre añadiendo, como para atenuar la decepción, que algún día que vinieran jovencitas al encuentro dejaría que me reuniera con ellas.

Sin explicarle nada, comencé a marcharme, cuando la señora Willard me vio, vino tras de mí y me detuvo. Me preguntó que porqué me marchaba y le contesté que el señor Moody me había mandado madurar. Frances Willard tenía un agudo sentido del humor y disfrutó mucho de este malentendido tanto como para convencerme al final de que el asunto resultaba jocoso. Así pues, me llevó de nuevo junto al señor Moody y le explicó la situación. Entonces, el reverendo se disculpó y me puso a trabajar, tras explicarme que había pensado que yo no tenía más de 16 años. A partir de ese momento, volví a colaborar con él en algunas ocasiones puntuales, cuando mis otros empleos me lo permitían.

De este modo, llegó la hora de cumplir con la promesa que le había hecho a la señora Addy y embarqué rumbo a Europa el mes de junio, tras graduarme. Recorrí el continente, junto con otros turistas comandados por Eben Tourgee,⁵⁴ del Conservatorio de Música, durante 3 meses. Tomamos tierra en Glasgow y, desde allí, nos dirigimos a Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Francia y, por último, pero no por ello menos importante, a Italia. Muchos de los viajeros eran clérigos, y

⁵⁴ Eben Tourgee (1834-1891), fue uno de los músicos más destacados de Estados Unidos en el siglo XIX, además de fundar distintos conservatorios en la costa este del país.

también nos acompañaba una viuda a la que nunca olvidaré y cuya actitud jovial hacia el recuerdo de su difunto esposo proporcionó diversos momentos cómicos en nuestro primer viaje. Y es que se convirtió en una divertida distracción preguntarle si su esposo todavía vivía, ya que siempre respondía a la pregunta con las mismas palabras melancólicas y con el mismo estilo de alegría irreprimible.

“Oh no!” exclamaba. “¡Mi querido difunto ha estado en la casa de nuestro Padre Celestial durante los últimos ocho años!”

Incluso en los mejores momentos, estas vacaciones sin mi amiga me resultaban incompletas, de una manera trágica y apenas sí recuerdo alguno de los incidentes de ese viaje que realicé hace 46 años. Viene a mi memoria cómo una mañana di un sermón improvisado en el castillo de Heidelberg, ante una gran congregación y, poco después, uno muy diferente en Génova. Allí, había un barco evangelista en el puerto y el sábado desembarcó su pastor para dirigirse a nuestro grupo y preguntar si había algún pastor americano que pudiera dirigir el servicio en su barco a la mañana siguiente. Era el arquetipo de presbiteriano ortodoxo de la vieja escuela, desde la punta de sus zapatos de suela ancha hasta la raya severa en su frente santurrón. Yo no me encontraba en el hotel cuando vino y mis compañeros de viaje decidieron aprovecharse de esta situación para gastarle una broma al caballero del barco evangelista. Le aseguraron que “doctor Shaw” predicaría para él, y el pastor regresó a su puesto muy complacido. Sin embargo, cuando me contaron de su invitación, no mencionaron que habían olvidado decirle que el Doctor Shaw era una mujer, y yo estaba muy emocionada por el supuesto cumplido que creía que me habían hecho.⁵⁵

Las 30 personas que viajábamos juntas acudimos al barco presbiteriano la mañana siguiente y en cuanto el pastor vino a saludarnos, delgado y se aspecto intimidante, intentando esbozar una sonrisa de bienvenida en sus finos labios, me presentaron como la ministra que daría el sermón. El hombre, que acababa de tomar mi mano, la soltó inmediatamente como si le estuviera abrasando. Entonces, comenzó a balbucear que eso

⁵⁵ Como es bien sabido, en inglés no existe marca de género; lo que permite la ambigüedad que origina la anécdota narrada por la autora.

resultaba de todo punto imposible, que sus hombres nunca escucharían a una mujer, que era una blasfemia que una mujer predicara y que la congregación se amotinara. Mis compañeros de viaje, que me habían colocado en una situación tan incómoda sin darse cuenta, decidieron enmendar el error y, con muchos esfuerzos, lograron convencer al pastor de que me dejara predicar esa mañana en su barco.

Finalmente, aunque con muchas reticencias, el hombre aceptó; pero cuando llegó el momento de presentarme, dedicó casi todo el tiempo a disculparse enfáticamente por mi presencia. Les explicó a los marineros que yo era una mujer y que él no era el responsable de que yo estuviera allí con ellos. Cada palabra que salía de su boca colocaba un nuevo ladrillo en la muralla que con tanto esfuerzo estaba construyendo entre la tripulación y mi persona y que yo empezaba a considerar inquebrantable. En aquel momento me sentí desolada, embargada por la nostalgia y sentía una soledad inmensa. Entonces, de repente, se me ocurrió que esos marineros, con sus ojos hinchados y rostros agresivos posiblemente también se sintieran presa de la tristeza y la nostalgia. De ese modo, tomé la decisión de dirigirme a ellos no como pastora sino como mujer y me acerqué al púlpito para hablar con ellos en sus mismos términos, contemplando al grupo y tratando de identificar a los individuos que resultarían más hostiles, para centrar en ellos mi atención. Un viejo marinero, de ojos enrojecidos, piel curtida por el sol y la sal y rostro ajado, que parecía un pirata me dedicó una mueca tan agresiva que decidí acercarme a él y fui ahí, enfrente suya, donde comencé a hablar. Les dije:

“Estimados amigos, espero que disculpen todo lo que el doctor Blank acaba de decirles. Es cierto que soy una pastora y que he venido a predicar. Pero he cambiado de opinión y he decidido que en lugar de dar un sermón me limitaré a charlar amistosamente sobre un tema que no aparece en la Biblia. Me encuentro muy lejos de casa y siento tanta nostalgia como muchos de vosotros parecís sentir. Por eso, mi charla se llamará, “Bienaventurados los que sientan nostalgia, porque regresarán a su hogar”.

Durante los veranos que pasé en Cape Cod había llegado a aprender bastantes cosas sobre los marineros. Sabía que entre la imponente congregación que tenía frente a mí a buen seguro había muchos jóvenes que

se habían escapado de su casa, así como hombres que habían huido debido a problemas familiares. Me dirigí en primer término a los jóvenes, que habían olvidado a sus madres y quienes pensaban que sus madres se habían olvidado de ellos y les conté mis experiencias con tantas madres que esperaban ansiosas que sus hijos regresaran del mar. Algunas cabezas se inclinaron entonces y vi a un muchacho reprimir las lágrimas; pero el viejo con el que tanto deseaba conectar seguía haciéndome muecas horrosas, como si fuera un mono diabólico. Entonces, hablé de las esposas de los marineros, del pesar doble que les suponía sobrevivir sin su esposo y la ansiedad que sentían por su seguridad y no tardé en reconocer a los esposos del grupo, porque la hostilidad de su rostro se dulcificó. Pero mi viejo seguía haciendo gestos rudos, con los ojos entrecerrados. Por último, describí a los balleneros que estaban ausentes de su casa durante años enteros y regresaban para encontrarse con sus hijos y nietos, que los esperaban. Les dije que yo misma había visto a esos balleneros de los que les hablaba en la costa de Nueva Inglaterra, cubiertos por sus nietos, que les abrazaban con fuerza e iban pegados a ellos mientras andaban por las calles, del mismo modo que los percebes cubren los cascos de los navíos. Entonces fue cuando, por fin, el agravio abandonó por fin el rostro del viejo marinero. En algún lugar, tenía nietos. Se retorció, incómodo en su asiento, tosió y, al final, sacó un gran pañuelo rojo y se limpió los ojos. Este episodio me dio alas.

“Esta mañana había previsto dar un sermón sobre ‘La visión celestial’. Ahora quiero hablar un poco de ese tema, pero también de la visión que hemos tenido de nuestro propio hogar”, les dije.

Terminé con algunos fragmentos del sermón y una plegaria, y cuando alcé la cabeza, el viejo marinero de mirada enfurecida estaba en pie, frente a mí.

“Señora”, susurró con aspereza, “Me gustaría estrechar su mano”.

Estreché su vieja mano y vi cómo muchos de los otros marineros empezaban a acercarse de manera amable pero tímida y les dije:

“Me gustaría estrechar las manos de todos los presentes”.

Ante mi propuesta, todos los hombres se acercaron y estreché las manos

de todos ellos. Al día siguiente, tenía la mano hinchada, porque los hombres la habían aferrado como si fuera un cabo de su navío; pero la experiencia había merecido la pena. Sin embargo, el mejor momento de aquella mañana fue cuando el pastor vino a mí, con los ojos desorbitados y presa de una profunda fascinación.

“No lo hubiera creído”, es todo lo que pudo decir, “hubiera jurado que los hombres la habrían atacado”.

“¿Por qué habrían de haberme atacado?”, quise saber.

“Bueno, pues... porque... porque es tan antinatural...”

“Pues resulta”, le respondí, “que si es antinatural que las mujeres hablen con los hombres, llevamos viviendo en un mundo antinatural durante muchísimo tiempo. Lo que es más, si es antinatural, ¿por qué decidió Jesús enviar a una mujer como a su primera predicadora?”

Evité entrar a debatir esa cuestión al invitarnos a pasar a su cabina a beber vino con él y, puesto que todos nosotros éramos abstemios totales, nos resultó tan antinatural que nos ofreciera vino como a él le resultaba antinatural que una mujer predicara.

El otro incidente reseñable de este viaje europeo fue una audiencia con el papa León XIII.⁵⁶ Puesto que en mi grupo de viajeros había varios americanos distinguidos, nos organizaron una recepción privada y durante los días previos a esta recepción, ensayamos con nerviosismo la etiqueta a seguir ese día. Cuando llegamos al Vaticano, cruzamos 2 hileras de Guardias Suizos hasta llegar al Salón del Trono, para descubrir que nos recibiría en la Sala de Tapices. Allí nos encontramos con una imponente delegación de cardenales y oficiales vaticanos y mientras admirábamos la hermosa estampa, se anunció la llegada del Papa. Toda la comitiva se arrodilló en el acto, excepto algunas personas que trataron de mostrar su democracia permaneciendo en pie; pero no me cabe duda de que incluso estos individuos sintieron un estremecimiento cuando la

⁵⁶ Gioacchino Vincenzo Raffaele Luigi Pecci (1810-1903), fue el 256 Papa de la Iglesia Católica. Durante su papado, que se desarrolló durante un cuarto de siglo, trató de acercar la Iglesia a los problemas sociales, como demuestra su encíclica *Rerum novarum* de 1891, en la que denunciaba las desigualdades sociales y reclamaba salarios justos.

figura delgada y exquisita apareció en la puerta y nos concedió una bendición general. Luego, el Papa pasó lentamente por la fila, ofreciéndonos a todos y cada uno su mano, irradiando un encanto tan amable y humano que pocos dejaron de sentirse cautivados por su personalidad magnética. No había nada carnal en León XIII. Su cuerpo era tan frágil, tan etéreo, que casi parecía que pudieran verse a través de él los magníficos tapices en las paredes. Pero desde el momento en que apareció, cada mirada se fijó en su persona, cada pensamiento se concentró en él. Creo que si no hubiéramos sabido de quién se trataba, la sensación habría sido idéntica, porque a través de la delgada cáscara que lo albergaba brillaba la llama constante de un espíritu maravilloso.

Anteriormente les había comentado a mis amigos que besar el anillo del Papa después de que tantos otros labios lo hubieran tocado no me parecía nada higiénico, y que, por lo tanto, tenía intención de besar su mano en lugar del anillo. Cuando llegó mi turno, cumplí mi palabra; pero después de haber besado la venerable mano, permanecí arrodillada durante un instante con la cabeza inclinada, un poco aturdida por mi osadía. Sin embargo, el amable Padre pensó que estaba esperando una bendición especial. Me la otorgó solemnemente y siguió su camino, y dediqué las siguientes horas a alardear descaradamente ante mis compañeros que ninguno de ellos había recibido una atención similar.

En Venecia asistimos a una gran fiesta que se celebraba con ocasión de la primera visita del rey Humberto y la reina Margarita⁵⁷ a la ciudad. También fue la primera vez que Venecia daba la bienvenida a una reina desde la unificación italiana, y la reina del mar Adriático se superó a sí misma en esplendor y belleza en sus preparativos. El Gran Canal parecía un arcoíris fluido, al reflejar las brillantes decoraciones que habían colocado a lo largo de toda la ciudad y, por la noche, la luz de la luna, la música, las campanas de las iglesias, las linternas de colores, las alegres voces y el chapoteo del agua contra los costados de innumerables góndolas hacían que la experiencia pareciera salida de un sueño, o

⁵⁷ Humberto I de Italia (1844-1900) y Margarita Teresa de Saboya (1851-1926) fueron los primeros monarcas de Italia tras la unificación del país.

proveniente de un mundo nuevo e increíblemente hermoso. Cuarenta mil personas se congregaron en la Plaza de San Marcos y frente al Palacio, y recuerdo un bonito incidente en el que participaron la amable reina y un pequeño pilluelo de la calle. El niño pequeño y harapiento se había acercado sigilosamente al balcón real tanto como se atrevió y luego, sin ser visto, se había encaramado a uno de los pilares. En el momento en que un repentino silencio cayó sobre la multitud, este niño, llevado por el patriotismo, al ver a la dama real en el balcón sobre él, de repente comenzó a gritar agudamente en el silencio: “¡Viva la Reina!, ¡Viva la Reina!”

La amable reina Margarita escuchó la voz infantil y, entretenida e interesada, se inclinó sobre el balcón para ver de dónde provenía. Lo que vio sin duda conmovió su corazón de madre. Captó la mirada del niño harapiento aferrado al pilar y le sonrió radiante. Luego, probablemente pensando que el Rey estaba acaparando la atención de la gran multitud, se permitió un pequeño divertimento. Inclinandose hacia adelante, besó la punta de su pañuelo de encaje y lo pasó amorosamente por la mejilla morena del niño, sonriendo hacia abajo como si estuviera inconscientemente sola con el extasiado niño. Al siguiente instante, ella se enderezó y se ruborizó, porque la multitud atenta había presenciado el episodio y estaba emocionada. Durante diez minutos, la gente vitoreó a la Reina sin cesar, y en los siguientes días no hablaron de otra cosa que de esa espontánea y juvenil acción que tanto había deleitado a todos los presentes.

Un último recuerdo sentimental, antes de comenzar a relatar otra etapa de mi vida. Como mencioné anteriormente, mi amiga la señora Addy me dejó en su testamento mil quinientos dólares para mi visita a Europa, y antes de zarpar, su padre, quien fue uno de los mejores amigos que he tenido, hizo una proposición característicamente amable en relación con el pequeño fondo. En lugar de darme el dinero, me entregó dos bonos de ferrocarril, uno por mil dólares y otro por quinientos dólares, cada uno con un interés del siete por ciento. Sugirió que depositara estos bonos en el banco del cual él era presidente y que obtuviera un préstamo del banco para viajar al extranjero. Luego, cuando regresara y asumiera mi nuevo cargo pastoral, podría utilizar parte de mi salario cada mes

para pagar el préstamo. Estos pagos mensuales, explicó, podrían ser tan pequeños como yo deseara, pero cada mes dejaría de pagar el interés sobre la cantidad que pagara. Acepté con gusto su consejo y tomé prestados setecientos dólares. Tras regresar de Europa, pagué el préstamo en cuotas mensuales y eventualmente recuperé los bonos, que aún poseo. Vencerán en 1916. Desde que los recibí en 1878, he recibido ciento cinco dólares al año en intereses, más del doble del interés nominal, y cada vez que he viajado al extranjero he utilizado estos intereses para costearme el pasaje. De esta manera, mi amiga ha tenido una parte en cada una de las muchas visitas que he realizado a Europa, y en todas ellas su memoria ha estado vívidamente presente conmigo.

Mi auténtica carrera ministerial comenzó al regresar de Europa. El año que ocupé el púlpito de Hingham había sido simplemente provisional, y aunque logré aumentar la congregación de la iglesia cuatro veces más de lo que era cuando asumí el cargo, no me renovaron el puesto. Había pagado una pequeña deuda de la iglesia y había hecho reparaciones, pintado y alfombrado el edificio. Ahora que había superado sus dificultades, ofrecía ciertas ventajas al ocupante de su púlpito, y mi sucesor, un hombre, se benefició de ello. Sin embargo, yo tenía pocas razones de queja, ya que inmediatamente se me ofreció y acepté el pastorado de una iglesia en East Dennis, en Cape Cod. Llegué en octubre de 1878 y allí habría de pasar siete de los años más interesantes de mi vida.

PASTORA DE UN REBAÑO DIVIDIDO

Como ya he adelantado, inmediatamente tras regresar de Europa, me centré por completo en el trabajo de mi nueva parroquia. Mis ocupaciones anteriores en varios púlpitos, ya fueran largas o cortas, siempre habían sido como sustituta. Ahora, por primera vez, tenía una iglesia propia y mi éxito o fracaso dependería de la labor que en ella llevara a cabo. La tinta apenas se había secado en mi diploma de la Escuela Teológica de Boston y, como sucedió, la pequeña iglesia a la que fui destinada estaba en manos de dos facciones en guerra, cuyas batallas generaban un ferviente interés en la comunidad de Cape Cod. Pero mi inexperiencia no me perturbaba en lo absoluto y desconocía por completo la división existente en el seno de la congregación. Así que ocupé mi nuevo cargo con la misma confianza con la que un niño entra a un jardín; y aunque tuve problemas desde el principio y presenté mi renuncia tres veces, al final terminé quedándome siete años.

Mi nombramiento no causó ni siquiera una tregua en la guerra entre mis feligreses. Antes de cruzar el umbral de mi iglesia, me di cuenta de que era la pastora de un rebaño dividido. Nunca supe exactamente qué había causado la brecha original, pero esta se había ensanchado con el tiempo, hasta el punto de que parecía que ningún pacificador podría construir un puente lo suficientemente grande como para superarla. Tan pronto como llegué a East Dennis, cada facción intentó verter en mis oídos sus amargas críticas hacia la otra, pero establecí y seguí consistentemente la regla segura de negarme a escuchar a ninguno de los bandos. Anuncié públicamente que no escucharía ninguna acusación verbal, pero que, si mis dos rebaños expresaban sus problemas por escrito, convocaría una reunión para discutirlos y tomar una decisión. Ambos se negaron rotundamente a hacerlo (aparentemente, era la primera vez que estaban de acuerdo en algo); y como rechacé constantemente escuchar quejas, idearon un método original para presentármelas.

Durante la reunión de oración regular de los jueves, que tuvo lugar aproximadamente dos semanas después de mi llegada y que, por supuesto, presidía yo, expresaron sus dificultades en oraciones públicas, llamando en voz alta y urgentemente al Señor para que perdonara a tal mentiroso, mencionando el nombre del caballero, y a tal difamador, cuyo nombre también fue mencionado. Para cuando las oraciones terminaron, había pocas reputaciones intactas en la congregación, y me vi obligada a conocer los puntos de vista de ambas facciones.

El jueves siguiente hicieron lo mismo, llenando sus oraciones con detalles íntimos y sorprendentes acerca los demás, y soporté la situación simplemente porque no sabía cómo abordarla. Todavía era joven y mi formación teológica no me había proporcionado pautas para situaciones como esta. Interferir en la comunión de las almas con Dios parecía imposible; del mismo modo que permitirles continuar pronunciando ataques personales en la iglesia, amparados por la oración, también era imposible. Cualquier curso de acción que pudiera seguir parecía alejarme de mi nueva parroquia. Sin embargo, tanto el deber como el orgullo exigían una acción rápida. Cuando nos reunimos para la tercera reunión de oración, había decidido qué hacer, y antes de que comenzaran los servicios, me levanté y me dirigí a mis hijos errantes. Explicué que el carácter de las oraciones en nuestras reuniones recientes nos convertía en motivo de burla para la comunidad, que los incrédulos se estaban riendo de nuestra religión y que la disciplina de la iglesia se estaba desmoronando. Terminé con estas palabras, que había elegido con sumo cuidado:

“Ahora tiene que suceder una de dos cosas. O bien dejan de rezar de esta manera, o bien se mantienen alejados de nuestras reuniones. Celebraremos las reuniones de oración en otra noche y no permitiré la entrada a aquellos entre ustedes que traigan críticas personales a sus oraciones públicas”.

Como esperaba, el anuncio creó un alboroto inmediato. Ambas facciones se levantaron, tratando de hablar al mismo tiempo. La tormenta arreció hasta que despedí a la congregación, diciéndoles que su comportamiento era un insulto al Señor y que no escucharía ni sus protestas ni sus oraciones. Se fueron a regañadientes, pero se fueron; y la excitación del día siguiente hizo que los enfermos se levantaran de sus camas para

hablar de ello, y el asunto se comentó por todo Cape Cod. El domingo siguiente, la pequeña iglesia tuvo la mayor asistencia de su historia. Aparentemente, todos los hombres y mujeres del pueblo habían venido a escuchar qué más diría sobre el problema, pero yo ignoré todo el asunto. Prediqué el sermón que había preparado, cuyo tema estaba tan alejado de las disputas en la iglesia como nuestra atmósfera estaba alejada de la paz, y mi congregación se dispersó con expresiones de una decepción tan ingenua que casi me resultaba difícil mantener una dignidad serena.

Sin embargo, esa noche la guerra alcanzó mi propio campamento. En la reunión de la tarde, el líder de una de las facciones se levantó con la clara intención de causar problemas. Era un capitán de mar retirado, del tipo despiadado que derriba a un hombre con una cuerda, y me atacó directamente a mí de una manera característicamente directa. Comenzó con la afirmación de que mi sermón matutino había sido “totalmente contrario a las Escrituras” y durante diez minutos me citó y malinterpretó, enfatizando sus puntos. Yo me limité a dejarle continuar, sin interrumpirle en ningún momento. Luego agregó:

“Pues no que llega esta mujer a la iglesia y se atreve a decirnos cómo debemos orar. Eso es un acto autoritario, y yo, por mi parte, no lo voy a tolerar. Quiero decir aquí mismo que voy a orar como me plazca, cuando me plazca y donde me plazca. He rezado de esta manera celestial durante cincuenta años antes de que esa mujer naciera, ¡y ahora ella no va a venir a darme órdenes!”

En este punto, toda la congregación estaba indignada y se escuchaban gritos de “¡Siéntese!” “¡Siéntese!” desde todos los rincones de la iglesia. Fue un momento difícil, pero logré levantarme con cierta muestra de dignidad. Estaba herida hasta lo más profundo, pero mi sangre luchadora hervía.

“No”, dije, “el Capitán Sears tiene la palabra. Dejen que diga todo lo que desee decir, porque esta será la última vez que hable en una de nuestras reuniones”.

El Capitán Sears, cuyos esfuerzos estaban ya a punto de provocarle una apoplejía, se volvió aún más púrpura. “¿Qué es esto?” gritó. “¿Qué quiere decir?”

“Quiero decir,” respondí, “que no tengo la intención de permitirle ni a usted ni a nadie más que interfiera en mis reuniones. Usted es un capitán de mar. ¿Qué haría tú si yo subiera a bordo de su barco e iniciara un motín en la tripulación o intentara darle órdenes?”

El Capitán Sears no respondió. Permaneció inmóvil, con las piernas separadas y firmes, como siempre lo hacía al hablar, pero sus ojos se movieron ligeramente. Yo misma me respondí a mi pregunta.

“Me dejarías en tierra o me pondrías en grilletes”, le recordé. “Ahora, Capitán Sears, tengo la intención de dejarte en tierra. Soy el capitán de este barco. He trazado mi rumbo y tengo la intención de seguirlo. Si se rebela, o se va usted o me voy yo. Pero hasta que la junta pida mi renuncia, sigo al mando”.

Como sucedió, había expresado mi ultimátum de la única forma que el viejo podía entender. Se sentó sin decir una palabra y me miró fijamente. Cantamos la Doxología y di la reunión por concluida. Una vez más, habíamos omitido las oraciones. Al día siguiente, el Capitán Sears me envió una carta en la que retiraba su suscripción para el apoyo de la iglesia, y durante semanas se mantuvo alejado de nuestros servicios, regresando solo con las condiciones que mencionaré más adelante. Incluso en ese momento, sin embargo, su ataque me ayudó más que perjudicarme. En la reunión regular del jueves por la noche siguiente, no se incluyeron críticas personales en las oraciones y, eventualmente, encontramos la paz. Pero muchas batallas se perdieron y se ganaron antes de que llegara ese feliz día.

El lugar vacío del Capitán Sears entre nosotros fue rápidamente ocupado por otro capitán de East Dennis, cuyo nombre también era Sears. Unos días después de mi encuentro con el primer capitán, me encontré con el segundo en la calle. Nunca había venido a la iglesia, y me detuve y lo invité a hacerlo. Él respondió con una sencilla sinceridad.

“No pienso ir”, me dijo. “No hay ninguna mujer que pueda enseñarme nada”.

“Tal vez esté equivocado, Capitán Sears”, respondí. “Podría enseñarle algo”.

“¿Qué?” demandó el capitán, con desconfianza fría.

“Oh”, dije alegremente, “digamos tolerancia, por ejemplo”.

“Humph”, murmuró el anciano. “El Señor no quiere tu tolerancia, y yo tampoco”.

Me reí. “No se opone a la tolerancia”, dije. “Venga a la iglesia. También puede hablar, y el Señor nos escuchará a los dos”.

Para mi sorpresa, el capitán vino el domingo siguiente y durante los siete años que permanecí en la iglesia, fue uno de mis mayores seguidores y amigos. Necesitaba amigos, porque tras la primera batalla no tardó en llegar la segunda. De hecho, apenas hubo tiempo entre ellas para cuidar de los heridos.

En East Dennis teníamos lo que se conocía como el “Grupo Religioso Libre” y, cuando algunos miembros de mi congregación no estaban peleando entre ellos, generalmente estaban enfrascados en disputas con este grupo. Durante años, me dijeron, una de las principales diversiones de la facción “Religiosa Libre” era organizar un baile en nuestro ayuntamiento en la noche en que lo estábamos utilizando para nuestra feria anual de la iglesia. Las reglas de la iglesia prohibían rotundamente el baile, por lo que el grupo mundano disfrutaba especialmente de asistir a la feria y durante la noche organizar un baile y girar entre nosotros, para horror de nuestros miembros. Luego pasaban el resto del año presumiendo de su hazaña. Llegó a mis oídos que habían decidido seguir esta agradable tradición en nuestra celebración navideña, así que convoqué a los consejeros de la iglesia y les expuse la situación.

“Debemos aplicar nuestra disciplina”, dije, “o abandonarla. Personalmente, no tengo objeción al baile, pero dado que la iglesia lo ha prohibido, tengo la intención de respaldar esa decisión. Permitir que estas personas nos ridiculicen año tras año resulta inadmisibles. Digámosles que pueden bailar o que no pueden bailar; pero sea cual sea nuestra decisión, hagamos que obedezcan nuestras reglas”.⁵⁸

Los consejeros se mostraron impactados ante la mera sugerencia de que se les permitiera bailar.

⁵⁸ Véase la nota al pie número 11.

“Muy bien”, concluí. “Entonces no bailarán. Eso queda claro”.

El Capitán Crowell, padre de mi difunta amiga, la señora Addy, y mi mejor amigo, era un firme partidario del Grupo Religioso Libre. Cuando sus miembros corrieron hacia él con la noticia de que yo había dicho que no podrían bailar en la fiesta navideña de la iglesia, el Capitán Crowell se rió amablemente y les dijo que bailaran todo lo que quisieran, agregando alegremente que él los sacaría de cualquier problema en el que se metieran. Sabiendo de mi amistad con él y que incluso le debía mi nombramiento en la iglesia, los miembros del Grupo Religioso Libre estaban seguros de que nunca me enfrentaría a él, ni en lo tocante al baile ni en ningún otro asunto. Por lo tanto, hicieron todos los preparativos para el baile con total confianza y presumieron de que el evento sería el más animado que habían organizado. Mi gente empezó a mirarme con simpatía y, por un momento, me sentí muy compungida. Parecía lo suficientemente claro que “la chica” iba a tener más problemas.

En la noche de la fiesta las cosas fueron mal desde el principio. Había una clara intención entre los peores miembros del Grupo Religioso Libre de aprovechar cualquier oportunidad para avergonzarnos. Abrimos el evento con el Padre Nuestro, lo cual fue aplaudido ruidosamente por este grupo. Colgaron un gatito vivo en lo alto del árbol de Navidad, donde maullaba lastimosamente, y los jóvenes del grupo externo se lanzaban trozos de pastel a través del salón. Finalmente, cansados de estas diversiones inocentes, comenzaron a prepararse para su baile, ante lo cual yo protesté. El portavoz del grupo me hizo un gesto para que me apartara.

“El Capitán Crowell ha dicho que podíamos bailar”, comentó con ligereza.

“El Capitán Crowell”, respondí, “no tiene ninguna autoridad en este asunto. Los consejeros de la iglesia han decidido que aquí no pueden bailar, y tengo la intención de hacer cumplir su decisión”.

Fue interesante observar lo rápido que los hombres de mi congregación desaparecieron de ese salón. Como sombras, se deslizaron por las paredes y desaparecieron por las puertas. Pero los preparativos para el baile continuaron alegremente. Caminé hasta el centro de la habitación y

elevé la voz. Siempre me escuchaban, ya que mis oyentes tenían la esperanza, constante y generalmente cumplida, de que estaba a punto de meterme en más problemas.

“Están decididos a bailar”, comencé. “No puedo impedirles que lo hagan. Pero puedo y haré que se arrepientan de haberlo hecho. La ley del estado de Massachusetts es muy clara en cuanto a las reuniones y congregaciones religiosas. Este salón fue reservado y pagado por la Iglesia Metodista Wesleyana, de la cual soy pastor, y tenemos pleno control de él esta noche. Cada hombre y mujer que interrumpa nuestros ejercicios al intentar bailar o crear cualquier tipo de disturbio será arrestado mañana por la mañana”.

La sorpresa al principio, seguida de la consternación, se apoderó de las filas del Grupo Religioso Libre. Negaron la existencia de la ley que yo había mencionado, y yo la leí en voz alta para ellos. Los líderes se apartaron a un rincón y consultaron entre ellos. Para ese momento, no quedaba ningún hombre de mi parroquia en el salón. Como resultado de la consulta en el rincón, un comité de los aspirantes a bailarines vino hacia mí y propuso un acuerdo.

“¿Aceptaría arrestar solo a los hombres?”, querían saber.

“No”, declaré. “Al contrario, ¡haré que las mujeres sean arrestadas primero! Porque las mujeres deberían estar apoyándome ahora en favor de la ley y el orden, en lugar de ponerse del lado del elemento pandillero que ustedes representan”.

Así se zanjó el asunto. Ninguna chica o mujer se atrevió a ir a la pista de baile, y ningún hombre tuvo interés en girar alegremente por sí mismo. Sin embargo, corrió el rumor de que el baile comenzaría cuando yo me hubiera ido. Cuando el reloj dio las doce en punto, hora en que, según las reglas del pueblo, el salón debía cerrarse, fui la última persona en salir. Luego cerré la puerta con llave yo misma y me llevé la llave conmigo. Esa noche no hubo baile del Grupo Religioso Libre.

El siguiente domingo por la mañana, la asistencia a mi iglesia batió todos los récords. Todos los asientos estaban ocupados y los pasillos repletos. Hombres y mujeres venían de pueblos vecinos, y caballos desconocidos

estaban atados a todas las cercas de East Dennis. Cada persona en esa iglesia buscaba emoción, y esta vez mi congregación obtuvo lo que esperaba. Antes de comenzar mi sermón, leí mi renuncia, que tendría efecto a discreción de los consejeros de la iglesia. Luego, como presumiblemente era mi última oportunidad de decirle a la gente y al lugar lo que pensaba de ellos, pasé una hora y media haciéndolo fervorosamente. En mis estudios de inglés había adquirido un vocabulario bastante amplio. Creo que empleé todo lo aprendido aquella mañana o, por lo menos, lo intenté. Si alguna vez una congregación y una comunidad errantes se vieron a sí mismas tal como en realidad eran, la mía lo hizo en esa ocasión.

Me sentía angustiada, desanimada y llena de un resentimiento e indignación, que hasta entonces había logrado contener. Mi congregación, tras oír mis acusaciones, se retorció y se contorsionaba. Concluí:

“Lo que estoy diciendo les duele, pero en sus corazones saben que se merecen cada palabra. Ya es hora de que se vean a sí mismos como son: una vergüenza para la religión que profesan y para la comunidad en la que viven”.

No estaba segura de que la congregación fuera a permitirme terminar, pero lo hizo. Mis oyentes parecían divididos por sentimientos contradictorios, en los que la ira y la curiosidad lideraban bandos opuestos. Muchos de ellos abandonaron la iglesia furiosos, pero otros, más de los que esperaba, se quedaron para hablar conmigo y transmitirme su simpatía. Una vez en las calles, se formaron y mezclaron diferentes grupos, y durante todo el día el pequeño pueblo retumbó con argumentos a favor y en contra de “la chica”.

La noche trajo consigo una asistencia sorprendentemente grande a los oficios. Esperaba más problemas y me enfrenté a la situación con dificultad, ya que estaba muy cansada. Justo cuando tomé mi lugar en el púlpito, el Capitán Sears entró en la iglesia y caminó por el pasillo, el mismo Capitán Sears que nos había dejado a mi invitación algunas semanas antes y desde entonces no había asistido a ningún servicio religioso. Estaba convencida de que estaba allí para atacarme nuevamente mientras estaba débil, y esperando lo peor, le di cansadamente la oportunidad. El viejo y robusto hombre se levantó, se apoyó con las piernas separadas como si

estuviera parado en una cubierta resbaladiza en medio de una mar agitada, y le dio a la congregación la sorpresa más grande del año.

Dijo que había venido a hacer una confesión. Había estado enojado con “la chica” en el pasado, como todos sabían. Pero había escuchado sobre el sermón que ella había predicado esa mañana, y esta vez tenía razón. Ya era hora de detener las peleas y los chismes. Todo esto había durado demasiado tiempo y no podía salir nada bueno de estos enfrentamientos. Además, en todos los años que había sido miembro de esa congregación, nunca hasta ahora había visto ocupado el púlpito por un ministro con la suficiente determinación para mantener la disciplina de la iglesia. “He venido aquí para decir que estoy con la chica”, concluyó. “¡Apunten mi suscripción original y diez dólares adicionales!”

De ese modo, recuperamos al anciano, que se convirtió en un fuerte bastión en el que me apoyé fielmente hasta su muerte. Los consejeros de la iglesia no aceptaron mi renuncia (de hecho, se negaron a considerarla en absoluto) y la congregación, después de reflexionar, aparentemente decidió que podría haber cosas peores en el púlpito que “la chica”. Incluso se jactaba de lo que llamaba mi “coraje”, y quizás fue esta cualidad, más que cualquier otra, la que más necesitaba en esa parroquia en particular en ese momento. En cuanto a mí, cuando la lucha terminó, la dejé fuera de mi mente y no había vuelto a pensar en ella durante años, hasta que comencé a evocar estos recuerdos.

Al final de mis primeros seis meses en East Dennis, me pidieron que asumiera también el cargo temporal de la Iglesia Congregacional en Dennis, a dos millas y media de distancia. Acepté hacerlo hasta que se encontrara un pastor permanente, con la condición de que predicaría en Dennis los domingos por la tarde, utilizando el mismo sermón que predicaba en mi propio púlpito por la mañana. El acuerdo funcionó tan bien que duró seis años y medio, hasta que renuncié a mi iglesia en East Dennis. Durante ese período, además, no solo llevé las dos iglesias sobre mis hombros, celebrando tres reuniones cada domingo, sino que también comencé y completé un curso en la Escuela de Medicina de Boston, obteniendo mi título de médico en 1885, y también di conferencias varias veces al mes durante las temporadas de invierno. Por lo tanto, esos

fueron años de los más agotadores y a la vez más interesantes de mi existencia, y menciono la carga que supuso solo para demostrar mi convicción de que el trabajo gratificante, sin importar cuánto sea, nunca ha matado a nadie.

Después de mi batalla con el Grupo Religioso Libre, las cosas se desarrollaron de manera mucho más fluida en la parroquia. El Capitán Crowell, en lugar de expresar resentimiento por mi desafío a su autoridad, ayudó a reconciliar las facciones divididas en la iglesia; y aunque, como dije, en dos ocasiones después presenté mi renuncia, en cada caso la lucha que estaba librando era por una causa en la que creía firmemente y, al final, gané. Mi segunda renuncia fue resultado de la falta de voluntad de la iglesia para permitir que intercambiara púlpitos con el único ministro en Cape Cod lo suficientemente abierto de mente como para invitarme a predicar en su iglesia. Yo lo había hecho y luego le envié una invitación yo misma. Era un caballero y un erudito, pero también era unitario; y aunque mi gente estaba dispuesta a dejarme predicar en su iglesia, les costaba permitirle predicar en la mía. Después de una sorprendente cantidad de discusión, mi renuncia cambió el panorama; también condujo a la decisión satisfactoria de que podía intercambiar púlpitos no solo con este ministro, sino con cualquier otro en buena posición en su propia iglesia.

Presenté mi tercera renuncia como resultado de la protesta que lancé desde el púlpito contra un pequeño salón de bebidas y juegos de azar en East Dennis, que estaba corrompiendo rápidamente a nuestros jóvenes. Teóricamente, solo se vendían “bebidas sin alcohol”, pero el juego era libre y el lugar estaba constantemente lleno de chicos de todas las edades. Había personas influyentes que apoyaban este lugar e intentaban protegerlo, y su propietario era muy popular en el pueblo. Después de mi primer sermón, recibí la visita de un comité que me aconsejó calurosamente que “dejara en paz a East Dennis” y que limitara mis críticas “a los salones en Boston y otras ciudades grandes”. Como no tenía nada que ver con Boston, pero sí mucho que ver con East Dennis, prediqué sobre ese lugar durante tres domingos consecutivos, y la tensión se volvió tan intensa que presenté mi renuncia y me preparé para marcharme. Sin embargo, mis amigos se unieron y el lugar fue clausurado.

Esa fue la última gran batalla que libré. Durante los cinco años restantes de mi pastorado en Cape Cod, las relaciones entre mi gente y yo fueron completamente armoniosas y hermosas. Si parece que me he detenido demasiado en estas pequeñas victorias, hay que recordar que encuentro en ellas el consuelo que puedo. Aún no he ganado la gran y vital lucha de mi vida, a la que me he entregado en cuerpo y alma durante los últimos treinta años: la campaña por el sufragio femenino. He visto victorias aquí y allá, y no me cabe duda de que veré más. Pero cuando llegue el triunfo definitivo, cuando las mujeres estadounidenses en cada estado emitan sus votos tan naturalmente como lo hacen sus esposos, es posible que no esté en este mundo para regocijarme por ello.

Es interesante recordar que, durante el agitado período de los primeros meses en East Dennis, a pesar de la división en la congregación, las mujeres de la iglesia nos reunimos y repintamos y redecoramos el edificio, recaudando todo el dinero y haciendo gran parte del trabajo nosotras mismas, ya que el costo de contratar a alguien resultaba prohibitivo. Pintamos la iglesia e incluso redujimos y modernizamos el púlpito. El costo total de los materiales y los muebles no fue ni la mitad de lo que se había estimado inicialmente, y aprendimos una lección valiosa. Después de eso, gastamos muy poco dinero en mano de obra y realizamos nosotras mismas la limpieza, la colocación de las alfombras y cosas por el estilo; y nuestra pequeña iglesia, si se me permite decirlo, era un modelo de pulcritud y buen gusto.

He mencionado que, tras dos años, la larga guerra en la iglesia había terminado. Sin embargo, no me permitieron disfrutar de un ambiente de armonía de inmediato, ya que en octubre de 1880 tuvo lugar la célebre contienda sobre mi ordenación en la Conferencia Metodista Protestante en Tarrytown, Nueva York, y durante tres días fui el centro de una tormenta alrededor de la cual un gran número de hombres verdaderamente buenos y sinceramente comprometidos lucharon la mayor batalla de sus vidas religiosas. Muchos de ellos creían firmemente que las mujeres estaban fuera de lugar en el ministerio. No les eché la culpa por esta convicción. Pero yo estaba en el ministerio y sufría un enorme perjuicio por el hecho de que, aunque era una predicadora con licencia y graduada de la Escuela Teológica de Boston, no podía, hasta que fuera

ordenada regularmente, cumplir todas las funciones de mi cargo. Podía realizar el servicio matrimonial, pero no podía bautizar. Podía enterrar a los muertos, pero no podía recibir miembros en mi iglesia. Eso debía hacerlo el presbítero, o algún otro ministro. Tampoco podía administrar los sacramentos. Así que, en la Conferencia de Primavera de la Iglesia Metodista Episcopal de Nueva Inglaterra, celebrada en Boston en 1880, solicité formalmente la ordenación. Al mismo tiempo, otra mujer, la señorita Anna Oliver, también presentó su solicitud. Como paso preliminar, ambas fuimos examinadas por el comité de la Conferencia y ese comité informó formalmente que estábamos capacitadas para recibir la ordenación a la que aspirábamos. Por lo tanto, nuestros nombres fueron presentados en la Conferencia, presidida por el Obispo Andrews, quien de inmediato se negó a aceptarlos. La señorita Oliver y yo estábamos sentadas juntas en el palco de la iglesia cuando el obispo anunció su decisión, y aunque nos dejó atónitas, en realidad no nos sorprendió. Nos habían advertido sobre el profundo prejuicio que este caballero sentía contra las mujeres en el ministerio.

Cuando concluyeron los servicios, la señorita Oliver y yo misma fuimos a verlo y le preguntamos qué debíamos hacer. Él nos dijo tranquilamente que no había nada que pudiéramos hacer más que abandonar la Iglesia. Le recordamos nuestros años de estudio y de prueba, y que yo había estado a cargo de dos iglesias durante dos años. Él apretó los labios y respondió que no había lugar para las mujeres en el ministerio y, como evidentemente consideraba que la entrevista había terminado, nos marchamos con el corazón apesadumbrado. Mientras nos alejábamos lentamente, la señorita Oliver me confió que no tenía la intención de abandonar la Iglesia. En cambio, me dijo, se quedaría y lucharía hasta el final por su ordenación. Sin embargo, yo sentía de manera diferente. Había luchado bastante durante los últimos dos años y mi corazón y mi alma estaban agotados. Dije: “Voy a dejarlo, no soy mejor ni más fuerte que un hombre, y un hombre ya tiene suficiente con luchar contra el mundo, la carne y el diablo, sin tener que luchar también contra su Iglesia. No tengo la intención de luchar contra mi Iglesia. Pero estoy llamada a predicar el evangelio; y si no puedo predicarlo en mi propia Iglesia, ciertamente lo predicaré en alguna otra Iglesia”.

Como si fuera en respuesta a este lamento, un joven ministro llamado Mark Trafton⁵⁹ vino a verme. Había estado presente en nuestra Conferencia, había visto a mi Iglesia negarme la ordenación, y había venido a sugerir que solicitara la ordenación en su Iglesia, la Iglesia Metodista Protestante. Dejar mi Iglesia, incluso si su portavoz así me pedía que lo hiciese, seguía resultándome una decisión radical. Así pues, antes de tomar esta senda, apelé de la decisión de la Conferencia a la Conferencia General de la Iglesia Metodista Episcopal, que celebraba su sesión ese año en Cincinnati, Ohio. La señorita Oliver también apeló, y una vez más se nos negó la ordenación, ya que la Conferencia General votó a favor de respaldar la decisión del Obispo Andrews. No contenta con este logro, la Conferencia incluso dio un paso atrás. Nos privaron del derecho de ser licenciadas como predicadoras locales. Después de este golpe, recordé con gratitud el excelente consejo del reverendo Mark Trafton, y solicité de inmediato la ordenación en la Iglesia Metodista Protestante. Mi nombre fue presentado en la Conferencia celebrada en Tarrytown en octubre de 1880. La lucha acababa de comenzar.

Durante estas Conferencias es costumbre que cada candidato se retire mientras se discute su idoneidad individual para la ordenación. Cuando mi nombre fue proclamado, me pidieron, como a mis predecesores, que saliera de la habitación por unos momentos. Me fui a una sala contigua y esperé: media hora, una hora, toda la tarde, toda la noche, y la batalla seguía en marcha. Varié la monotonía de estar sentada en la sala contigua dando paseos por Tarrytown, y creo que llegué a conocer cada piedra y recodo del lugar. El siguiente día transcurrió de la misma manera. Finalmente, tarde en la noche del sábado, mis oponentes anunciaron repentinamente que ni siquiera era miembro de la Iglesia en la que había solicitado la ordenación. La declaración causó consternación entre mis amigos. ¡Ninguno de nosotros había pensado en esa posibilidad! La bomba, programada para explotar justo al final de la sesión, amenazaba con destruir todas mis esperanzas. Por supuesto, mis oponentes habían razonado que ya sería demasiado tarde para que yo hiciera algo y que mi nombre sería eliminado.

⁵⁹ Mark Trafton (1810-1901), destacado ministro unitario que también ejerció como Congresista en Estados Unidos entre 1855 y 1857, ganándose una reputación como orador, llegando a ser una de las voces más influyentes dentro del movimiento abolicionista.

Pero no era demasiado tarde. El doctor Lyman Davis, pastor de la Iglesia Metodista Protestante en Tarrytown, mantuvo firme su apuesta por mí y por lograr mi ordenación, y demostró su amistad de manera singularmente rápida y eficiente. Aunque era tarde, llamó inmediatamente a los fideicomisarios de su iglesia, y ellos respondieron. Les hice mi solicitud de membresía en la iglesia, la cual aceptaron en un lapso de cinco minutos. A partir de ese mismo instante, ya era miembro de la Iglesia, pero era demasiado tarde para obtener cualquier otra acción por parte de la Conferencia. Al día siguiente, domingo, todos los hombres que habían solicitado la ordenación fueron ordenados, y yo quedé excluida.

Sin embargo, el lunes por la mañana, cuando la Conferencia se reunió en su sesión final, mi caso fue reabierto y eventualmente fui llamada ante los miembros para responder preguntas. Algunas de estas preguntas eran extremadamente interesantes y varios de los episodios que ocurrieron fueron muy divertidos. Puedo ver en mi mente a un anciano mientras escribo. Estaba muy emocionado y lideraba la oposición corriendo de un lado a otro por los pasillos, citando las Escrituras para probar su argumento en contra de las mujeres ministras. Mientras corría, tenía la costumbre de meter sus brazos por detrás de su abrigo, haciendo que sus faldones se desplegaran como alas y, de paso, revelando dos largas cintas blancas pertenecientes a una prenda interior de franela. Incluso en la dolorosa tensión de esas horas, observé con interés lo bien planchadas que estaban esas cintas blancas.

Yo estaba allí, con la obligación de responder a cualquier pregunta que se me hiciera, y éstas llegaban como golpes de viento en una inesperada tormenta de verano.

“Pedro dijo, ‘esposas, obedeced a vuestros maridos’, aulló mi anciano enemigo. “Supongamos que vuestros esposos se niegan a que prediquéis. ¿Qué ocurrirá entonces?”

“En primer lugar, Pedro no dijo eso, de acuerdo con las Escrituras. Pero incluso si lo hubiera dicho, en mi caso no tiene relevancia alguna, puesto que soy una mujer soltera”.

El viejo me miró por encima del hombro. “Puede que algún día se case”, predijo de manera cautelosa.

“Es posible”, concedí. “Mujeres más sabias que yo lo han hecho. Pero en ese caso, resultaría igualmente probable que me casara con un hombre que me obligara a predicar y en ese caso, quiero estar preparada para obedecerle”.

En respuesta, otro hombre, soltero, también comenzó a citar las Escrituras. “Un líder religioso”, citó, “debe ser esposo de una sola esposa”. Y demandó triunfalmente: “¿Cómo es posible que seas esposo de una esposa?”

En respuesta a eso, cité un poco por mi cuenta. “Pablo dijo: ‘Maldito sea aquel que añade o quita de las Escrituras’”, recordé a este caballero; y agregué que una interpretación distorsionada de las Escrituras era tan grave como añadir o quitar de ellas, y que nadie dudaba de que Pablo estaba advirtiendo contra la poligamia. Luego fui un paso más allá, porque en ese momento el carácter absurdo de las preguntas me estaba comenzando a irritar.

“Incluso si la interpretación de mi buen hermano es correcta”, dije, “ha pasado por alto dos puntos importantes. Aunque él es un líder religioso, también es soltero; ¡así que yo soy tan esposo como él mismo!”

Hubo bastantes intercambios de ese tipo. El episodio más satisfactorio de la sesión, para mí, fue la caída de tres jóvenes presuntuosos que, a su vez, trataron de insinuar que, como la responsabilidad de la Conferencia era proporcionar iglesias para todos sus pastores, yo podría convertirme en una carga para la Iglesia si resultaba imposible encontrar un pastorado para mí. Ante eso, uno de mis amigos en el consejo se levantó.

“He tenido la oportunidad oficial de examinar la cuestión de la parroquia y el salario de la señorita Shaw”, dijo, “y sé cuáles son los salarios que están recibiendo los tres últimos oradores. Puede interesar a la Conferencia saber que el salario actual de la señorita Shaw equivale a la suma de los salarios de los tres jóvenes que temen que ella sea una carga para la Iglesia. Si, antes de ser ordenada, puede ganar tres veces más de lo que ellos ganan después de ser ordenados, parece bastante claro que nunca tendrán que mantenerla. Solo podemos esperar que ella nunca tenga que mantenerlos a ellos”.

Los 3 jóvenes ministros se dejaron caer en sus asientos con una inmediatez dolorosa y a partir de ese instante, mis oponentes comenzaron a ser más cautos en sus ataques. Pero, a pesar de ello, se dijeron numerosas cosas desagradables contra mi persona, de igual modo que también se me defendió con intensidad. A medida que avanzó la jornada, fuimos ganando terreno y al final de la sesión, la Conferencia votó por amplia mayoría a favor de mi ordenación.

La ceremonia estaba prevista para la tarde siguiente e incluso el caballero que se había opuesto a mí con la mayor vehemencia no se opuso a hacer del evento algo lucrativo. La controversia ya había dado una enorme publicidad a la Conferencia, y los miembros ahora ayudaron a promover aún más el buen trabajo publicando anuncios sobre el resultado con gran difusión. También decidieron que, como la asistencia al servicio sería muy numerosa, realizarían una colecta para el apoyo de los ministros jubilados. Los tres jóvenes que habían temido que me convirtiera en una carga fueron especialmente activos a la hora de organizar la colecta; y, como no tenían sentido del humor, no les pareció incongruente utilizar mi ordenación como medio para recaudar dinero para hombres que ya se habían convertido en cargas para la Iglesia.

Cuando llegó la gran noche, el 12 de octubre de 1880, la congregación numerosa que se esperaba se presentó en la iglesia. Debo reconocerles a mis oponentes que, tras perder la batalla, asistieron al servicio de buen grado. Sentada en la primera fila estaba la señorita Stiles, esposa del doctor Stiles, superintendente de la Conferencia. Era una amable señora de 70 años con un gran corazón maternal. Cuando me vio levantarme para caminar sola por el pasillo, ella se puso en pie, también, me tomó del brazo y me condujo al altar.

La ceremonia de ordenación fue muy hermosa e impresionante. Tras la batalla que se había desatado durante días, me impactó tanto que casi me sentí sobrepasada. De hecho, estaba a punto de desmayarme cuando fui misericordiosamente salvada por la cláusula en la disciplina que exigía el compromiso que todos los ministros tenían que hacer de no consumir tabaco. Cuando esta promesa salió de mis labios, una onda perceptible recorrió a la congregación.

Sentía nostalgia por mi parroquia de Cape Cod, y regresé a East Dennis inmediatamente después de mi ordenación, llegando allí el sábado por la noche. Sabía por la emoción contenida de mis amigos que me esperaba una sorpresa, pero no supe de qué se trataba hasta que entré en mi querida iglesia al día siguiente. Allí encontré la mesa de la comunión dispuesta con un hermoso servicio de comunión nuevo. Había sido comprado durante mi ausencia para que lo consagrara ese día y administrara por primera vez el sacramento a mi gente.

RECUERDOS DE CAPE COD

Al recordar aquellos días, veo a mis amigos de Cape Cod con tal claridad que parece que el tiempo no hubiese pasado y estuviéramos aún juntos. Entre mis más queridos amigos había dos que tenían personalidades radicalmente distintas: el Capitán Doane, un capitán de navío jubilado y Relief Paine, que por su invalidez estaba recluida en su sofá, pero cuya hermosa influencia permeaba toda la comunidad. El Capitán Doane es una de las personas más válidas que haya conocido nunca: de altas capacidades intelectuales, tolerante, comprensivo y siempre pendiente de los demás. No solo era mi amigo, sino que también servía como barómetro de mi iglesia. Siempre se sentaba en uno de los bancos delanteros, cercano al púlpito y cuando mi sermón no despertaba gran interés en la congregación, me miraba directamente a la cara, escuchando de manera cortés, pero sin expresar atención intensa. Cuando me adentraba en mi tema, él se inclinaba hacia adelante: el ángulo en el que se sentaba indicaba el grado de atención que había despertado. Y cuando mantenía firmemente cautiva a mi congregación, el hermano Doane se inclinaba hacia mí, siguiendo cada palabra que pronunciaba con movimientos correspondientes de sus labios. Cuando dimití, nos separamos con profundo pesar, pero no fue hasta que visité la iglesia varios años después cuando el hombre finalmente superó su pudor y me confesó lo mucho que había sentido mi partida.

“Oh, ¿de veras?” pregunté, muy conmovida. “¿No lo dirá solo para complacerme?”

La mano del anciano cayó sobre mi hombro. “Te echo de menos”, dijo simplemente. “Te echo de menos todo el tiempo. Verás, te quiero.” Luego, con precipitada autoconsciencia, cerró la puerta de su corazón de Nueva Inglaterra y desde algún rincón remoto envió su cauteloso pensamiento posterior. “Te quiero”, repitió con formalidad, “como a una hermana en el Señor”.

Relief Paine vivía en Brewster. Su nombre parecía profético, y una vez me dijo que siempre lo había considerado así. Su cuñado era el superintendente de mi escuela dominical, y su familia pertenecía a mi iglesia. Poco tiempo después de mi llegada a East Dennis fui a visitarla y la encontré, como siempre, vestida de blanco y acostada en una diminuta cama blanca cubierta de pensamientos, en una habitación cuyas ventanas daban al mar. Nunca olvidaré la imagen que ofrecía. Sobre sus hombros llevaba un exquisito chal de encaje blanco traído desde el otro lado del mundo por algún amigo marinerero, y su cabello, contra la almohada blanca, parecía el más negro que jamás había visto. Cuando entré, ella se volvió y me miró con unos ojos oscuros maravillosos que estaban completamente ciegos, y mientras hablaba, sus manos jugaban con los pensamientos a su alrededor. Amaba los pensamientos como a pocos seres humanos, y conocía sus colores al tocarlos. En aquel entonces tenía poco más de treinta años. A los dieciséis se había caído por las escaleras a oscuras, sufriendo una lesión que la dejó paralizada, y durante quince años había permanecido acostada de lado, perfectamente quieta, la *Stella Maris*⁶⁰ de Cape Cod. Todos los que iban a verla, y eran muchos, se marchaban mejor después de la visita, y solo mencionar su nombre suavizaba los ojos que habían mirado con demasiada amargura la vida.

Relief y yo nos convertimos en amigas íntimas. Me sentía fuertemente atraída hacia ella y profundamente conmovida por la tragedia de su situación, así como por el hermoso espíritu con el que la soportaba. Durante mi primera visita, la entretuve con historias sobre la comunidad y mis propias experiencias, y cuando me iba, me di cuenta de que tal vez había sido un tanto frívola. Así que le dije:

“Vendré a verte a menudo, y cuando venga, quiero hacer lo que más te interese. ¿Debería traer algunos libros y leerte?”

Relief sonrió, esa sonrisa alegre y traviesa que pronto conocería tan bien, pero que al principio parecía fuera de lugar en la máscara trágica de su rostro.

⁶⁰ En latín, “estrella de mar” es un epíteto que ha venido dándose a la Virgen María desde el siglo IX.

“No, no me leas”, decidí. “Ya hay suficientes personas dispuestas a hacer eso. Háblame. Cuéntame sobre nuestra vida y nuestra gente aquí, tal como te parezca”. Y añadió lentamente: “Eres una pastora peculiar. ¡No te has ofrecido a orar conmigo!”

“Siento”, le dije, “que más bien tengo ganas de pedirte que ores por mí”.

Relief continuó su análisis. “No me has dicho que mi aflicción fue una visita de Dios”, agregó. “Que fue disciplina y que me hizo bien tenerla”.

“No creo que haya sido de Dios”, dije. “No creo que Dios tenga nada que ver con esto. Y me alegra que no hayas dejado que arruine tu vida”.

Ella apretó mi mano. “Gracias por decir eso”, murmuró. “Si pensara que Dios lo hizo, no podría amarlo, y si no lo amara, no podría vivir. ¡Por favor, ven a verme MUY⁶¹ a menudo y cuéntame más historias!”

A partir de ese momento, comencé a recopilar historias para Relief. Una de las que más la divertía, recuerdo, era sobre mi caballo, y esto me anima a repetirla aquí. En mi vida en East Dennis, no ocupaba la solitaria casita parroquial conectada con mi iglesia, sino que vivía en casa de una amiga, una viuda llamada Crowell. (Parecía que solo había dos apellidos en Cape Cod: Sears y Crowell). Para mantenerme en contacto con mis dos iglesias, que estaban separadas por casi tres millas, se hizo necesario tener un caballo. Como la señora Crowell también necesitaba uno, decidimos comprar el animal entre las dos, y la señora Crowell, la hija de la viuda, que no sabía más sobre caballos que yo, se ofreció a brindarme su apoyo y consejo durante la compra. No queríamos que toda la comunidad se interesara apasionadamente en el asunto, como seguramente habría sucedido si se hubiera enterado de nuestras intenciones; así que mi amiga y yo partimos algo sigilosamente hacia una ciudad vecina, donde habíamos oído que se ofrecía en venta un caballo muy bueno. Vimos al animal y nos gustó; pero antes de cerrar el trato, preguntamos astutamente al dueño si el caballo estaba perfectamente sano y si era manso con las mujeres. Él nos aseguró que era tanto sano como manso con las mujeres, y para demostrar este último punto, hizo que su

⁶¹ Respetamos las mayúsculas del texto fuente.

esposa lo enganchara al carruaje y lo condujera alrededor del patio del establo. El animal se comportó de manera ejemplar. Después de haber realizado sus movimientos, la señora Crowell y yo nos apoyamos con confianza en su costado, acariciándolo y elogiando su belleza, y el caballo parecía disfrutar de nuestras atenciones. Lo compramos en ese mismo momento, lo llevamos a casa y lo metimos en nuestro establo; y a la mañana siguiente contratamos a un hombre del vecindario para que viniera y se ocupara de él.

Llegó y no habían pasado ni cinco minutos cuando se desató un terrible alboroto en el establo: sonidos de pisoteos, patadas y brincos, mezclados con fuertes gritos. Corrimos hacia el lugar del problema y encontramos a nuestro “hombre contratado” corriendo sin aliento hacia la casa. Cuando pudo hablar, nos informó que teníamos “un demonio ahí adentro”, señalando hacia el establo, y que las patas del nuevo caballo estaban en el aire, las cuatro al mismo tiempo, en el momento en que se acercó a ella. Insistimos en que debía haberla asustado o lastimado, pero solemnemente y con miradas de preocupación hacia atrás, él protestó que no lo había hecho. Finalmente, la señora Crowell y yo entramos al establo y recibimos una acogida digna por parte del nuevo caballo, que parecía complacido con nuestra visita. Juntas lo arreamos y, sin la menor dificultad, lo sacamos al patio. Sin embargo, en cuanto nuestro hombre tomó las riendas, el caballo se alzó, pateó y destrozó nuestro flamante carruaje. Cambiamos al hombre y mandamos reparar el carruaje, pero para el final de la semana el animal lo había vuelto a destrozar. Entonces, con cierto resentimiento natural, hicimos una segunda visita al hombre que nos lo había vendido y le preguntamos por qué nos había vendido un caballo así.

El vendedor nos dijo que nos había dicho la verdad exacta. El caballo ESTABA sano y ERA extremadamente dócil con las mujeres, pero... y este punto no había visto razón para mencionarlo, ya que no lo habíamos preguntado... no permitía que un hombre se le acercara. Él se negó rotundamente a aceptarlo de vuelta, y tuvimos que conformarnos con el trato. Como era imposible cuidarlo nosotras mismas, pensé en el problema que presentaba y finalmente ideé un plan que funcionó bastante bien. Contraté a un vecino que era un hombre pequeño y delgado para

que se ocupara del animal, y le hice usar el sombrero de sol y la capa impermeable de su esposa cada vez que se acercaba al caballo. La imagen que presentaba con esas prendas todavía se destaca agradablemente en el fondo de mis recuerdos de Cape Cod. Sin embargo, el caballo no compartía nuestra apreciación. Desconfiaba, y durante un tiempo se asustaba cada vez que el hombre y su sombrero de sol y capa aparecían; pero nos mantuvimos firmes hasta que se acostumbró a ellos y a él. Y como él era paciente y amable, finalmente le permitió arrearlo y desengañarlo. Pero ningún hombre podía conducirlo, y cuando yo iba a la iglesia en carruaje, me veía obligada a engancharlo y desengancharlo yo misma. Nadie más podía hacerlo, aunque muchos hombres valientes, y posteriormente resentidos, intentaron la hazaña.

En una ocasión, un hombre al que despreciaba profundamente y del que tenía motivos para pensar que también me detestaba, insistió en que él podía desengañar el animal y comenzó a hacerlo, a pesar de mis protestas y explicaciones. Al acercarse, el caballo se levantó sobre sus patas traseras y cuando el hombre agarró su brida, lo levantó del suelo. Su expresión mientras colgaba en el aire era una mezcla extraordinaria de sorpresa y arrepentimiento. Sin embargo, en el momento en que toqué a la criatura, se calmó y cuando subí al carruaje y tomé las riendas, comenzó a caminar mansamente, dejando al hombre atónito y con los ojos desorbitados contemplándonos mientras se alejaba.

El dueño anterior llamaba al caballo Daisy y nunca cambiamos el nombre, aunque siempre parecía tristemente inapropiado. Sin embargo, el tiempo demostró que había ventajas en ser dueño de Daisy. Ningún hombre permitiría que su esposa o hija condujera detrás de ella y nadie quería pedirla prestada. Si hubiera sido otro tipo de animal, habría sido utilizada por toda la comunidad. Mantuvimos a Daisy durante siete años y nuestra relación se convirtió en una agradable amistad.

Otra residente de Cape Cod a la que debo rendir homenaje en estas páginas es Polly Ann Sears, una de las más queridas y mejores feligresas. Tenía seis hijos varones y cuando cinco de ellos se fueron a la mar, ella insistió en que el sexto debía quedarse en casa. En vano el chico le suplicó que lo dejara seguir a sus hermanos. Ella se mantuvo firme. El mar,

decía, no se tragaría a todos sus hijos; ya había dado cinco, debía quedarse con uno.

Pero acabó ocurriendo que el hijo que se quedó en casa fue el único que al final murió ahogado, al enredarse en una red de pesca y ser arrastrado a lo más profundo de las aguas bajo la bahía que había junto a su casa. Cuando acudí a su hogar a darle a la pobre mujer tanto consuelo como pudiera, ésta demostró haber aprendido una gran lección.

“Traté de interferir con la Providencia y el único hijo al que mantuve en casa es al que perdí. Ya nunca trataré de cambiar el destino”.

El número de funerales en Cape Cod era trágicamente alto y yo estaba muy solicitada en estas ocasiones, de modo que recorría todo Cape Cod, oficiando servicios funerarios, que parecía ser lo único que la gente pensaba que podía hacer, y predicando sermones funerarios. Además de las víctimas del mar, muchos residentes que se habían alejado regresaban para dormir su último sueño cerca del sonido de las olas. Una vez le pregunté a un viejo capitán de mar por qué tantos hombres y mujeres de Cape Cod que habían estado ausentes durante años querían ser enterrados cerca de sus antiguos hogares, y su respuesta aún resuena en mi memoria. Él jugueteó con su pie en la arena por un momento y luego dijo lentamente:

“Bueno, supongo que es porque Cape Cod tiene una arena cálida y cómoda para descansar.”

Mi amiga, la señora Addy, yacía en el panteón de la familia Crowell, y durante mi pastorado en East Dennis, prediqué el sermón funerario de su padre y, más tarde, el de su madre. Mucho después de haber dejado Cape Cod, me llamaban con frecuencia para pronunciar las últimas palabras sobre los ataúdes de mis viejos amigos, y el viaje más triste fue aquel al que respondí a un telegrama de la madre de Relief Paine. Cuando llegué y nos paramos juntos junto a la exquisita figura que parecía tan solo un poco más serena en muerte que en vida, la señora Paine expresó en pocas palabras el sentimiento de toda la comunidad: “¿De dónde obtendremos ahora nuestro consuelo e inspiración, ahora que Relief se ha ido?”

Sin embargo, el funeral que verdaderamente puso a prueba me quitó todo el valor, fue el de mi hermana Mary. Su muerte en 1883, totalmente repentina e inesperada, fue como un rayo del cielo despejado, ya que tres días antes había gozado de perfecta salud. Aún estaba a cargo de mis dos parroquias en Cape Cod, pero, por fortuna, antes de que ella enfermara, había partido hacia el Oeste para visitar a Mary en su hogar en Big Rapids. Cuando llegué en el segundo día de su enfermedad, sin saber nada de ello hasta que llegué a su lado, descubrí que ya no había esperanza. La enfermedad que se la llevó fue una neumonía, pero estuvo consciente hasta el final, y su mayor deseo parecía ser verme bautizar a su pequeña hija y a su esposo antes de partir. No pudimos cumplir con su deseo, puesto que mi cuñado estaba ausente por motivos de negocios y, a pesar de su prisa por regresar, no llegó al lado de su esposa hasta después de su muerte. Dado que su único pensamiento entonces era cumplir con los últimos deseos de Mary, los bauticé a él y a su pequeña hija justo antes del funeral; y durante la ceremonia, todos experimentamos una profunda convicción de que Mary lo sabía y estaba en paz.

Durante su vida, se había convertido en una figura muy relevante en su comunidad, que la estimaba tanto que el día que la condujimos hasta el lugar donde descansaría para siempre, todos los negocios de Big Rapids permanecieron cerrados y las calles estaban repletas de hombres sin sombrero, con la cabeza baja, mientras la procesión funeraria avanzaba. También mi padre y mi madre, a los que mi hermana les había dado una casa cuando abandonaron la cabaña de madera donde vivieron tantos años, habían hecho muchas amistades en la ciudad, de modo que en toda la zona se les conocía con el cariñoso apodo de “abuelo y abuela Shaw”.

Cuando regresé a East Dennis, llevé a mi madre y a los tres hijos de Mary conmigo, y se quedaron durante la primavera y el verano. Había esperado que se quedaran permanentemente, y con esa idea alquilé y amueblé una casa; pero, aunque disfrutaron de su visita, la perspectiva de los crudos inviernos de Cape Cod preocupaba a mi madre, de modo que regresaron a Big Rapids a finales de otoño. Desde que comencé mi trabajo pastoral, había podido ayudar financieramente a mi padre y a mi madre; y desde la muerte de Mary, tuve el privilegio, muy preciado, de asegurarme de que estuvieran bien cuidados y contentos. Siempre fueron agradecidos, y

con el tiempo se reconciliaron más con la carrera que había elegido, que en el pasado tanta preocupación les había causado.

Después de pasar en East Dennis durante cuatro años, empecé a sentir que me estaba estancando y sentía que todo lo que podía hacer allí ya lo había logrado. Sin embargo, mi congregación deseaba que me quedara, y así, en parte como una forma de canalizar mi energía extra, pero más especialmente porque me di cuenta del espléndido trabajo que las mujeres podían hacer como médicas, comencé a estudiar medicina. Los fideicomisarios me dieron permiso para ir a Boston ciertos días a la semana y pronto descubrimos que podía continuar mi trabajo como estudiante de medicina sin descuidar en lo más mínimo mi deber hacia mi parroquia.

Me matriculé en la Escuela de Medicina de Boston en 1882 y obtuve mi diploma como médica titulada en 1885. Durante este período también comencé a dar conferencias para la Asociación de Sufragio de las Mujeres de Massachusetts, cuya presidenta era Lucy Stone.⁶² Henry Blackwell⁶³ también estaba asociado y entre los 2 despertaron en mí un interés vital por la causa del sufragio, el cual creció constantemente desde ese momento hasta convertirse en el objetivo principal de mi vida. Lo predicaba desde el púlpito, lo discutía con las personas que conocía fuera de la iglesia, impartía conferencias sobre el tema siempre que tenía la oportunidad, y lo llevaba a mi trabajo médico en los barrios marginales de Boston, cuando estaba ejerciendo mi oficio con pacientes paupérrimos y desamparados.

Aquí nuevamente, en mi asociación con las mujeres de la calle, me di cuenta de las limitaciones de mi trabajo en el ministerio y en la medicina. Como ministra del alma y del cuerpo, poco se podía hacer por estas mujeres. Para ellas, los esfuerzos debían comenzar desde los cimientos mismos de la estructura social.

⁶² Lucy Stone (1818-1893), primera mujer del estado de Massachusetts en obtener un título universitario (fue egresada de Oberlin College, primera institución norteamericana en admitir tanto mujeres como alumnado afroamericano) es una figura fundamental dentro de los movimientos abolicionista y sufragista de Estados Unidos.

⁶³ Henry Browne Blackwell (1825-1909), esposo de Lucy Stone, que peleó junto con ella a favor de la liberación afroamericana y femenina. Como dato interesante, creemos relevante mencionar que también fue uno de los fundadores del Partido Republicano.

Se debían crear y hacer cumplir leyes para ellas, y algunas de esas leyes solo podían ser creadas y aplicadas por mujeres. Se estaban abriendo tantas grandes oportunidades en la vida que mi entorno en Cape Cod parecía casi una prisión donde me mantenían con dulce fuerza. Amaba a mi gente y ellos me amaban, pero el gran mundo exterior me llamaba y no podía hacer oídos sordos a esa poderosa llamada. Sin embargo, las conferencias sobre el sufragio me ayudaban a mantenerme contenta y ciertamente estaba lo suficientemente ocupada como para encontrar la felicidad en mi trabajo.

Pasaba tres noches a la semana en Boston y durante estas noches estaba de guardia y debía atender cualquier emergencia que se presentara. Mis mejores compañeras eran la doctora Caroline Hastings,⁶⁴ nuestra profesora de anatomía, y la pequeña doctora Mary Safford,⁶⁵ una mujer diminuta, pero de alma indomable. La doctora Safford destacaba especialmente en el trabajo filantrópico en Massachusetts, y se decía de ella que en cualquier momento del día o de la noche se la podía encontrar trabajando en los barrios marginales de la ciudad. Yo también podía encontrarme allí con frecuencia, aunque a menudo, sin duda, en detrimento de mis pacientes. Tenía cierta fama en tres callejones de Boston: Maiden's Lane, Fellows Court y Andrews Court. Afortunadamente, no perdí ningún caso en esos callejones, aunque atendía de todo, ya que tenía que tratar con numerosos casos quirúrgicos y obstétricos en esas condiciones. Sin duda, tanto mis pacientes como yo misma logramos escapar del desastre en numerosas ocasiones, muchas veces sin darnos cuenta si quiera. Recuerdo, no obstante, dos ocasiones en particular que me quitaron el sueño innumerables noches en los años venideros.

El primero es el de un hombretón irlandés que tenía neumonía. Cuando lo examiné, me asusté tanto como él. Había estudiado esta enfermedad y me di cuenta de que este era un caso grave. Sabía cómo actuar: el paciente debía ser cuidadosamente envuelto en toallas mojadas en agua

⁶⁴ Caroline Hastings (1841-1922), fue una de las primeras mujeres en ejercer como profesora de Anatomía.

⁶⁵ Mary Safford (1834-1891), fue asimismo una de las primeras mujeres en enseñar medicina en Estados Unidos, además de ser la primera ginecóloga del país.

fría. Cuando pedí toallas, descubrí que no había nada en el lugar excepto un paño de cocina, que lavé con una solemnidad portentosa. El hombre solo tenía una camisa y, en deferencia a mi visita, su esposa la había quitado para lavarla. Envolví al paciente en el paño de cocina, lo envolví en un pedazo de una vieja mantilla y me fui después de instruir a su esposa para que repitiera el proceso. Cuando llegué a casa, recordé que el paciente debía ser envuelto “cuidadosamente” y sabía que su esposa lo haría descuidadamente; lo que constituía un gran riesgo para la vida del paciente. Mi impulso fue regresar de inmediato, pero eso no sería adecuado. Destruiría toda la confianza en el médico. Caminé de un lado a otro durante tres horas y luego entré casualmente en la habitación de mi paciente, encontrándolo, para mi gran alivio, mejor de lo que lo había dejado. Mientras me iba, un niño corrió hacia la habitación, suplicándome que fuera a un piso superior en el mismo edificio.

“El bebé tiene crup”, jadeó, “y se está ahogando”.

No habíamos llegado al tema del crup en nuestro curso y no tenía idea de qué hacer, pero valientemente acompañé a la niña. Mientras subíamos las largas escaleras hasta el último piso, recordé una conversación que había escuchado entre dos estudiantes de medicina. Uno de ellos había dicho: “Si el niño se está ahogando al inhalar, como si estuviera respirando a través de una esponja, entonces dale *espongia*;⁶⁶ pero si se está ahogando al exhalar, dale *aconitum*”.⁶⁷

Cuando llegué al bebé, escuché, pero no pude determinar en qué dirección se estaba ahogando. Sin embargo, por casualidad tenía ambos medicamentos conmigo, así que pedí dos vasos y mezclé los dos remedios, cada uno en su propio vaso. Se los di a la madre y le dije que los usara alternativamente cada quince minutos hasta que el bebé estuviera mejor. El bebé se recuperó, pero nunca supe si su mejoría se debió a la *espongia* o, por el contrario, al *aconitum*.

En mi último año me enamoré de un niño de tres años llamado Patsy. Era uno de nueve hijos cuando me llamaron para asistir a su madre en

⁶⁶ *Spongia tosta*, o espoja de mar.

⁶⁷ Acómito.

el parto de su décimo hijo. Ella estaba borracha cuando llegué, al igual que dos hombres que estaban tendidos en el suelo de la misma habitación. Hice que los sacaran y después de atender a la madre y al bebé, me fijé en Patsy. Era el niño más hermoso que había visto en mi vida, con ojos como cielos italianos y el cabello dorado y rizos apretados sobre su adorable cabecita, pero estaba cubierto de harapos sucios. Tras pedirle permiso a la madre, lo llevé a casa conmigo, lo alimenté y lo bañé, y al día siguiente le proporcioné ropa nueva.

Cada hora que pasaba, Patsy se aferraba más fuerte a las fibras de mi corazón. Fui a ver a su madre y le supliqué que le permitiera quedarse conmigo, pero ella se negó, y después de mucho discutir y rogar, tuve que dejarlo allí. Cuando fui a verlo unos días después, lo encontré nuevamente vestido con unos horribles harapos. Su madre había empeñado su ropa nueva para comprar alcohol, y estaba completamente ebria. Pero ninguna presión que pudiera ejercer en ese momento o más tarde la haría separarse de Patsy. Finalmente, por mi propia paz mental, tuve que renunciar a la esperanza de tenerlo, pero nunca dejé de lamentarme por el pequeño hijo adoptivo que podría haber tenido.

MI GRAN CAUSA

Existe una teoría según la cual cada siete años todas las personas experimentan una reconstrucción física completa, con los correspondientes cambios en su constitución mental y espiritual.⁶⁸ Posiblemente fue debido a esta reconstrucción que, tras siete años en Cape Cod, mi alma se alzó imperiosa en armas, recordándome que me estaba tomando la vida con demasiada facilidad y empezaba a correr peligro de abandonarme a una vida tan agradable como rutinaria. El trabajo en mis dos iglesias apenas afectaba mi prolífica vitalidad, y ni siquiera la obtención de un título de medicina y las crecientes demandas de mis actividades como conferenciante aliviaban por completo mi conciencia. Era feliz, porque amaba a mi gente y parecía que ellos me amaban a mí también. Hubiera sido agradable seguir viviendo de esa manera, disfrutando de mi plácida existencia como ministra rural, convenciéndome a mí misma de que dedicarme por entero a mi rebaño hacía que la vida mereciera la pena. Sin embargo, desde lo más profundo de mi alma sentía que el mundo exterior sufría innumerables padecimientos y no dejaba de orar por esas personas. Mis estudios teológicos y médicos en Boston, junto con las experiencias que los acompañaron, habían ampliado enormemente mi horizonte. Además, muchas mujeres relevantes del momento aceptaban la invitación que les enviaba para venir a East Dennis a ofrecer sus conferencias; trayéndonos el relato de las batallas que a diario luchaban. Una de las primeras en hacerlo fue mi amiga Mary A. Livermore, y después vinieron Julia Ward Howe,⁶⁹ Anna Garlin Spencer,⁷⁰ Lucy Stone, Mary

⁶⁸ La autora alude a la conocida como “teoría de los septenios”, promulgada por Rudolf Steiner (1861-1925), que se hizo muy popular a finales del siglo XIX, tanto en Europa como en Estados Unidos.

⁶⁹ Julia Ward Howe (1819-1910), célebre poeta, abolicionista y sufragista norteamericana. Como apunte marginal, pero interesante, fue la primera persona en proponer que se celebrara el “día de la madre”.

⁷⁰ Anna Garlin Spencer (1851-1931), otra figura clave del movimiento sufragista en Estados Unidos, especialmente a raíz de diversas publicaciones académicas en las que reflexiona sobre el

F. Eastman⁷¹ y muchas otras. Todas ellas sirvieron de inspiración para mi rebaño y a mí me mandaban un mensaje especial solo para mí, que enviaban sin saberlo y que solo yo escuchaba. Estas mujeres estaban luchando grandes batallas, por el sufragio, por la templanza, por la pureza social, y en cada palabra que pronunciaban yo escuchaba un grito de lucha. Fue así como, en 1885, tomé una decisión radical y envié mi dimisión a los fideicomisarios de las dos iglesias de las que había sido responsable desde el año 1878.

Mi decisión provocó una manifestación de pesar que hizo difícil mantener mi resolución y dejar a estos hombres y mujeres, cuya amistad era uno de mis tesoros más queridos. Pero, tras debatir la cuestión con todos ellos, muchos entendieron mi decisión mejor. Sin duda, también había quienes sentían que un cambio de pastor sería bueno para las iglesias. Durante las semanas siguientes a mi renuncia, recibí muchos tributos peculiares, y uno de los más divertidos vino de una joven del pueblo, que estalló en fuertes protestas cuando se enteró de que me iba. Para consolarla, predije que ahora tendría un pastor hombre, que sin duda sería muy agradable. Pero la joven continuó sollozando desconsoladamente.

“No quiero un hombre”, lamentó ella. “No me gusta ver a los hombres en los púlpitos. Se les ve tan extraños”. Su dolor culminó en un último estallido. “¡Son solo brazos y piernas!” sollozó.

Cuando finalmente aceptaron mi dimisión y se acercaba el momento de mi partida, los hombres de la comunidad dedicaron gran parte de su tiempo libre a discutirlo conmigo. El centro social de East Dennis se ubicaba en una tienda de comestibles, a la que casi todos los hombres de la localidad acudían regularmente y de donde salían todos los rumores del pueblo. Los hombres se sentaban allí durante horas, inclinados en las sillas, tallando los travesaños hasta casi cortar las sillas debajo de ellos, y contándose todo lo que sabían o habían oído decir acerca de sus compañeros de pueblo. Más tarde, tras cada una de estas reuniones,

papel de la familia y cómo esta institución debe mantenerse, pero sufriendo notables cambios, en la liberación femenina.

⁷¹ Mary F. Eastman (1833-1908), fue otra relevante sufragista y educadora del momento.

regresaban a sus casas y les repetían los rumores a sus esposas. Yo solía decir que le daría un dólar a cualquier mujer de East Dennis que me pudiera contar un chisme que no hubiera salido de esa tienda de comestibles. Ni si quiera mi viejo amigo, el capitán Doane, ciudadano digno y de nobles principios, se privaba de disfrutar de la suave diversión de estos encuentros sociales y, en al menos una ocasión, se convirtió en objeto de las bromas. Al parecer, mi marcha era el tema de discusión del día y, para molestar al capitán Doane, un joven que conocía la sincera amistad que nos unía, comenzó a hablar de repente y, de repente, se cayó, frunciendo los labios y adoptaba una elocuente expresión de misterio. Como esperaba, el capitán Doane se lanzó inmediatamente sobre él.

“¿Qué te pasa?”, le increpó el anciano. “¿Acaso tienes algo en contra de la señorita Shaw?”

El joven suspiró y murmuró que si quisiera, podría repetir una acusación nunca antes hecha contra un ministro de Cape Cod, pero... y, entonces, cerró los labios de manera todavía más evidente. Los otros hombres, que estaban en el ajo, sonrieron, lo que añadió el toque final a la indignación del capitán Doane; que se levantó de un salto. Una de sus peculiaridades era el constante mal uso de las palabras, y ahora, en su excitación, se superó a sí mismo.

“Has hecho una incineración contra la señorita Shaw”, gritó. “¿Lo oyes? ¡UNA INCINERACIÓN! Retíralo o prepárate para recibir una paliza”.

El joven decidió que la broma había llegado lo bastante lejos, así que respondió suavemente: “Bueno, se dice que todas las mujeres del pueblo están enamoradas de la señorita Shaw. ¿Acaso se ha acusado a algún otro ministro aquí de eso?”

Los hombres se carcajearon, y el capitán Doane se sentó, avergonzado.

“Todo lo que tengo que decir es esto”, murmuró: “Esa chica ha estado en esta comunidad durante siete años, ¡y no ha hecho nada en todo este tiempo que nadie pueda criticar!”

Los hombres volvieron a reír ante este tributo indirecto y el anciano abandonó la tienda de comestibles, enfadado. Más tarde, me contaron

la anécdota de la “incineración” y la elocuencia con que me había defendido el capitán Doane, que le agradecí. Pero añadí:

“Oí que dijo que no he hecho nada en siete años que nadie pueda criticar, ¿verdad?”

“Lo dije”, declaró el Capitán, “y lo mantengo”.

“¿No he hecho nada bueno?”, pregunté.

“Claro que sí”, me aseguró él, con entusiasmo. “Mucho bien”.

“Bueno”, dije, “¿no puede señalar eso con el dedo?”.

El Capitán parecía sorprendido. “Por supuesto, Hermana Shaw”, balbuceó, “¿sabe que no me refería a ESO! Lo que quise decir”, repitió lenta y solemnemente, “es que durante todo el tiempo que ha estado usted aquí no ha hecho nada por lo que se le pueda criticar”.

El Capitán Doane aparentemente compartía el prejuicio de mi feligresa contra los hombres en el púlpito, ya que mucho después, en una de mis visitas a Cape Cod, admitió que ahora iba muy raramente a la iglesia.

“Cuando la escuchaba predicar a usted”, explicó, “generalmente la seguía y sabía a dónde iba a parar. Pero estos jóvenes que vienen de la escuela teológica... ¿Hermana Shaw, ni siquiera el Señor sabe a dónde quieren ir a parar!”.

Después, reflexionó un momento y, finalmente, pronunció una despedida que siempre he recordado con alegría como su último mensaje, ya que nunca volví a verlo.

“Cuando llegó por primera vez”, dijo, “había muchas cosas torcidas y teníamos muchas cosas torcidas; y de alguna manera nos encontramos, todos nosotros, torcidos. Pero antes de que se fuera, Hermana Shaw, todas las cosas torcidas se habían enderezado y todo iba como la seda”.

“Sí”, estuve de acuerdo, “y ese es el momento de irse, cuando todo va sobre ruedas”.

Todo ha cambiado en Cape Cod desde aquellos días, hace treinta años ya. Las antiguas familias han muerto, o se han mudado, y aquellas que las reemplazaron eran diferentes. Soy feliz de haber conocido y amado

Cape Cod como era originalmente y de haber reunido allí un tesoro de recuerdos encantadores. En los años posteriores, solo el pensar en el lugar me ha proporcionado descanso y, mucho después, mostré mi amor continuo por la ciudad construyéndome una casa allí, la cual aún poseo. Pero tuve poco tiempo para descansar en esta casa o en mi hogar en Moylan, del cual escribiré más adelante, porque antes de darme cuenta me encontraba de nuevo en Boston, viviendo mi nueva vida, y cuanto más ocupada estaba, más cosas llegaban.

Estamos entrando en un período de suma importancia. Por primera vez, las mujeres se estaban incorporando al mercado laboral con los hombres, y estos últimos reaccionaban muy negativamente ante su presencia. A mi alrededor veía mujeres sobrecargadas de trabajo y mal remuneradas, realizando el mismo trabajo que los hombres, pero recibiendo la mitad de salario, no porque su trabajo fuera inferior, sino por el mero hecho de ser mujeres. Además, analicé los problemas evidentes de los pobres y de las mujeres de la calle y, al observar la situación social desde todos los ángulos, solo fui capaz de encontrar una solución para las mujeres: la eliminación del estigma que, sin duda constituía la privación de derechos políticos. Como iguales ante la ley, las mujeres debían ser capaces de exigir sus derechos, sin pedir favores a nadie. Con todo mi corazón, me uní a la cruzada de hombres y mujeres que luchaban por esta causa. Mi verdadero trabajo en la vida acababa de comenzar.

Naturalmente, durante este período, me encontré con frecuencia con los miembros del grupo más inspirador de Boston: los Emerson,⁷² John Greenleaf Whittier,⁷³ James Freeman Clarke,⁷⁴ el reverendo Minot

⁷² Ralph Waldo Emerson (1803-1882), célebre poeta y filósofo norteamericano extremadamente influyente, que se convirtió en líder del movimiento Transcendentalista y fundador del "Nuevo Pensamiento" norteamericano del siglo XIX.

⁷³ John Greenleaf Whittier (1807-1892) fue un importante poeta y abogado norteamericano cuya labor en ambos campos resultó de extrema importancia para la abolición de la esclavitud.

⁷⁴ James Freeman Clarke (1810-1888), teólogo, profesor de Universidad de Harvard que defendió con firmeza el derecho de las mujeres al voto, que para él suponía una cuestión no solo política, sino también moral, social y religiosa.

Savage,⁷⁵ Bronson Alcott⁷⁶ y su hija Louisa,⁷⁷ Wendell Phillips,⁷⁸ William Lloyd Garrison,⁷⁹ Stephen Foster,⁸⁰ Theodore Weld⁸¹ y muchos demás. De todos ellos, mi favorito era Whittier. Había estado presente en mi graduación de la escuela teológica y, ahora, asistía a menudo a nuestras reuniones a favor del sufragio. Ya era un anciano, que se acercaba al final de su vida, y lo recuerdo como a un hombre singularmente alto y delgado, casi huesudo, con una expresión de gran serenidad y benevolencia, que se inclinaba hacia adelante mientras hablaba.

Una vez le dije a Susan B. Anthony⁸² que si necesitara ayuda en una multitud de extraños que incluyera a ella, me dirigiría inmediatamente a ella, sabiendo por su rostro que, sin importar lo que hubiera hecho, ella me entendería y me ayudaría. Podría haber hecho el mismo elogio

⁷⁵ Minot Judson Savage (1841-1918), ministro unitario que se adhirió a las teorías de Charles Darwin y difundió en Estados Unidos.

⁷⁶ Amos Bronson Alcott (1799-1888), educador y filósofo norteamericano muy involucrado en la causa abolicionista.

⁷⁷ Louisa May Alcott (1832-1888), escritora norteamericana que fue educada por Emerson y Thoreau, ejerció de enfermera durante la Guerra de Secesión y ha pasado a la historia de las letras norteamericanas principalmente gracias a la novela *Mujercitas* (1868-1869).

⁷⁸ Wendell Phillips (1811-1884), abogado norteamericano cuya relevancia en las causas abolicionista, en defensa de los derechos de los nativos norteamericanos y por el sufragio no puede considerarse sino como fundamental. Su labor alcanzó una inmensa repercusión no solo en Estados Unidos, sino también en Europa, donde realizó diversas giras impartiendo conferencias acerca de los temas mencionados.

⁷⁹ William Lloyd Garrison (1805-1879), muy destacado abolicionista, periodista y reformador social. Fue editor de la publicación abolicionista *The Liberator*.

⁸⁰ Stephen Foster (1826-1864), cantautor norteamericano cuyo mayor éxito es la canción *Oh! Susanna*, acerca de la "fiebre del oro" en California.

⁸¹ Theodore Dwight Weld (1803-1895), fue uno de los fundadores del movimiento abolicionista y autor de la obra *American Slavery as It Is: Testimony of a Thousand Witnesses* (1839), obra que removió innumerables conciencias en el norte, que en muchos casos acabaron abrazando de manera activa la causa del abolicionismo. Esta obra será extremadamente influyente para Harriet Beecher Stowe, que la empleó para documentarse de cara a la escritura de su seminal obra *Uncle Tom's Cabin*; a la que ya referimos en la nota al pie número 5.

⁸² Susan B. Anthony (1820-1906), una de las mujeres que más contribuyó al sufragio femenino, tanto como a nivel de gestión de asociaciones y actividades como viajando de manera incansable (en muchas ocasiones más de 100 veces al año) a todos los rincones de Estados Unidos para dar discursos a favor de la causa. Como explicará nuestra autora en este mismo volumen, a ella le debe en gran medida su exitosa carrera como sufragista, además de convertirse en una de sus mejores amigas y mayor fuente de coraje e inspiración.

acerca de Whittier. En nuestras reuniones, era como una campana vespertina que repicaba sobre un campo de batalla. Garrison siempre se emocionaba durante nuestras discusiones, al igual que los demás; pero Whittier, en cuyo gran corazón el amor por sus semejantes ardía tan inextinguiblemente como en cualquier otro corazón, siempre conservaba su exquisita tranquilidad.

Recuerdo una vez que Stephen Foster insistió en incluir la palabra “tiranía” en una resolución, afirmando que las mujeres eran privadas del sufragio por la TIRANÍA de los hombres. El señor Garrison se opuso y el debate que siguió fue el más emocionante que jamás he presenciado. Los contendientes tuvieron que suspender la discusión antes de poder calmarse lo suficiente como para continuar con la reunión. Conociendo el ambiente estimulante al que se había acostumbrado, no me sorprendió que Theodore Weld me explicara mucho después por qué ya no asistía a las reuniones por el sufragio.

“Oh”, dijo, “¿por qué debería ir? ¿No han linchado a nadie en veinte años!”

Los Ralph Waldo Emerson ocasionalmente asistían a nuestras reuniones y el señor Emerson, al principio opuesto al sufragio femenino, se convirtió en partidario durante los últimos años de su vida, un hecho que su hijo e hija omitieron mencionar en su biografía. Después de su muerte, di dos conferencias sobre el sufragio en Concord, y en ambas ocasiones la señora Emerson cubrió los gastos de alquiler del salón. En estas conferencias, Louisa M. Alcott honraba la reunión con su espléndida y saludable presencia, y en ambas ocasiones estaba rodeada de un grupo de chicos. Francamente, le importaban mucho más los chicos que las chicas, y los chicos inevitablemente se acercaban a ella cada vez que entraba en un lugar donde ellos estaban. Cuando a las mujeres se les concedió el sufragio escolar en Massachusetts, la señorita Alcott fue la primera mujer en votar en Concord, y fue a las urnas acompañada por un grupo de sus chicos, todos fervorosamente “a favor de la causa”. Mi impresión general de ella era la de una brisa fresca que sopla sobre amplias llanuras. Era muy diferente de la exquisita y delicada señora Emerson, que, con su gracia tranquila, sugería un antiguo jardín de Nueva Inglaterra.

De Abby May⁸³ y Edna Cheney,⁸⁴ conservo una impresión general de “desaliño”, de chaquetas holgadas sobre cinturillas sueltas, de mechones de pelo desordenados, de cuerpos aparentemente del mismo tamaño desde el cuello hacia abajo. Ambas mujeres eran completamente indiferentes a los detalles de su apariencia, pero eran trabajadoras espléndidas y espíritus líderes en el Club de Mujeres de Nueva Inglaterra. Se decía que el conflicto entre Abby May y Kate Gannett Wells,⁸⁵ ambas candidatas a la presidencia del club, fue lo que llevó al comienzo del movimiento anti-sufragio en Boston. Abby May fue elegida presidenta y todas las sufragistas votaron por ella. Posteriormente, Kate Gannett Wells inició su campaña anti-sufragio. La señora Wells fue la primera anti-sufragista que conocí en este país. Antes que ella estaban la señora Dahlgren, esposa del almirante Dahlgren,⁸⁶ y la señora William Tecumseh Sherman. En una ocasión, Elizabeth Cady Stanton⁸⁷ desafió a la señora Dahlgren a un debate sobre el sufragio femenino, y a la luz de los eventos posteriores, la respuesta de la señora Dahlgren resulta divertida. Declinó el desafío, explicando que para las anti-sufragistas aparecer en una plataforma pública sería una violación directa del principio por el cual luchaban y que no era sino la protección de la modestia femenina.

⁸³ Abby May (1800-1877), otra destacada sufragista, madre de la novelista Louisa Mary Alcott, a la que ya se ha referido con anterioridad en este volumen.

⁸⁴ Ednah Dow Littlehale Cheney (1824-1904), educadora, filósofa y filántropa norteamericana, que jugó un destacado papel en los movimientos sufragista y abolicionista. Alcanzó gran relevancia internacional, debido a diversas giras que llevó a cabo por Europa a lo largo de su vida.

⁸⁵ Kate Gannett Wells (1838-1911) fue una activista norteamericana a favor de los derechos de las mujeres que, no obstante, se opuso durante toda su vida al sufragio femenino, llegando a fundar en 1883 la *Massachusetts Association Opposed to the Further Extension of Suffrage to Women*, destinada precisamente a evitar el sufragio femenino. También alcanzó cierta notoriedad como escritora, con la publicación de la novela *In the Clearings* (1884).

⁸⁶ John A. Dahlgren (1809-1870), Almirante norteamericano que pasó a la historia durante la Guerra de Secesión que lleva su nombre y por fundar, más tarde, la *American Naval Ordnance*, que modernizó en gran medida la estructura interna de la Marina de su país, a la que dotó de una eficacia y capacidad de respuesta rápida mucho mayor.

⁸⁷ Elizabeth Cady Stanton (1815-1902) es probablemente la más conocida y una de las más destacadas impulsoras del sufragio femenino y los derechos de la mujer en Estados Unidos; a raíz de su fundamental participación en la Convención de Seneca Falls del año 1848 en la que se aprobó la conocida como “Declaración de Sentimientos”, o “Declaración de los derechos de la mujer”. En la misma, se re-escribe la Declaración de Independencia de los Estados Unidos desde un prisma femenino y proto-feminista.

Recordando esto y la actual actividad frenética de las anti-sufragistas, uno debe sentir que han abandonado su principio o han ampliado sus perspectivas. Yo sentía una inmensa admiración por Julia Ward Howe;⁸⁸ sin embargo, aunque estuve en su compañía en muchas ocasiones, nunca sentí que la conociera realmente. Era una mujer de una cultura amplísima, interesada en todos los movimientos progresistas. Con todo su gran corazón, intentaba ser una demócrata, pero en el fondo era una aristócrata, y a pesar de su maravilloso trabajo por los demás, vivía en un espléndido aislamiento. Una vez que fui a visitarla, la encontré descansando su mente leyendo griego y ella admitió riendo que estaba usando un “diccionarito” en latín, agregando que se estaba “oxidando”. Parecía un poco avergonzada por ser descubierta con el “diccionarito”, pero debe haberse sentido tranquila al escuchar mi confesión alegre de que si yo intentara leer latín o griego necesitaría un “diccionarito” en inglés.

A Frances E. Willard, que venía a Boston con frecuencia, llegue a conocerla bien y pronto comenzamos a colaborar. Siguiendo el consejo de la señorita Willard, cuando estábamos iniciando nuestra amistad, hicimos un pacto mediante el cual cada semana nos señalaríamos nuestros defectos más graves para, de ese modo, poder enmendarlos. Pero ninguna de las dos estábamos tan locas como para seguir adelante con el plan y, de ese modo, el pacto murió de forma natural. Lo más cerca que estuve de llevarlo a cabo fue advertir a la señorita Willard que constantemente desafiaba todas las leyes de la higiene personal. Nunca descansaba, rara vez parecía dormir y había que recordarle en la mesa que estaba allí para comer. Siempre estaba absorta en algún gran interés y ajena a cualquier otra cosa. Nunca conocí a una mujer que pudiera captar a una audiencia y llevarla consigo como ella. Era intensamente emocional e influenciaba a los demás a través de sus emociones, más que por la lógica. Sin embargo, era la menos consciente de su existencia física de todas las personas que haya conocido nunca, con la excepción de Susan B. Anthony.

⁸⁸ Julia Ward Howe (1819-1907), defensora de los derechos de la mujer que, aunque en un primer momento se opuso al sufragio femenino viró hacia el mismo a lo largo de su carrera. También pasó a la historia por componer el *The Battle Hymn of the Republic* durante la Guerra de Secesión y por ser la primera mujer en ingresar en la *Academia Estadounidense de las Artes y las Letras*, en el año 1908.

Al igual que “Tía Susan”, la señorita Willard no prestaba atención al frío, al calor, al hambre, a la privación o al cansancio. En lo concerniente a esas nimiedades, ambas mujeres eran espíritus desencarnados.

Otra mujer que hacía un trabajo maravilloso en ese momento era la señora Quincy Shaw, quien recientemente había comenzado sus guarderías diurnas para el cuidado de los hijos de los residentes de los apartamentos que trabajaban durante el día. Estas guarderías eran nuevas en Boston, al igual que el sistema de jardín de infancia que también estableció. Contemplé el efecto de su trabajo en la vida de las personas y mi creciente convicción de que poco se podía hacer por los pobres en términos espirituales o educativos hasta que se les brindara cierta comodidad física y hasta que se dedicara más tiempo al problema de la prevención se fortaleció. De hecho, cuanto más estudiaba las cuestiones económicas, más fuertemente sentía que la posición de la mayoría de los filántropos era como la de hombres que se encontraban en el fondo de un precipicio recogiendo y tratando de sanar a aquellos que caían en él, en lugar de proteger la cima y evitar que se precipiten al abismo.

Por supuesto, tenía que ganarme la vida; pero, aunque había obtenido mi título de medicina solo unos meses antes de dejar Cape Cod, no tenía intención de ejercerla. Solo quería agregar un cierto conocimiento médico a mi equipamiento mental. La Asociación de Sufragio Femenino de Massachusetts, presidida por Lucy Stone, me había contratado con frecuencia como conferenciante durante los últimos dos años de mi pastorado. Ahora, me ofrecieron un salario de cien dólares al mes como conferenciante y organizadora. Aunque puede que no lo pareciera en estos recuerdos, en los que he escrito libremente sobre mis pequeñas victorias tanto como sobre mis luchas y fracasos, era una persona joven y modesta. La cantidad parecía demasiado grande y así se lo hice saber a la señora Stone, después de lo cual humildemente fijé mi salario en cincuenta dólares al mes. Al final de un año de trabajo, sentí que había “demostrado mi valía”; entonces pedí y recibí los cien dólares al mes que me habían ofrecido originalmente.

Durante mi segundo año, la señorita Cora Scott Pond⁸⁹ y yo organizamos y llevamos a cabo en Boston una gran feria del sufragio, que recaudó seis mil dólares para la asociación, una cantidad considerable para aquellos tiempos. Eufórica por mi participación en este éxito, pedí que mi salario se aumentara a ciento veinticinco dólares al mes, aunque no se me concedió el aumento. En cambio, recibí una valiosa lección. Se reconoció sin duda alguna que mi trabajo merecía ciento veinticinco dólares, pero se me dijo que cien era el límite que podían pagar, y me recordaron que era un buen salario para una mujer.

Llegó el momento de tomar una postura práctica en defensa de mis principios, y lo hice renunciando y organizando una gira de conferencias independiente. El primer mes gané trescientos dólares. Más adelante, con frecuencia ganaba más que eso y muy rara vez menos. Eventualmente di conferencias bajo la dirección de la Agencia de Conferencias Slaton de Chicago y, más adelante, para la Agencia Redpath de Boston. Mi experiencia con el equipo de Redpath fue especialmente gratificante. La señora Livermore, que era su única conferenciante mujer, estaba envejeciendo y se sentía ansiosa por renunciar a su trabajo. Ella veía en mí una posible sucesora y les pidió que me incluyeran en su lista. Ellos se negaron de inmediato, explicando que debía “hacerme un nombre” antes de siquiera considerarme como candidate. Un año después, me escribieron haciendo una muy buena oferta, que acepté. Vale la pena mencionar aquí que a través de mi trabajo como conferenciante en este período gané todo el dinero que he ahorrado. Di conferencias noche tras noche, semana tras semana, mes tras mes, en Chautauqua⁹⁰ en el verano y por todo el país en el invierno, ganando una gran cantidad de dinero, que me permitió ahorrar en ese momento el pequeño excedente que aún conservo como preparación para el “día lluvioso” que toda trabajadora teme en su interior.

⁸⁹ Cora Scott Pond Pope (1856-1932), sufragista norteamericana que también desarrolló una exitosa carrera profesional como profesora, autora y empresaria teatral. Jugó una labor muy destacada en la organización de eventos a favor del sufragio femenino.

⁹⁰ En 1874, dos metodistas fundaron a orillas del lago homónimo un complejo académico para maestros de escuela dominical y trabajadores de la iglesia. Gradualmente, el lugar excedió su finalidad religiosa hasta convertirse en una institución de prestigio en los Estados Unidos

Le di al público al menos un equivalente justo por lo que me daba, ya que puse en mis conferencias toda mi vitalidad y rara vez falté a un compromiso, aunque una y otra vez arriesgué mi vida para cumplir. Mis temas especiales, por supuesto, eran los dos que más me preocupaban: el sufragio y la templanza. Porque Frances Willard, entonces presidenta de la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza, me persuadió para que encabezara el Departamento de Derechos Políticos de esa organización, sucediendo a Ziralda Wallace,⁹¹ madre del general Lew Wallace;⁹² y la señorita Susan B. Anthony, que comenzaba a observarme de cerca, pronto me involucró en su trabajo activo, del cual hablaré más adelante. Pero antes de abordar un tema tan absorbente para mí como mi amistad y asociación con la mujer más maravillosa que he conocido puede ser interesante registrar algunas de mis experiencias pioneras en el campo de las conferencias.

En aquellos días, hace treinta años, las agencias de conferencias no se preocupaban en absoluto por la comodidad de sus conferenciantes. Organizaban un programa de compromisos con una sola idea en mente: llevar al conferenciante de un punto al siguiente, sin importar en absoluto si tenía tiempo para descansar, comer o dormir. Así fue como los viajes nocturnos en vagones de carga, motores y furgones eran algo común y corriente, mientras que recorrer cincuenta o sesenta kilómetros a través del campo en medio de ventiscas y un frío extremo resultaba igualmente inevitable. Por lo general, estas cosas no me preocupaban. Eran aventuras emocionantes que disfrutaba en ese momento y que posteriormente me encantaba recordar. Pero de vez en cuando había una pausa en mi optimismo.

Una noche, por ejemplo, después de dar una conferencia en una ciudad de Ohio, resultaba necesario recorrer doce o trece kilómetros campo través hasta una diminuta estación en la que se detendría un tren alrededor de las dos de la madrugada, para recogerme. Cuando llegamos a la

⁹¹ Ziralda G. Wallace (1817-1901), esposa de David Wallace (1799-1859), sexto Gobernador del Estado de Indiana. Utilizó su papel como Primera Dama para pelear de manera incansable a favor de la causa del sufragio femenino.

⁹² Lewis Wallace (1827-1905), militar abogado, político, diplomático y escritor estadounidense.

estación, estaba cerrada, pero mi conductor me dejó en el andén y se fue, dejándome sola. La noche estaba fría y muy oscura. Durante todo el día me había sentido mal y por la noche había sufrido tanto dolor que había terminado mi conferencia con gran dificultad. Ahora, hacia la medianoche, en este lugar desolado, a millas de cualquier casa, empeoré alarmantemente. No me asusto fácilmente, pero en esa ocasión estaba segura de que iba a morir. A lo lejos, en la oscuridad, muy lejos, como parecía, vi una luz tenue y con un esfuerzo infinito me arrastré hacia ella. Caminar, incluso estar de pie, era imposible; me arrastré a lo largo de las vías del tren, colapsando, descansando, avanzando de nuevo, incitando mi fuerza de voluntad a la tarea de mantener mi mente clara, hasta que después de una pesadilla que parecía durar siglos, me recosté en la puerta de la torre de señales donde la luz brillaba. El guardafrenos que estaba allí escuchó el grito que pude emitir y vino en mi ayuda. Me llevó a su sala de señales y me acostó en el suelo junto a la estufa; no tenía nada que darme excepto calor y refugio, pero eso era todo lo que pedía. Caí en un estado de coma atravesado por el dolor. Hacia las dos de la madrugada me despertó y me dijo que mi tren estaba llegando, preguntándome si me sentía capaz de abordarlo. Decidí hacer el esfuerzo.

No se atrevió a abandonar su puesto para ayudarme, pero hizo señales al tren y emprendí camino de regreso a la estación. Nunca recordé claramente cómo llegué allí, pero el caso es que llegué y fui ayudada a entrar en un vagón por un guardafrenos. Alrededor de las cuatro de la madrugada tuve que hacer otro cambio, pero esta vez me dejaron en la estación de un pueblo, y allí fui recibida por un hombre cuya esposa me había ofrecido hospitalidad. Él me llevó a su casa y me cuidaron. Resultó que lo que tenía era un grave caso de intoxicación alimentaria y pronto me recuperé; pero incluso después de todos estos años, no me gusta recordar esa noche.

Quedarse “atrapada por la nieve” era también una experiencia frecuente. Una vez, en Minnesota, fui una más de la docena de viajeros que fueron conducidos en un ómnibus desde un hotel rural hasta la estación de tren más cercana, a unos tres kilómetros de distancia. Estaba nevando fuertemente y el conductor nos dejó en el andén de la estación y se marchó. Pasó el tiempo, pero el tren que esperábamos no llegó. Una verdadera

ventisca del Oeste, que cada momento se volvía más salvaje, se desató y finalmente nos dimos cuenta de que el tren no iba a venir y que, además, ahora era imposible regresar al hotel. Lo único que podíamos hacer era pasar la noche en la estación. Yo era la única mujer del grupo y mis compañeros de viaje eran ganaderos que pasaban las horas fumando, contando historias e intercambiando petacas. La estación tenía un operador telegráfico que ocupaba un pequeño cubículo y finalmente me invitó a compartir la privacidad de sus diminutos aposentos.

Entré en ellos muy agradecida, y él colocó una tabla en el suelo, la cubrió con un abrigo hecho de pieles de búfalo y me invitó alegremente a acostarme. Así lo hice y dormí plácidamente hasta la mañana. Luego regresamos todos al hotel, los hombres fueron adelante y despejaron un camino.

Otra vez, un domingo, quedé atrapada en un tren cerca de Faribault, y esta vez también fui la única mujer entre un grupo de ganaderos. Eran un grupo oloroso que fumaba diligentemente y jugaba a las cartas sin cesar, pero en deferencia a mi presencia, solo juraban suavemente y entre dientes. Al final se cansaron de su juego y uno de ellos se levantó y se acercó a mí.

“Escuché su conferencia la otra noche”, dijo torpemente, “y se lo he contado a los muchachos. Nos gustaría que nos diera una conferencia ahora”.

Su juego de cartas me parecía una cosa pecaminosa (en aquel entonces era más estricta en mis puntos de vista de lo que soy hoy) y me alegró crear una distracción. Acepté darles una conferencia y ellos recorrieron el tren, que consistía en dos coches de día, y trajeron a los demás pasajeros. Algunos de ellos sabían cantar, y comenzamos con un par de himnos de Moody⁹³ y Sankey⁹⁴ y la cautivadora canción “¿Dónde está mi chico errante esta noche?”, en la que todos se unieron con especial entusiasmo. Luego di la conferencia y ellos escucharon atentamente. Cuando terminé, parecieron pensar que se debía hacer algún gesto de agradecimiento, así que procedieron a hacerme una cama.

⁹³ Véase nota al pie número 42.

⁹⁴ Ira D. Sankey (1840-1908), cantante y compositor de góspel norteamericano.

Quitaron los asientos de dos sillas, los colocaron en cruz, y un hombre dobló su abrigo en un almohadón. Inspirados por esto, otros dos donaron inmediatamente sus abrigos de piel para ser usados como cubierta superior e inferior. Cuando la cama estuvo lista, me hicieron señas hacia ella con un aire muy hospitalario, y me metí entre los abrigos y dormí dulcemente hasta que me despertó la música de bienvenida de una quitanieves que había sido enviada desde St. Paul para rescatarnos. Conducir setenta u ochenta kilómetros en un día para cumplir con un compromiso era una experiencia frecuente. Me han conducido por las praderas en junio, cuando parecían un enorme lecho de flores, y en enero, cuando parecían una inmensa tumba cubierta de nieve, mi tumba, pensaba a veces. Una vez, durante un trayecto de cincuenta kilómetros, cuando la temperatura era veinte grados bajo cero, me di cuenta de repente de que mi rostro se estaba congelando. Abrí mi maleta, saqué el papel de seda que protegía mi mejor vestido y lo coloqué sobre mi rostro como un velo, metiéndolo dentro de mi sombrero. Cuando llegué a mi destino, el papel de seda se había convertido en una máscara perfecta, congelada y rígida, y tuve que ser levantada del trineo. Tenía que estar en el escenario de la conferencia en media hora, así que bebí un enorme tazón de té de jengibre hirviendo y aparecí a tiempo. Esa noche me fui a dormir esperando un ataque de neumonía como resultado de la exposición, pero al despertar a la mañana siguiente me sentía en magníficas condiciones. Poseo lo que se suele llamar “una constitución de hierro”, y en aquellos días la necesitaba.

Ese mismo invierno, en Kansas, fui perseguida por lobos, y aunque a lo largo de mi vida ya había tenido contacto con los lobos muchas veces antes mientras vivía como pionera en los bosques de Michigan, encontré la ocasión extremadamente desagradable. Durante los largos inviernos de mi infancia, los lobos se acercaban con frecuencia a nuestra cabaña de troncos, y a veces, en los campamentos madereros, incluso los escuchábamos merodeando por los techos. Pero aquellos eran animales muy diferentes de los dos enormes, hambrientos e incansables bestias que nos seguían a distancia en el trineo en el que iba con otra mujer, quien, durante toda la experiencia, nunca perdió la cabeza ni el control de nuestros caballos enloquecidos. Ellos estaban locos de terror, porque por más

que intentaran, no podían escapar de las sombras sombrías que nos perseguían, aparentemente sin intentar alcanzarnos, pero manteniéndose siempre a la misma distancia, con una paciencia horrible. De vez en cuando me daba la vuelta para mirarlos, y la imagen que formaban mientras avanzaban y avanzaban es algo que nunca olvidaré. Estaban tan cerca que podía ver sus ojos y sus mandíbulas babeantes, y eran tan silenciosos como cosas de un sueño. Al final, poco a poco, comenzaron a ganarnos terreno, y estaban casi a distancia de atacar con el látigo, que era nuestra única arma, cuando llegamos a las bienvenidas afueras de un pueblo y ellos retrocedieron.

Algunos de los recuerdos de aquellos días tienen que ver con encuentros personales, breves pero conmovedores. Una vez, mientras daba una serie de conferencias en Chautauqua, hablé en el Chautauqua de Pontiac, Illinois. El Reformatorio Estatal para Jóvenes estaba situada en esa ciudad y, después de la conferencia, la superintendente del reformatorio me invitó a visitarla y dirigir unas palabras a los internos. Acepté y hablé durante media hora, llevándome un recuerdo del lugar y de los chicos que me persiguió durante meses. Un año después, mientras esperaba un tren en la estación de Shelbyville, un joven de unos dieciséis años pasó junto a mí y vaciló, como si me conociera. Vi que quería hablar pero no se atrevía, así que le hice un gesto con la cabeza.

“¿Crees que me conoces, verdad?” le pregunté cuando se acercó a mi lado.

“Sí, señora, sí la conozco”, me dijo ansiosamente. “Usted es la señorita Shaw, y nos habló a nosotros, los chicos, en Pontiac el año pasado. Ahora estoy en libertad condicional, pero no lo he olvidado. ¡Nosotros, los chicos, disfrutamos de su espectáculo más que cualquier otro!”

Me conmovió este sincero cumplido y tenía curiosidad por saber cómo me lo había ganado, así que pregunté: “¿Qué dije que a los chicos les gustó?”

El joven vaciló. Luego dijo lentamente: “Bueno, no hablaste como si pensaras que todos fuéramos malos”.

“Joven”, le dije, “no creo que todos ustedes sean malos. ¡Sé que no es así!”

Como si hubiera tocado una fibra sensible en él, el joven se sentó junto a mí; luego, inclinándose hacia mí, dijo impulsivamente, pero casi en un susurro:

“Oiga, señorita Shaw, ¡ALGUNOS DE NOSOTROS LOS CHICOS REZAMOS!”

Raramente he tenido un homenaje que me conmoviera más que esa tímida confianza; y a menudo, desde entonces, en momentos de desaliento o fracaso, me he recordado a mí misma que al menos debe haber algo en mí que en su momento hizo que un muchacho de esa edad abriera su corazón de esa manera. Tuvimos una larga e íntima conversación, de la cual surgió el interés perdurable que siento por los chicos hoy en día.

Naturalmente, a veces me veía afectada por pequeños malentendidos entre los comités locales y yo en cuanto a los temas de mis conferencias, y el ejemplo más extremo de esto ocurrió en una ciudad a la que llegué para encontrarme ampliamente anunciada como “la señora Anna Shaw, que silbó frente a la Reina Victoria”. Petrificada, miré fijamente los carteles, y al leer la letra adicional descubrí el gratificante hecho de que al menos no se esperaba que yo silbara en ese momento. En cambio, al parecer, iba a dar una conferencia sobre “El eslabón perdido”.

Como de costumbre, llegué a la ciudad solo una o dos horas antes de la hora fijada para mi conferencia; hubo el intervalo más breve para aclarar estos dolorosos malentendidos. Intenté repetidamente comunicarme con el presidente que iba a presidir el evento, pero no tuve éxito. Finalmente, fui al salón a la hora acordada y encontré al comité local allí, esperándome amablemente. Sin perder preciosos minutos en preliminares, les pregunté por qué me habían anunciado como la mujer que “silbó frente a la Reina Victoria”.

“¿Por qué? ¿No silbaste frente a ella?”, exclamaron en sorpresa y pesar.

“Ciertamente no lo hice”, expliqué. “Además, nunca me llamaron ‘El Ruiseñor Americano’ y nunca di una conferencia sobre ‘El Eslabón Perdido’. ¿De dónde sacaron ese tema? No estaba en la lista que les envié”.

Los miembros del comité parecían aturridos. Se retiraron a un rincón y consultaron en susurros. Luego, con la frente despejada, el portavoz regresó.

“¡Oh!” dijo alegremente, “¡es bastante simple! Te confundimos con una señora Shaw que silba, y hemos estado debatiendo sobre el eslabón perdido en nuestra sociedad de debate, así que nuestros ciudadanos quieren escuchar tus opiniones”.

“Pero no sé nada acerca del eslabón perdido”, protesté, “y no puedo hablar de ese tema”.

“Vamos”, suplicaron. “¡Oh, tienes que hacerlo! Hemos vendido todas nuestras entradas para esa conferencia. Toda la ciudad ha venido a escucharla”.

Entonces, mientras yo mantenía un silencio deprimido, uno de ellos tuvo una idea brillante.

“¡Te diré cómo solucionarlo!” exclamó. “Habla sobre cualquier tema que desees, pero menciona algo sobre el eslabón perdido cada pocos minutos. Eso los satisfará”.

“Muy bien”, acepté a regañadientes. “Abran la reunión con una canción. Hagan que el público cante ‘America’ o ‘The Star-Spangled Banner’. Eso me dará unos minutos para pensar, y veré qué se puede hacer”.

Bajo la dirección de un presidente muy nervioso, el gran público comenzó a cantar, y bajo la inspiración de la música, la solución a nuestro problema me vino a la mente.

“Es fácil”, me dije a mí misma. “La mujer es el eslabón perdido en nuestro gobierno. Les daré un discurso sobre el sufragio en esa línea”.

Cuando terminó la canción, comencé mi parte del espectáculo con una parte de mi conferencia sobre “El destino de las repúblicas”, trazando su crecimiento y decadencia, y señalando que lo que nuestra república necesitaba para tener un gobierno estable era el eslabón perdido del sufragio femenino. Me fue admirablemente bien, ya que mencionaba “el eslabón perdido” cada cinco minutos, y el público se sentaba contento y aparentemente interesado, mientras los miembros del comité se llenaban de júbilo en el escenario.

DRAMA EN EL CAMPO DE LAS CONFERENCIAS

Mi experiencia más dramática ocurrió en una ciudad de Michigan, donde estaba llevando a cabo una campaña de templanza. Era un importante centro maderero y de envío, y el consumo de alcohol resultaba claramente excesivo. El editor del periódico principal estaba del lado de los trabajadores de la templanza en nuestra lucha allí, y me había advertido que la gente del licor amenazaba con “prender fuego al edificio sobre mi cabeza” si intentaba dar una conferencia. Estábamos acostumbrados a amenazas similares, así que procedí con mis preparativos y realicé la reunión en la pista de patinaje de la ciudad, una enorme estructura de madera desnuda.

Las conferencias eran raras en esa ciudad, y se habían difundido rumores sobre algún evento especial en esta ocasión; todos los asientos de la pista estaban ocupados, y varios cientos de personas se encontraban de pie en los pasillos y en la parte trasera del edificio. Justo enfrente de la plataforma del orador había una pequeña galería y, por encima de ella, en el techo, había una trampilla. Antes de que hubiera hablado diez minutos, vi a un hombre caer a través de esa trampilla hasta el balcón y subir desde allí al piso principal. Cuando alcanzó el suelo, gritó “¡Fuego!” y salió corriendo hacia la calle. Al instante siguiente, todas las personas en la pista se pusieron de pie y comenzó el pánico. Estaba segura de que no había fuego, pero sabía que muchas personas podrían resultar heridas en la estampida que estaba empezando. Así que me subí a una silla y grité a la gente a pleno pulmón:

“¡No hay fuego! ¡Es solo un truco! ¡Siéntense! ¡Siéntense!”

Las personas más tranquilas de la multitud comenzaron de inmediato a ayudar en este proceso de tranquilización.

“¡Siéntense!” repetían. “¡Está todo bien! ¡No hay fuego! ¡Siéntense!”

Parecía que teníamos la situación bajo control, ya que la gente vacilaba

y la mayoría se quedaba quieta; pero justo en ese momento, me llegaron unas palabras susurradas que hicieron que mi corazón dejara de latir. Un miembro de nuestro comité local estaba parado junto a mi silla, hablando en un susurro aterrado:

“Hay un incendio, señorita Shaw”, dijo. “Por el amor de Dios, saque a la gente, ¡RÁPIDO!”

El impacto fue tan inesperado que casi me fallaron las rodillas. La gente aún estaba de pie, indecisa, mirándonos sin saber qué hacer. Levanté la voz de nuevo, y si sonó poco natural, probablemente mis oyentes pensaron que era porque estaba hablando muy fuerte.

“Ya que estamos de pie”, exclamé, “y todos estamos nerviosos, un poco de ejercicio nos vendrá bien. Así que marchemos, cantando. ¡Mantengan el ritmo con la música! ¡Después pueden volver y tomar sus asientos!”

El hombre que me había susurrado la advertencia se lanzó al pasillo y comenzó a entonar “Jesús, Amante de mi Alma”. Luego lideró la marcha hacia la puerta, mientras la gran multitud se alineaba y lo seguía, uniéndose al canto. Yo permanecí en la silla, marcando el ritmo y hablando con la gente mientras se iban; pero cuando el último de ellos abandonó el edificio, casi me derrumbé; porque las llamas habían comenzado a devorar las paredes de madera y se escuchaba el estruendo de las sirenas de los camiones de bomberos afuera.

Sin embargo, en cuanto me aseguré de que todos estuvieran a salvo, experimenté la ira más intensa que nunca hubiera sentido. Mi indignación hacia los hombres que habían arriesgado cientos de vidas al incendiar un edificio lleno de gente me nubló la vista y entendí que debían recibir una lección en ese mismo instante. Tan pronto como estuve fuera de la pista, convoqué una reunión, y el ministro congregacional, que estaba en la multitud, nos prestó su iglesia y nos guio hacia allí. La mayoría del público nos siguió, y tuvimos una reunión maravillosa, durante la cual finalmente pudimos dejar en claro a la gente de esa ciudad la verdadera naturaleza de los empresarios licoreros contra los que estábamos luchando. Ese episodio benefició mucho más a la causa de la templanza que cien reuniones ordinarias. Hombres que antes eran indiferentes se convirtieron en nuestros amigos y partidarios, y en las elecciones siguientes, una gran mayoría de los ciudadanos votaron a favor de la prohibición.

Ha habido otras ocasiones en las que nuestros oponentes no se han enfrentado a nosotros de manera justa. Una vez, en una ciudad de Ohio, un grupo de políticos, al enterarse de que iba a dar una conferencia sobre templanza en el Palacio de Justicia en una determinada noche, se adueñó del edificio esa misma noche, bajo el pretexto de celebrar una reunión, y nos impidió la entrada. Cuando, acompañada por un comité de mujeres destacadas, llegué al edificio y traté de entrar, descubrimos que los hombres nos habían cerrado con llave. Nuestro público se estaba congregando y llenando la calle, y finalmente enviamos un mensaje cortés a los hombres, suponiendo que se habían olvidado de nosotros y recordándoles nuestra posición. El mensajero informó que los hombres se irían “alrededor de las ocho”, pero que la sala estaba “llena de humo y asquerosa de saliva de tabaco”. Esperamos pacientemente hasta las ocho en punto, celebrando pequeñas reuniones al aire libre en grupos, mientras nuestro público esperaba con nosotros. A las ocho volvimos a enviar a nuestro mensajero al salón, y regresó con la noticia de que los hombres “no habían terminado, no sabían cuándo terminarían y le habían dicho a las mujeres que no esperaran”.

Naturalmente, las mujeres de la ciudad que esperaban se sintieron profundamente apenadas. Lo mismo sucedía con la multitud de hombres que también había en el exterior. Preguntamos si no había otra entrada al salón aparte de las puertas principales cerradas con llave, y nos dijeron que la habitación privada del juez se conectaba con el salón, y que una de nuestras compañeras tenía la llave, ya que había planeado usar esa habitación como un vestidor y cuarto de retiro para los oradores. Después de alguna discusión, decidimos tomar el salón por asalto. En cinco minutos, todas las mujeres se habían formado en fila y se agolpaban en las escaleras traseras y en la habitación del juez. Allí desbloqueamos la puerta, nos organizamos de nuevo en fila y marchamos al salón, cantando “Adelante, Soldados Cristianos”.

Éramos cientos, y marchamos directamente hacia el estrado, donde los hombres asombrados se pusieron de pie para mirarnos. Cada vez entraban más mujeres, subiendo por las escaleras traseras desde la calle y llenando el salón; y cuando los hombres se dieron cuenta de lo que todo aquello significaba, y reconocieron a sus esposas, hermanas y amigas

entre la multitud, desbloquearon tímidamente las puertas principales y nos dejaron el salón, aunque los instamos cortésmente a quedarse. Finalmente, esa noche celebramos una espléndida reunión.

Considero que otro de mis recuerdos puede resultar oportuno. Estábamos trabajando por una enmienda de prohibición en el estado de Pensilvania, y la noche antes de las elecciones llegué a Coatesville. Acababa de completar seis semanas de intensa campaña, y ese día ya había dirigido y hablado en dos grandes reuniones al aire libre. Cuando entré en el Ayuntamiento de Coatesville, lo encontré lleno de mujeres. Solo había unos pocos hombres allí; el resto estaban celebrando y haciendo campaña en las calles. Así que me levanté y dije:

“Me gustaría preguntar cuántos hombres en la audiencia tienen la intención de votar a favor de la enmienda mañana.”

Todos los hombres en el salón se pusieron de pie.

“Lo pensé,” dije. “Ahora quiero pedirles su indulgencia. Como todos ustedes están a favor de la enmienda, no tiene sentido que les presente sus méritos; y como estoy completamente exhausta, ¡sugiero que cantemos la Doxología y nos vayamos a casa!”

La audiencia entendió la sensatez de mi posición, así que la gente rió y cantó la Doxología y se marchó. Mientras salíamos del salón, uno de los más prominentes ciudadanos de Coatesville se me acercó.

“Ojalá fueras un hombre”, dijo. “Esta noche, el pueblo iba a tener una gran reunión al aire libre, y el orador nos ha fallado. Hay miles de hombres en las calles esperando el discurso, y los bares les están ofreciendo bebidas gratis para emborracharlos y decidir la ciudad mañana”.

“¿Por qué no?”, dije. “Hablaré con ellos si lo desean”.

“¡Dios mío!” exclamó. “Tendría miedo de dejarte hacerlo. ¡Podría pasar algo!”

“Si pasa algo, será por una buena causa”, le recordé. “Vamos a hacerlo”.

En el centro de la ciudad, encontramos las calles tan atestadas de hombres que los coches no podían avanzar, y con la mayor dificultad llegamos al estrado que se había construido para el orador. Era un

impresionante montaje. Había antorchas brillantes por todas partes y un “ojo de buey” tomado de la cabeza de una locomotora que proporcionaba un parche de luz especialmente brillante. El estrado se había erigido en un punto donde se cruzaban las cuatro calles principales de la ciudad, y hasta donde podía ver, había masas sólidas de ciudadanos que se extendían por estas calles. Un coro estaba haciendo lo mejor para animar el ambiente, y la música de una organeta, un instrumento muy utilizado en aquellos tiempos en los mítines de campaña, aumentaba el alegre tumulto. Mientras subía al estrado, la multitud cantaba “Vote por Betty y el Bebé”, y tomé esa canción como mi tema, hablando de la indefensión de las mujeres y los niños frente a la intemperancia, y diciéndole a la multitud que la única esperanza de las mujeres de Coatesville radicaba en el voto emitido por sus hombres al día siguiente.

Justo frente a mí se encontraba un enorme y extraordinariamente desagradable hombre negro. Con solo mirarlo, me estremecía, pero antes de que terminara mi primera oración, levantó su brazo derecho recto sobre su cabeza y exclamó, con una voz profunda y maravillosamente rica:

“¡Aleluya al Cordero!”

A partir de ese momento, él puntuó mi discurso cada pocos minutos con exclamaciones al estilo antiguo sobre la salvación, lo que ayudó a inspirar a la multitud. Hablé durante casi una hora. Solo en tres ocasiones de mi vida, y solo en tres ocasiones, he pronunciado discursos que me han satisfecho en cierto grado, es decir, que me han hecho sentir que al menos estaba dando lo mejor de mí. El discurso en Coatesville fue uno de esos tres. Al final, la amigable multitud aplaudió durante diez minutos. Al día siguiente, Coatesville votó a favor de la prohibición y, con razón o sin ella, siempre he creído que ayudé a alcanzar esa victoria.

Aprovecho para añadir que de los otros dos discursos que me satisficieron, uno fue pronunciado en Chicago durante la Exposición Mundial de 1893, y el otro en Estocolmo, Suecia, en 1912. Durante la Exposición Mundial, se llevó a cabo el Consejo Internacional de Mujeres en Chicago, y me invitaron a predicar el sermón en la sesión del domingo por la mañana. La ocasión era muy importante, ya que reunió al menos a cinco mil personas, incluyendo a mujeres representantes de casi todos

los países de Europa, y un gran número de mujeres ministras. Estas últimas formaban un grupo impresionante, ya que todas llevaban sus togas ministeriales; y yo predicaría usando una toga ministerial que fue especialmente encargada para ese día por primera vez. Era de crepé de China negro, con amplias mangas dobles, mangas interiores de seda blanca y un amplio pliegue de seda blanca en la parte delantera; y puedo mencionar de pasada que se veía mucho mejor de lo que me sentía, ya que estaba muy nerviosa. Mi padre había venido a Chicago especialmente para escuchar mi sermón y había sido invitado a sentarse en la plataforma. Aunque aún no estaba completamente reconciliado con mi trabajo público, empezaba a interesarse profundamente en él. Deseaba mucho complacerlo y satisfacer a la señorita Anthony, quien estaba extremadamente ansiosa de que, en ese día, más que cualquier otro, diera lo mejor de mí.

Le dediqué una cantidad inusual de tiempo y reflexión a ese sermón y, finalmente, logré lo que modestamente creía que era un buen discurso. Nunca escribo un sermón de antemano, pero esta vez lo hice laboriosamente y luego lo memoricé. La noche antes de pronunciar el sermón, la señorita Anthony me preguntó al respecto, y cuando me di cuenta de lo profundamente interesada que estaba, se lo entregué allí mismo, como un ensayo.

Era muy tarde, y sabía que no seríamos interrumpidas. Mientras ella escuchaba, su rostro se alargaba cada vez más y sus labios se arrugaban. Su decepción era tan evidente que tuve dificultades para terminar mi discurso; pero finalmente lo logré, aunque de manera bastante débil hacia el final, y esperé para escuchar lo que diría, esperanzada en contra de toda expectativa de que le hubiera gustado más de lo que parecía. Pero Susan B. Anthony era la mujer más franca y amable. Resueltamente, sacudió la cabeza.

“No está bien, Anna”, dijo firmemente. “Tienes que hacerlo mejor. Has pulido y repulido ese sermón hasta que ya no queda vida en él. Está muerto. Además, no me gusta tu texto”.

“Entonces, dame un texto”, exigí sombríamente.

“No puedo”, dijo la tía Susan.

Estaba cansada y amargamente decepcionada, y ambas condiciones se mostraron en mi respuesta.

“Bien”, pregunté con tristeza, “si ni siquiera puedes proporcionar un texto, ¿cómo crees que voy a pronunciar un sermón completamente nuevo a las diez de la mañana de mañana?”

“Oh”, declaró la tía Susan, alegremente, “encontrarás un texto”.

Sugerí varios, pero no le gustaron. Finalmente, dije: “Lo tengo: ‘Que nadie tome tu corona’”.

“¡Eso es!” exclamó la señorita Anthony. “Danos un buen sermón sobre ese texto”.

Ella fue a su habitación a dormir el sueño de los justos y sin preocupaciones, pero yo me revolví en la cama el resto de la noche, planificando los puntos del nuevo sermón. Después de pronunciarlo al día siguiente, fui a mi padre para ayudarlo desde el estrado. Temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas. Agarró mi brazo y lo apretó.

“Ya puedo morir tranquilo”, fue todo lo que dijo.

Yo estaba tan cansada que me sentía lista para morir tranquila también; pero su satisfacción y una mirada al rostro contento de la tía Susan me dieron el tono que necesitaba. Mi padre murió dos años después, y como estaba haciendo campaña en California, no estuve con él al final. Sin embargo, fue un consuelo recordar que en el ocaso de su vida había aprendido a entender a su hija más difícil, y a darle crédito por al menos la sinceridad de propósito en seguir la vida que la había alejado de él. Después de su muerte, e inmediatamente después de regresar de California, visité a mi madre, y fue bueno en verdad que lo hice, porque dentro de unos pocos meses ella siguió a papá al otro mundo para el cual toda su vida abnegada había sido una preparación.

Nuestros últimos días juntas fueron perfectos. Su actitud era de serena y alegre expectativa, y siempre la recuerdo sentada entre las primulas y las campanillas que tanto amaba, que parecían florecer incesantemente en las ventanas de su habitación. También recuerdo con gratitud un detalle que le dio un placer desproporcionado a lo que yo había imaginado.

Había expresado su deseo de tener algo de brezo inglés, “no la variedad de invernadero, sino el tipo que florece en las colinas”, y lo había conseguido para ella escribiendo a un amigo inglés.

La posesión del brezo la llenó de alegría, y desde que llegó hasta el día en que sus ojos se cerraron en su último sueño, rara vez estuvo fuera del alcance de su mano. A su solicitud, cuando la enterramos, colocamos el brezo sobre su corazón, el corazón de una mujer sincera y leal que, aunque sus hijos no lo supieran, debió haber anhelado sin cesar a lo largo de su vida en el Nuevo Mundo el Viejo Mundo de su juventud.

El discurso en Escandinavia fue una experiencia aún más vital que el de Chicago, ya que en Estocolmo pronuncié el primer sermón jamás predicado por una mujer en la Iglesia Estatal de Suecia, y el evento fue precedido por una cantidad de oposición política y periodística que le dio una importancia internacional. También fui invitada por las mujeres noruegas a predicar en la Iglesia Estatal de Noruega, pero en ese caso nos encontramos con serios obstáculos. Según las leyes de Noruega, a las mujeres se les permite ocupar todos los cargos públicos excepto los del ejército, la marina y la iglesia, una combinación militante y espiritual bastante peculiar. Como mujer, me fue negado el uso de la iglesia por el Ministro de Asuntos Eclesiásticos.

La decisión creó gran emoción y llevó a una investigación minuciosa de la ley. Luego se descubrió que si se desea emplear una Iglesia Estatal para un ministro de un país extranjero, el gobierno puede otorgar tal permiso. Se pensó que yo podría aprovechar este resquicio legal, y se hizo una solicitud al gobierno. La respuesta fue que el permiso solo podía ser otorgado por todo el Gabinete; y mientras los caballeros del Gabinete discutían febrilmente el importante asunto, la prensa noruega se activó, señalando que el Ministro de Asuntos Eclesiásticos había asumido arrogantemente el derecho del Gabinete en su negativa a la solicitud. La acusación fue tomada por el partido opuesto al partido en el gobierno en el Parlamento, y el Ministro de Asuntos Eclesiásticos rápidamente pasó todo el asunto a sus colegas.

El Gabinete tuvo una sesión y, con un voto de cuatro a tres, decidió NO permitir que una mujer predicara en la Iglesia Estatal. Me alegra agregar

que de los tres que votaron a favor de la cuestión, uno era el Primer Ministro de Noruega. Nuevamente, los periódicos aprovecharon la oportunidad, especialmente los órganos del partido de oposición. Mis habitaciones estaban llenas de reporteros y, cada día, la emoción crecía. La cuestión fue llevada al Parlamento, y fui invitada a asistir y escuchar la discusión allí. Para ese momento, todos los periódicos de Escandinavia estaban a favor o en contra de mí; y el resultado de todo el asunto fue que, aunque la Iglesia Estatal de Noruega no se abrió para mí, se había despertado un interés muy inusual en mi sermón en la Iglesia Estatal de Suecia. Cuando llegué allí para cumplir con mi compromiso, no solo el maravilloso edificio estaba lleno hasta sus paredes, sino que las multitudes esperando en la calle eran tan grandes que la policía tuvo dificultades para abrir paso a nuestro grupo.

Nunca olvidaré la impresión que me causó la iglesia cuando entré en ella. Siempre quedará grabada en mi memoria como una de las iglesias más hermosas que he visitado. Por todas partes había monumentos de héroes y hombres de estado fallecidos, y la bóveda alta y abovedada de color azul parecía el cielo abierto sobre nuestras cabezas. Encima de nosotros se extendía una luz como un suave crepúsculo, y la gran congregación llenaba no solo todos los bancos, sino también los pasillos, el estrado e incluso los escalones del púlpito. Los acomodadores eran mujeres jóvenes de la Universidad de Upsala, que llevaban gorras blancas de universidad con viseras negras y cinturones en los colores de la universidad. El himno fue compuesto especialmente para la ocasión por la primera organista de catedral en Suecia, la organista de la catedral de Gotemburgo, y había traído con ella a treinta miembros de su coro, todos ellos cantantes excepcionales.

Toda la ocasión fue increíblemente impresionante, y comprendí en cada fibra la necesidad de ser digna de ella. Además, experimenté una sensación como nunca antes hubiera conocido, que solo puedo describir como una aparente separación completa de mi ser físico de mi ser espiritual. Era como si mi cuerpo se apartara y observara cómo mi alma entraba en ese púlpito. No había incertidumbre, ni nerviosismo, aunque usualmente estoy muy nerviosa cuando comienzo a hablar; y cuando terminé, supe que había dado lo mejor de mí.

Pero todo esto está muy lejos de los primeros días de los que estaba hablando, cuando hacía mis primeras reverencias tímidas frente al público en mis conferencias y aprendía las lecciones del pionero en el campo de las conferencias. Pronto aprendería más, ya que en 1888, la señorita Anthony me persuadió para que abandonara mi trabajo en la templanza y concentrar mis energías en la causa del sufragio. Durante un tiempo, dudé acerca de esta propuesta. Mi relación con la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza me hacía feliz y sabía que la señorita Willard contaba conmigo para seguir en ella. Pero los argumentos de la señorita Anthony eran irrefutables, y ella misma, como siempre, irresistible.

“No puedes ganar dos causas a la vez”, me recordó. “Simplemente estás dispersando tus energías. Comienza desde el principio. Gana el sufragio para las mujeres, y el resto seguirá”. Como argumento adicional, me llevó con ella en su campaña en Kansas, y después de eso no necesité más argumentos. Desde entonces hasta su muerte, dieciocho años después, la señorita Anthony y yo trabajamos hombro con hombro.

El episodio de conferencias más interesante de nuestra primera campaña en Kansas fue mi debate con el senador John J. Ingalls. Sin embargo, antes de esto, a nuestra llegada a Atchison, la señora Ingalls ofreció un almuerzo en honor a la señorita Anthony, y Rachel Foster Avery y yo también fuimos invitadas. La señorita Anthony se sentó a la derecha del senador Ingalls, y yo a su izquierda, mientras que la señora Ingalls, por supuesto, adornaba el extremo opuesto de la mesa. La señora Avery y yo acabábamos de estar hospedadas durante varios días en la casa de un amigo vegetariano que no sabía cocinar verduras, y ambas estábamos medio muertas de hambre.

Cuando nos invitaron a la casa de la familia Ingalls, pronunciamos al unísono un alegre grito: “¡Ahora tendremos algo que comer!” Sin embargo, durante el almuerzo, el senador Ingalls nos mantuvo a la señorita Anthony y a mí hablando constantemente. Él no estaba a favor del sufragio femenino, pero deseaba conocer todo tipo de detalles sobre la Causa, y nosotros estábamos ansiosas por transmitirselos. Así pues, apenas tuve tiempo para algún que otro bocado, mientras que en el otro extremo de la mesa, la señora Avery no dejaba de comer y no dejaba de

masticar sino era para mandarme miradas cargadas de sincera simpatía. Además, cada vez que tenía un bocado especialmente delicioso en el extremo de su tenedor, se las apañaba de manera perversa para captar mi atención y así agregar el último toque sibarita a su disfrute.

A pesar de la abundante información que le habíamos proporcionado, o quizás debido a la misma, a la noche siguiente el Senador Ingalls⁹⁵ pronunció su famoso discurso en contra del sufragio, y me tocó a mí responderle. En el transcurso de sus comentarios, hizo esta pregunta: “¿Les gustaría añadir tres millones de votantes analfabetos al gran número de votantes analfabetos que ya tenemos en Estados Unidos en la actualidad?” El público aplaudió alegremente, pero me perturbó la sofística de la pregunta. Una de las peculiaridades personales más comentadas del Senador Ingalls era su raya en el medio del cabello. Los caricaturistas y los periodistas siempre hacían mucho hincapié en esto, así que cuando me levanté para responder, consideré apropiado mencionárselo.

“El Senador Ingalls,” comencé, “se peina con la raya en el medio, como todos sabemos, pero compensa eso al inclinar sus cifras hacia un lado. Anoche les presentó el lado desfavorable de sus cifras. En la actualidad, hay alrededor de dieciocho millones de mujeres en edad de votar en Estados Unidos. Cuando el Senador preguntó si querían tres millones adicionales de votantes mujeres analfabetas, olvidó por completo preguntarles si no querían quince millones adicionales de votantes mujeres inteligentes. Aceptemos que se necesitarían los votos de tres millones de mujeres inteligentes para neutralizar los votos de tres millones de mujeres analfabetas. Pero, aún así, no olviden que aún nos quedarían doce millones de votos inteligentes a nuestro favor”.

El público aplaudió tan animadamente como lo había hecho con el discurso del Senador Ingalls y yo continué:

⁹⁵ John J. Ingalls (1833-1900), político conservador del partido Republicano célebre tanto por su afilada ironía y excelentes dotes oratorias como por su oposición acérrima al sufragio femenino y actitudes abiertamente racistas. Fue Senador de Kansas entre los años 1873 y 1891. Tras no poca polémica, su estatua del National Statuary Hall Collection fue reemplazada por otra de Amelia Earhart (1897-1937), primera mujer en atravesar el océano Atlántico en solitario, en 2022.

“Las mujeres siempre hemos sido generosas con los hombres. Así que, de nuestros doce millones de votantes inteligentes, les ofrecemos cuatro millones para contrarrestar los votos de los cuatro millones de hombres analfabetos que tenemos en este país, y aun así nos quedarán ocho millones de votos inteligentes para sumar a los demás votos inteligentes emitidos.” El público pareció disfrutar con este comentario.

“Los anti-sufragistas están bastante seguros,” concluí, “mientras permanecen en el terreno de las elucubraciones proféticas. ¡Pero en cuanto se enfrentan a las matemáticas, se meten en problemas!”

La señorita Anthony quedó muy satisfecha con la amplia difusión dada a este debate pero, sin embargo, no puede decirse lo mismo del Senador Ingalls.

Poco después de este encuentro sufrí dos incidentes durante mis viajes que a punto estuvieron de costarme la vida. Una de ellas ocurrió en Ohio durante una inundación primaveral. No conozco ningún estado que pueda cubrirse tan completamente de agua como lo hace Ohio y, encima, sin razón aparente. En esta ocasión, estaba batiendo su propio récord. Habíamos recorrido veinte millas a través del campo en un *buggy* que apenas se mantenía fuera del agua, tirado por caballos que en ocasiones casi tenían que nadar. Cuando nos acercábamos a la ciudad donde debía dar mi conferencia, aunque todavía estábamos al otro lado del río, descubrimos que el puente había desaparecido. Teníamos una buena vista de la ciudad, situada en lo alto y en seco, en una empinada orilla. Pero el río que nos separaba de la ciudad era un torbellino furioso, y la única forma posible de cruzarlo, descubrí, era caminar sobre un caballete del ferrocarril que ya temblaba bajo la fuerza del agua.

Había cientos de hombres en la orilla del río observando la inundación, y cuando me vieron empezar a caminar por el caballete vacío, estallaron en un grito de ánimo que casi me tira al agua. El río era ancho y las tablas del caballete estaban distantes unas de otras, y el rugido del agua abajo no era para nada tranquilizador. Pero de alguna manera logré llegar al otro lado y allí me ayudaron a bajar del caballete con lo que los periódicos llamaron posteriormente “manos fuertes y dispuestas”.

En otra ocasión, en un desesperado intento por llegar a tiempo a otra de

mis conferencias, crucé caminando el caballete del ferrocarril en Elmira, Nueva York. Cuando estaba a medio camino, escuché gritos de advertencia para que retrocediera, ya que venía un tren. El caballete estaba muy alto en ese punto, y me di cuenta de que si me daba la vuelta y enfrentaba un tren que se acercaba, sin duda perdería la valentía y caería. Así que seguí adelante, tan rápido como pude, acompañada por los gritos de aquellos que se oponían a presenciar una muerte violenta. De este modo llegué al final del caballete justo cuando un expreso rugía a escasa distancia. Al siguiente instante, un policía me agarró por los hombros y me sacudió como si fuera una niña traviesa.

“¡Si vuelve a hacer una locura similar, la encerraré en la cárcel!”, tronó el oficial.

En cuanto recuperé la palabra, le aseguré fervientemente que nunca lo haría; una experiencia de ese tipo era más que suficiente.

De vez en cuando, un destello de humor, consciente o inconsciente, iluminaba la oscuridad de una situación difícil. Así, en Parkersburg, en Virginia Occidental, el tren en el que viajaba chocó con un vagón de carbón. Estaba sentada en un vagón-cama, apoyada cómodamente con los pies sobre el asiento frente a mí, y la fuerza del choque me levantó, me dio un giro completo y me depositó, bocabajo, a dos asientos de distancia. A mi alrededor escuché gritos y el estruendo de cuerpos humanos golpeando superficies inamovibles mientras mis compañeros de viaje volaban por el aire, mientras alto y claro, por encima del tumulto, resonaba la voz del revisor:

“¡Continúen en sus asientos!”, gritó. “¡CONTINÚENEN EN SUS ASIENTOS!”

Nadie en nuestro vagón resultó gravemente herido; pero tal es el poder de la autoridad establecida, que nadie más que yo sonrió ante esa orden.

En muchas ocasiones mi experiencia médica me fue útil. Una vez estaba en un tren que chocó con un carruaje, matando a la mujer que iba en él. Su pequeña hija, que estaba con ella, resultó gravemente herida y, cuando el tren se detuvo, la tripulación subió a bordo el cuerpo de la mujer fallecida y a la niña herida para llevarlos a la próxima estación.

Como yo era la única médica entre los pasajeros, la niña quedó bajo mi cuidado. Improvisé una cama con los asientos y la acomodé allí, pero ninguna mujer en el vagón podía ayudarme. La tragedia las había puesto histéricas y se escuchaban llantos nerviosos por todas partes. Los hombres estaban dispuestos, pero no resultaban muy útiles, con la excepción de un rústico leñador cuyos pantalones estaban metidos en sus botas y cuyas manos eran fenomenalmente grandes y torpes. Pero también eran muy delicadas, como me di cuenta cuando comenzó a ayudarme. Supe de inmediato que era el hombre que necesitaba, a pesar de su cabello desaliñado, su torpeza general, el sombrero que llevaba en la parte de atrás de su cabeza y el clavel rosa en su ojal, que, por su misma incongruencia, añadía el toque final a su aspecto poco atractivo. Juntos, consolamos a la niña lo mejor que pudimos. Casi no fue necesario decirle a mi ayudante qué hacer; parecía saberlo e, incluso, se anticipaba mis esfuerzos.

Cuando llegamos a la siguiente estación, sacaron el cuerpo de la mujer fallecida, lo colocaron en el andén y una enfermera y un médico a los que habían enviado un telegrama estaban esperando para hacerse cargo de la niña. Para entonces, estaba ya consciente, y con la más exquisita gentileza, mi rústico caballero levantó a la niña en brazos para sacarla del tren. Le indiqué con un gesto que no permitiera que la niña viera el cadáver de su madre. Pero en verdad, no hacía ninguna falta, puesto que no era el tipo de persona que necesitara ese tipo de advertencias; ya había girado su rostro hacia su hombro y, con la cabeza inclinada sobre ella, estaba evitando con seguridad el lugar donde yacía el cuerpo cubierto por una sábana.

Evidentemente, esa estación también era el destino del caballero, porque se quedó allí; pero justo cuando el tren estaba a punto de salir, se acercó apresuradamente a mi ventana, tomó el clavel de su ojal y, sin decir una palabra, me lo entregó. Tras el trágico momento en el que lo había conocido, esa flor aplastada me resultó la mejor recompensa que jamás hubiera recibido.

“TÍA SUSAN”

En *La vida de Susan B. Anthony* se menciona que el año 1888 fue un año de reconocimiento especial al trabajo de nuestra gran líder, pero también fue el año en que muchos de sus amigos más cercanos y más fuertes partidarios le fueron arrebatados por la muerte. Entre ellos se encontraban A. Bronson Alcott y Louisa M. Alcott, así como la doctora Lozier;⁹⁶ y se destaca especialmente el sentido de pérdida de la señorita Anthony ante la disminución del círculo de sus amigos, una pérdida que nuevos amigos y colaboradores se apresuraron a suplir.

“Entre estos últimos”, agrega el registro, “se encontraba Anna Shaw, quien desde el Consejo Internacional del 88 le ofreció su más sincera lealtad a la señorita Anthony”.

Es cierto que desde ese año hasta la muerte de la señorita Anthony en 1906, rara vez nos separábamos y jamás leo el párrafo que acabo de citar sin ver, como en una visión, la figura de “Tía Susan” mientras entraba sigilosamente en mi habitación de hotel en Chicago, una noche después de una reunión del Consejo Internacional. Yo ya me había acostado, de hecho, estaba casi dormida cuando llegó, ya que el día había sido tan agotador como interesante. Pero a pesar de la hora tan tardía, “Tía Susan”, que entonces rondaba los setenta años, seguía tan fresca y entusiasta como una joven. Decía que tenía mucho que decir, y procedió a hacerlo, sentándose en un cómodo sillón cerca de la cama, con una manta alrededor de sus rodillas, mientras yo me apoyaba en las almohadas y la escuchaba.

Las horas pasaron volando y el amanecer asomó débilmente por las ventanas pero, aun así, la señorita Anthony hablaba de la Causa, siempre de la Causa, y de lo que debíamos hacer nosotras por ella. La noche anterior

⁹⁶ Charlotte Denman Lozier (1844-1870), médico, profesora universitaria y sufragista estadounidense.

había estado demasiado ocupada para cenar y dudo mucho que hubiera tomado algún almuerzo al mediodía, tampoco. Había estado de pie durante horas seguidas, manteniendo innumerables discusiones con otras mujeres a las que deseaba inspirar para lograr que hicieran un esfuerzo especial. Sin embargo, después de todo eso, aquí estaba, planificando nuestras campañas para los próximos años, previendo todo, sin olvidar nada, y llevándome consigo en su vuelo hacia nuestro objetivo común, hasta que yo, que no suelo dejarme llevar fácilmente, experimenté una sensación casi mareante de euforia.

De repente, se detuvo, miró las luces de gas que palidecían a la luz de la mañana que llenaba la habitación y por un instante fugaz pareció sorprendida. En el siguiente momento, había desechado de su mente la noción de que habíamos estado hablando toda la noche. ¿Por qué no deberíamos hablar toda la noche? Era parte de nuestro trabajo. Se des hizo de la manta que la envolvía y se levantó.

“Ahora debo vestirme”, dijo enérgicamente. “He convocado una reunión del comité antes de la sesión matinal”.

En su camino hacia la puerta, la naturaleza la golpeó con un raro recordatorio, pero incluso entonces no se dio cuenta de que era algo personal. “Quizás”, comentó tentativamente, “necesites tomar una taza de café”.

Así era “Tía Susan”. Y en los dieciocho años que siguieron, no hubo día en que me demostrara que estaba por encima de las debilidades puramente humanas. Para ella, las dificultades que enfrentamos más tarde en nuestras campañas en el Oeste a favor del sufragio femenino no fueron más que nimiedades. Como una verdadera soldado, podía tomar un momento para dormir o un bocado de comida donde lo encontrara, y si no había nada de eso, no lo echaba en absoluto en falta. Para mí, era una inspiración constante, la antorcha que iluminaba mi vida. Pasamos algunos años difíciles juntas, años en los que luchamos duro por cada avance que lográbamos, pero encontré una compensación completa por cada esfuerzo en la gloria de trabajar con ella por la Causa que ocupaba el primer lugar en nuestros corazones, y en la felicidad de ser su amiga. Más adelante describiré con más detalle las campañas por el sufragio y los Consejos Nacional e Internacional en los que participamos; pero en

este momento es de ella de quien quiero escribir, de su grandeza, su versatilidad, su humor, su valentía, su agudeza, su compasión, su comprensión, su fuerza, su supremo sentido común, su desinterés; en resumen, de la rara belleza que constituía su ser, tal como la conocí.

Como la mayoría de los grandes líderes, daba por sentado que las personas que la rodeaban darían lo mejor de sí mismas y era muy poco dada a dar elogios; e incluso cuando los daba, generalmente llegaban por rutas indirectas. Recuerdo con diversión que el mayor cumplido que me hizo en público la envolvió en un enredo del que, más tarde, solo su ingenio rápido la rescató. Estábamos dando una conferencia en una ciudad especialmente piadosa que llamaré B****, y justo antes de que yo subiera al escenario, la señorita Anthony comentó, de manera ligera:

“Esta gente siempre ha afirmado que no tengo religión. No aceptarán el hecho de que soy cuáquera, o más bien, parecen pensar que un cuáquero es un infiel. Me alegra que tú seas metodista, porque ya no podrán afirmar que no somos ortodoxas”.

Aún estaba envuelta en el consuelo de esta reflexión cuando me presentó a nuestro público, y para impresionar a mis oyentes con mis cualificaciones, me presentó con las siguientes palabras:

“Es un placer presentar a la señorita Shaw, que es una ministra metodista. ¡Y no solo es ortodoxa de lo más ortodoxo, sino que también es mi *right bower!*”⁹⁷

La forma en que ella me elogió con humor y camaradería, incluso en medio de las expectativas piadosas de la audiencia, demuestra su sabiduría y su habilidad para mantener su personalidad carismática y accesible.

La piadosa audiencia suspiró al unísono, tras lo que se produjo la carcajada que un grupo de caballeros irreverentes a los que, debo confesar, me uní alegremente. Hubo un suspiro de la piadosa audiencia, y luego una carcajada de hombres irreverentes, en la que, debo confesar, me uní

⁹⁷ La oradora piensa que esta expresión significa “mano derecha” en el sentido de mejor aliada; aunque en verdad es un término que se emplea en el juego de cartas conocido como *euchre*, que era muy popular. La situación resulta más embarazosa y cómica si tenemos en cuenta la animadversión de Anthony hacia el alcohol, el tabaco y los juegos de naipes.

alegremente. Por una vez en su vida, la señorita Anthony perdió la compostura; no sabía cómo hacer frente a esa situación, ya que no tenía idea de qué había causado la risa. Las risas volvieron a brotar una y otra vez durante la noche, y cada vez que ocurría, la señorita Anthony se vio envuelta en el mismo desconcierto. Cuando regresamos a nuestras habitaciones en el hotel, le expliqué el asunto. No recuerdo dónde adquirí mi propio conocimiento pecaminoso, pero esa noche me enfrenté a “Tía Susan” desde el pedestal de una sofisticación completamente mundana.

“¿No sabes lo que es un *right bower*?” demandé, con severidad

“Por supuesto que sí”, insistió “Tía Susan”. “Es un hombre de confianza, el tipo sin el que no se puede prescindir”

“Es una carta”, le dije firmemente, “una carta principal en un juego llamado *euchre*”.

“No sabía que tenía algo que ver con cartas”, reflexionó aturdida y triste. “¿Qué habrán pensado de mí?”

Su duda no tardó en quedar resuelta. Los periódicos hicieron innumerables bromas a nuestra costa y entre los espectadores que nos esperaban la noche siguiente abundaban las sonrisas. Cuando la señorita Anthony subió al escenario, inmediatamente procedió a limpiar su nombre de la insinuación implícita en su contra.

“Tía Susan” demostró una vez más su sentido del humor y su capacidad para reírse de sí misma, incluso en situaciones embarazosas. A pesar del pequeño revés, su dedicación a la Causa del sufragio y su convicción en la lucha por los derechos de las mujeres nunca flaquearon. Su carácter fuerte, su compasión y su liderazgo carismático la convirtieron en una figura icónica en el movimiento sufragista y en un verdadero modelo a seguir para las generaciones futuras de activistas y defensoras de los derechos de las mujeres.

“Cuando llegué a su ciudad”, comenzó alegremente, “me advirtieron que ustedes eran un grupo de personas muy religiosas. Quería dejar claro que la señorita Shaw y yo también lo somos. Pero admito que cuando les dije que ella era mi *right bower*, no sabía lo que significaba esta expresión. Lo descubría anoche mismo”.

Esperó a que las risas alegres de su audiencia se calmaran y luego continuó.

“Sin embargo, me resulta muy interesante que todos ustedes parecían estar más que familiarizados con el concepto de *right bower* y me resulta curioso haber tenido que llegar a su ciudad para aprender yo lo que era”.

Esta vez, la broma iba dirigida a la audiencia. El hogar de la señorita Anthony estaba en Rochester, Nueva York, y nuestros amigos decían que en las raras ocasiones en que no estábamos juntas y yo daba conferencias de manera independiente, “todos los caminos de regreso llevaban a Rochester”. Siempre encontraba alguna excusa para ir allí y contarle cómo me había ido. Juntas, sin duda, debemos haber desgastado muchos pavimentos de Rochester, ya que el pasatiempo favorito de “Tía Susan” era caminar, y solía llevarme a dar vueltas por las plazas de la ciudad, hasta altas horas de la noche, y a un ritmo que hacía que los policías nos miraran con asombro mientras pasábamos volando. En una ocasión, algún joven irrespetuoso comentó que en esas ocasiones sugeríamos una carrera entre una regla y una pelota de goma, ya que ella era muy alta y delgada, mientras que yo soy bajita y regordeta. Para seguirle el ritmo, yo iba literalmente dando saltitos a su lado.

Yo tenía que seguir impartiendo algunas conferencias en solitario, para poder ganarme la vida. La Asociación Nacional Estadounidense para el Sufragio de la Mujer nunca ha pagado salarios a sus delegados, por lo que, cuando me convertí en vicepresidenta y, eventualmente, en 1904, en presidenta de la asociación, continué trabajando gratuitamente por la Causa en estos cargos. Ni si quiera Anthony no recibió un solo centavo de salario por todos sus años de incansable labor, y era tan pobre que no tuvo una casa propia hasta los setenta y cinco años. E, incluso entonces, se trataba de una casa muy sencilla, en la que vivía con la máxima austeridad. Decidí que podría cubrir mis gastos básicos haciendo una breve gira de conferencias cada año, y llegué a un acuerdo con la Agencia Redpath, que me dejaba dos tercios de mi tiempo libre para seguir peleando por la causa del sufragio.

Este fue uno de los resultados de mi conversación de toda la noche con la señorita Anthony en Chicago, y me permitió llevar a cabo su plan de que yo la acompañara en la mayoría de las campañas en las que buscaba

que el Oeste del país comprendiera la necesidad del sufragio femenino. A partir de ese momento, viajamos y dimos conferencias juntas con tanta frecuencia que cada una desarrolló un conocimiento casi sobrenatural de los procesos mentales de la otra. En cualquier momento de la conferencia de una u otra, la otra podía tomarla y continuarla, una condición afortunada, ya que a veces se volvía necesario hacerlo. La señorita Anthony era propensa a las contracciones en la garganta, lo que ocasionalmente le causaba una leve estrangulación. En tales ocasiones, de las cuales hubo varias, ella se giraba hacia mí y me indicaba su indefensión. Entonces, yo repetía su última frase, completaba su discurso y luego continuaba con el mío propio.

La primera vez que esto sucedió estábamos en Washington y “Tía Susan” se detuvo en medio de una palabra. No podía ni hablar y solo pudo me hizo un gesto para que continuara por ella, antes de abandonar el escenario. Al final de la noche, un destacado hombre de Washington que estuvo en nuestra audiencia me dijo confidencialmente:

“El truquito que hicieron esta noche fue muy efectivo, en verdad”.

Por un instante no comprendí a qué se refería ni el porqué de su sonrisa.

“Muy hábil, ese momento de estrangulamiento y usted continuando con el discurso”, repitió. “Impactó fuertemente a la audiencia”.

“Espero que no piense que fue algo premeditado, que habíamos planificado o ensayado”, protesté.

Me miró incrédulo. “¿Pretende hacerme creer que no fue una artimaña?”

Le dije que nos había hecho un gran cumplido y que realmente lo habíamos hecho muy bien si habíamos dado esa impresión; y finalmente lo convencí de que no solo no habíamos ensayado el episodio, sino que ninguna de las dos sabía qué pensaba decir la otra. Nunca escribíamos nuestros discursos, pero nuestro tema siempre era el sufragio o alguna cuestión relativa a ese mismo tema y, naturalmente, habíamos digerido completamente las opiniones de la otra.

Es cierto, según dicen mis amigos, que escribo mis discursos en las puntas de mis dedos; siempre hago mis puntos en mis dedos y tengo

nombres para cada uno. Cuando planifico un discurso, decido cuántos puntos deseo abordar y cuáles serán esos puntos. Mi preparación mental sigue a continuación. El método de la señorita Anthony era bastante similar; pero con frecuencia ambas dejábamos de lado todos nuestros planes en el último momento y hablábamos improvisadamente sobre algún tema sugerido por la atmósfera del evento o por las palabras de otro orador.

De la señorita Anthony, más que de nadie más, aprendí a mantener la calma frente a las interrupciones, a las pequeñas molestias y a los desastres inevitables que sucedían durante nuestros viajes. A menudo, podíamos ayudarnos mutuamente a salir de situaciones embarazosas, y un incidente de este tipo ocurrió durante nuestra gira por Dakota del Sur. Estábamos celebrando una reunión en el domingo más caluroso del mes más caluroso del año, agosto, y cientos de personas habían conducido 30, 40 o incluso 50 kilómetros a través del campo para escucharnos. Debíamos hablar en una iglesia rural, pero se hizo evidente que la estructura no podría albergar ni a la mitad de las personas que intentaban entrar, por lo que decidimos que la señorita Anthony debería hablar desde la puerta para que tanto los que estaban adentro como los que permanecían fuera pudieran escucharla. Para elevarla por encima de la multitud, le dieron una caja vacía.

Esta plataforma improvisada no era grande, y hombres, mujeres y niños estaban sentados en el suelo alrededor de ella, presionando contra ella, lo más cerca posible de la oradora. Justo frente a la señorita Anthony se sentaba una mujer con un niño de unos dos años y este crío, al igual que todos los demás en la multitud apretada, estaba empapado de sudor y sufriendo agudamente bajo el ardiente sol. Cada mujer presente parecía haber llevado niños con ella, sin duda porque no podía dejarlos solos en casa; y los bebés lloraban y se quejaban por todas partes. El bebé más cercano a la señorita Anthony se quejaba con más fuerza; era un niño robusto con una buena voz y a mi amiga le resultaba muy difícil elevar su voz por encima de su clamor desgarrador. De repente, sin embargo, descubrió sus pies en la caja de mercería, más o menos a la altura de su cabeza. Estaban calzados con medias negras y zapatos bajos; se movían de manera extraña; lo fascinaron. Con un ladrido de interés, trató de

agarrarlos y comenzó a pellizcarlos para ver qué eran. Sus aullidos cesaron; estaba feliz.

No puede decirse lo mismo de la señorita Anthony, pero fue tal el alivio de que el niño se tranquilizara que soportó la molestia de los pellizcos tanto como pudo. Cuando la paciencia llegó a su límite, se alejó, y mientras su nueva distracción se alejaba, el niño comenzó a emitir grandes gritos de desaprobación. Solo había una forma de detener su ruido; la señorita Anthony volvió a llevar sus pies hacia adelante y él volvió a pellizcarle los tobillos, mientras sus chillidos se transformaban en murmullos satisfechos. La actuación se repitió media docena de veces. Cada vez que los tobillos se alejaban, el bebé gritaba. Finalmente, al borde de su paciencia, “Tía Susan” se inclinó hacia adelante y se dirigió a la madre, cuya expresión facial durante todo el episodio mostraba una completa indiferencia ante la situación.

“Creo que tu pequeño tiene calor y sed”, dijo con suavidad. “Si lo sacaras de la multitud y le dieras un poco de agua y le aflojaras la ropa, seguro que estaría más cómodo”. Antes de terminar de hablar, la mujer se puso de pie y la encaró con indignación feroz.

“¡Es la primera vez que me insultan como madre!”, exclamó. “¡Y encima, una solterona!” Luego, cogió al bebé y se fue del lugar, en medio de gran confusión. La mayoría de los presentes parecía simpatizar con ella. No habían visto la escena de los pies y pensaban que la señorita Anthony se quejaba simplemente por el llanto del niño. Sus propios hijos también estaban llorando, y sentían que todos habían sido criticados. Otras mujeres se levantaron y siguieron a la airada madre, y muchos hombres las siguieron galantemente. Parecía claro que se había ofendido a la misma maternidad.

La señorita Anthony ese sintió muy deprimida por este episodio y la predicción que le hizo un hombre tras la reunión no contribuyó a consolarla.

“Ha perdido al menos veinte votos con ese pequeño incidente”, le dijo.

“Tía Susan” suspiró. “Bueno”, dijo, “si esos hombres supieran cómo se sentían mis tobillos, habría ganado veinte votos al soportar el tormento durante tanto tiempo”.

Al día siguiente tuvimos otra reunión. La señorita Anthony pronunció su discurso temprano esa noche y cuando llegó mi turno, todos los niños en la audiencia, y había muchos, estaban cansados y somnolientos. Al menos media docena estaban llorando y tuve que gritar para hacerme oír por encima de su alboroto. La señorita Anthony comentó después que parecía haber una competencia entre los bebés y yo para ver quién podía hacer más ruido. La audiencia claramente estaba inquieta bajo el efecto combinado, y finalmente un hombre en la parte trasera se levantó y añadió su voz al tumulto.

“Oiga, señorita Shaw”, gritó, “¿no quiere que saquen a estos niños?”

Era nuestra oportunidad para cambiar la triste impresión del día anterior, y la aproveché.

“No, en absoluto”, grité. “¡Nada me inspira más que la voz de un niño!”

Mi noble declaración fue recibida por una generosa y cálida ovación de aplausos por parte de madres y padres, tras la que los benditos bebés y yo continuamos con nuestros esfuerzos vocales conjuntos. Cuando terminé el discurso y nos quedamos solas, la señorita Anthony puso su brazo alrededor de mi hombro y me atrajo a su lado.

“Bueno, Anna”, dijo agradecida, “ciertamente, esta vez has equilibrado la balanza en el tema de la maternidad”.

Aquella gira por Dakota del Sur fue una de las más difíciles que hicimos. Se extendió durante nueve meses, y es imposible describir la pobreza que prevalecía en toda la comunidad rural del estado, que llevaba sufriendo la sequía durante tres años seguidos. La arena era como polvo, tan profunda que las ruedas de las carretas en las que cabalgábamos “atravesando el campo” se hundían y en medio de este polvo seco yacían enredos marchitos que antes habían sido pasto. Todas las personas tenían esa mirada abandonada y desesperada que lleva el pionero que ha llegado al límite de su resistencia, y las extensas carreteras de praderas mostraban innumerables carretas cubiertas con lonas, tiradas por caballos hambrientos y seguidas por vacas famélicas, en su camino de regreso al este. Nuestras conversaciones con los desesperados conductores de estas carretas están entre mis recuerdos más trágicos. Habían perdido todo excepto lo que llevaban consigo, y se dirigían al este para dejar a “la mujer”

con su padre e intentar encontrar trabajo. Por lo general, con una mirada de disgusto hacia su esposa, el hombre decía: “Quería irme hace dos años, pero la mujer seguía diciendo: ‘Espera un poco más’”.

Tanto la señorita Anthony como yo nos sentíamos orgullosas del espíritu de estas mujeres pioneras y no desperdiciábamos ninguna oportunidad para decírselo, porque éramos conscientes de lo que nuestra nación le debe a la paciencia y valentía de personas como ellas. A menudo les preguntábamos cuál era la cosa más difícil de soportar en su vida de pioneras, y generalmente recibíamos la misma respuesta:

“Sentarnos en nuestras pequeñas casas de adobe o turba por la noche y escuchar a los lobos aullar sobre las tumbas de nuestros bebés. Porque el aullido del lobo es como el llanto de un niño desde la tumba”

Muchos días, peleando contra los elementos, cabalgábamos entre cincuenta y sesenta kilómetros en carretas descubiertas. Muchas noches compartíamos una cabaña de una sola habitación con todos los miembros de una familia. Pero la mayor dificultad a la que nos enfrentábamos era la falta de agua. Había muy poca agua buena en el estado, y el agua más pura era tan salobre que apenas podíamos beberla. Cuanto más bebíamos, más sed teníamos, y cuando el agua se convertía en té, sabía peor que cuando estaba clara. Un baño era el lujo más raro. El único combustible disponible era el estiércol de búfalo, cuyo olor impregnaba toda nuestra comida. Pero a pesar de estos obstáculos, nuestra labor nos llenaba de felicidad y celebramos muchos encuentros memorables, además de disfrutar de experiencias maravillosas.

Cuando llegamos a las Black Hills, continuamos con nuestra gira de conferencias.

Viajamos por las montañas en carretas, tiradas por equipos de caballos, visitando los campamentos mineros; y a menudo los barrancos eran tan profundos que cuando nuestros caballos caían en ellos, era casi imposible sacarlos. Recuerdo con especial claridad un viaje desde Hill City hasta Custer City. Eran solo unos cincuenta kilómetros, pero fue agotador; y después de nuestra reunión esa misma noche, tuvimos que conducir cuarenta millas más por las montañas para llegar al tren de la madrugada en Buffalo Gap.

El sendero desde Custer City hasta Buffalo Gap era el que originalmente habían hecho los animales en sus viajes por el paso, y el trayecto en esa región salvaje, durante una fría y penetrante noche de octubre, fue una experiencia inolvidable. Nuestro anfitrión en Custer City prestó su abrigo de búfalo a Miss Anthony, y su esposa me prestó el suyo. También calentaron bloques de madera para nuestros pies, y con estas protecciones empezamos el viaje. Una luna llena colgaba en el cielo. Los árboles estaban cubiertos de escarcha, y el frío y silente aire parecía brillar bajo esa luz brillante. Nuevamente, Miss Anthony me habló durante toda la noche, siempre del trabajo, y de lo que significaría para las mujeres que nos seguían; y nuevamente, encendió mi alma con la misma llama que ardía constantemente en la suya

Cuando llegamos al pequeño andén en Buffalo Gap, donde tomaríamos el tren, ya había amanecido. Sin embargo, al tren le quedaba media hora para llegar, pero cuando pasó este tiempo no llegó.

La estación apenas tenía el tamaño suficiente para albergar la taquilla, una estufa y el inevitable escupidero y apenas dejaba espacio para dar unos pasos. La señorita Anthony se sentó en el suelo. Yo tenía algunas pasas en mi bolso, y las compartimos para desayunar. Pasó una hora, y otra, y el tren seguía sin llegar. La señorita Anthony, apoyando la espalda contra la pared, cubrió su rostro con las manos y cayó en un tranquilo sueño, mientras yo caminaba inquieta de un lado a otro de la plataforma. El tren llegó cuatro horas tarde, y cuando finalmente llegamos a nuestro destino, nos enteramos de que los ministros de la ciudad habían persuadido a las mujeres para que cancelaran la reunión a favor del sufragio programada para esa noche, ya que era domingo.

Esta decepción, después de nuestro viaje de todo el día y toda la noche para cumplir con nuestra cita, despertó el espíritu combativo de la señorita Anthony. Me envió a alquilar el teatro para esa noche y a imprimir y distribuir algunos folletos, anunciando que daríamos la charla. A las tres en punto, a sus setenta años, se permitió así misma acostarse para descansar media hora. Yo era joven y vigorosa, así que fui por la ciudad para conseguir a alguien que presidiera el evento, alguien que nos presentara, alguien que recogiera la colecta, y alguien que nos

proporcionara algo de música, en resumen, para hacer todos nuestros preparativos de cara a la reunión nocturna.

Cuando llegó la noche, la multitud que se había reunido era tan numerosa que hombres y mujeres se sentaban en las ventanas y en el escenario, y se apoyaban en las tramoyas. Las atracciones nocturnas eran raras en esa ciudad de Dakota, y nosotras les ofrecíamos algo nuevo. Nadie fue a la iglesia, así que las iglesias se vieron obligadas a cerrar. Tuvimos una gloriosa reunión. Tanto la señorita Anthony como yo estábamos en excelente forma para luchar, y mi compañera comentó que lo único que faltaba para que yo diera lo mejor de mí era un dolor de cabeza. La colecta que hicimos cubrió todos nuestros gastos, los cantantes de la iglesia cantaron para nosotras, el público se mostró interesado y la velada resultó un verdadero éxito.

La reunión terminó alrededor de las diez y media de la noche, y recuerdo haber llevado a la señorita Anthony a nuestro hotel y escoltarla hasta su habitación. También recuerdo que me siguió hasta la puerta e hizo algún comentario divertido mientras yo me dirigía a mi propia habitación; pero no recuerdo nada más hasta la mañana siguiente, cuando ella vino a decirme que era la hora del desayuno. Me encontré tumbada sobre la cama, completamente vestida, incluso con el sombrero y los zapatos todavía puestos. Había caído allí, completamente exhausta, cuando entré a mi habitación la noche anterior, y no creo que me moviera lo más mínimo desde ese momento hasta nueve horas después, cuando oí su voz y sentí su mano en mi hombro.

Después de todo nuestro trabajo, no ganamos en Dakota ese año, pero la señorita Anthony soportó la decepción con la serenidad que mostraba siempre. Para ella, un fracaso constituía simplemente otra oportunidad, y menciono nuestra experiencia aquí solo para mostrar de lo que era capaz a pesar de tener ya setenta años. Pero faltaría a la verdad si no mostrara también su lado humano y sentimental. A pesar de su desapego hacia las necesidades humanas, tenía momentos emocionales, y los más gratificantes eran cuando escuchaba música. No sabía nada de música, pero se sentía profundamente conmovida por las melodías y recuerdo

vívidamente una ocasión en la que Nordica⁹⁸ cantó para ella, en una recepción vespertina organizada por una amiga en Chicago en honor a “Tía Susan”.

Curiosamente, nunca antes había escuchado cantar a Nordica hasta ese día; y antes de que comenzara la música, la gran artista y la gran líder se encontraron y, en ese momento, se hicieron amigas. Cuando Nordica cantó, media hora después, lo hizo directamente para la señorita Anthony, mirándola a los ojos; y “Tía Susan” escuchó con lágrimas en los ojos. Cuando las últimas notas fueron cantadas, se acercó a la cantante y la abrazó con ambos brazos. La música la había llevado de vuelta a su juventud, cuando tenía tan solo dieciséis años.

“Oh, Nordica”, suspiró, “¡podría morir escuchándola cantar!”

Otro ejemplo de su inagotable juventud también tuvo lugar en Chicago. Durante la Exposición Universal, cierto clérigo tomó una posición especialmente vehemente a favor de cerrar los terrenos de la exposición los domingos y la señorita Anthony comenzó a debatir con él.

“Si yo tuviera a mi cargo a un joven en Chicago en estos momentos,” le dijo a ese clérigo, “preferiría mucho más tenerlo encerrado dentro de los terrenos de la exposición los domingos o cualquier otro día que verlo vagando por el exterior.”

El clérigo se horrorizó. “¿Le gustaría que su hijo fuera al espectáculo del Lejano Oeste de Buffalo Bill⁹⁹ un domingo?” demandó.

“Por supuesto que sí,” admitió Miss Anthony. “De hecho, creo que aprendería más allí que de los sermones predicados en algunas iglesias.”

Posteriormente, le transmitieron el comentario al coronel Cody (“Buffalo Bill”), quien, por supuesto, se mostró encantado y le mandó una nota a la señorita Anthony de inmediato para expresar su gratitud por la amplitud de miras que mostraba, al mismo tiempo que le ofrecía una

⁹⁸ Lillian Nordica (1857-1914), soprano estadounidense especializada en las óperas de Richard Wagner, que se ganó el elogioso sobrenombre de *Yankee Diva*.

⁹⁹ William Frederick “Buffalo Bill” Cody (1846-1917), soldado, explorador y empresario de espectáculos teatrales norteamericano, de fama mundial.

caseta para su espectáculo. Aunque a ella no le interesaba mucho ver la actuación, algunos de nosotros la instamos a aceptar la invitación y le pedimos que nos llevara con ella. Como siempre estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que nos brindara placer, prometió que iríamos al mismo día siguiente. Otros se enteraron de la excursión y suplicaron ir también, y la señorita Anthony alegremente aceptó a todos los solicitantes, con el resultado de que cuando llegamos a la taquilla al día siguiente, éramos un grupo de doce.

Cuando presentó su nota y pidió una caseta, el administrador local miró dubitativamente al grupo.

“Una caseta solo tiene espacio para seis personas”, objetó el gerente lógicamente. La señorita Anthony, quien no había prestado atención a ese pequeño detalle, nos observó y sonrió con su seráfica sonrisa

“Oh, en ese caso”, dijo alegremente, “¿nos tendrá que dar dos casetas, ¿verdad?”

El divertido gerente decidió que sí, y le entregó los boletos; luego, ella condujo a su grupo a los espacios asignados, triunfal. Cuando comenzó el espectáculo, el coronel Cody, como era su costumbre, entró en la arena desde el extremo opuesto del edificio, montando su maravilloso caballo y, por supuesto, bañado en la luz brillante de su fiel foco. Se dirigió directamente hacia nuestras casetas, detuvo su caballo frente a la señorita Anthony, se puso de pie en los estribos y, con su característico gesto, saludó quitándose el sombrero vaquero hacia la montura. “Tía Susan” se levantó de inmediato, le devolvió el saludo y, en ese momento tan entusiasta como una joven, le saludó agitando su pañuelo mientras que la gran audiencia, contagiada del espíritu del momento, aplaudía entusiasmada. Fue una imagen impresionante, este encuentro entre el hombre y la mujer pioneros; y, por muy pobre que fuera, pagaría gustosamente cien dólares por una fotografía instantánea de ese momento.

En muchas ocasiones presencié ejemplos de la presciencia de Miss Anthony, y uno de ellos estuvo relacionado con la muerte de Frances E. Willard. “Tía Susan” había visitado a la señorita Willard y, al salir de la habitación donde estaba enferma, caminó por el suelo, golpeando sus manos mientras hablaba de la visita.

“Frances Willard se está muriendo”, exclamó apasionadamente. “Se está muriendo y no lo sabe, y nadie a su alrededor se da cuenta. Ella está allí acostada, vislumbrando dos mundos y haciendo más planes de los que mil mujeres podrían llevar a cabo en diez años. Su mente es maravillosa. Tiene una claridad de visión extraordinaria. Debería haber un taquígrafo en esa habitación, y cada palabra que pronuncia debería ser registrada, porque cada palabra es oro. Pero no lo entienden. No pueden comprender que se está yendo. Le dije la verdad a Anna Gordon,¹⁰⁰ pero ella no lo cree.”

La señorita Willard falleció pocos días después, con una brusquedad tan repentina que supuso un terrible golpe para todas las personas que de su entorno.

De la verdaderamente notable falta de autoconciencia de “Tía Susan” tuvimos mil ejemplos extraordinarios quienes trabajamos con ella. Recuerdo una ocasión, en la Convención de Nueva Orleans, cuando llegó unos momentos tarde y, al entrar, la gran audiencia ya reunida la recibió con una tremenda ovación. Los actos del día aún no habían comenzado, y la señorita Anthony se detuvo y miró a su alrededor buscando una explicación que justificara el estallido de aplausos. Ni por un solo momento se le pasó por la cabeza que el homenaje fuera para ella.

“¿Qué ha pasado, Anna?” preguntó finalmente.

“Usted ha pasado, Tía Susan”, tuve que explicarle.

Nuevamente, en la gran “Noche de las Universidades” de la Convención de Baltimore, cuando la Presidenta, M. Carey Thomas¹⁰¹ del Bryn Mawr College concluyó su maravilloso homenaje a la señorita Anthony, la audiencia, arrebatada por el discurso y también por la presencia de la venerable líder en el escenario, estalló en un torbellino de aplausos. En esto, “Tía Susan” se unió ingenuamente, aplaudiendo con todas sus fuerzas.

“Todo esto es para usted, Tía Susan”, susurré, “así que no es momento de que aplauda”.

¹⁰⁰ Véase nota al pie número 43.

¹⁰¹ Martha Carey Thomas (1857-1935), educadora y sufragista norteamericana.

“Tía Susan” siguió aplaudiendo. “Tonterías”, dijo enérgicamente. “No es para mí. ¡Es por la Causa, la Causa!”

En 1904, la señorita Anthony me dijo que consideraba su recepción en Berlín, durante la reunión del Consejo Internacional de Mujeres de ese año, como el punto culminante de su carrera. Lo dijo después de la inesperada y maravillosa ovación que había recibido por parte del pueblo alemán, y ciertamente a lo largo de su inspiradora vida ningún otro hecho la había conmovido tanto.

Durante algún tiempo, la señora Carrie Chapman Catt, de cuya labor hacia la Causa hablaré con mayor detenimiento más adelante, había acariciado la idea de formar una Alianza Internacional del Sufragio. Estaba convencida de que había llegado el momento en que las sufragistas de todo el mundo debían reunirse en beneficio común, y la señorita Anthony, siempre devota amiga y admiradora de la señora. Catt, estuvo de acuerdo con ella. Se designó un comité para reunirse en Berlín en 1904, justo antes de la reunión del Consejo Internacional de Mujeres, y la señorita Anthony fue nombrada presidenta del comité. En un primer momento, las intenciones del comité no fueron bien recibidas por el Consejo Internacional e, incluso, se llegó a sospechar que la intención era formar una organización rival. Pero la reunión tuvo lugar, se redactó una constitución y se eligieron oficiales, decidiéndose que la persona ideal para hacerse cargo de la presidencia era la señora Catt. Como colofón al evento, las sufragistas alemanas habían organizado un gran mitin público, pero a petición especial de la presidenta del Consejo Internacional, la señorita Anthony no asistió a esta reunión; puesto que se consideraba que los intereses del Consejo podrían verse afectados si ella y otros de sus principales oradores también eran líderes en el movimiento por el sufragio. Por tanto, en aras de la armonía, accedió a la petición de la presidenta del Consejo, lo que nos causó una gran tristeza a muchas sufragistas.

Cuando se inauguró la reunión, las primeras palabras del presidente fueron: “¿Dónde está Susan B. Anthony?” y la demostración que siguió a esa pregunta fue el incidente más inesperado e impresionante de todo el evento. Toda la audiencia se puso de pie, los hombres saltaron sobre sus

sillas y los aplausos continuaron sin cesar durante diez minutos. Cada segundo de ese tiempo me pareció estar viendo a la señorita Anthony, sola en su habitación de hotel, anhelando con todo su gran corazón estar con nosotros, así como nosotros anhelábamos tenerla. Recé para que la pérdida de un homenaje que hubiera significado tanto para ella pudiera ser compensada, y lo fue. Después, cuando irrumpimos en su habitación y le contamos el gran alboroto que la simple mención de su nombre produjo, sus labios temblaron y sus valientes ojos se llenaron de lágrimas. Mientras la mirábamos, creo que todos nos dimos cuenta de nuevo que lo que el mundo había llamado estoicismo en Susan B. Anthony durante los años de su larga lucha, en realidad había sido el espléndido coraje de un alma indomable, mientras que en todo momento el corazón de la mujer anhelaba afecto y reconocimiento. A la mañana siguiente, el periódico líder de Berlín, al informar sobre el debate y describir el homenaje espontáneo a la señorita Anthony, cerró con estas frases: “Los estadounidenses la llaman ‘tía Susan’. ¡Ella también es nuestra ‘tía Susan’!”

Durante el resto de la visita, la señorita Anthony fue la figura más honrada en el Consejo Internacional. Cada vez que entraba en el gran salón de convenciones, toda la audiencia se levantaba y permanecía de pie hasta que ella se sentaba; cada vez que se mencionaba su nombre comenzaban las aclamaciones y el entusiasmo cuando ella aparecía en el escenario para decir algunas palabras no tenía límites. Cuando la Emperatriz de Alemania ofreció una recepción a los miembros del Consejo, coronó la hospitalidad de su pueblo de manera característicamente amable. Tan pronto como presentaron a la señorita Anthony, la Emperatriz la invitó a sentarse, y a permanecer sentada, aunque todos los demás, incluida la augusta dama en sí, estaban de pie. Un poco más tarde, al ver a la intrépida guerrera de ochenta y cuatro años de pie con los demás delegados, la Emperatriz envió a uno de sus ayudantes al otro lado de la sala con este mensaje: “Por favor, dígame a mi amiga la señorita Anthony que es mi deseo que se siente. No debemos dejar que se canse”.

A su vez, la señorita Anthony quedó fascinada por la Emperatriz. No podía apartar los ojos de esa encantadora dama real. Probablemente, lo que más la impresionó fue la habilidad de Su Majestad como lingüista.

Al recibir a mujeres de todos los países civilizados del globo, la Emperatriz parecía dirigirse a cada una en su propio idioma, pasando de un idioma a otro con la misma facilidad que de un tema a otro.

“Y aquí estoy yo”, se lamentó “Tía Susan”, “hablando solo un idioma, y no muy bien”.

En esta quinquenal de Berlín, por cierto, prediqué el sermón del Consejo, y la ocasión adquirió cierto interés debido a que fui la primera mujer ordenada en predicar en una iglesia en Alemania. Luego, adquirió un toque de humor debido al hecho adicional de que, según la ley alemana, como nos reveló repentinamente la policía, ningún clérigo podía predicar a menos que estuviera vestido con ropas eclesiásticas en el púlpito. Resultó que no había llevado mis ropas eclesiásticas conmigo, ¡siempre olvido esas ropas eclesiásticas! Por lo tanto, el pastor de la iglesia amablemente me ofreció sus hábitos.

Ahora bien, el pastor medía más de metro ochenta y era proporcionado en su anchura, y yo, como ya he confesado, soy muy baja. Sus ropas me transformaron en una caricatura tan absurda de una predicadora que me fue imposible usarlas. Entonces, ¿qué íbamos a hacer? Sin las ropas eclesiásticas, la policía no me permitiría decir ni seis palabras seguidas. Finalmente, se decidió que el clérigo cumpliría con la letra de la ley al entrar en el púlpito con sus ropas y quedarse a mi lado mientras yo pronunciaba mi sermón. La ley aceptó con seriedad esta solución del problema, y le ofrecimos a la congregación el extraordinario cuadro de un púlpito que combinaba a un pastor grande e impresionante, de pie en silencio junto a una mujer pequeña y convulsionada internamente, que hacía todo lo posible por pronunciar su sermón con la solemnidad que la ocasión requería.

En esta misma conferencia, hice una de las pocas amistades que disfruto con un miembro de una familia real europea, porque conocí a la Princesa Blank de Italia, quien me cubrió de atenciones hasta abrumarme y de quien sigo recibiendo cartas encantadoras. Me invitó a visitar su castillo en Italia y a acompañarla también al castillo de su madre en Austria, y finalmente insistió en saber exactamente por qué rechazaba persistentemente ambas invitaciones.

“Porque, mi querida Princesa”, expliqué, “soy una mujer trabajadora”.

“¡Nadie necesita SABER eso!”, murmuró la Princesa, con calma.

“Al contrario”, le aseguré, “es lo primero que debería explicar”.

“Pero ¿por qué?” quería saber la Princesa.

La estudié en silencio por un momento. Era un tipo nuevo e interesante para mí, y estaba contenta de intercambiar puntos de vista con ella.

“Estás orgullosa de tu familia, ¿verdad?” le pregunté. “¿Estás orgullosa de tu gran linaje?”

La Princesa se enderezó. “Por supuesto”, dijo.

“Muy bien”, continué. “Yo también estoy orgullosa. Lo que he logrado, lo he hecho sin ayuda, y, para ser franca contigo, lo apruebo bastante. Mi trabajo es mi patente de nobleza, y no estoy dispuesta a relacionarme con aquellos a quienes tendría que ocultarlo o con aquellos que lo despreciarían”.

La Princesa suspiró. Yo para ella también era un tipo nuevo de persona, tan nuevo como ella lo era para mí; pero tenía la ventaja sobre ella, ya que podía entender su punto de vista, mientras que aparentemente ella no podía seguir el mío. Sin embargo, fue muy amable conmigo, mostrándome cariño y amistad de varias maneras, dedicándome una inmensa cantidad de su tiempo y tomando más tiempo del que yo podía permitirme, pero sin olvidar ni por un momento que su sangre estaba entre las más antiguas de Europa, y que todas sus tradiciones estaban en consonancia con su honorable antigüedad.

Después de la reunión en Berlín, a la señorita Anthony y a mí nos invitaron a pasar un fin de semana en la casa del señor Jacob Bright, para que “Tía Susan” pudiera renovar su amistad con Annie Besant.¹⁰² Esta visita es uno de mis recuerdos más vívidos. Originalmente, “tía Susan” admiraba mucho a la señora Besant, y lamentaba abiertamente el

¹⁰² Annie Besant (1847-1933), oradora y activista británica, muy relacionada con el marxismo, que se involucró en diversas causas a lo largo de su vida, como los derechos de las mujeres, el secularismo o la independencia de Irlanda o India. A raíz de su contacto con la célebre Helena Blavatsky (1831-1891), comenzó a interesarse en la teosofía y lo oculto.

enfoque de esta última en los intereses teosóficos, cuando, como lo expresó la señorita Anthony, “hay tantos problemas importantes aquí en este mundo”. Ahora no podía ocultar su desaprobación del “mundanismo” de la señora Besant, de la señora Bright y de su hija. Se llevaron a cabo algunas discusiones notables entre las tres, que a mí me resultaron francamente divertidas. No obstante, a menudo, durante los vuelos más sostenidos de oratoria de la señora Besant, el interés de la señorita Anthony deambulaba, y dejaba caer un comentario que mostraba que no había escuchado ni una palabra. Tenía una gran admiración por el intelecto de la señora Besant, pero desaprobaba sus ropas blancas y pintorescas, sus pies descalzos, su incesante hábito de fumar cigarrillos; sobre todo, sus puntos de vista. Finalmente, un día, las discusiones alcanzaron su punto culminante.

“Annie”, exigió “Tía Susan”, “¿por qué no haces que esos poderes psíquicos tuyos nos ayuden a buscar las necesidades de los oprimidos e investigar las causas de las injusticias presentes? Entonces podrías revelarnos a los trabajadores qué debemos hacer para arreglar las cosas, y podríamos ponernos manos a la obra”.

La señora Besant suspiró y dijo que la vida era corta y los eones eran largos, y que, aunque todos seríamos perfectos en algún momento, era inútil tratar de serlo en esta vida.

“Pero, ¡Annie!” exclamó “Tía Susan” patéticamente. “¡ESTAMOS aquí! ¡Nuestro cometido está aquí! Es nuestro deber hacer lo que podamos en este mundo”.

La señora Besant parecía no escucharla. Estaba en trance, mirando hacia los eones.

“Preferiría poder gozar tan solo un año de tus habilidades, junto con mi sentido común, para dedicarme a mejorar este mundo”, exclamó la exasperada “tía Susan”, “¡que un millón de eones en el más allá!”

La señora Besant suspiró nuevamente. Era evidente que no podía regresar del otro mundo.

“Cuando tu aura va de visita al otro mundo”, preguntó con curiosidad,

“¿se encuentra alguna vez con tu viejo amigo Charles Bradlaugh?”¹⁰³

“Oh, sí”, afirmó la señora Besant. “Con mucha frecuencia”.

“¿No se sorprendió mucho?”, exigió la señorita Anthony con creciente interés, “¿al descubrir que no estaba muerto?”

La señora Besant parecía no saber qué emoción había experimentado el señor Bradlaugh cuando tuvo esa revelación.

“Bueno”, reflexionó “Tía Susan”, “creo que debe haberse sorprendido mucho. Estaba tan seguro de que iba a estar muerto que debió de haber sido asombroso para él descubrir que no lo estaba. ¿Qué estaba haciendo en el otro mundo?”

La señora Besant suspiró profundamente. “Estoy muy desanimada por el señor Bradlaugh”, admitió débilmente. “Está flotando demasiado cerca de este mundo. Parece que no puede alejarse de sus intereses mundanos. Está tan preocupado por los asuntos parlamentarios como lo estaba cuando estaba en este plano.”

“Hum”, dijo la señorita Anthony, “eso es lo más sensato que he oído hasta ahora sobre el otro mundo. Me anima. Siempre he estado segura de que, si ingresara a la otra vida antes de que las mujeres tuvieran derecho al voto, nada de las glorias del cielo me interesaría tanto como la lucha por la libertad de las mujeres en la Tierra. Ahora,” concluyó, “seré como el señor Bradlaugh. Me mantendré cerca y continuaré con mi labor aquí.”

Cuando la señora Besant abandonó la habitación, la señora Bright sintió que era su deber amonestar a “Tía Susan”, para que fuera más cuidadosa con lo que decía.

“Te estás tomando demasiado a la ligera su credo”, protestó. “No te das cuenta de la posición importante que tiene la señora Besant. En India, cuando camina desde su casa hacia su escuela, todos los que se

¹⁰³ Charles Bradlaugh (1833-1891), activista y político inglés ateo al que debemos el hecho de que a día de hoy se pueda optar por prometer en lugar de jurar los cargos, en procesos judiciales... aunque antes de alcanzar dicho objetivo llegó a sufrir encarcelamiento por declararse ateo, secular y negarse a jurar su cargo como diputado por Northampton.

encuentran con ella se postran ante ella. Incluso los hombres eruditos se inclinan y ponen sus rostros en el suelo cuando pasa.”

La voz de “Tía Susan”, cuando respondió, reflejaba el tono de alguien que está muy agotada. “Pero ¿por qué en el nombre del cielo alguna mujer sensata inglesa querría que un montón de paganos se postraran mientras ella camina por la calle?”, preguntó con cansancio. “Es la cosa más absurda que he escuchado nunca.”

De ese modo, se abandonó el intento de convencer a la señorita Anthony de la doctrina teosófica. Esa noche, después de que nos retiramos a nuestras habitaciones, “Tía Susan” resumió sus conclusiones sobre la entrevista:

“Es algo bueno para el mundo”, afirmó, “que algunos de nosotros no sepamos tanto. Y es aún mejor para este mundo que algunos de nosotros creamos que un poco de sentido común terrenal resulta más valioso que un exceso de conocimiento celestial.”

LA MUERTE DE “TÍA SUSAN”

En una ocasión, la señorita Anthony tuvo el dudoso placer de leer su propio obituario, y su interés en ellos fue característicamente ingenuo. Había pronunciado un discurso en Lakeside, Ohio, durante el cual, por primera vez en su larga vida, se desmayó en el escenario. Yo no estaba con ella en ese momento, y en la emoción que siguió a su desmayo, se rumoreó que había muerto. La noticia fue teleografiada de inmediato a la *Associated Press*¹⁰⁴ de Nueva York y, desde allí, se difundió por todo el país. En el hogar de la señorita Anthony en Rochester, un reportero llamó a la puerta e informó abruptamente a su hermana, la señorita Mary Anthony, que “Tía Susan” había fallecido. Afortunadamente, la señorita Mary tenía la cabeza fría.

“Creo”, dijo ella, “que si mi hermana hubiera muerto, lo habría sabido. Por favor, haga que sus editores telegrafíen a Lakeside”.

El reportero se marchó, pero regresó una hora después para decir que su periódico había enviado el telegrama y que la respuesta era que Susan B. Anthony había muerto.

“He recibido un telegrama mejor que ese”, comentó Mary Anthony. “El mío es de mi hermana; me dice que se desmayó esta noche, pero que se recuperó pronto y que estará en casa mañana mismo”.

No obstante, a la mañana siguiente, los periódicos estadounidenses dedicaron mucho espacio a los obituarios de la señorita Anthony, y “Tía Susan” pasó unas interesantes horas leyéndolos. Uno que le complació enormemente fue publicado en el *Wichita Eagle*, cuyo editor, el señor Murdock,¹⁰⁵ había sido uno de sus mayores enemigos y se había

¹⁰⁴ Esta agencia de noticias sin ánimo de lucro, pionera en el mundo, se fundó en la ciudad de Nueva York en mayo de 1846.

¹⁰⁵ Marshall M. Murdock (1837-1908), fundador del periódico al que refiere nuestra autora, *The Wichita Eagle*, pionero del periodismo en el estado de Kansas.

esforzado a fondo en brillantes editoriales contra el sufragio y las sufragistas, y la señorita Anthony había sido casi siempre el blanco especial de su desprecio. Pero la noticia de su muerte pareció ser un golpe amargo para él y de todos los tributos que la prensa estadounidense rindió a Susan B. Anthony, pocos igualaron en belleza y aprecio al escrito por el señor Murdock y publicado en el Eagle. Debió de sorprenderse mucho cuando, pocos días después, recibió una carta de “Tía Susan” agradeciéndole calurosamente por la manera en que había cambiado su opinión sobre ella y deseando que significara que había convertido su alma a nuestra causa.

No lo hizo, y aunque Mr. Murdock ya nunca volvió a atacarla con tanta amargura, tampoco tardó en volver a expresar en sus editoriales las mismas opiniones totalmente enfrentadas al sufragio femenino. Sin embargo, los tiempos han cambiado y hoy en día su hijo, que ahora es miembro del Congreso, es uno de nuestros más fuertes partidarios del voto femenino en esa institución.

En 1905 se hizo evidente que la salud de la señorita Anthony se estaba deteriorando. Sus visitas a Alemania e Inglaterra el año anterior, triunfantes, aunque agotadoras para su vitalidad, y poco después de su regreso a América, emprendió una tarea que acabó por agotar sus fuerzas restantes. Había estado profundamente interesada en obtener un fondo de 50,000 dólares para permitir que las mujeres pudieran matricularse a la Universidad de Rochester. Una mañana, justo después de una reunión del comité ejecutivo en su hogar en Rochester, leyó un anuncio en el periódico que indicaba que a las cuatro de la tarde de ese día expiraría la oportunidad de admitir mujeres en la universidad, ya que no se había recaudado la suma completa de cincuenta mil dólares. Aún faltaban ocho mil dólares.

Con su energía característica, la señorita Anthony asumió la tarea de salvar la situación, recaudando esta cantidad dentro del plazo establecido. Corrió hacia el teléfono, llamó a un taxi y se preparó para emprender la difícil misión. Pero antes, mientras se ponía el sombrero y el abrigo, insistió en que su hermana, Mary Anthony, iniciara el fondo contribuyendo con mil dólares de sus modestos ahorros, y así lo hizo la

señorita Mary. “Tía Susan” aprovechó cada segundo de ese día, y para las tres y media de la tarde ya había obtenido los fondos necesarios. Sin embargo, varios de los fiduciarios de la universidad no parecían especialmente ansiosos por que el fondo fuera recaudado, y en el último momento, se opusieron a una de las aportaciones, de mil dólares, argumentando que el hombre que lo había dado era muy anciano y podría morir antes de que llegara el momento de pagarlo y se temían que la familia del difunto pudiera rechazar el pago. Sin decir una palabra, la señorita Anthony tomó el documento y escribió su nombre en él como un aval. “Yo me hago responsable”, dijo entonces tranquilamente, “si el caballero que lo firmó no lo abona”.

Esa tarde, al regresar a casa, se encontraba sumamente fatigada. Unas horas más tarde, las estudiantes que habían estado a la espera de ser admitidas en la universidad llegaron a cantarle una serenata como reconocimiento a todo lo que había hecho por ellas, pero estaba demasiado enferma para recibirlas, ya que estaba atravesando la primera etapa de lo que resultó ser su colapso final.

En 1906, cuando se acercaba la fecha de la convención anual de la Asociación Nacional Estadounidense del Sufragio Femenino en Baltimore, estaba convencida de que sería su última convención. Y estaba en lo cierto. Mostró un anhelo apasionado de hacer de esa convención una de las más grandes jamás celebradas en la historia del movimiento y nosotros, que la amábamos y veíamos que la llama de su vida se estaba apagando, también pusimos todas nuestras energías para hacer realidad sus esperanzas. El noviembre anterior a la convención, nos visitó a mí y a su sobrina, la señorita Lucy Anthony, en nuestro hogar en Mount Airy, Filadelfia, y estaba claro que la ansiedad por la convención la estaba agobiando. Perdía visiblemente fuerza de día en día. Una mañana dijo abruptamente: “Anna, vamos a visitar a la Presidenta M. Carey Thomas, de Bryn Mawr”.

Escribí una nota a la señorita Thomas, comunicándole el deseo de la señorita Anthony de verla, y recibí una respuesta inmediata invitándonos a almorzar al día siguiente. Encontramos a Miss Thomas sumergida en el trabajo relacionado con sus nuevos edificios del colegio, y nos los

mostró con mucho orgullo. Por supuesto, señorita Anthony se regocijaba en los espléndidos resultados que señorita Thomas había logrado, pero estaba, para su manera de ser, extrañamente silenciosa y preocupada. Durante el almuerzo dijo:

“Señorita Thomas, los edificios del campus son hermosos; la nueva biblioteca es una maravilla; pero no son la razón de nuestra visita”.

“No”, dijo la señorita Thomas, “sé que tiene algo en mente. Estoy esperando que me lo diga”.

“Queremos su cooperación, y la de la señorita Garrett”, comenzó la señorita Anthony rápidamente, “para hacer de nuestra Convención en Baltimore un éxito. Queremos que convenza al Arundel Club de Baltimore, el más elegante de la ciudad, para que ofrezca una recepción a las delegadas; y queremos que organice una noche universitaria en el programa, una gran noche universitaria, con los mejores oradores universitarios reunidos”.

Eran encargos importantes para dos mujeres extremadamente ocupadas, pero tanto la señorita Thomas como la señorita Garrett, al darse cuenta de la intensa seriedad de la señorita Anthony, prometieron meditar la petición con calma y ver qué se podían hacer. A la mañana siguiente, recibimos un telegrama informándonos de que la señorita Thomas organizaría la noche universitaria y que la señorita Garrett reabrirla su casa en Baltimore, la cual había cerrado durante la convención. También nos invitó a la señorita Anthony y a mí a ser sus huéspedes allí, y añadió que intentaría organizar la recepción en el Arundel Club.

“Tía Susan” estaba encantada. Nunca la había visto más feliz que cuando recibió ese telegrama. Sabía que lo que las señoritas Thomas y Garrett se propusieran, se haría realidad, y acertadamente daba desde ese momento por hecho que la convención tenía el éxito asegurado. Sus expectativas fueron más que cumplidas. La noche universitaria fue sin duda la ocasión más brillante de su tipo que jamás se hubiera organizado para una convención. El rector de la Universidad Johns Hopkins, Ira Remsen,¹⁰⁶ presidió el evento, y se pronunciaron discursos de la

¹⁰⁶ Ira Remsen (1846-1927), químico estadounidense que ejerció como segundo rector de la

presidenta Mary E. Woolley de Mount Holyoke, la profesora Lucy Salmon de Vassar, la profesora Mary Jordan de Smith, la propia presidenta Thomas y muchos otros.

Desde el principio hasta el final, la convención fue probablemente la más destacada de toda nuestra historia. Julia Ward Howe¹⁰⁷ y su hija, Florence Howe Hall,¹⁰⁸ también fueron invitadas de la señorita Garrett, quien además recibió a todos los oradores de la “Noche Universitaria”. La señorita Anthony, con ochenta y seis años, llegó a Baltimore bastante enferma, y la señora Howe, que tenía noventa años, también se enfermó poco después de llegar allí. Las dos grandes mujeres protagonizaron un intercambio dramático en el programa ya que, en la primera noche, cuando la señorita Anthony no pudo hablar, la señora Howe ocupó su lugar, y en la segunda noche, cuando la señora Howe se había rendido ante la enfermedad, la señorita Anthony se había recuperado lo suficiente como para aparecer en su lugar. Clara Barton¹⁰⁹ también fue una figura honrada en la convención, y la alegría de Miss Anthony en la presencia de todas estas viejas y queridas amigas desbordaba. Junto a ellas estaban también las mujeres más jóvenes, listas para tomar y continuar la labor que las antiguas líderes estaban dejando; y “Tía Susan”, mientras las observaba a todas, se sentía como un general cuyo magnífico ejército pasa revista ante él. Al final del programa universitario, cuando el último discurso fue pronunciado por la señorita Thomas, la señorita Anthony se levantó y, en pocas palabras, expresó su sentir de que su trabajo en la vida había concluido y su conciencia de que el final estaba próximo. Después de esa noche, no pudo volver a aparecer, y de hecho estaba tan enferma que tuvo que permanecer en cama en la más

Universidad Johns Hopkins. Como nota anecdótica, añadiremos que fue el descubridor de la sacarina, popular edulcorante que se sigue empleando en el presente.

¹⁰⁷ Véase nota al pie número 78.

¹⁰⁸ Florence Howe Hall (1845-1922), además de ser una destacada activista a favor del sufragio, fue una reputada escritora. Resulta interesante mencionar que junto con sus hermanas E. Richards y Maud Howe, recibió en 1917 el Premio Pulitzer como reconocimiento a la biografía que publicaron acerca de la vida de su madre.

¹⁰⁹ Clara Barton (1821-1912), sufragista que ha pasado a la Historia sobre todo por fundar la Cruz Roja Norteamericana en el año 1881 (la Cruz Roja se había fundado originalmente en 1863 en Suiza).

hospitalaria casa de la señorita Garrett. El cuidado que le prestaron las señoritas Garrett y Thomas no pudo ser más dedicado o cariñoso. Contrataron a uno de los mejores médicos de Baltimore, quien a su vez consultó con los principales especialistas de Johns Hopkins, y también contrataron a una enfermera capacitada. Esta última atención requirió un tacto especial, ya que el temor de la señorita Anthony a “causar problemas” era tan grande que no quería tener una enfermera. La enfermera, por lo tanto, llevaba un uniforme de criada, y “Tía Susan” permaneció completamente inconsciente de que estaba siendo atendida por una de las mejores enfermeras del famoso hospital.

Entre sesión y sesión de la convención, solía sentarme junto a la cama de “Tía Susan” y contarle lo que estaba sucediendo. Estaba triunfante por el inmenso éxito de la convención, pero estaba claro que todavía se preocupaba por los detalles del trabajo futuro. Un día, durante el almuerzo, la señorita Thomas me preguntó casualmente:

“A propósito, ¿cómo recaudan el dinero para llevar a cabo su trabajo?”

Cuando le dije que el trabajo dependía totalmente de contribuciones voluntarias y de los servicios de aquellos dispuestos a brindarse gratuitamente, la señorita Thomas quedó muy sorprendida. Ella y la señorita Garrett hicieron varias preguntas prácticas, y al final de nuestra conversación, se miraron entre sí.

“No creo que hayamos cumplido completamente con nuestro deber”, dijo la señorita Thomas

Al día siguiente, nos invitaron a cenar a varios de nosotros, para discutir nuevamente la situación; y admitieron que se habían quedado despiertas toda la noche anterior, hablando sobre el tema e intentando encontrar alguna manera de ayudarnos. También habían discutido la situación con la señorita Anthony, para su gran satisfacción, y finalmente decidieron intentar recaudar un fondo de 60,000 dólares, que se pagaría en cinco cuotas anuales de 12,000 dólares. Parte de esta contribución se destinaría a pagar los salarios de todas las personas que desempeñaban un cargo en la institución. La mera mención de un fondo tan grande nos sorprendió a todos. Temíamos que no se pudiera recaudar esa cantidad. Pero la señorita Anthony dio por cumplido su último gran deseo. Estaba

convencida de que las señoritas Thomas y Garrett podían lograr cualquier cosa que se propusieran, incluso el milagro de recaudar 60,000 dólares para la causa del sufragio. Y, en efecto, lo hicieron, aunque “Tía Susan” no estaba aquí para disfrutar ese éxito cuando finalmente llegó.

El 15 de febrero dejamos Baltimore y nos dirigimos a Washington, donde la señorita Anthony iba a celebrar su octogésimo sexto cumpleaños. Durante muchos años, la Asociación Nacional Estadounidense del Sufragio Femenino había celebrado nuestros cumpleaños juntas, ya que el suyo era el día 15 del mes y el mío el día 14. Hubo un banquete especialmente festivo cuando ella cumplió setenta y cuatro años y yo cuarenta y siete, y nuestros amigos decoraron la mesa con “4’s” y “7’s” florales, el centro representaba “74” durante la primera mitad del banquete y “47” en la segunda mitad. Esta vez “Tía Susan” no debería haber intentado la celebración en Washington, ya que todavía estaba enferma y exhausta por la tensión de la convención. Pero, a pesar de sus sufrimientos, y las advertencias de sus médicos, insistió en estar presente; así que la señorita Garrett envió a la enfermera a Washington con ella, y todos tratamos de hacer que el viaje fuera lo menos agotador posible para la vitalidad de la paciente.

Al llegar a Washington, nos alojamos en el Shoreham, donde, como siempre, el propietario se encargó de darle a la señorita Anthony una habitación con vistas al Monumento de Washington, que ella admiraba mucho. Cuando entré en su habitación un poco más tarde, la encontré de pie junto a una ventana, sosteniéndose con las manos apoyadas en ambos lados del marco, tan absorta en la vista que no escuchó mi aproximación. Cuando le hablé, respondió sin volverse

“Eso”, dijo suavemente, “es el monumento más hermoso del mundo”.

Me paré a su lado y juntas contemplamos el monumento en silencio, yo me di cuenta con el corazón apenado de que “Tía Susan” sabía que lo estaba viendo por última vez.

La celebración de cumpleaños que siguió a nuestra reunión ejecutiva fue impresionante. Se llevó a cabo en la Iglesia de Nuestro Señor, cuyo

pastor, el reverendo John Van Schaick,¹¹⁰ siempre había sido extremadamente amable con la señorita Anthony. Hablaron muchos hombres prominentes. El presidente Roosevelt¹¹¹ y otros estadistas enviaron cartas muy amistosas y William H. Taft¹¹² había prometido estar presente. Sin embargo, no vino, y ni entonces ni después envió ninguna disculpa por no haber asistido, lo cual decepcionó mucho a la señorita Anthony, quien siempre lo había admirado. Yo presidí la reunión y, aunque todos hicimos lo posible para hacerla sentir alegre, una extraña quietud se cernía sobre la asamblea, una solemnidad silenciosa, como la que se siente en presencia de la muerte. Nos dimos cuenta cada vez más de que la señorita Anthony estaba sufriendo y apresuramos los actos todo lo que pudimos. Cuando leí el largo tributo del presidente Roosevelt hacia ella, la señorita Anthony se levantó para comentarlo.

“Una palabra del presidente Roosevelt en su mensaje al Congreso”, dijo un poco cansada, “valdría más que mil elogios a Susan B. Anthony. ¿Cuándo aprenderán los hombres que lo que pedimos no es alabanza, sino justicia?”

Al final de la reunión, dándome cuenta de lo débil que estaba, le rogué que me permitiera hablar por ella. Pero ella se levantó nuevamente, apoyó su mano en mi hombro y, parada a mi lado, pronunció las últimas palabras que jamás dijo en público, implorando a las mujeres que se consagraran a la Causa, asegurándoles que ningún poder podría impedir su éxito final, pero también recordándoles que el momento de su llegada dependería totalmente de su trabajo y su lealtad. Terminó con tres palabras: palabras muy apropiadas para salir de sus labios, expresando, como lo hacían, el espíritu de su trabajo en la vida: “EL FRACASO ES IMPOSIBLE”.

A la mañana siguiente la llevaron a su hogar en Rochester, y un mes

¹¹⁰ John Van Schaick (1840-1923), abogado y político norteamericano.

¹¹¹ Theodore Roosevelt (1858-1919), 26 Presidente de Estados Unidos, entre 1901 y 1909. Uno de los principales responsables de la conocida como “Era Progresista” del país, que se desarrolló entre los años 1890 y 1920.

¹¹² William H. Taft (1857-1930), 27 Presidente de Estados Unidos, sucediendo a Theodore Roosevelt en 1909 y manteniéndose en el Despacho Oval hasta el año 1913.

llevamos a cabo sus servicios fúnebres. La enfermera que la había acompañado desde Baltimore se quedó con ella hasta que se contrataron a otras dos para ocupar su lugar, y todo el cuidado que el amor o la ciencia médica pudieron prestarle le fue dispensado a la paciente. Pero desde el principio fue evidente que, como ella misma había predicho, el alma de “Tía Susan” solo esperaba la hora de su partida.

Una de las características de su personalidad era su aversión a que la vieran, incluso por aquellos que estaban más cerca de ella, cuando no se sentía bien. Durante las primeras tres semanas de su enfermedad, hice lo que ella me pidió: continué con nuestro trabajo, tratando de hacer también el suyo. Pero todo el tiempo mi corazón estaba en su habitación enferma, y finalmente llegó el día en que ya no pude seguir alejada de ella. Me desperté esa mañana con una fuerte convicción de que me necesitaba, y en la mesa del desayuno le anuncié a su sobrina, la señorita Lucy Anthony, la amiga que durante años ha compartido mi hogar, que iría de inmediato a “Tía Susan”.

“Incluso no esperaré a telegrafiar”, declaré. “Estoy segura de que me ha enviado a buscar; tomaré el primer tren”.

El viaje me acercó mucho a la muerte. Cuando nos acercábamos a Wilkes-Barre, nuestro tren chocó con un carro cargado de pólvora y dinamita que habían dejado en las vías. Los caballos atados al carro habían sido desenganchados por su conductor, quien había pasado su tiempo en este esfuerzo cuando vio venir el tren, en lugar de hacer señales al maquinista. Yo iba hacia el coche comedor cuando ocurrió la colisión, y, como todos los demás que estaban de pie, fui arrojada al suelo por el impacto; destello tras destello de luz cegadora afuera, acompañados por un estruendo terrible, aumentó el pánico de los pasajeros. Cuando el tren se detuvo, nos enteramos de que habíamos escapado de una muerte terrible por los pelos. La dinamita del carro estaba congelada y, por lo tanto, no había explotado; fue la explosión de la pólvora la que causó los destellos y el estruendo. Los vagones de color verde oscuro se quemaron y quedaron casi blancos, y mientras estábamos mirándolos, un grupo silencioso y aturdido, nuestro conductor dijo, tranquilamente: “Nunca estarán tan cerca de la muerte y escapan, como lo han estado hoy”.

El accidente causó una larga demora, y eran las diez de la noche cuando llegué a Rochester, a casa de la señorita Anthony. Al entrar a la casa, la señorita Mary Anthony se levantó sorprendida para recibirme.

“¿Cómo es que has llegado tan pronto?”, exclamó. “Te mandamos llamar esta tarde. Susan ha estado preguntando por ti todo el día.”

Cuando llegué al lado de mi amiga, una sola mirada a su rostro me mostró que el final estaba cerca; y desde ese momento hasta que llegó, casi una semana después, me quedé con ella; mientras, como siempre, hablaba de la Causa y del trabajo de toda su vida que ahora debía abandonar. Lo primero de lo que habló fue de su testamento, que había hecho varios años antes y en el que había dejado la pequeña propiedad que poseía a su hermana Mary, a su sobrina Lucy y a mí, con instrucciones sobre el uso que las tres debíamos hacer con el dinero. Ahora me dijo que no prestáramos atención a esas instrucciones, sino que diéramos cada dólar de su dinero al fondo de 60,000 dólares que las señoritas Thomas y Garrett estaban tratando de recaudar. Estaba profundamente interesada en este fondo, ya que su éxito significaba que, por primera vez, durante cinco años, los oficiales activos de la *National American Woman Suffrage Association*, incluida yo como presidenta, recibirían un salario por nuestro trabajo. Después de haber dado sus instrucciones sobre este punto, aún parecía deprimida.

“Ojalá pudiera seguir viviendo”, dijo anhelante. “Pero no puedo. Mi espíritu está deseoso y mi corazón es tan joven como siempre, pero mi pobre cuerpo está agotado. Antes de irme, quiero que me hagas una promesa: prométeme que seguirás siendo presidenta de la asociación mientras seas capaz”.

“Pero ¿cómo puedo prometer eso?”, pregunté. “Solo puedo mantenerla mientras los demás deseen que la mantenga”.

“Promete hacer que deseen que la mantengas”, instó. “Así como yo deseo que la mantengas”.

En ese momento, yo le habría prometido cualquier cosa. Aunque sabía que mantener la presidencia me ataría a un puesto que no generaba ingresos, y a pesar de que durante varios años ya había utilizado

alarmantemente mis escasos ahorros, le prometí que mantendría el cargo siempre que la mayoría de las mujeres en la asociación así lo desearan. “Pero,” agregué, “si llega el momento en que crea que otra persona puede hacerlo mejor que yo, permíteme que renuncie.”

Esto no la satisfizo.

“No, no,” objetó. “Tú no puedes ser juzgarlo. Prométeme que te quedarás hasta que tus amigos más confiables te digan que es hora de retirarte, o hasta que entiendas que ha llegado la hora. Prométemelo.”

Hice la promesa. Ella pareció contenta y nuevamente empezó a hablar del futuro.

“No tendrás un camino fácil”, me advirtió. “En algunos aspectos, será más difícil para ti de lo que lo fue para mí. Yo era mucho mayor que el resto de los miembros, y fui presidenta durante tanto tiempo, que ustedes, las jóvenes, siempre estuvieron dispuestas a escucharme. Será diferente contigo. Otras mujeres de tu misma edad han estado en el movimiento casi tanto tiempo como tú; no te destacarás por la edad o el tiempo de servicio, como yo hice. Habrá celos y malentendidos inevitables; sufrirás todo tipo de críticas y tergiversaciones. Mi última palabra para ti es esta: No importa lo que se haga o no se haga, cómo te critiquen o malinterpreten, o qué esfuerzos se hagan para obstaculizar tu camino, recuerda que el único miedo que debes tener es el miedo de no mantenerte firme en lo que crees que es correcto. Toma tu posición y defiéndela; entonces, que venga lo que venga, y recibe los golpes como una buena soldado.”

Estaba demasiado conmovida para responder; y después de un momento de silencio, ella, a su vez, me hizo una promesa.

“No sé nada sobre lo que nos espera después de que termine esta vida”, dijo. “Pero si hay una continuación de la vida más allá y si tengo algún conocimiento consciente de este mundo y de lo que estás haciendo, no estaré lejos de ti; y en momentos de necesidad, te ayudaré en todo lo que pueda. ¿Quién sabe? Tal vez pueda hacer más por la Causa después de partir “.

Han pasado nueve años desde entonces, y en cada día de ellos parece

que, al mirar hacia atrás, he tenido alguna ocasión para recordar sus palabras. Cuando las pronunció, no comprendí completamente todo lo que significaban o la claridad de la visión que las había sugerido. Me parecía que ninguna posición que pudiera ocupar sería lo suficientemente importante como para atraer celos o ataques personales. Los años me han dado más sabiduría; he aprendido que cualquiera que asuma el liderazgo, o que, como yo, haya tenido el liderazgo impuesto, debe esperar soportar muchas cosas de las que el mundo no sabe nada. Pero con este conocimiento también ha venido el recuerdo de la última promesa de “Tía Susan”, y una y otra vez, en horas de desaliento y desesperación, he sido ayudada por la bendita convicción de que ella la está cumpliendo.

Durante las últimas cuarenta y ocho horas de su vida, no quería que me alejara de su lado. Así que día y noche me arrodillé junto a su cama, sosteniendo su mano y observando cómo la llama de su maravilloso espíritu se iba apagando. En ocasiones, incluso entonces, resurgía con sorprendente rapidez. En la última tarde de su vida, cuando había permanecido quieta durante horas, de repente comenzó a pronunciar los nombres de las mujeres que habían trabajado con ella, como en un último llamado. Muchas de ellas la habían precedido al otro mundo; otras seguían activamente comprometidas en la labor que ella estaba dejando. Pero jóvenes o viejas, vivas o muertas, todas parecían desfilar ante sus ojos moribundos ese día en una interminable y sombría revisión, y mientras pasaban, ella hablaba con cada una de ellas.

No todos los nombres que mencionó eran conocidos en los círculos del sufragio; algunas de estas mujeres vivían solo en el corazón de Susan B. Anthony, y ahora, por última vez, les estaba agradeciendo todo lo que habían hecho. Aquí estaba una que, en un momento de necesidad especial, había cedido sus pequeños ahorros; aquí estaba otra que había reclutado valiosos adeptos para la Causa; esta había escrito un fuerte editorial; aquella había pronunciado un discurso inspirador. En estas últimas horas parecía que ni un solo sacrificio o servicio, por pequeño que fuera, había sido olvidado por la líder moribunda. Por último, habló con las mujeres que habían sido parte de su consejo y la habían apoyado

lealmente durante tanto tiempo: Rachel Foster Avery,¹¹³ Alice Stone Blackwell,¹¹⁴ Carrie Chapman Catt,¹¹⁵ la señorita Upton,¹¹⁶ Laura Clay¹¹⁷ y otras. Luego, tras yacer en silencio durante mucho tiempo con su mejilla en mi mano, murmuró: “Aún están desfilando ante mí, rostro tras rostro, cientos y cientos de ellos, representando todos los esfuerzos de cincuenta años. Sé lo mucho que han trabajado, sé los sacrificios que han hecho. ¡Pero todo ha valido la pena!

Justo antes de caer en la inconsciencia, parecía inquieta y ansiosa por decir algo, buscando mi rostro con sus ojos que se apagaban

“¿Quieres que repita mi promesa?” pregunté, ya que ella ya me había hecho hacerlo varias veces. Hizo un gesto de asentimiento, y le di la garantía que deseaba. Al hacerlo, ella levantó mi mano hasta sus labios y la besó, fue su última acción consciente. Durante más de treinta horas después de eso, me arrodillé a su lado pero, aunque ella se aferraba a mi mano hasta que su propia mano se enfrió, no volvió a hablar.

Me había dicho una y otra vez cuánto significaba para ella nuestra larga amistad y asociación, y el consuelo que le había dado. Pero sea lo que haya sido para ella, no se compara con lo que ella significaba para mí. Arrodillada junto a ella mientras se iba, supe que le habría dado una docena de vidas si las hubiera tenido, y soportado mil veces más dificultades de las que habíamos enfrentado juntas, por la inspiración de su compañía y la alegría de su afecto. Fueron las mayores bendiciones que he tenido en toda mi vida, y atesoro como mi tesoro más preciado el volumen de su Historia del Sufragio Femenino en cuya hoja de cortesía ella había escrito esta inscripción:

¹¹³ Rachel Foster Avery (1858-1919), sufragista feminista educada en la universidad suiza de Zurich.

¹¹⁴ Alice Stone Blackwell (1857-1950), periodista, defensora de los derechos humanos, del sufragio y socialista radical.

¹¹⁵ Carrie Chapman Catt (1859-1947), otra muy destacada sufragista y feminista estadounidense.

¹¹⁶ Harriet Taylor Upton (1853-1945), destacada feminista del momento. Fue una de las primeras mujeres norteamericanas en presentar su candidatura al Congreso de Estados Unidos, aunque no lograra el escaño.

¹¹⁷ Laura Clay (1849-1941), además de ser una destacada sufragista, fue la primera mujer en la historia en aspirar a la nominación de su partido (el Demócrata, en este caso) para la Presidencia.

REVERENDA ANNA HOWARD SHAW

Este enorme volumen IV te lo entrego con el amor que una madre lleva en su corazón, y espero que encuentres en él los hechos sobre las mujeres, ya que no los encontrarás en ningún otro lugar. Tu tarea será asegurarte de que los cuatro volúmenes sean debidamente colocados en las bibliotecas del país, donde cada estudiante de historia pueda acceder a ellos.

Con amor y fe incondicionales,

SUSAN B. ANTHONY.

Esa última línea sigue siendo mi mayor consuelo a día de hoy. Cuando me tergiversan o no me comprenden, cuando me acusan de ambición personal o de trabajar por intereses propios, recorro a ella y a líneas similares escritas por la misma mano, y me digo a mí misma que no debo permitir que nada interfiera en la serenidad de mi espíritu o me perturbe en mi trabajo. Al final de dieciocho años de la compañía más íntima, la líder de nuestra Causa, la mujer más grande que jamás haya conocido, todavía sentía por mí “amor y fe incondicionales”. Con eso me basta.

Tras su muerte, el cuerpo de “Tía Susan” permaneció en su hogar, como si estuviera disfrutando de un sueño reparador y su rostro mostraba su más exquisita expresión de serena tranquilidad. Allí fue donde sus amigos más cercanos, los pobres y los desafortunados de la ciudad, vinieron por centenares a rendirle su último respeto. Al tercer día, se llevó a cabo un funeral público en la iglesia congregacional, y a pesar de la tormenta de nieve que se desató, todos en Rochester parecían estar incluidos en la gran multitud de dolientes que se aproximaban a su ataúd con reverencia y lo abandonaban entre lágrimas. Los servicios de la iglesia fueron dirigidos por el pastor, el reverendo C. C. Albertson, un amigo de toda la vida de la señorita Anthony, asistido por el reverendo William C. Gannett, James G. Potter, el alcalde de la ciudad, y el doctor Rush Rhees, presidente de la Universidad de Rochester, ocuparon lugares destacados entre los distinguidos dolientes, y la señora Jerome Jeffries,¹¹⁸ directora

¹¹⁸ Hester C. Jeffrey (nacida Whitehurst) (1842-1934), activista afroamericana.

de una escuela para afroamericanos, habló en nombre de la raza negra y su reconocimiento a los servicios de la señorita Anthony. Los clubes universitarios, sociedades médicas y grupos de reforma estaban representados por delegados enviados desde diferentes estados, y la señorita Anna Gordon había venido desde Illinois para representar a la Unión Cristiana Nacional de Mujeres por la Templanza. La señora. Catt pronunció un elogio en la que expresaba el amor y el reconocimiento de las mujeres del sufragio organizado en todo el mundo por Miss Anthony, como aquella a quien todas habían considerado como su líder. William Lloyd Garrison habló sobre el trabajo de Miss Anthony con su padre y otros líderes abolicionistas, y la señora Jean Brooks Greenleaf¹¹⁹ habló en nombre de la Asociación del Sufragio del Estado de Nueva York. Luego, como “Tía Susan” lo había pedido, hice el discurso de clausura. Ella me había pedido que lo hiciera y que pronunciara la bendición, así como las palabras finales que aparecerían en su tumba.

Se estima que más de diez mil personas se reunieron en la iglesia y sus inmediaciones y después de la bendición, aquellos que habían esperado pacientemente en la tormenta fueron entrando en fila india para dedicarle una última mirada a su amiga. Encontraron el ataúd cubierto por una gran bandera estadounidense, sobre la cual había una corona de laureles y palmas. En torno al mismo había una guardia de honor compuesta por alumnas de la Universidad de Rochester con sus togas y birretes de graduación. Durante todo el día, las estudiantes habían montado guardia, relevándose unas a otras por intervalos. Por todas partes había flores y emblemas florales enviados por diversas organizaciones, y justo sobre la cabeza de “Tía Susan” ondeaba la bandera de seda que le habían entregado las mujeres de Colorado. Contenía cuatro estrellas de oro, representando a los cuatro estados con sufragio, mientras que las demás estrellas eran de plata. En su pecho estaba prendida la bandera engarzada en joyas que le habían regalado en su octogésimo cumpleaños las mujeres de Wyoming, el primer lugar en el mundo donde las mujeres recibieron iguales derechos políticos que los hombres en la constitución del estado. Aquí, las cuatro estrellas que representaban a los estados con

¹¹⁹ Jean Brooks Greenleaf (1832-1918), educadora y sufragista norteamericana.

sufragio estaban hechas de diamantes, mientras que las demás eran de esmalte plateado. Justo antes de que se cerrara la tapa del ataúd, esta bandera fue retirada y entregada a Mary Anthony, quien me la presentó. Desde ese día, la he llevado en cada ocasión importante para nuestra causa, y cada vez que un estado ha obtenido el sufragio femenino, he añadido una nueva estrella de diamante. En el momento en que escribo este texto, en 1914, hay doce estrellas.

Mientras la procesión fúnebre atravesaba las calles de Rochester, se podía ver que todas las banderas de la ciudad estaban a media asta, por orden del Concejo Municipal. Muchas casas estaban cubiertas de negro, y el dolor de los ciudadanos se manifestaba por todas partes. Durante todo el camino hacia el Cementerio Mount Hope, la nieve giraba cegadoramente a nuestro alrededor, mientras que las masas caídas cubrían la tierra hasta donde alcanzaba la vista, un sudario apropiado para aquella que había partido. Bajo los abetos alrededor de su tumba abierta, obedecí el deseo de “Tía Susan” de que pronunciara las últimas palabras sobre su cuerpo mientras era sepultada:

“Querida amiga”, dije, “has permanecido con nosotros mucho tiempo. Ahora has partido a tu merecido descanso. Imploramos al Espíritu Infinito que te ha sostenido para que nos haga dignos de seguir tus pasos y continuar tu trabajo. Saludos y hasta siempre”.

EL LARGO CAMINO HACIA EL SUFRAGIO FEMENINO

En los capítulos precedentes donde narré mis vivencias con la señorita Anthony hice alusión a acontecimientos que ocurrieron entre los años 1886 y 1906, centrándome en eventos relacionados con mi amiga; pero obviando numerosos eventos importantes concernientes al movimiento sufragista. Debo, por este motivo, volver a atrás en el tiempo para describir, de manera consecutiva y en la medida de lo posible, algunos importantes hitos en la historia del sufragio femenino.

Uno de los acontecimientos más importantes fue la unión en 1889 de las dos grandes sociedades sufragistas: la Asociación Americana, presidida por Lucy Stone, y la Asociación Nacional, encabezada por Susan B. Anthony y Elizabeth Cady Stanton. En una convención celebrada en Washington, estas sociedades se fusionaron bajo el nombre de “Asociación Nacional Americana para el Sufragio Femenino”, nombre que aún conserva nuestra asociación y eligiéndose a la señora Stanton como presidenta. En ese momento, tenía casi ochenta años y ya no participaba activamente en el trabajo, pero desempeñó un papel destacado como presidenta en nuestras reuniones posteriores y su presencia era tan pintoresca como eficiente.

La señorita Anthony, quien sentía una inmensa admiración hacia ella y un gran orgullo personal, siempre la acompañaba a la capital y trabajaba arduamente para que la reunión fuera un éxito, atribuyendo siempre a la señora Stanton todos los éxitos. Solía decir que la señora Stanton era el cerebro de la nueva asociación, mientras que ella le servía de manos y pies; pero en realidad, ambas mujeres formaban un equipo formidable, ya que la señora Stanton era una maestra de las palabras y podía escribir y hablar de manera perfecta sobre las cosas que Susan B. Anthony veía y sentía, pero que era incapaz de expresar por sí misma. Por lo general, la señorita Anthony iba a la casa de la señora Stanton y se hacía cargo de las tareas domésticas mientras incitaba a la venerable presidenta a escribir su discurso anual. Luego, en la convención siguiente, escuchaba el

informe con tanto deleite y placer como si cada palabra fuera nueva para ella. Incluso después de la renuncia de la señora Stanton a la presidencia, al cabo de unos tres años, y la elección de la señorita Anthony como su sucesora, “Tía Susan” seguía acudiendo a su antigua amiga cuando había una resolución importante que escribir, y la señora Stanton le ayudaba fielmente a redactarla.

La señora Stanton era la conversadora más brillante que he conocido y las mejores charlas a las que he asistido tuvieron lugar en casa de la señora Eliza Wright Osborne,¹²⁰ en Auburn, Nueva York, cuando la señora Stanton, Susan B. Anthony, Emily Howland,¹²¹ Elizabeth Smith Miller,¹²² Ida Husted Harper,¹²³ la señorita Mills y yo nos reuníamos para nuestras visitas ocasionales de fin de semana. La señora Osborne heredó su simpatía por el sufragio, ya que era hija de Martha Wright, quien, junto con la señora Stanton y Lucretia Mott, convocó la primera convención de sufragio en Seneca Falls, Nueva York. Debo añadir, de paso, que su hijo, Thomas Mott Osborne,¹²⁴ quien está realizando un admirable trabajo en la reforma de prisiones en Sing Sing, se ha mostrado digno de la talentosa y noble mujer que lo trajo al mundo.

Las que más hablaban en casa de la señora Osborne eran la señora Stanton y la señorita Anthony, mientras el resto de nosotras estábamos, por

¹²⁰ Eliza Wright Osborne (1829-1911), sufragista norteamericana que, tras dedicar toda su vida al movimiento, donó en su testamento más de 200.000 dólares a la causa.

¹²¹ Emily Howland (1827-1929), filántropa, sufragista, abolicionista y defensora de los derechos de las personas afroamericanas.

¹²² Elizabeth Smith Miller (1822-1911), sufragista norteamericana. Como nota interesante, señalaremos que fue la primera mujer de posición social relevante en vestir “bloomers” (pantalones bombachos) en público.

¹²³ Ida Husted Harper (1851-1931), sufragista, periodista y escritora. Se la considera la primera historiadora de la historia del feminismo, al publicar no solo una biografía en 3 volúmenes de Susan B. Anthony, sino también el monumental trabajo *History of Woman Suffrage*, compuesto por 6 volúmenes y 5700 páginas, que publicó entre los años 1881 y 1922, junto con Elizabeth Cady Stanton, Matilda Joslyn Gage y Susan B. Anthony.

¹²⁴ La exitosa reforma de la prisión de Sing Sing que Thomas Mott Osborne (1859-1926) propuso llevaba el nombre de “Mutual Welfare League” y suprimía los abusos contra los prisioneros, cuyo trato resultaba mucho más humano. Sin embargo, tras su muerte, estos cambios son reemplazados por una brutalidad que hizo célebre a Sing Sing, como resultado de las políticas impuestas por el alcaide que le sucedió.

así decirlo, a sus pies. Muchos toques humanos y femeninos alegraban las discusiones elevadas que constantemente tenían lugar, y las diversas características de nuestras líderes surgían de manera divertida. Por ejemplo, la señora Stanton rara vez concretaba al dar cifras o fechas, mientras que la señorita Anthony era siempre muy precisa y con frecuencia corregía a la señora Stanton, que generalmente aceptaba la interrupción de la mejor manera posible, admitiendo rápidamente que “Tía Susan” sabía más. Recuerdo, sin embargo, una ocasión en la que se mantuvo firme con respecto a la fecha en que, afirmó, había ocurrido cierto incidente.

“No, Susan”, insistió, “esta vez estás equivocada. Recuerdo perfectamente cuándo sucedió, porque fue cuando estaba empezando a destetar a Harriet”.

A pesar de que “Tía Susan” quedó algo aturdida por la fuerza de este testimonio, siguió manteniendo que la señora Stanton estaba errada, a lo que esta última replicó, con exasperación: “Te digo que sucedió cuando estaba destetando a Harriet”. Y añadió con desdén: “¿Por qué motivo importante de tu vida lo recuerdas tú?”

Entonces, la señorita Anthony reconoció su error con humildad.

La señora Stanton tenía unos maravillosos ojos azules que conservaron, hasta el final de su vida, una expresión de juventud eterna. Durante nuestras convenciones, solía tomar una pequeña siesta por la tarde y cuando se despertaba, sus ojos azules siempre mostraban una expresión de sorpresa complacida e inocente, como si estuviera contemplando el mundo por primera vez; la mirada profunda, inquebrantable y llena de interés que tienen los ojos de un bebé cuando se le muestra algo atractivo.

Permítanme narrar, en un párrafo, los acontecimientos consecutivos del sufragio de los últimos veinticinco años antes de adentrarme en los caminos secundarios que siempre me atraen. Después de hacer esto, puedo detenerme en cada uno de ellos con la tranquilidad que elija, ya que solo puedo describir unos pocos incidentes aquí y allá y no me apartaré de la historia de mi vida, ya que mi vida está unida a la causa del sufragio.

Sobre las campañas preliminares del sufragio en Kansas, realizadas en

compañía de “Tía Susan”, ya he escrito, y solo queda decir que, durante la segunda campaña de Kansas, el color amarillo se adoptó como el color del sufragio. En 1890, 1892 y 1893 trabajamos nuevamente en Kansas y en Dakota del Sur, junto a oradores tan incansables y brillantes como la señora Catt (cuyo esfuerzo también contribuyó en gran medida a la conquista de Colorado en 1893), la señora Laura Johns de Kansas, la señora Julia Nelson, Henry B. Blackwell, la dra. Helen V. Putnam de Dakota, la señora Emma Smith DeVoe, la reverenda Olympia Browne de Wisconsin y la dra. Mary Seymour Howell de Nueva York. En 1894, 1895 y 1896 se hicieron esfuerzos especiales en Idaho, Utah, California y Washington, y a partir de entonces nuestras campañas se llevaron a cabo de manera constante en los estados del oeste.

La victoria en Colorado nos dio dos estados con sufragio completo, ya que, en 1869, el Territorio de Wyoming había otorgado el derecho al voto a las mujeres en condiciones muy interesantes, que generalmente no se recuerdan. Este logro se debió a la influencia de una mujer, Esther Morris, una pionera que fue tan buena vecina como sufragista. En aquellos días tempranos, en hogares lejanos de médicos y cirujanos, las mujeres se cuidaban mutuamente en caso de enfermedad y Esther Morris, en una ocasión, se hizo cargo por completo y con habilidad de una vecina durante el difícil parto de su hijo. Había hecho lo mismo por muchas otras mujeres, pero el marido de esta mujer estaba especialmente agradecido. Además, era miembro de la Legislatura, y le dijo a la señora Morris que si había alguna medida que quisiera que se llevara a cabo para las mujeres del territorio, él estaría encantado de presentarla. Ella aprovechó de inmediato su ofrecimiento para pedirle que presentara un proyecto de ley que otorgara el derecho al voto a las mujeres, y él lo hizo rápidamente.

La Legislatura era Demócrata, y se tomó la medida a broma. Con el amable propósito de poner en aprietos al Gobernador del territorio, quien era Republicano y había sido designado por el Presidente, los miembros aprobaron el proyecto de ley y lo dejaron en sus manos para que lo vetara. Para su horror y asombro combinados, el joven Gobernador no hizo nada por el estilo. Resultó que él provenía de Salem, Ohio, una de las primeras ciudades de los Estados Unidos en la que se celebró

una convención de sufragio. Allí, siendo niño, había escuchado un discurso de Susan B. Anthony, y se había llevado consigo la impresión que le causó. Firmó ese proyecto de ley; y, como la Legislatura no pudo obtener una votación de dos tercios para anularlo, los disgustados miembros tuvieron que aceptar lo sucedido. Al año siguiente, un Demócrata presentó un proyecto de ley para revocar la medida, pero para entonces el sentimiento público había cambiado y fue desestimado por burlas. Tras este momento, ya nunca se llevó a cabo otro intento de quitar el derecho al voto a las mujeres de Wyoming.

Cuando el territorio solicitó la admisión como estado, se temía que la cláusula del sufragio femenino en su Constitución pudiera perjudicar sus posibilidades de ingreso, y las mujeres enviaron este telegrama a Joseph M. Carey:¹²⁵ “Wyoming posee suficientes ciudadanos calificados para formar un estado; Wyoming solicitó la admisión como estado y exige ser admitido con la Constitución que le ha dado al pueblo el sufragio sin distinción de sexo. ¿Qué tiene que decir el Senador Carey?”

Como respuesta, el Senador Carey envió el siguiente telegrama al Congreso: “Las mujeres de Wyoming no solo están capacitadas, sino que son más inteligentes y prácticas en el uso del sufragio que los hombres. La única objeción que he escuchado hasta ahora es que a algunas mujeres se les ha permitido votar sin pagar impuestos. Si las mujeres pueden votar sin pagar impuestos, ¿por qué no pueden hacerlo también los hombres?”

“Si nos abandonan, que así sea. Podemos confiar en los hombres de Wyoming para concedernos el sufragio una vez que nuestro territorio se convierta en estado.”

El Sr. Carey discutió este telegrama con otros defensores de la admisión de Wyoming al Congreso, y enviaron la siguiente respuesta:

“Podríamos quedarnos fuera de la Unión durante cien años, pero entraremos con nuestras mujeres.”

¹²⁵ Joseph M. Carey (1845-1924) desempeñó diversos cargos a lo largo de su dilatada y prestigiosa carrera política, al llegar a ser no solo congresista y senador sino también fiscal general; además de asesorar a varios presidentes de Estados Unidos.

Estos dos mensajes nos sirven tanto de inspiración como de importante lección.

En 1894 llevamos a cabo una campaña en Nueva York, cuando se hizo un esfuerzo para incluir una cláusula para conceder el sufragio a las mujeres en la nueva Constitución estatal y, por primera vez en la historia del movimiento sufragista, muchas de las mujeres influyentes en el estado y la ciudad de Nueva York participaron activamente. La señorita Anthony fue, como siempre, nuestra líder y mayor inspiración. La señora John Brooks Greenleaf era la presidenta estatal, y la señorita Mary Anthony era la trabajadora más activa en la sede de Rochester. La señora Lily Devereaux Blake¹²⁶ se encargó de la campaña en la ciudad de Nueva York, y la señora Marianna Chapman se encargó de la sección de Brooklyn, mientras que un signo muy estimulante de la época fue la organización de un comité de mujeres de Nueva York, con influencia económica y social, que establecieron su sede en Sherry's. Entre ellas estaban la señora Josephine Shaw Lowell, el señor Joseph H. Choate, la doctora Mary Putnam Jacobi,¹²⁷ la señoras J. Warren Goddard y Robert Abbe.¹²⁸ La señorita Anthony, que entonces tenía setenta y cinco años, habló en todos los condados del estado, sesenta en total. Yo hablé en cuarenta, y la señora Catt, como siempre, tuvo un magnífico desempeño. La señorita Harriet May Mills, una graduada de Cornell, y la señorita Mary G. Hay,¹²⁹ realizaron una admirable labor de organización en los diferentes

¹²⁶ Lily Devereaux Blake (1833-1913), periodista, escritora, ensayista y sufragista norteamericana.

¹²⁷ Mary Putnam Jacobi (1841-1906), médico y sufragista norteamericana. Dedicó gran parte de sus investigaciones científicas a deconstruir la falsa concepción de acuerdo con la cual la mujer es físicamente más débil que el hombre; así como diversos mitos y tabús similares. Es este sentido, cabe señalar que la Universidad de Harvard premió uno de sus artículos, titulado "The Question of Rest for Women during Menstruation"; en el que se desmontaba la idea generalizada de que las mujeres que continuaban manteniendo relaciones sexuales durante la menstruación dañaban sus órganos sexuales y disminuían su fertilidad.

¹²⁸ Robert Abbe (1851-1928), fue un médico norteamericano, pionero en el uso de la radiología.

¹²⁹ Mary G. Hay (1857-1928), amiga íntima y más que probable pareja sentimental de Carrie Chapman Catt; jugó un destacado papel tanto como sufragista como en el contexto de la política femenina en el Partido Republicano de Estados Unidos. Como Chapman Catt, también presentó su candidatura al Partido Republicano para ser nominada como candidata a la presidencia de Estados Unidos.

condados. Nuestra decepción por el resultado se alivió en gran tan solo dos años después, cuando tanto Idaho como Utah se unieron a la causa del sufragio completo, aunque California, en la que trabajamos con igual entusiasmo, tuvo que esperar quince años más.

Entre todas estas campañas estaban nuestras convenciones anuales, cada una de las cuales asistí desde 1888, y los consejos nacionales e internacionales, algunos de los cuales mencioné anteriormente. Cuando Susan B. Anthony murió en 1906, cuatro estados estadounidenses habían concedido el sufragio a las mujeres. En el momento en que escribo, en 1914, el resultado del trabajo de las mujeres estadounidenses por el sufragio puede resumirse brevemente de la siguiente manera:

ESTADO DEL SUFRAGIO EN ESTADOS UNIDOS SUFRAGIO FEMENINO COMPLETO

Estado	Año de obtención	Número de votos electorales
Wyoming	1869	3
Colorado	1893	6
Idaho	1896	4
Utah	1896	4
Washington	1910	7
California	1911	13
Arizona	1912	3
Kansas	1912	10
Oregon	1912	5
Alaska	1913	--
Nevada	1914	3
Montana	1914	4

SUFRAGIO FEMENINO PRESIDENCIAL Y MUNICIPAL

Estado	Año de obtención	Número de votos electorales
Illinois	1913	29

ESTADOS DONDE LA ENMIENDA HA SIDO APROBADA POR UNA LEGISLATURA Y DEBE SER APROBADA POR OTRA

Estado	Cámara	Senado	Año	Número de votos electorales
Iowa	81-26	31-15	1916	13
Massachusetts	169-39	34-2	1915	18
Nueva Jersey	49-4	15-3	1915	14
Nueva York	125-5	40-2	1915	45
Dakota del Norte	77-29	31-19	1916	5
Pensilvania	131-70	26-22	1915	38

Resumir el maravilloso trabajo realizado por las convenciones y consejos no es posible, pero una lista consecutiva de las reuniones sería la siguiente:

- Primera Convención Nacional, Washington, D.C., 1887.
- Primera Convención Internacional, Washington, D.C., 1888.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1889.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1890.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1891.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1892.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1893.
- Convención Internacional, Chicago, 1893.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1894.
- Convención Nacional de Sufragistas, Atlanta, Ga., 1895.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1896.
- Convención Nacional de Sufragistas, Des Moines, Iowa, 1897.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1898.
- Convención Nacional de Sufragistas, Grand Rapids, Mich., 1899.

- Convención Internacional, Londres, Inglaterra, 1899.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1900.
- Convención Nacional de Sufragistas, Minneapolis, Minn., 1901.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1902.
- Convención Nacional de Sufragistas, Nueva Orleans, La., 1903.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1904.
- Convención Internacional, Berlín, Alemania, 1904.
- Formación de la Alianza Internacional de Sufragistas, Berlín, Alemania, 1904.
- Convención Nacional de Sufragistas, Portland, Oregon, 1905.
- Convención Nacional de Sufragistas, Baltimore, Md., 1906.
- Convención de la Alianza Internacional de Sufragistas, Copenhague, Dinamarca, 1906.
- Convención Nacional de Sufragistas, Chicago, Ill., 1907.
- Convención de la Alianza Internacional de Sufragistas, Ámsterdam, Holanda, 1908.
- Convención Nacional de Sufragistas, Buffalo, N.Y., 1908.
- Fundación de la Sede de Nueva York, 1909.
- Convención Nacional de Sufragistas, Seattle, Wash., 1909.
- Convención de la Alianza Internacional de Sufragistas, Londres, Inglaterra, 1909.
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C., 1910.
- Convención de la Alianza Internacional de Sufragistas, Génova, Italia, 1911.
- Convención Nacional de Sufragistas, Louisville, Ky., 1911.
- Convención de la Alianza Internacional de Sufragistas, Estocolmo, Suecia, 1911.
- Convención Nacional de Sufragistas, Filadelfia, Pa., 1912.
- Convención de la Alianza Internacional de Sufragistas, La Haya, Holanda, 1913
- Convención Nacional de Sufragistas, Washington, D.C.; 1913.
- Convención de la Alianza Internacional de Sufragistas, Budapest, Hungría, 1913.
- Convención Nacional de Sufragistas, Nashville, Tenn., 1914.
- Convención de la Alianza Internacional de Sufragistas, Roma, Italia, 1914.

La conquista de los estados en los que se alcanzó el sufragio, el trabajo llevado a cabo en los que aún no lo han logrado, las convenciones, reuniones y consejos internacionales en los que mujeres de todas las naciones se han unido, todos ellos han hecho que cuarto de siglo el período se convierta en el momento más brillante para las mujeres en toda la historia. He presentado el registro de manera simple y sin comentarios, porque los hechos desnudos son mucho más elocuentes que las palabras. No debe olvidarse tampoco que estos grandes logros de las mujeres progresistas de hoy se han logrado a pesar de la oposición de un gran número de mujeres, quienes, mientras luchan en la arena del mundo en contra del progreso para sus hermanas, aún nos machacan el oído con su incongruente grito de guerra: “¡El lugar de la mujer está en el hogar!”

Permítanme dar un ejemplo de cómo se enfrentó esta oposición en una ocasión: estábamos asistiendo a la convención estatal de nominación del Partido Republicano en Mitchell, con las señoritas Anthony; Catt, otros líderes y yo, habiéndonos dicho que sería a la vez la reunión más grande e interesante jamás celebrada en el estado, como en efecto resultó ser. Estaban presentes todos los políticos principales del estado y asimismo también habían llegado tribus de indios, con sus campamentos, esposas e hijos, levantando grupos pintorescos de tiendas y tipis alrededor de la ciudad. Era una gran ocasión para ellos, una celebración india, ya que, por ley, todos los indios que tenían tierras en partición tendrían derecho a votar al año siguiente. Por lo tanto, estaban presentes para estudiar las costumbres del hombre blanco, y una edificante exhibición de estas se les ofreció prontamente.

La multitud era tan grande que solo gracias a la cortesía del alcalde Pickler, un miembro del Congreso y un creyente ferviente en el sufragio, las señoritas Anthony; Catt y el resto de nosotros pudimos obtener pases para la convención, y cuando llegamos al salón, nos escoltaron a los últimos asientos en la abarrotada plataforma. Dado que el espacio entre nosotros y los oradores estaba abarrotado de filas y filas de hombres, así como por la banda y sus instrumentos, no podíamos ver mucho. Algunos de nuestros amigos le hicieron saber esta situación al comité local y pidieron que se nos dieran asientos en la zona más cercana, pero recibieron la respuesta de que “absolutamente no había espacio allí, excepto

para los delegados y visitantes distinguidos”. Nuestros persistentes amigos sugirieron entonces que al menos se debería dar un asiento delantero a la señorita Anthony, quien ciertamente entraba en la categoría de “visitante distinguida”; pero esto no se hizo, probablemente porque un gran número de los mejores asientos estaban ocupados por trabajadores rusos con insignias que decían “En contra del sufragio femenino y Susan B. Anthony”. Permanecimos, por la fuerza, en nuestros asientos traseros, contemplando con tanto interés como pudimos la parte posterior de cientos de cabezas.

Justo antes de que se iniciase la convención, se anunció que una delegación de indios influyentes esperaba afuera, y se hizo una moción para invitar a los pieles rojas al salón, que fueron recibidos con gran entusiasmo. Se nombró a un comité de ciudadanos destacados para actuar como escoltas y estos caballeros salieron y regresaron unos momentos después con un grupo de guerreros indios ataviados con todos los detalles de guerra, incluso sus brillantes mantas, sus penachos emplumados y su pintura. Cuando aparecieron, la banda tocó una marcha de bienvenida y toda la audiencia los aclamó mientras los indios, flanqueados por el comité, caminaban solemnemente por el pasillo y se les dieron asientos de honor, muy cerca del estrado.

Todo lo que podíamos ver de ellos eran las brillantes plumas de sus bonetes de guerra, pero experimentamos el efecto completo de su recibimiento a través de la música y los aplausos. No me atreví a mirar a la señorita Anthony durante esta notable escena, y ella, estirando su venerable cuello para obtener un vistazo del incidente desde su rincón oscuro, no me hizo ningún comentario; pero yo sabía en qué estaba pensando. Al año siguiente, estos indios tendrían votos. Por lo tanto, se les debía mostrar cortesía. Pero las mujeres no importaban, razonaban los políticos porque, incluso si se les daba el derecho al voto, nunca apoyarían al elemento representado en esa convención. No fue sorprendente que, a pesar de nuestro arduo trabajo, no ganamos el estado, aunque todas las condiciones parecían muy favorables, ya que el estado era nuevo, hombres y mujeres trabajaban juntos en los campos y había un gran descontento en las filas de los partidos político.

Después de las elecciones, cuando analizamos el voto condado por condado, descubrimos que en los condados cuyos residentes eran principalmente estadounidenses, la enmienda fue aprobada, mientras que en todos los condados poblados principalmente por extranjeros fue rechazada. En ciertos condados, habitados por judíos rusos, el voto fue casi unánime en nuestra contra, a pesar de que las esposas de estos votantes rusos estaban trabajando arduamente en sus granjas además de las tareas habituales de las mujeres en sus hogares. El hecho de que nuestra causa pudiera ser derrotada por trabajadores ignorantes recién llegados a nuestro país nos resultaba difícil de aceptar a la par que humillante y nos dimos cuenta más que nunca de la dificultad de la tarea que habíamos asumido, una tarea mucho más allá de cualquier otra emprendida antes en la historia de la democracia. No solo teníamos que hacer que los hombres estadounidenses volvieran a creer en los principios fundamentales del gobierno republicano, sino que también teníamos que educar a los inmigrantes ignorantes, así como a nuestros propios indios, cuyo grado de civilización se indicaba por su pintura de guerra y las vistosas plumas de sus bonetes de guerra.

La campaña en Kansas, que dirigimos las señoritas Anthony; Catt; Johns y yo misma en 1894, tuvo un interés especial, debido al movimiento populista. Era un año muy complicado, en el que combatimos contra el alcohol, la política de acuñación de moneda de plata¹³⁰ y la propaganda populista. A pesar de todo, nos encontramos involucradas en la campaña más amarga que se haya librado en el estado. Nuestro deseo, por supuesto, era obtener el respaldo de los diferentes partidos políticos y organismos religiosos. Tuvimos éxito en obtener el apoyo de tres de cada cuatro conferencias de la Iglesia Metodista Episcopal: la Congregacional, la Epworth League y la Liga de la Asociación Cristiana de Jóvenes, así como del Sindicato de Maestras del Estado, la Unión Cristiana de Mujeres Temperantes y varias otras sociedades religiosas y filantrópicas.

¹³⁰ A finales del siglo XIX, los movimientos políticos populistas de Estados Unidos impulsan una campaña para que el Gobierno comenzará a acuñar monedas de plata de forma ilimitada, abandonando el patrón oro, que resultaba mucho más rígido. A este movimiento se le llamó como "free silver" y sus defensores, que eran conocidos como "silverites", afirmaban que defendían la acuñación de monedas de plata, que sería el "dinero del pueblo".

Obtener el respaldo de los partidos políticos fue mucho más difícil, y nos enfrentábamos a condiciones en las que el éxito parcial era peor que el fracaso total. Durante mucho tiempo fue una ley no escrita antes de convertirse en una ley escrita en nuestra Asociación Nacional que no debíamos tomar acción partidista o alinearnos con un solo partido político. Por lo tanto, era de suma importancia que todos los partidos nos apoyaran o que ninguno lo hiciera.

La convención populista se llevó a cabo en Topeka antes que la convención demócrata o republicana, y después de dos días de lucha vigorosa, liderada por la señora Anna Diggs y otras prominentes mujeres populistas, se agregó una plataforma de sufragio al programa. El partido populista me invitó, como ministra, a abrir la convención con una oración. Esto fue una innovación y sirvió como cuña para que las representantes de la Asociación del Sufragio se dirigieran a la convención. Todas lo hicimos, hablando primero la señorita Anthony, posteriormente la señorita Catt y finalmente intervine yo; después de lo cual, por primera vez en la historia, se cantó el himno de alabanza en una convención política.

En la convención demócrata hicimos la misma solicitud, que fue rechazada. En lugar de respaldarnos, los demócratas incluyeron una plataforma en contra del sufragio en su programa, pero esto, dado que el partido tenía poco peso en Kansas, probablemente nos hizo más bien que mal. Sin embargo, la dificultad llegó en la convención republicana, el partido dominante en el estado, y comenzó una gran lucha sobre la inclusión de una plataforma de sufragio. Había un Club Republicano de Mujeres en Kansas, que celebraba su convención en Topeka al mismo tiempo que los republicanos celebraban la suya. También estaba la señora Judith Ellen Foster,¹³¹ quien, al generar oposición en este Club Republicano contra la inclusión de una plataforma de sufragio, causó una seria ruptura en la convención. Las señoritas Anthony; Catt y yo, por supuesto, instamos a las mujeres republicanas a mantenerse firmes por su sexo y a dar su apoyo a los republicanos solo bajo la condición de que

¹³¹ Judith Ellen Foster (1840-1910), abogada norteamericana que durante toda su vida defendió los derechos de la mujer en otros ámbitos, aunque se opuso con firmeza a que se le concediera el derecho al sufragio.

estos agregaran el sufragio a su plataforma. En ningún momento y en ningún campo de trabajo he visto una lucha más amarga que la que se desató durante dos días en esta convención de mujeres republicanas. Los distribuidores de licor, dueños de bares clandestinos y toda la chusma de Kansas se unieron en una convención especial bajo los auspicios de la Liga de Licores de Kansas City y ejercieron su peso unido en contra del sufragio amenazando con negar sus votos a cualquier candidato o partido político que favoreciera nuestra causa. La convención de mujeres republicanas finalmente se cerró sin lograr nada más que la aprobación de una resolución que solicitaba suavemente al Partido Republicano que respaldara el sufragio femenino. El resultado fue, por supuesto, que no fue respaldada por la convención republicana, siendo, por lo tanto, derrotada en las elecciones siguientes.

Fue durante esa etapa de nuestras campañas cuando fui elegida Vicepresidenta de la Asociación Nacional y Oradora en General, y este último cargo trajo consigo numerosas experiencias notables. En una ocasión, ocurrió algo que “Tía Susan” nunca dejó de contar. Hubo un accidente en algún lugar de la vía por la que debía viajar para llegar a tiempo a una de las conferencias, y los trenes en mi dirección no estaban funcionando. Sin embargo, mirando hacia arriba en la vía, vi un tren que venía en dirección opuesta. Agarré mi equipaje de mano y me dirigí hacia él.

“¡Espera! ¡Espera!” gritó la señorita Anthony. “¡Ese tren va en la dirección equivocada!”

“¡Al menos está yendo A ALGUNA PARTE!” respondí con firmeza, mientras el tren se detenía y subía los escalones.

Mirando hacia atrás cuando el tren volvió a arrancar, vi a “Tía Susan” de pie en el mismo lugar de la plataforma, mirándolo con ojos incrédulos; pero yo tenía razón, porque descubrí que al ir a otro estado podría tomar un tren que me llevaría a mi destino a tiempo para la conferencia de esa noche. Fue una buena confirmación de mi teoría preferida: si uno tiene la intención de llegar a algún lugar, es preferible moverse incluso en la dirección equivocada antes que quedarse quieto.

Una y otra vez en nuestro trabajo, tuvimos ocasión de maravillarnos por la falta de comprensión de los hombres hacia los puntos de vista de las

mujeres, incluso de aquellos que les eran más cercanos y queridos. Un ejemplo especialmente sorprendente de este hecho ocurrió en una de nuestras audiencias en Washington. Un distinguido caballero (al que llamaremos Sr. H****) era presidente del Comité Judicial, y después de exponer nuestro punto de vista, comentó:

“Sus argumentos son lógicos. Su causa es justa. El problema es que las mujeres no quieren el sufragio. Mi esposa no lo quiere. No conozco a ninguna mujer que lo quiera”.

Resulta que, en ese desafortunado momento, su esposa estaba presente en la audiencia, sentada junto a la señorita Anthony. Escuchó sus palabras con sorpresa y luego le susurró a “Tía Susan”:

“¿CÓMO puede decir eso? Yo quiero el sufragio, y se lo he dicho cien veces en los últimos veinte años”.

“Díselo de nuevo AHORA”, instó la señorita Anthony. “Aquí tienes la oportunidad de dejarlo bien claro”.

“Aquí”, susurró la esposa. “Oh, no me atrevería”.

“¿Entonces puedo decírselo yo?”

“Bueno, sí. Puede pensar lo que quiera, pero no tiene derecho a hablar en mi nombre en público de manera errónea”.

El asentimiento, comenzado titubeante, terminó con un tono repentino de firmeza. LA señorita Anthony se levantó.

“Puede interesar al Sr. H****”, dijo, “saber que su esposa SÍ desea votar, y que durante veinte años ha querido votar y se lo ha dicho muchas veces, aunque él evidentemente lo haya olvidado. Ella está aquí a mi lado y acaba de explicármelo”.

El Sr. H**** balbuceó, vaciló y, finalmente, decidió reír. Pero no había alegría esa carcajada, y me temo que su esposa pasó un mal rato cuando se encontraron un poco más tarde en la privacidad de su hogar.

Entre otras tareas que me correspondían en ese período había numerosos debates sobre el sufragio con prominentes opositores a la causa. Ya he mencionado el debate en Kansas con el senador Ingalls. Otro debate de

igual importancia fue con el doctor Buckley, el distinguido orador metodista, que fue organizado para nosotros en Chautauqua por el Obispo Vincent, de la Iglesia Metodista. El obispo no creía en el sufragio, ni era uno de mis admiradores. Una vez lo había enojado al responder a un sermón que había pronunciado sobre “Las Mujeres de Dios” y demostrar que las mujeres que él consideraba “mujeres de Dios” habían hecho muy poco, mientras que el trabajo del mundo había sido hecho por aquellas a las que él creía que no eran “mujeres de Dios”. Por lo tanto, había considerable interés en el debate Buckley-Shaw que él había organizado; todos sabíamos que esperaba que el doctor Buckley saldara esa vieja deuda, y yo estaba decidida a dificultarle lo más posible a este distinguido caballero el hacerlo. Tuvimos el debate en dos días sucesivos, yo hablando una tarde y el doctor Buckley respondiendo al día siguiente. Sin embargo, en la tarde anterior a mi discurso, el doctor Buckley hizo un comentario imprudente, que, al circular por Chautauqua en la ligera brisa de los chismes, fue considerado en general como poco caballeroso e injusto.

Dado que la sala en la que íbamos a hablar era enorme, él declaró que ocurriría una de dos cosas. O bien yo gritaría para ser escuchada por mi gran audiencia, o bien no podría hacerme oír en absoluto. Si gritaba, sería un argumento poderoso en contra de las mujeres como oradoras públicas; si no me escuchaban, sería un argumento aún mejor. En cualquier caso, resumí, estaba condenada al fracaso. Siguiendo esta teoría, colocó a hombres en la parte trasera de la gran sala el día de mi conferencia, para informarle si mis palabras llegaban hasta ellos, mientras él mismo ocupaba amablemente un asiento de primera fila. El sentimiento antagonista del Obispo Vincent era tan fuerte, sin embargo, que, aunque él, como presidente del evento, me presentó ante la audiencia, no esperó para escuchar mi discurso, sino que inmediatamente abandonó la sala, lo que aumentó aún más el interés del público en el debate. Se sentía que los dos caballeros no estaban siendo del todo “justos”, y los defensores de la causa se esforzaron especialmente para compensar estas faltas de cortesía. Mis amigos acudieron en masa para escuchar la conferencia, y en el pecho de cada uno de ellos lucía el lazo amarillo que representaba el sufragio, dando a la vasta sala algo del efecto de un campo

de tulipanes amarillos en plena floración.

Cuando el doctor Buckley se levantó para responder al día siguiente, estos amigos lo esperaban nuevamente con una exhibición igualmente alegre del color del sufragio, y esto no añadió precisamente a su serenidad. Durante sus comentarios cometió el grave error de perder la calma; y, desafortunadamente para él, dirigió su ira hacia un anciano que aplaudió inadvertidamente al golpear el suelo con su bastón cuando el doctor Buckley citó un punto que yo había planteado. El doctor se inclinó hacia adelante y le hizo un gesto amenazador con el puño.

“Cree que ella tiene razón, ¿verdad?”, preguntó.

“Sí”, admitió el venerable ciudadano, con rapidez, aunque un poco sorprendido por la agresividad de la pregunta.

“Viejo”, gritó el doctor Buckley, “¡haré que lo niegues si tienes un poco de sentido en la cabeza!”

El insulto le costó su audiencia. Cuando se dio cuenta, perdió toda compostura, y, lamentablemente para él, concentró su ira hacia un anciano ciudadano que, como todos los presentes, venía en son de paz y simplemente expresaba su opinión. Su arrebato, como señaló el *Buffalo Courier* al día siguiente, “subió y bajó por la plataforma como una pescadera en un mercado”. Perdió el debate, y mis amigos todavía se refieren a esa jornada como “el día en que hicimos trizas al doctor Buckley”; pero no merezco el homenaje implícito, porque el doctor Buckley habría perdido igualmente, aunque yo no hubiera abierto la boca si quiera. Lo que realmente me satisfizo, sin embargo, fue el grado respectivo de frescura con el que él y yo emergimos de nuestro combate. Después de mi discurso, la señorita Anthony y yo fuimos recibidas con una recepción y estuvimos de pie durante horas estrechando manos con cientos de hombres y mujeres. Más tarde, en la noche, tuvimos una cena y otra recepción, que, al durar hasta la medianoche, nos impidió descansar. El pobre caballero, el doctor Buckley, tuvo que ser llevado a su hotel inmediatamente después de su discurso, bañado en agua caliente, frotado y acostado tiernamente; y ni siquiera el corazón compasivo de Susan B. Anthony sintió pena por él cuando se enteró de su agotamiento.

Por cierto, también en Chautauqua, aunque algunos años antes, tuve mi famoso encuentro, tan mal citado, con el ministro que lamentó la moda que seguía en aquellos días de llevar el pelo corto. Este joven, que era más bien pomposo, consideró apropiado recriminarme en una mesa donde estábamos cenando juntos.

“Señorita Shaw”, dijo de manera abrupta, “me han preguntado muchas veces por qué lleva el pelo corto, y no he podido explicarlo. Por supuesto” (esto amablemente) “sé que hay una buena razón. Me atreví a sugerir la teoría de que ha estado enferma y que se le ha caído el cabello. ¿Estoy en lo cierto?”

“No”, le dije. “Hay una razón, como sugiere. Pero no es esa”.

“Entonces, ¿por qué...?” insistió.

“Soy bastante sensible al respecto”, le expliqué. “No sé si me gustaría discutir el tema”.

El joven ministro parecía afligido. “Pero entre amigos...” protestó.

“Es cierto”, concedí. “Bueno, entonces, entre amigos, admitiré francamente que es un defecto de nacimiento. Nací con el pelo corto”.

Esa fue la última vez que criticaron mi pelo corto en mi presencia, pero el joven ministro tenía razón en su desaprobación, y yo estaba equivocada, como me di cuenta más tarde. Unos años después, dejé crecer mi pelo, porque había aprendido que ninguna mujer en la vida pública puede permitirse destacarse por alguna excentricidad de vestimenta o apariencia. Si lo hace, ella misma sufre las consecuencias, lo cual puede no afectarle, y en mayor o menor medida perjudica la causa que representa, lo que debería preocuparle mucho.

CONSTRUYENDO MI HOGAR

El hecho de que fue la señorita Anthony la que sugirió que la reunión del Consejo Internacional de Mujeres tuviera lugar en Chicago, durante la Exposición Universal, al igual que la designación de la “Junta de Mujeres Gerentes” de la Exposición. De hecho, es así porque “Tía Susan” quiso mantenerse en un segundo plano para evitar que los adversarios al sufragio femenino se opusieran a estos proyectos. Ambas hablamos en las reuniones, como ya he explicado, y una de nuestras experiencias más intensas ocurrió en la conocida como “Noche de las Actrices”. Este evento resultó muy popular y la demanda de entradas fue muy alta, puesto que parecía que todo el mundo estaba ansioso por saber qué tipo de discursos darían las actrices más importantes del país en esa ocasión. El programa incluía nombres mágicos como los de Helena Modjeska,¹³² Julia Marlowe,¹³³ Georgia Cayvan,¹³⁴ Clara Morris¹³⁵ y otras de similar renombre. El salón se llenó rápidamente y, para contener a la multitud que seguía llegando, se cerraron las puertas y se dirigió al público a otra sala, para que esperaran allí a una charla adicional. Por casualidad, tanto la señorita Anthony como yo fuimos de las primeras en llegar al salón principal. Era la primera noche en que teníamos la libertad de hacer exactamente lo que queríamos y ambas estábamos de muy buen humor, emocionadas por los discursos, felicitándonos mutuamente por los buenos asientos que nos habían dado en el escenario y bromeando con las oradoras sobre su miedo escénico; porque, para nuestra diversión,

¹³² Helena Modjeska (1840-1909), actriz polaca emigrada a Estados Unidos, donde se especializó en papeles shakespearianos, que le granjearon fama mundial.

¹³³ Julia Marlowe (1865-1950), actriz británica de trayectoria muy similar a la de Modjeska, al emigrar a Norteamérica y protagonizar un gran número de obras de Shakespeare.

¹³⁴ Georgia Cayvan (1857-1906), actriz estadounidense que (tras ganarse la vida como adivina profesional) destacó por sus grandes dotes cómicas. Al final de su trayectoria profesional, se convirtió en empresaria teatral, al fundar su propia compañía, con la que realizó diversas giras por todo el país.

¹³⁵ Clara Morris (1846-1929), actriz canadiense que también residía en Estados Unidos. Tras quedar ciega en 1910, comenzó a desarrollar una carrera como escritora.

descubrimos que todas las actrices estaban mortalmente asustadas por su audiencia. Georgia Cayvan, por ejemplo, estaba tan nerviosa que tuvo que ser reconfortada con leche caliente antes de poder hablar, y Julia Marlowe admitió libremente que le estaban temblando las rodillas. Realmente tenían una prueba ante ellas, ya que se decidió que cada actriz debía hablar dos veces, yendo directamente desde el salón principal a la reunión adicional y repitiendo allí el discurso que acababa de hacer. Sin embargo, mientras tanto, alguien tenía que mantener a la impaciente audiencia en la segunda sala, y como era un deber que todas las demás rechazaron rápidamente, una fila de rostros suplicantes se volvió hacia la señorita Anthony y yo. Admito que respondimos a esta petición con gran relucencia, porque estábamos TAN cómodas donde estábamos y también estábamos profundamente interesadas en el primer vistazo íntimo que teníamos de estas estrellas del firmamento dramático. No obstante, comprendíamos que era nuestra obligación aceptar y, suspirando profundamente, nos levantamos y nos dirigimos hacia la segunda sala, donde un rápido vistazo a la multitud que esperaba no aumentó precisamente nuestro placer ante la perspectiva que se avecinaba.

Cuando subí al escenario, me encontré con una audiencia realmente hostil. Habían venido para ver y escuchar a las actrices que les habían prometido, y creían mi presencia allí les estaba privando de ese privilegio. Nunca me había enfrentado a un grupo de personas tan poco receptivas, como tampoco había visto tal cantidad de ojos enfadados. Intercambiaban opiniones sobre sus agravios, y el murmullo general de conversaciones continuó cuando aparecí. Durante unos momentos, me quedé mirándolos, con las manos detrás de la espalda. Si hubiera intentado hablar, sin duda habrían seguido hablando; mi silencio atrajo su atención y comenzaron a preguntarse qué pensaba hacer. Cuando dejaron de susurrar y moverse, les hablé con la sinceridad, confesándoles que tenía el corazón en un puño.

“Creo”, dije lentamente y con claridad, “que ustedes son la audiencia más desagradable a la que jamás me he enfrentado en toda mi vida”.

Ellos se quedaron boquiabiertos y mirándome fijamente, con la mandíbula casi desencajada por la sorpresa.

“Nunca en mi vida”, continué, “había visto a una multitud de personas dirigir miradas tan feas a un orador que ha sacrificado su propio disfrute para venir a hablarles. ¿Creen que quiero dirigirme a ustedes?”, pregunté, encendiéndome. “Desde luego que no. Tampoco a la señorita Anthony le apetece hacerlo, y la señora que les habló hace unos momentos, y a quienes ustedes trataron tan rudamente, no deseaba estar aquí. Todas preferiríamos estar en el otro salón, escuchando a las oradoras desde nuestros cómodos asientos en el escenario. Pero, para entretenerlos a ustedes, renunciamos a nuestros lugares y vinimos aquí simplemente porque el comité nos rogó que lo hiciéramos. Solo me queda una cosa más por decir. Si desean escucharme cortésmente, estoy dispuesta a perder mi tiempo con ustedes; pero ni se piensen que voy a quedarme aquí esperando mientras critican a la organización”.

Para este momento, sentía como si tuviera un niño frente a mí a quien le estaba impartiendo un castigo maternal, y la inquietud de mi audiencia subrayó esa impresión. Escucharon con cierto enfado al principio; luego, algunas de las personas de mejor carácter se rieron, y la risa creció, hasta convertirse en aplausos. La experiencia les había hecho bien, y se convirtieron en un grupo más dócil cuando apareció Clara Morris, y yo le cedí el escenario con agrado.

Todas las actrices que hablaron esa noche pronunciaron discursos admirables, pero ninguna igualó a Madame Modjeska, quien nos dio un discurso exquisitamente escrito, no por ella misma, sino por una amiga y compatriota, sobre la situación de las mujeres polacas bajo el régimen ruso. Todos quedamos encantados mientras escuchábamos, pero ninguno de nosotros imaginó lo que ese discurso significaría para Modjeska; ya que como castigó, sufrió un destierro de Polonia, su tierra natal, a la que nunca se le permitió regresar. Sin embargo, a pesar de haber pagado un precio tan alto, realmente no creo que haya lamentado haber hecho públicos en Estados Unidos los datos que dio durante su charla.

Durante este mismo período, también me embarqué en una gran aventura. Siempre había anhelado tener un hogar, y mi corazón siempre había sido leal a Cape Cod. En ese momento, decidí fijar como mi residencia Wianno, al otro lado del cabo desde mi antigua parroquia en East

Dennis. Aunque mi aspiración de tener una casa propia había sido profunda, fue en gran medida gracias al azar como se hizo realidad. Acudir a subastas ha sido siempre una de mis mayores aficiones. Me encanta asistir a las casas de subastas y pujar hasta el último minuto, asegurándome de detenerme justo a tiempo para que otra persona se lleve el artículo. Pero, por supuesto, a veces fallaba a la hora de decidir el momento oportuno para retirarme de la puja. De ese modo, y de repente, me di cuenta de que, a lo largo de los años, había acumulado un número extraordinario de artículos para los cuales no tenía ni ubicación ni uso.

La joya de esta colección era un conjunto de dormitorio que había adquirido en Filadelfia. Por lo general, amigos cautelosos me acompañaban en mis expediciones a las salas de subastas y frenaban mi entusiasmo; pero esa vez me escapé sola y me encontré pujando en la subasta por un conjunto de dormitorio hecho de madera de turbera sólida, que había sido exhibido como parte de una exposición en la Exposición Universal, y ahora, en palabras del subastador, se vendía a un precio muy bajo. Abrí la puja. Ofrecí veinte dólares, treinta dólares, cuarenta dólares, y otras voces emocionadas ahogaron la mía con ofertas más altas. Fue muy emocionante. Ofrecí cincuenta dólares, y hubo un horrible silencio, roto finalmente por el “¡Se va, se va, se ha ido!” del subastador. Era dueña del conjunto de dormitorio de madera de turbera, un conjunto que no se armonizaba en absoluto con todo lo demás que poseía, y tan grande y masivo que se necesitaban dos hombres solo para levantar el cabecero. Como muchos de los tesoros anteriores que había adquirido, este era un elefante blanco; pero, a diferencia de algunos de ellos, valía más de lo que había pagado por él. Me ofrecieron sesenta dólares solo por una de las piezas que lo componían, pero rechacé fríamente venderla. Sin embargo, no tenía ni la más remota idea de qué hacer con el conjunto, y finalmente confié mi dilema a mi amiga, la señora Ellen Dietrick, quien sabiamente me aconsejó construir una casa para él. La idea me intrigó. Los muebles de madera de turbera necesitaban un hogar, y yo también.

El resultado de nuestra conversación fue que la señora Dietrick se comprometió a elegir un terreno para mí en Wianno, donde ella misma vivía, y se comprometió incluso a supervisar la construcción de mi cabaña y encargarse de todos los demás detalles relacionados. La tentación fue

irresistible. Además de la Sra. Dietrick, muchos otros amigos íntimos vivían en Wianno: los Garrisons, los Chases de Rhode Island, los Wymans, los Wellingtons, una comunidad muy encantadora. Le di a la Sra. Dietrick plena potestad para decidir cada detalle relacionado con la empresa, y así fue como se construyó la cabaña. La señora Dietrick demostró una vez más su sincera amistad y llevó a cabo la labor con su característica minuciosidad. Yo ni si quiera llegué a desplazarme a Wianno para ver mi terreno, que eligió y compró ella, al mismo tiempo que contrataba a una arquitecta, Lois Howe de Boston. A partir de ese momento, siguió las labores de construcción con gran cuidado, de principio a fin. La única condición que impuse fue que la cabaña debía estar lejos de la playa, fuera de la vista de todos, en el bosque; y esto fue fácil de cumplir, porque a lo largo de esa costa, los árboles llegaban casi hasta la orilla del agua.

La cabaña resultó perfecta y durante muchos años pasé mis vacaciones allí, llenando el lugar de jóvenes. Desde la muerte de mi hermana Mary, me había hecho cargo de la supervisión de dos hijas, Lola y Grace, así como de Nicholas y Eleanor, los dos hijos de mi hermano John. Pasábamos los veranos todos juntos en mi nuevo hogar, junto con Lucy Anthony, su hermana y hermano, la señora Rachel Foster Avery y otros amigos. Nos hicimos unos trajes especiales, para pescar, que llevábamos puestos gran parte del tiempo. Mis sobrinas llevaban pantalones bombachos y a mí me gustaba llevar faldas cortas y pesadas sobre los bombachos. Vivíamos al aire libre, navegando, pescando y buscando almejas todo el día, y, al igual que en mis primeros días como pionera en Michigan, siempre me encargaba de aquellas tareas que tenían lugar al aire libre. De ese modo, corté toda la madera necesaria, mantuve el fuego encendido y me hice cargo del jardín.

Pero no tardaron en circular rumores acerca de nuestra vida despreocupada y poco convencional y nuestro Edén particular no tardó en ser invadido por la única serpiente que he encontrado en el mundo periodístico, una reportera de Boston. Ella telegrafió que venía a visitarnos, y aunque, antes de su llegada, ya nos habían advertido de sus propensiones y la recibimos con unas vestimentas convencionales y le ofrecimos té en la terraza, de manera formal, al partir dio rienda suelta a su imaginación

frenética; redactando un artículo a página completa totalmente sensacionalista para un periódico dominical, ilustrado con fotos que nos mostraban a todos con pantalones bombachos. En esta destacada obra de arte, yo llevaba una red de pescar y una caña y me había atado un pañuelo en la cabeza. El artículo, titulado “EL EDÉN SIN ADÁN”, fue casi difamatorio, y admito que durante mucho tiempo empañó el disfrute de nuestro amado refugio. Luego, gradualmente, mis viejos amigos murieron, entre ellos la señora Dietrick; otros se mudaron, y el carácter de toda la región cambió. Se puso de moda, ya no se podía encontrar privacidad allí, y dejamos de visitarlo. Durante cinco años, ni siquiera he vuelto a la cabaña ni un solo día.

En 1908, levanté la casa en la que vivo actualmente (en Moylan, Pensilvania), que es la culminación de un deseo que siempre he tenido: construir en un terreno que tuviera un arroyo, un bosque de árboles, grandes rocas y peñascos, y un sitio en una colina para la casa, con vistas amplias y una estación de tren ubicada convenientemente cerca. El amigo que finalmente encontró el lugar para mí comenzó su búsqueda con el comentario pesimista de que sería mejor que esperara hasta llegar al Paraíso; pero dos años después me informó mediante un telegrama de que finalmente lo había descubierto en este planeta, y tenía razón. Solo tengo ocho acres de tierra, pero nadie podría pedir un lugar más ideal para una cabaña y en el lugar se encuentra mi amado bosque, que incluye un bosque de trescientos abetos. De cada país que he visitado, he traído un pequeño árbol para este pequeño bosque, y ahora está repleto de belleza y recuerdos.

Para sorpresa de mis vecinos, construí mi casa con la parte trasera mirando a la carretera pública, frente al valle y el arroyo. “Pero nunca verás pasar a nadie”, protestaron. Les respondí que la única persona en la casa que estaría interesada en los transeúntes sería mi criada y que ella los podría ver perfectamente desde la cocina, que daba a la carretera. Disfruto de las vistas desde la amplia terraza que domina el valle, el arroyo y el campo durante varias millas a la redonda.

Cada sufragista que he conocido ha sido amante del hogar, y solo la convicción de que está luchando por su hogar, sus hijos, por otras

mujeres, o por todo eso junto, la ha sostenido en su trabajo público. Recordando las muchas campañas que he llevado a cabo, debo admitir que no siempre son las privaciones que soportamos las que nos hacen pensar con más ternura en el hogar. A menudo, nos afectan más las atenciones de amigos bienintencionados. A modo de ejemplo, recuerdo un incidente en una campaña en Oregón. Iba a hablar en una pequeña ciudad en el sur del estado, y al llegar a la estación, con mucho calor, cansada y cubierta de la suciedad típica de un viaje en pleno verano, encontré una delegación de ciudadanos, una banda de música y un coche blanco tirado por un par de hermosos caballos del mismo color, esperándome. En este coche, y escoltada devotamente por los ciudadanos y la banda, esta última tocando con todas sus fuerzas, fui conducida al Ayuntamiento, donde me recibió el alcalde, quien pronunció un discurso y luego me impusieron una corona de laurel. Posteriormente, con esta corona todavía descansando en mi frente sudorosa, fui llevada nuevamente por las calles de la ciudad; y si alguna vez una mujer sintió que su lugar estaba en el hogar y anheló estar en su lugar, fue ese día.

Una ocasión casi igualmente difícil tuvo lugar en San Francisco. La ciudad había organizado una celebración del 4 de julio, en la cual íbamos a participar la señorita Anthony. Allí, montamos en un carruaje decorado con flores, rosas amarillas, mientras justo delante de nosotros iba el alcalde en un carruaje adornado con flores púrpuras. A nuestras espaldas iba una procesión de policías uniformados, soldados y ciudadanos, mientras las aceras repletas de hombres y mujeres cuyos entusiastas saludos a la señorita Anthony llegaban de todas partes. Ella estaba encantada con toda la experiencia, porque para ella significaba, como siempre, no un tributo personal, sino un triunfo de la causa. Pero yo me senté a su lado, sintiéndome extremadamente miserable; ya que a través de mis hombros y pecho habían colocado una enorme banda con la palabra "Oradora", y esto se complementaba con una llamativa roseta con cintas que colgaban casi hasta el borde de mi vestido. Casi es innecesario agregar que esta notable decoración fue proporcionada por un comité de hombres y también la llevaban todos los oradores masculinos del día. Tal vez el calor del momento o las emociones que esta banda despertó en mí me afectaron, porque al día siguiente caí presa de una neumonía

y experimenté mi primera enfermedad grave, de la cual, sin embargo, me recuperé pronto.

En nuestro camino a California en 1895, la señorita Anthony y yo pasamos un día en Cheyenne, Wyoming, como invitadas del senador Carey y su esposa, quienes nos ofrecieron una cena. En la mesa, le pregunté al senador Carey cuál consideraba el mejor resultado del derecho al voto para las mujeres en Wyoming. Incluso veinte años después, todavía hoy puedo citar su respuesta casi de manera textual, ya que me impresionó profundamente en ese momento y desde entonces la he citado una y otra vez.

“Ha habido muchos resultados positivos”, dijo, “pero el que considero por encima de todos los demás es el gran cambio para mejor en el carácter de nuestros candidatos a cargos públicos. Considere este hecho durante un instante: desde que nuestras mujeres votan, nunca ha habido un desfalco de fondos públicos, ni un uso escandaloso de fondos públicos, ni una situación vergonzosa de corrupción. Atribuyo el mejor carácter de nuestros funcionarios públicos casi enteramente a los votos de las mujeres”.

“Realmente son hechos inspiradores”, concedí, “pero seamos justos. En Wyoming hay tres hombres por cada mujer, y ningún candidato podría resultar elegido a menos que los hombres también votaran por él. Entonces, ¿no merecen ellos tanto crédito por su elección como las mujeres?”

“Porque”, explicó el senador Carey rápidamente, “las mujeres son políticamente un factor incierto. Podemos ir entre los hombres y saber de antemano cómo van a votar, pero no podemos hacer eso con las mujeres; nos mantienen en suspenso. En los viejos tiempos, cuando íbamos a la reunión del partido, sabíamos qué propuestas conseguirían los votos de los rancheros, qué ganaría los votos de los mineros, qué ganaría los votos de hombres de diferentes nacionalidades; pero nunca sabíamos cómo ganar los votos de las mujeres hasta que comenzamos a nominar a nuestros candidatos. Entonces descubrimos de inmediato que si los demócratas nominaban a un hombre de carácter inmoral para un cargo, las mujeres votaban por su oponente republicano, y así fue cómo aprendimos la primera gran lección: que independientemente de las demás

calificaciones de un candidato para un cargo, en primer lugar debe contar con un expediente limpio. En los viejos tiempos, cuando nominábamos a un candidato, nos preguntábamos: ¿Puede captar el voto de la cantina?’ Ahora debatimos si será capaz de captar el voto de las mujeres. En lugar de cortejar a la cantina, hacemos campaña para el hogar”.

Después de la cena se celebró una gran reunión pública, en la cual íbamos a hablar la señorita Anthony y yo. La señora Jenkins, quien era presidenta de la Asociación de Sufragio del estado, presidió el acto y nos presentó a la asamblea. Luego agregó: “Les he presentado a ustedes, señoras, a su audiencia. Ahora me gustaría presentarles a su audiencia a ustedes”. Comenzó con los dos senadores y el miembro del Congreso, luego presentó al gobernador, al vicegobernador, al Superintendente de Educación del estado y a numerosos funcionarios estatales y de la ciudad. A medida que continuaba, la señorita Anthony se emocionaba cada vez más, y cuando las presentaciones terminaron, dijo: “Esta es la primera vez que he visto una audiencia reunida para el sufragio femenino compuesta por los funcionarios públicos de un estado. Nadie podrá vencerme ahora de que los hombres respetan a las mujeres sin poder político tanto como respetan a las mujeres que lo tienen; porque ciertamente en ningún otro estado de la Unión sería posible reunir a tantos funcionarios públicos bajo un mismo techo para escuchar los discursos de las mujeres”.

Durante la primavera siguiente volvimos al oeste con la señora Catt, Lucy Anthony, las señoritas Hay y Sweet y la secretaria de esta última, para llevar a cabo la campaña en la costa del Pacífico en 1896, organizada por la señora Cooper y su hija Harriet, de Oakland, ambas mujeres de notable capacidad ejecutiva. Aseguramos una sede en San Francisco y se puso a cargo a la señorita Hay, quien trabajó junto a un gran grupo de mujeres californianas. Fue la segunda vez en la historia de las campañas, la primera fue en Nueva York, que todo el dinero para llevar a cabo el trabajo fue recaudado por la gente del estado.

Los últimos días de la campaña fueron sumamente interesantes, y uno de los eventos importantes fue cuando el honorable Thomas Reed,¹³⁶

¹³⁶ Thomas Brackett Reed (1839-1902), durante su carrera política se centró en pelear contra el

entonces Presidente de la Cámara de Representantes, se manifestó por primera vez a favor del sufragio de manera pública. Si bien Reed ya se había expresado a favor de la causa en privado, nunca había hecho una declaración pública a nuestro favor. Un día en Oakland, la incansable e irresistible “Tía Susan” lo tomó desprevenido al persuadir a su hija, Kitty Reed, quien era su adoración, para que dijera solo una palabra a favor de nuestra enmienda. Cuando se levantó, no sabíamos si había prometido lo que ella pidió, y mientras avanzaba su discurso, nuestros corazones se hundían más y más, ya que todo lo que decía estaba alejado de nuestra causa. Pero terminó con estas palabras:

“Hay una enmienda constitucional pendiente que concede el sufragio a las mujeres. Las mujeres de California deben lograr el sufragio. Los hombres de California deben otorgárselo, y la siguiente oradora, la doctora Shaw, les explicará los motivos”.

La palabra fue pronunciada. Y aunque no fue una palabra muy contundente, vino de un hombre influyente, lo que sin duda nos ayudó.

El día de las elecciones, como siempre, trajo sorpresas y revelaciones. La señora Cooper preguntó a su cocinero chino cómo estaban votando los chinos, es decir, los chinos nacidos en el país que tenían derecho a votar, y él respondió alegremente: “¡Todos los chinos votan por Billy McKee y ‘NO’ a las mujeres!”. Resulta interesante señalar que ni un solo voto chino nos favoreció.

Durante todo el día fuimos de un lugar de votación a otro, y siempre recordaré la imagen de la señora Anthony y la esposa del Senador Sargent¹³⁷ deambulando juntas a las once de la noche, sus rostros cansados mostrando una creciente desesperación, ya que los resultados estaban en nuestra contra. Sin embargo, hicimos un buen esfuerzo. Cuando llegaron los recuentos finales, descubrimos que habíamos ganado desde el norte del estado hasta Oakland y desde el sur hasta San Francisco, aunque no por mayoría suficiente para superar los votos adversos de San

racismo en el sur de Estados Unidos.

¹³⁷ Aaron A. Sargent (1827-1887), político norteamericano que introdujo la que sería 19 Enmienda a la Constitución de Estados Unidos, que concede el voto a la mujer.

Francisco y Oakland. Con más de 230,000 votos emitidos, fuimos derrotadas por tan solo 10,000 votos. En San Francisco, el elemento de los salones y la sección más aristocrática de la ciudad se opusieron a nosotras, mientras que la sección ocupada por la clase trabajadora media estaba mayormente a favor de nuestra enmienda. Destaco especialmente esta campaña, en parte debido al espléndido trabajo realizado por las mujeres de California, pero también porque durante la misma elección, Utah e Idaho otorgaron el sufragio completo a las mujeres. Con ello, teníamos cuatro estados con sufragio: Wyoming, Colorado, Utah e Idaho y nos preparamos para futuras luchas con el corazón repleto de esperanza.

Por cierto, fue durante esta campaña en California cuando, sin pretenderlo en modo alguno, le causé una gran vergüenza a un joven digno. En una multitudinaria reunión celebrada en San Francisco, el Rabino Vorsanger, quien no estaba a favor del sufragio femenino, presentó la teoría alentadora de que tal vez dentro de mil años más ellas, las mujeres estarían preparadas para votar. Explicó que tras pasar un millar de años educando a las mujeres que estuvieran listas para librarse del corsé, podríamos llegar a tener la mujer ideal. Ese sería el momento de comenzar a hablar de su liberación.

Cuando el rabino terminó de hablar, la audiencia me instó a responderle, pero todo lo que dije fue que la mujer ideal se sentiría bastante sola, ya que ciertamente le llevaría otros mil años desarrollar al hombre ideal, capaz de ser su compañero. La noche siguiente, el profesor Howard Griggs de la Universidad de Stanford, concedió un discurso sobre la mujer moderna, tan admirablemente pensado y presentado que todos quedamos fascinados. Cuando terminó, la audiencia me volvió a pedir que hablara, y me levanté y cometí lo que mis amigos francamente llamaron “el peor error” de mi experiencia. La mujer ideal del Rabino Vorsanger aún estaba en mi mente, y había sido algo dura con los hombres en mi respuesta al rabino la noche anterior, así que me apresuré a reconocer plenamente a este joven y talentoso hombre. Dije que, aunque el rabino pensaba que nos llevaría mil años alcanzar una mujer ideal, puede que, después de todo, no se tardará tanto en conseguir a un hombre ideal. Nos acercábamos mucho a él en un orador que podía mostrar tal

habilidad, caballerosidad y amplitud de miras como lo había demostrado el Profesor Griggs.

Esa noche dormí con la conciencia tranquila y el corazón bienintencionado, y fue afortunado que así fuera, porque las noticias matutinas trajeron consigo una sorpresa que pondría a prueba mi temple y sentido del humor; ya que la portada de todos los diarios incluía titulares similares al siguiente:

LA DRA. SHAW HA ENCONTRADO
A SU HOMBRE IDEAL

Es probable que permanezca en California

El profesor Griggs era lo suficientemente joven como para ser mi hijo, ya estaba casado y era padre de dos hermosos hijos, pero la imaginación desbocada de los periodistas no dejó que estos hechos interfirieran con sus titulares. Durante toda la semana, los periódicos se llenaron de todo tipo de artículos, caricaturas y editoriales sobre mi hombre ideal, lo que me causó muchas molestias y algo de diversión, mientras sumía al profesor Griggs en una profunda melancolía. Al final, sin embargo, la experiencia resultó excelente para él, ya que la publicidad que recibió por su discurso lo llevó a decidirse a seguir una carrera como conferenciante, lo que finalmente hizo con gran éxito. Pero ninguno de nosotros ha escuchado aún el final del episodio del Hombre Ideal. Hace apenas unos años, cuando regresó a California después de una larga ausencia, uno de los principales periódicos dominicales del estado anunció la llegada del profesor Griggs publicando un artículo a página completa con su fotografía y la mía y este llamativo titular:

ELLA LO CREÓ

Y El Hombre Ideal de la Dra. Shaw
se Convirtió en el Ídolo de las Mujeres
Estadounidenses, que Gana 30,000 dólares al Año.

Tuvimos otras experiencias inusuales en California y la exhibición de abundancia por todas partes no fue lo menos impresionante de ellas. En una ciudad, después de una fuerte lluvia, recuerdo ver a varios niños raspando la suciedad de las alcantarillas, lavándola y encontrando

pequeñas pepitas de oro. Nos enteramos de que estos niños a veces ganaban dos o tres dólares al día de esta manera, y que las calles de la ciudad, creo recordar que se trataba de Marysville, contenían tanto oro que una empresa se ofreció nivelar toda la ciudad y repavimentar las calles a cambio del derecho de extraer el oro. Aunque esta historia recuerda a la que los estadounidenses les cuentan a los confiados visitantes de tierras extranjeras, resulta completamente cierta. De hecho, las pepitas eran tan numerosas que, durante una de nuestras reuniones, cuando estábamos recogiendo una colecta, sugerí alegremente que nuestra audiencia dejara caer algunas en la caja, ya que no habíamos recibido una pepita desde que llegamos al estado. No hubo pepitas en la colecta posterior, pero sí una nota que decía: “Si la dra. Shaw acepta una pepita de oro, me aseguraré de que no se vaya de la ciudad sin una”. Leí esto en voz alta y agregué: “Nunca he rechazado una pepita de oro en mi vida”.

Al día siguiente, recibí un alfiler hecho con una pepita de oro muy hermosa y, unos días más tarde, otro californiano me entregó un grupo de pepitas más pequeñas, que había lavado en un cucharón lleno de tierra y me insistió en que aceptara la mitad. No estaba acostumbrada a este tipo de generosidad, pero era característica del espíritu californiano. En ningún otro lugar, durante nuestros viajes, fuimos tratadas tan generosamente en todos los sentidos. Entre otros muchos ejemplos en este sentido puedo mencionar que en una ocasión el señor Leland Stanford¹³⁸ coincidió con nosotras en un tren y conoció a la señora Anthony. Como resultado de este encuentro fortuito, nos dio a todo el grupo pases para todas las líneas del ferrocarril *Southern Pacific*, para que las usáramos a lo largo de nuestra gira de conferencias. Nos mostraron una generosidad similar en todas partes, y la cuestión financiera no nos supuso un problema en ningún momento mientras trabajamos en California.

En nuestras campañas en Utah e Idaho, también disfrutamos de una gran cantidad de nuevas experiencias. Para mí, creo que la más memorable fue el sermón que prediqué en la Tabernáculo Mormón en Salt Lake City. Antes de salir de Nueva York, las mujeres mormonas me

¹³⁸ Leland Stanford (1824-1893), magnate del ferrocarril norteamericano y fundador de la prestigiosa Universidad de Stanford.

enviaron la invitación para impartir este sermón, y cuando llegué a Salt Lake City y las mujeres llamadas “gentiles” se enteraron del plan, me invitaron de inmediato a predicar a los “gentiles” esa misma noche del domingo en el *Salt Lake City Opera House*.

La mañana del sermón, me acerqué al Tabernáculo Mormón con mucho más temor del que usualmente experimentaba antes de entrar a un púlpito. No estaba segura de qué tipo particular de dificultad me esperaba, pero tenía una sospecha abismal de que algún tipo de problema me acechaba, y temblaba de anticipación. Afortunadamente, mi ansiedad no duró mucho. Llegué solo unos momentos antes de la hora fijada para el sermón, y me encontré con la congregación ya reunida y el Tabernáculo lleno, además de con la hermosa música del gran órgano. En el estrado, al que me escoltaron varios dignatarios importantes de la iglesia, estaba el arreglo característico de asientos mormones. La primera fila estaba ocupada por los diáconos y en el centro se ubicaba el púlpito, desde el que los diáconos predicaban. Encima de estos asientos se encontraba una segunda fila, ocupada por los ancianos ordenados, que contaban allí con su propio púlpito. La tercera fila estaba ocupada por los obispos y los más altos dignatarios de la iglesia, con el púlpito desde el cual los obispos predicaban; y detrás de todos ellos, formando un efectivo friso humano, estaba el realmente maravilloso coro mormón.

Como soy superintendente en mi iglesia, ocupé el púlpito en la fila intermedia de asientos, con los diáconos debajo de mí y los obispos justo a mis espaldas. Dispersos entre la congregación había cientos de “gentiles” listos para criticar cualquier concesión que pudiera hacer a la fe mormona; mientras que los mormones estaban igualmente alerta ante cualquier crítica implícita hacia ellos y su iglesia. El problema de predicar un sermón que ofreciera algún tipo de atractivo para ambos grupos humanos, sin ofender a ninguna, constituía un desafío complejo, que resolví de la mejor manera posible al dar un sermón que ya había dado en mi propia iglesia. Cuando terminé, no estaba segura de su efecto, pero al final del servicio uno de los obispos se inclinó hacia mí desde su lugar en la parte trasera y, para mi horror y diversión, me ofreció este tributo: “Ese es uno de los mejores sermones mormones que se hayan predicado en este Tabernáculo”.

Le agradecí el cumplido, pero en mi interior no pude evitar sentirme consternada. ¿Qué había dicho exactamente para causar esa impresión? Busqué en mi memoria, pero no pude recordar nada que lo justificara. Pasé el día en un estado de aprehensión nerviosa, esperando sinceramente alguna crítica franca de los “gentiles” por haber predicado un sermón mormón para congraciarme con los mormones y asegurar sus votos para la enmienda constitucional. Pero no se dijo nada similar. Esa noche, después del sermón a los “gentiles”, nos ofrecieron una recepción, y respiré profundamente cuando la esposa de un conocido clérigo se acercó a mí y se presentó con estas palabras:

“Mi esposo no pudo venir esta noche, pero escuchó su sermón esta mañana. Me pidió que le dijera lo contento que estaba de que, bajo condiciones tan inusuales, se pegara firmemente a las enseñanzas de Cristo”.

Al día siguiente, me sentí aún más tranquila. Nos ofrecieron una recepción en casa de una de las hijas de Brigham Young,¹³⁹ a la que acudió el presbítero mayor de la Iglesia Metodista Episcopal. Era un caballero franco y jovial, y cuando me estrechó la mano, dijo con entusiasmo: “Bueno, hermana Shaw, ciertamente les dio a nuestros amigos mormones la dosis más grande de metodismo que jamás hayan recibido”.

Después de esta experiencia, descubrí una vez más que lo que Frances Willard decía con tanta frecuencia es cierto: Toda verdad es nuestra verdad cuando llega a nuestros corazones; simplemente la bautizamos según nuestras creencias individuales.

Durante mi visita, tuve una conversación interesante con varias mujeres jóvenes mormonas. Debía salir de la ciudad en el tren de medianoche y unas veinte de ellas, incluidas cuatro hijas de Brigham Young, vinieron a mi hotel para acompañarme hasta la hora de ir a la estación. Llenaron la habitación, sentándose alrededor como escolares en el suelo, e incluso en la cama. Se trataba de una oportunidad única de algunas cosas que deseaba saber, y no pude resistirme.

“Quiero hacerles algunas preguntas”, comencé, “y una o dos de ellas pueden parecer impertinentes. Pero no serán formuladas con ese

¹³⁹ Brigham Young (1801-1877), segundo presidente de *La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días* y primer gobernador del actual Estado de Utah.

espíritu, y por favor no respondan si las incomoda”.

Se miraron entre sí y luego me dijeron que hiciera todas las preguntas que quisiera.

“En primer lugar”, dije, “me gustaría conocer qué actitud mantiene hacia la poligamia la generación actual de mujeres mormonas. ¿Creen todas ustedes en ella?”

Me aseguraron que sí.

“¿Cuántas de ustedes”, pregunté entonces, “son esposas polígamas?”

Ninguna de ellas lo era. “Pero”, insistí, “si realmente creen en la poligamia, ¿por qué algunos de sus esposos no tienen más de una esposa?”

Hubo un momento de silencio mientras cada mujer miraba a su alrededor como esperando que otra respondiera. Finalmente, una de ellas dijo lentamente:

“En mi caso, yo fui la única culpable. Durante años no fui capaz de aceptar que mi esposo tomara otra esposa, aunque lo intenté mucho. Para cuando superé mi objeción, se aprobó una ley que prohibía la poligamia”.

Otra miembro del grupo se apresuró a contar su historia. Ella había tenido una lucha espiritual similar, y justo cuando llegó al punto en que estaba dispuesta a que su esposo tomara otra esposa, él murió. En ese momento, la habitación se llenó de voces entusiastas. Cuatro o cinco mujeres estaban contando al mismo tiempo que ellas también habían sido reacias al principio, y que cuando habían llegado al punto de consentir, esto, aquello u otra causa había impedido que sus esposos se volvieran a casar. Todas estaban apasionadamente comprometidas y me miraban con un desconcertado asombro cuando estallé en risas espontáneas que no podía contener.

“¡Qué afortunadas fueron todas ustedes!” exclamé burlonamente. “Ninguna de ustedes llegó al punto de consentir la presencia de una segunda esposa en su hogar hasta que fue imposible para sus esposos casarse de nuevo”.

Se sonrojaron un poco por eso y luego rieron conmigo; pero no se defendieron contra la insinuación implícita, y viré la conversación a temas

menos personales. Descubrí que muchos de los jóvenes mormones estaban casándose con mujeres fuera de la Iglesia, y que dos de los hijos de un destacado líder mormón se habían casado y vivían muy felices con chicas católicas.

En ese momento, el candidato mormón para el Congreso (un hombre llamado Roberts) era un acérrimo oponente del sufragio femenino. Las mujeres mormonas me rogaron que lo desafiara a un debate sobre el tema, lo cual hice, pero el Sr. Roberts rechazó el desafío. La razón de su negativa, que hizo pública a través de los periódicos, fue desalentadora. Explicó que no debatiría conmigo porque no estaba dispuesto a rebajarse al nivel intelectual de una mujer.

PRESIDENTA DE “LA NACIONAL”

En 1900, la señorita Anthony, que entonces tenía ya más de ochenta años, decidió que debía renunciar a la presidencia de nuestra Asociación Nacional, y la cuestión de la sucesora que elegiría se convirtió en importante. Se concedió que solo había dos candidatas en su mente: la señora Carrie Chapman Catt y yo misma. Durante varios meses, le dimos al mundo del sufragio un inusual espectáculo de rivalidad vigorosa. La señorita Anthony confiaba mucho en ambas y creo que para ella fue una decisión sumamente difícil de tomar. Por un lado, yo había sido vicepresidente y su compañera casi constante durante doce años, y ella se había acostumbrado a considerarme como su sucesora. Por otro lado, la señora Catt había sido presidenta del comité de organización y, a través de su espléndida habilidad ejecutiva, había hecho crecer a nuestra organización en muchos estados. Desde la señorita Anthony hasta el último de nosotros, reconocíamos sus crecientes habilidades y, además, ella tenía abundantes recursos de los que yo carecía.

Para mí, no había duda acerca de que era una mejor candidata a la presidencia y veía en ella a la sucesora lógica. De hecho, estimaba que era la única posible y así se lo dije a “Tía Susan”, con toda la elocuencia que pude, mientras al mismo tiempo señora Catt le ofrecía una serie de apasionados elogios acerca de mi persona. Fue una situación inusual y muy agradable, y tuvo dos excelentes resultados: simplificó el problema de “Tía Susan” al eliminar el elemento de ambición personal, y condujo a su elección eventual de la señora Catt como su sucesora.

Aquí admitiré por primera vez que al abogar por la señora Catt para el cargo hice el mayor sacrificio de mi vida. Mi máxima ambición había sido suceder a la señorita Anthony, porque nadie que la conociera como yo podía subestimar el honor de ser elegida por ella para continuar su trabajo.

En la convención de Washington de ese año, ella rechazó formalmente la nominación para la reelección, como todos esperábamos, y luego, al

ser instada a elegir a su propia sucesora, dio un paso adelante para hacerlo. Fue una hora difícil, ya que su alma ardiente resentía las limitaciones impuestas por su cansado cuerpo, y para una persona trabajadora, la experiencia más penosa en la vida es verse obligado a dejar su trabajo por mandato de la vejez. Habló acerca de esta cuestión brevemente, pero con voz temblorosa; y luego, en virtud del entendimiento entre las tres, presentó a la señora Catt como sucesora con todo el orgullo y la esperanza que una madre podría sentir al presentar a una hija.

Su confianza resultó ser completamente justificada. La señora Catt fue una presidenta admirable y durante cada momento de los cuatro años que ocupó el cargo, contó con el apoyo entusiasta y sincero de la señorita Anthony, mientras que yo, en mi cargo continuo de vicepresidenta, hice todo lo posible por ayudarla en todos los sentidos. En 1904, sin embargo, la señora Catt fue elegida presidenta de la Alianza Internacional del Sufragio, como mencioné antes, y ese mismo año renunció a la presidencia de nuestra Asociación Nacional, ya que su salud no resistiría la carga de conciliar ambos cargos.

La señorita Anthony me instó a aceptar la presidencia de la Asociación Nacional, lo cual yo no deseaba en absoluto; había perdido mi ambición de ser presidenta y había otras razones, en las que no entraré aquí, por las cuales sentía que no podía aceptar el puesto. Sin embargo, al final, la señorita Anthony me ordenó que asumiera el cargo, y no quedó más que obedecer. Ella tenía entonces ochenta y cuatro años y, como resultó, le quedaban solo dos años de vida. No era el momento para rebelarme contra sus deseos; pero lo hice con el corazón más pesado que jamás haya llevado, y después de mi elección como presidenta en la convención nacional de Washington, me retiré del escenario, me fui a un rincón oscuro del escenario y por primera vez desde mi juventud, “lloré hasta caer desfallecer”.

En la labor que emprendí me encontré muy sola. La señora Catt estaba realmente enferma y había que preservar la fuerza de “Tía Susan” en todos los sentidos. Ninguna de las dos pudo brindarme mucha ayuda, aunque cada una hizo todo lo que debía y más. La señora Catt, cuyo esposo había muerto recientemente, estaba en un estado de profunda desesperación y parecía sentir que el futuro era terriblemente sombrío.

Mi remedio personal para la tristeza es el trabajo, y me pareció que tanto física como mentalmente, ella se beneficiaría de una combinación inteligente de viaje y esfuerzo. Durante mi vida, solo he tenido dos ambiciones: la primera, como ya he confesado, era la de suceder a la señorita Anthony como presidenta de nuestra asociación; la segunda era dar la vuelta al mundo, llevando el ideal del sufragio femenino a cada país y estableciendo una sociedad de sufragio en cada uno de ellos. Mucho antes de la creación de la *Alianza Internacional del Sufragio*, había soñado con eso y, aunque el sueño se había alejado mientras lo perseguía a lo largo de mi vida, nunca lo había perdido por completo de vista. Ahora me di cuenta de que para mí nunca podría ser más que un sueño. Nunca podría esperar tener suficiente dinero a mi disposición como para llevarlo a cabo, y se me ocurrió que, si la señora Catt lo emprendiera como presidenta de la Alianza Internacional del Sufragio, los resultados serían de gran beneficio tanto para la Causa como para ella.

En mi primera visita después de la muerte de su esposo, le sugerí este plan, pero ella respondió que le era imposible ni si quiera plantearse. Sin embargo, no dejé de pensar en ello y, en la siguiente Conferencia Internacional, celebrada en Copenhague en 1907, sugerí a algunos delegados que presentáramos el asunto como una resolución, solicitándole a la señora Catt que diera la vuelta al mundo en nombre del sufragio femenino. Aprobaron la sugerencia con entusiasmo, así que la respaldé con un discurso que exponía todo el plan y la peculiar aptitud de la señora Catt para esta empresa. Varios meses después, la señora. Catt y la dra. Aletta Jacobs,¹⁴⁰ presidenta de la Asociación Holandesa del Sufragio, emprendieron su gira mundial; y no fue hasta después de su partida que me di cuenta completamente de que las dos grandes ambiciones personales que había acariciado en mi vida acababan de hacerse realidad no por mí, sino por otra persona a la que yo le había prestado mi total colaboración.

En 1904, después de mi elección como presidenta, recibimos una petición formal de la Junta Directiva de la exposición que se celebraría en

¹⁴⁰ Aletta Jacobs (1854-1910), doctora en medicina, inventora y activista en favor del sufragio en los Países Bajos.

Portland, Oregón, instándonos a celebrar nuestra próxima convención anual allí, coincidiendo con la exposición. Fue la primera vez que un importante grupo de hombres nos reconoció de esta manera, y respondimos con gusto. Los hombres de Oregón reconocieron que éramos un factor político importante, por lo que todos los partidos políticos del estado pidieron estar representados en nuestra plataforma. Así pues, dedicamos una noche entera de la convención a los representantes que los diferentes partidos habían elegido para apoyar el movimiento sufragista. Así fue como comenzamos en Oregón el buen trabajo que continuamos en 1906 y cuyos frutos llegaron el año 1912.

Después de la “Noche del Sufragio”, la característica más interesante de la exposición para nosotras fue la inauguración de la estatua de Sacca-wagea,¹⁴¹ la joven india que lideró la expedición de Lewis y Clark a través de los peligrosos pasos de las cadenas montañosas del Noroeste hasta que llegaron a la costa del Pacífico. Esta estatua, presentada a la exposición por las mujeres de Oregón, es el tributo tardío del estado a su pionera más valiente y no hay nadie que pueda contemplar el noble rostro de la joven india, cuya mano extendida señala el océano, sin maravillarse de la ingratitud de una nación que ignoró su servicio supremo. A Sacca-wagea le debemos la expansión del país por todo el oeste. No había nadie para guiar a Lewis y Clark excepto esta india, que era la única que conocía el camino y ella condujo a todo el grupo, llevando a su bebé en la espalda. Solo tenía dieciséis años, pero fue capaz de hacer que todos los hombres llegaran sanos y a salvo, a pesar de las innumerables dificultades y peligros casi sin precedentes. Fue ella la que los cuidó cuando cayeron enfermos y dio muestras de un coraje y una resistencia inquebrantables, hasta que finalmente llegó a la costa del Pacífico, donde su estatua se encuentra ahora, señalando el amplio recorrido del río Columbia mientras fluye hacia el mar.

Esta muestra de reconocimiento por parte de las mujeres es el único reconocimiento que recibió en toda su vida. Tanto Lewis como Clark le

¹⁴¹ Sacca-wagea (1788-1812), mujer india de la tribu shoshone que acompañó las campañas de exploración del oeste norteamericano comandadas por Lewis y Clark en 1804 y 1806. Mantengamos la grafía inglesa, aunque en ocasiones se escribe en nuestro idioma como Sacajawea.

estaban sinceramente agradecidos y le recomendaron encarecidamente al gobierno que le concediera una recompensa; pero este no le dio absolutamente nada, aunque todos y cada uno de los hombres a los que ella había conducido recibieron una gran extensión de tierra como gratificación. La tradición dice que quedó amargamente decepcionada, como bien podía estarlo, y su mente india debió haber estado triste y confundida. Pero es cierto que no la trataron peor que a las miles de mujeres pioneras blancas que la siguieron; y allí, parada hoy en la orilla de su río, todavía parece reflexionar con tristeza sobre las extrañas costumbres de la nación a la que sirvió de manera tan noble.

Durante la campaña de Oregón en 1906 se hizo realidad uno de los deseos más queridos de la señorita Anthony y todos los que la amábamos comenzamos esa labor poco después de su muerte. En el otoño anterior a su partida, se estableció una sede en Oregón, y la señorita Laura Gregg fue elegida presidenta, con la señorita Gale Laughlin como su colaboradora. Dado que el dinero para este esfuerzo fue recaudado por la Asociación Nacional, se decidió, después de cierta discusión, permitir que la Asociación Nacional desarrollara el trabajo en Oregón, que era un estado difícil de conquistar y que sin duda presentaría innumerables dificultades que, en efecto, no tardaron en llegar.

Como primer paso, la Legislatura no había presentado una enmienda; sin embargo, dado que la iniciativa y el referéndum eran ley en Oregón, la enmienda se presentó mediante una iniciativa. La tarea de obtener las firmas necesarias no resultó sencilla, pero finalmente se logró el número suficiente de firmas, las cuales fueron verificadas, y las autoridades emitieron la proclamación necesaria para la votación, que tendría lugar en una elección especial el 5 de junio. Nuestro trabajo de campaña se llevó a cabo de manera extensiva, pero las distancias eran grandes y los trabajadores escasos, lo que afectó gravemente a la salud de Miss Gregg.

Todo esto estaba sucediendo durante la última enfermedad de la señorita Anthony, que nos mantenía en un estado continuo de preocupación.

Ella me instruyó a ir a Oregón inmediatamente después de su muerte y llevar a su hermana Mary y a su sobrina Lucy conmigo, y seguimos esas

órdenes una semana después de su funeral, llegando a Portland el tercer día de abril. Sin embargo, había sobreestimado mis fuerzas, lo que quedó claro cuando me desmayé al bajar del tren, para horror de la amigable delegación que allí nos esperaba. Las mujeres de Portland me cuidaron con mucho cariño, y en unos días estuve lista para trabajar, pero nos encontramos condiciones incluso peores de lo que nos temíamos. La señorita Gregg había colapsado por completo y no podía darnos información sobre lo que se había hecho o planeado, por lo que tuvimos que empezar desde cero. La señorita Laura Clay, quien había estado trabajando en Portland durante algunas semanas, resultó ser un gran apoyo, y pronto recibimos ayuda adicional de Ida Porter Boyer, quien se hizo cargo del departamento de publicidad. Durante las últimas seis semanas de la campaña, Alice Stone Blackwell, de Boston, también se unió a nosotros, mientras que Kate Gordon se encargó de la organización en la ciudad de Portland y de las reuniones en salones. La señorita Clay se dirigió al interior del estado, donde Emma Smith DeVoe¹⁴² y otros oradores también estaban trabajando, y yo pasaba mi tiempo entre la sede de la oficina y “el camino”, a menudo trabajando en mi escritorio hasta que era hora de apresurarme a tomar un tren hacia alguna ciudad donde debía realizar una reunión nocturna. Las señoritas Mary y Lucy Anthony se dedicaron al trabajo de oficina en la sede de Portland, donde nos brindaron una valiosa ayuda. Siempre he creído que habríamos logrado la aprobación del sufragio femenino en Oregón ese año si no fuera por el desastre del terremoto de California, que desvió la atención de los hombres del Oeste hacia cualquier cosa que no fuera esa gran catástrofe.

El día de las elecciones daba la impresión de que los cielos se hubieran abierto para descargar inundaciones sobre nosotros. Nunca en mi vida había visto una lluvia tan incesante y despiadada, y tampoco la he vuelto a ver desde entonces. Sin embargo, las mujeres de Portland salieron en masa, lideradas por la señora Sarah Evans, presidenta de la Federación de Clubes de Mujeres del Estado de Oregón, mientras que durante todo el día la doctora Pohl me llevaba en su automóvil, de un lugar de

¹⁴² Emma Smith DeVoe (1848-1927), sufragista estadounidense cuya contribución a la Causa hace que se la suela considerar como a una de las madres del sufragio femenino en el país.

votación a otro. En cada lugar, encontramos mujeres que soportaban pacientemente la lluvia mientras trataban de persuadir a los hombres para que votaran a nuestro favor. Les distribuimos sándwiches, coraje e inspiración, e intentamos animar de la misma manera a las mujeres que actuaban como apoderadas, cuya presencia habíamos asegurado por primera vez ese año. Se habían designado a dos mujeres para cada lugar de votación, pero la forma en que logramos su presencia arroja luz sobre las dificultades a las que estábamos haciendo frente. Tuvimos que persuadir a los candidatos masculinos para que seleccionaran a estas mujeres como observadoras y los únicos hombres que se dejaron persuadir fueron aquellos que se postulaban en listas minoritarias y no tenían esperanzas de ser elegidos: los prohibicionistas, los socialistas y los candidatos del partido laborista.

El resultado de las elecciones nos enseñó varias cosas. Se nos había dicho que todos los prohibicionistas y socialistas votarían a nuestro favor. En cambio, descubrimos que el porcentaje de votos a favor del sufragio femenino era más o menos el mismo en todos los partidos políticos, y que cuando el votante emitía un voto directo, sin la independencia suficiente para elegir por su cuenta lo que estimara más justo, generalmente ese voto nos perjudicaba. En cambio, cuando el votante elegía él mismo, el voto generalmente estaba a nuestro favor, sin importar a qué partido político perteneciera el hombre.

Otro descubrimiento interesante fue que el voto temprano por la mañana era favorable a nuestra causa, ese era el voto que emitían los trabajadores, que iban camino a su trabajo.

Durante el mediodía y por la tarde, cuando la clase ociosa se dirigía a los centros de votación, el voto era contrario a nuestros intereses. El voto tardío, emitido cuando los hombres regresaban del trabajo, nuevamente estaba en gran parte a nuestro favor, y sacamos algunas conclusiones de este hecho.

Además, por primera vez en la historia de cualquier campaña, los anti sufragistas se organizaron en nuestra contra. En Portland, había un pequeño grupo de mujeres con sentimientos anti sufragistas, y había otras en el estado que se organizaron en una sociedad anti sufragista y llevaron

a cabo una guerra más o menos activa. En esta campaña, por primera vez, se distribuyeron tarjetas obscenas dirigidas contra las sufragistas en los centros de votación; y aunque ciertamente no acuso a los anti sufragistas de Oregón de distribuirlas, es un hecho que las tarjetas fueron distribuidas como provenientes de los anti sufragistas, sin duda por algún elemento malintencionado entre los hombres que tenía sus propias razones para oponerse a nosotros. Los “antis” también sufrieron en esta campaña por la “perniciosa actividad” de su portavoz, un abogado con una reputación poco envidiable. Después de que concluyera la campaña, este hombre declaró que sus servicios le habían costado a los anti sufragistas 300.000 dólares.

En 1907, O. H. P. Belmont¹⁴³ comenzó a mostrar interés en la causa del sufragio y, a través de la influencia de varios líderes del movimiento, especialmente de la señora Ida Husted Harper, decidió ayudar en el establecimiento de la sede nacional en el estado de Nueva York. Durante mucho tiempo, la sede de la asociación había estado en Warren, Ohio, en el hogar de la señora Harriet Taylor Upton,¹⁴⁴ quien entonces era tesorera nacional, y se consideró que trasladarla a una ciudad más grande tendría un gran impacto en el desarrollo del trabajo. En 1909, la señora Belmont asistió como delegado a la reunión de la Alianza Internacional del Sufragio en Londres, y su interés en la causa se intensificó. Se convenció de que la sede de la asociación debería estar en la ciudad de Nueva York, y en nuestra convención en Seattle de ese mismo año, presenté a los delegados su generosa oferta de pagar el alquiler y mantener un departamento de prensa durante dos años, a condición de que la sede nacional se estableciera en Nueva York.

Esta propuesta fue aceptada con gran gratitud, y rápidamente inauguramos la sede en uno de los edificios mejor situados de la Quinta Avenida. La sabiduría del cambio quedó demostrada de inmediato por el extraordinario crecimiento del trabajo. Durante nuestro último año en Warren, por ejemplo, los ingresos por la venta de nuestras publicaciones oscilaron

¹⁴³ Oliver Hazard Perry Belmont (1858-1908), banquero norteamericano y fundador de la revista *Verdict*.

¹⁴⁴ Véase nota al pie número 106.

entre los 1.200 y los 1.300 dólares. Durante el primer año en Nueva York, los ingresos por ventas fueron de entre 13.000 y 14.000 dólares, y en el resto de departamentos se produjo un crecimiento similar.

Al cabo de dos años, la señora Belmont dejó de apoyar el departamento de prensa o pagar el alquiler, pero su ayuda oportuna nos puso en pie, y pudimos continuar nuestro espléndido progreso y cubrir nuestros gastos.

El evento especial de 1908 fue la exitosa culminación del fondo que la presidenta M. Carey Thomas de Bryn Mawr y la señorita Mary Garrett habían prometido recaudar para la causa en 1906. Por un tiempo después de la muerte de la señorita Anthony, no se mencionó más sobre esto, pero yo sabía que esas dos incansables amigas no estaban inactivas, y “Tía Susan” había fallecido con la bendita convicción de que su éxito era seguro. En 1907 recibí una carta de la señorita Thomas informándome que el proyecto estaba avanzando; y más tarde me envió un esquema de su plan, que consistía en pedir a un cierto número de personas adineradas que donaran quinientos dólares al año cada una durante varios años. En total, se recaudaría un fondo de 60.000 dólares, de los cuales tendríamos 12.000 al año durante cinco años; 4.500 de esos 12.000 se destinarían como salarios para tres oficiales activos, y los 7.500 dólares restantes se utilizarían para el trabajo de la asociación. El fondo debía haberse recaudado por completo para el día 1 de mayo de 1908, agregó, o se abandonaría el plan.

Estaba de gira dando conferencias en Ohio en abril de 1908 cuando, una noche, mientras me preparaba para dirigirme al lugar donde se celebrar, sonó el teléfono. “Larga distancia”, dijo la operadora, y al siguiente minuto una voz que reconocí como la de la señorita Thomas me ofreció sus felicitaciones. “El último dólar de los 60,000”, agregó, “se recaudó a las cuatro de la tarde de hoy”.

Me sentí tan abrumada por la noticia que dejé caer el auricular y temblé en un violento ataque nervioso, y este temblor continuó durante toda mi conferencia. No parecía posible que tal carga pudiera ser aliviada de mis hombros; 7.500 dólares al año serían de gran ayuda para nuestro trabajo, y 4.500 al año, aunque se dividieran entre tres oficiales, serían

una ayuda muy bienvenida todos. Como se acordó posteriormente, los salarios no nos llegaban a través de la tesorería de la Asociación Nacional; sino que eran pagados directamente por la señorita Thomas y la señorita Garrett como custodios del fondo. Así que es completamente cierto decir que nunca se han pagado salarios a los oficiales de la Asociación Nacional.

Tres años después, en 1911, recibí otra sorpresa gloriosa en una carta aparentemente inocente. Era una de muchas en un correo abultado, y la abrí distraídamente, pues el día había estado repleto de problemas.

La escritora expresó muy sencillamente que deseaba poner una gran cantidad de dinero en mis manos para invertir, disponer y utilizar para la causa como yo considerara más conveniente. El asunto debía ser un secreto entre nosotras, y no deseaba que se le rindieran cuentas posteriores, pues tenía plena confianza en mi capacidad para utilizar el dinero de la mejor manera posible.

La propuesta me dejó aturdida, pero reuní fuerzas y respondí que estaba infinitamente agradecida, pero que la cantidad que mencionó era grande y preferiría compartir la responsabilidad de su distribución. ¿Podría seleccionar al menos a otra persona para compartir el secreto y actuar conmigo? Ella respondió, diciendo que si insistía en tener una confidente, que hiciera la selección, y le envié los nombres de las señoritas Thomas y Garrett, sugiriendo que como la señorita Thomas había hecho tanto trabajo en conexión con el fondo de 60,000 dólares, podría estar dispuesta a aceptar el trabajo detallado de este fondo. Mi amiga respondió que cualquiera de estas damas sería perfectamente satisfactoria para ella. Ella las conocía a ambas, dijo, y yo podía arreglarlo como quisiera, ya que estaba completamente en mis manos.

Utilicé este dinero en las campañas estatales posteriores, y estoy muy segura de que en gran medida las victorias en Arizona, Kansas y Oregón en 1912, y en Montana y Nevada en 1914 se deben a esta donación. Nos permitió establecer por primera vez una sede, contratar personal de oficina y contratar oradores de campaña. También gasté parte en los estados que perdimos entonces, pero que ganaremos más adelante:

Ohio, Wisconsin y Michigan, utilizando en total más de quince mil dólares. En septiembre de 1913, recibí otro cheque de la misma amiga, lo que demostraba que estaba satisfecha con los resultados que habíamos logrado.

“Va para ti con mi amor”, escribió, “y mis sinceros deseos de un mayor éxito, especialmente el logro de tu fiel, entusiasta y espléndido trabajo por nuestra amada causa. ¡Qué bendición que seas nuestra presidenta y líder!”

Solo había hablado con esta mujer dos veces en mi vida, y no la había visto durante años cuando recibí su primer cheque; por lo tanto, su confianza en mí fue un regalo aún mayor que su donación a nuestra causa.

CAMPAÑAS RECIENTES

El intervalo entre la victoria en Idaho y Utah en 1896 y la de Washington en 1910 resultó muy largo para los defensores de la causa. Seguíamos trabajando tan duro como siempre, incluso más duro, ya que la oposición contra nosotros se estaba fortaleciendo a medida que nuestros oponentes se daban cuenta de lo que significaría el triunfo del sufragio femenino para el mundo subterráneo, los corruptos y los sepulcros blanqueados en la función pública. Pero en 1910 nos alegró la victoria en Washington, seguida al año siguiente por la conquista de California. Luego, con nuestro espléndido año de 1912, llegaron las victorias en tres estados: Arizona, Kansas y Oregón, precedidas por una campaña llena de entusiasmo e interés que merece una breve crónica.

Para empezar, en 1912 llevamos a cabo el mayor número de campañas que jamás hayamos emprendido, trabajando en seis estados donde se estaban debatiendo enmiendas constitucionales: Ohio, Michigan, Wisconsin, Oregón, Arizona y Kansas. Personalmente, comencé mi trabajo en Ohio en agosto, con la modesta aspiración de hablar en cada una de las principales ciudades de cada uno de estos estados. En Michigan, conté con la valiosa ayuda de la señora Lawrence Lewis, de Filadelfia, y visité en esta ocasión la región de mi antiguo hogar, que había cambiado mucho desde los días de mi juventud, donde hablé con los viejos amigos y vecinos que salieron en masa para darme la bienvenida. Mostraron su mayor interés de la manera más satisfactoria, al llevar adelante la enmienda en su parte del estado.

Se esperaban al menos cuatro o cinco discursos al día, y como siempre, viajábamos en todo tipo de vehículos, desde vagones de carga hasta automóviles franceses de ochenta caballos de fuerza. En Eau Clair, Wisconsin, hablé en las carreras, justo después de que pasara una procesión de ganado. Al final de la procesión iba una mujer en una carreta de bueyes, como recuerdo de los días de los pioneros. Llevaba un vestido de calicó y una cofia, y manejaba su equipo de bueyes con habilidad

genuina; y el último toque a la imagen lo proporcionaba la presencia de un hermoso aeroplano que revoloteaba en el aire sobre ella. La comparación evidente era demasiado buena para ignorarla, así que les dije a mis oyentes que sus mujeres de hoy todavía viajaban en carretas de bueyes mientras los hombres volaban por el aire, y que el trabajo de las mujeres solo se podría hacer adecuadamente cuando se les permitiera volar también.

En Oregón se unió a nosotros la señorita Lucy Anthony. Allí, en Pendleton, hablé durante la gran “reunión”, por la noche en la calle, donde miles de jinetes, vaqueros, indios y rancheros, montaban a caballo arriba y abajo, tocando cuernos, gritando y cantando. Parecía imposible interesar a una audiencia en tales condiciones, pero evidentemente a los hombres les gustaba la variedad, porque cuando comenzamos a hablar, se calmaron y se acercaron a nosotros hasta que tuvimos una audiencia que llenaba las calles en todas direcciones y hasta donde alcanzaban nuestras voces. Nunca hemos tenido oyentes más corteses y entusiastas que esos jinetes, salvajes y felices. Lo mejor de todo es que no solo aclamaron nuestros sentimientos, sino que respaldaron sus aclamaciones con sus votos. Hablé desde un automóvil, y cuando terminé, uno de los vaqueros se acercó a mí y me pidió mi dirección en Nueva York. “Le escribiré más tarde”, dijo, tras apuntarla. Un tiempo después, recibí un gran estandarte de lino, en el que había hecho un soberbio dibujo a pluma de sí mismo y su caballo, y en cada esquina había dibujos de escenas en los diferentes estados donde las mujeres votaban, junto con ilustraciones de todos los detalles del equipo de vaquero. Sobre ellos había dibujado las palabras:

SUFRAGIO FEMENINO - TODOS ESTAMOS A FAVOR.

Esta banderola cuelga hoy en nuestra sede nacional.

En California, el señor Edwards me presentó el dinero para comprar el diamante en el alfiler de la bandera de la señorita Anthony, que representaba la victoria de su estado el año anterior; y en Arizona, uno de los momentos más destacados de la campaña fue el espléndido esfuerzo de

la señora Frances Munds,¹⁴⁵ presidenta estatal, y la señora Alice Park,¹⁴⁶ de Palo Alto, California, quienes llevaban adelante el trabajo en su sede con tremenda valentía y, al parecer, casi sin ayuda. La especialidad de la señora Park era la distribución de literatura de sufragio, que circulaba con notable juicio. El Gobernador de Arizona estaba a favor de nuestra causa, pero había tan pocos trabajadores activos disponibles que, al menos para mí, ganar el estado fue una agradable sorpresa.

En Kansas, nos aprovechamos un poco del prestigio de Champ Clark,¹⁴⁷ quien estaba haciendo discursos políticos en la misma región. En una estación, una banda de música y una gran multitud esperaban el tren del señor Clark justo cuando llegó nuestro tren. Entonces las sufragistas locales persuadieron a la banda para que tocara también para nosotros, y yo di un discurso con el inspirador acompañamiento de “Hail to the Chief”.¹⁴⁸ Los pasajeros de nuestro tren quedaron muy impresionados, pensando que todo era para nosotros y yo estaba feliz por tener la oportunidad de hablar con tantos hombres relevantes; así que todos estábamos contentos.

En la Casa de los Soldados en Leavenworth, les hablé a los ancianos acerca de los días en que mi padre y mis hermanos nos dejaron en la naturaleza salvaje y mi madre y yo cuidamos del hogar mientras ellos luchaban en el frente. Siempre he creído que gran parte del gran número de votos que recibimos en Leavenworth fue emitido por esos viejos soldados.

Nadie que conozca las condiciones duda que realmente ganamos Michigan ese año, así como los otros tres estados, a pesar de que se hicieron cosas extrañas en el recuento. Por ejemplo, en un distrito de Detroit se contaron cuarenta votos más en contra de nuestra enmienda que votantes registrados tenía el distrito. En otros distritos había siete u ocho votos más que votantes. Bajo estas condiciones, no es sorprendente que, después del

¹⁴⁵ Frances Munds (1866-1948), sufragista que llegó a ser Senadora por Arizona entre 1915 y 1917.

¹⁴⁶ Alice Elizabeth Locke (1861-1961), socialista y sufragista norteamericana.

¹⁴⁷ James Beauchamp Clark (1850-1921), congresista norteamericano demócrata entre los años 1897 y 1921.

¹⁴⁸ Himno personal del Presidente de los Estados Unidos.

enérgico recuento que siguió a los primeros informes generalizados de nuestro éxito, Michigan fue declarado perdido para nuestra causa.

La campaña de 1914, en la que ganamos Montana y Nevada, merece una mención especial aquí. También debo expresar mi pesar de que, como este libro estará en la imprenta antes de que termine la campaña de 1915, no puedo incluir en estas reminiscencias los resultados de nuestro trabajo en Nueva York y otros estados.

Para comenzar la campaña de 1914, pasé un día en Chicago, de camino a Dakota del Sur, para participar en una obra de teatro sobre el sufragio que se llevaría al cine. Fue mi primera experiencia como actriz, y la encontré agotadora. Como modesto comienzo, me ordenaron dar un discurso de treinta y tres segundos, lo cual era una tarea, ya que el tiempo de que suelo contar para dar un discurso es de una hora. El gerente me aseguró, sin embargo, que un discurso de treinta y tres segundos ocupaba más de ocho metros de película, ¡suficiente, pensó él, para convertir incluso a un vicegobernador!

Las campañas en Dakota, como de costumbre, se convirtieron en hazañas de resistencia física, en las que me inspiró el excelente ejemplo de los presidentes estatales: el señor John Pyle,¹⁴⁹ de Dakota del Sur y la señora Clara V. Darrow,¹⁵⁰ de Dakota del Norte. Todos los días hacíamos discursos desde el estribo trasero de los trenes en los que viajábamos, a veces solo dos o tres veces, a veces media docena. Un día recorrí más de 150 kilómetros en un automóvil y hablé en cinco ciudades diferentes. Otro día tuve que hacer un viaje en un vagón de carga. Fue, con algunas excepciones, el viaje más accidentado que había experimentado hasta entonces, y me costó seis horas llegar a mi destino. Mientras recogía horquillas y me reponía para salir del vagón al final del viaje, le pregunté al conductor cuánto habíamos viajado.

“62 kilómetros”, dijo, de forma concisa.

¹⁴⁹ John Levis Pyle (1860-1902), político Republicano que llegó a ser Fiscal General del estado de Dakota del Sur.

¹⁵⁰ Clara V. Darrow (1860-1915), sufragista norteamericana cuyo panfleto de 1914, “I Want to Vote” alcanzó un notable eco en la sociedad del país.

“Eso significa 62 kilómetros HACIA ADELANTE”, murmuré.
“¿Cuánto de arriba a abajo?”

“Oh, unos 150 kilómetros de arriba a abajo”, sonrió el conductor, y el intercambio de comentarios jocosos nos animó a ambos.

Aunque no ganamos, conservo recuerdos muy agradables de Dakota del Norte, ya que la señora Darrow¹⁵¹ me acompañó durante toda la campaña y se hizo cargo de todo lo demás, para que yo solo tuviera que preocuparme por los discursos.

En Montana, el día más interesante fue el de la Feria Estatal, que terminó con un desfile de sufragistas que me pidieron encabezar. En esta ocasión, las sufragistas querían que usara mi toga y birrete y la capa de doctora, pero como no había llevado esas prendas conmigo, llevé con orgullo la toga y el birrete del ministro unitario, que me los prestó.

Fue un desfile pequeño, aunque realmente hermoso, y todos los trajes para el desfile fueron diseñados por la presidenta estatal, la señorita Jeanette Rankin, a quien, por cierto, junto con sus amigos, se debe en gran medida el triunfo en Montana.

Cuando llegamos a Butte, había una gran huelga y la ciudad se encontraba bajo la ley marcial. Allí nos ofrecieron un gran banquete, y cuando nos dirigíamos al club donde se celebraría este evento, dos guardias armados nos, con rostros serios y bayonetas listas. La situación parecía tan absurda que me eché a reír, y así ofendí profundamente a los jóvenes guardias, que sostenían las bayonetas con seriedad. Este triste recuerdo, sin embargo, fue borrado por el interés del banquete, un evento muy agradable, al que asistieron el alcalde de Butte y otras personalidades locales.

En Nevada, el evento más relevante de toda la la campaña fue el espléndido trabajo que las mujeres llevaron a cabo. En cada uno de los pequeños pueblos se respiraba el mismo espíritu de actividad incesante y la misma determinación. La presidenta de la Asociación Estatal, la señorita Anne Martin, que estaba a la cabeza del trabajo de campaña, me

¹⁵¹ Mary Darrow Weible (1881-1965), sufragista y educadora estadounidense; fundadora de la primera guardería pública del estado de Dakota del Norte.

acompañó un domingo cuando recorrimos más de 80 kilómetros en automóvil y dimos cuatro conferencias. La señorita Martin también me acompañó en un maravilloso viaje por las montañas. Era una líder incansable y digna de los excelentes trabajadores de su estado.

En Misuri, bajo la dirección de la señora Walter McNabb Miller,¹⁵² y en Nebraska, donde la señora E. Draper Smith ¹⁵³estaba a cargo de la campaña, tuvimos algunas reuniones inspiradoras. En Lincoln, William Jennings Bryan¹⁵⁴ me presentó ante la audiencia más numerosa del año, y el programa adquirió un interés especial debido a que incluyó el debut del señor Bryan como orador a favor del sufragio. Se trata de una mujer alta y atractiva, que contaba con una voz extremadamente agradable, y pronunció un discurso admirable, claro, conciso y muy oportuno, haciendo patente su fuerte apoyo al movimiento del sufragio femenino. También hubo una secuela divertida de esta ocasión, que el propio Secretario Bryan me confió varios meses después cuando lo conocí en Atlantic City. Me aseguró, con profunda sinceridad, que durante las cinco noches después de mi discurso en Lincoln, su esposa lo había mantenido despierto escuchando su informe; y agregó, solemnemente, que ahora lo conocía “de memoria”.

Un recuerdo menos agradable de Nebraska es que allí perdí la voz y mis actividades se vieron tristemente interrumpidas. Pero me llevaron a la casa del señor y la señora Francis A. Brogan, de Omaha, y me proporcionaron una enfermera especializada, un especialista en garganta y tanto cuidado y comodidad que realmente disfruté del descanso forzado, sabiendo, además, que el comité de campaña continuaba nuestro trabajo con gran entusiasmo.

¹⁵² Helen Guthrie (Mrs. Walter McNab) Mille (1861-1949), figura fundamental del sufragismo en Misuri.

¹⁵³ Henrietta Woodward Smith (1854-1925), además de ser una destacada activista por los derechos de las mujeres, también jugó una notable labor en la prevención de la tuberculosis en Nebraska.

¹⁵⁴ William Jennings Bryan (1860-1925), político demócrata, 3 veces candidato demócrata a la Casa Blanca, que ejerció como 41° Secretario de Estado entre los años 1913 y 1915.

En Misuri, una de nuestras reuniones más significativas fue en Bowling Green, el hogar de Champ Clark, presidente de la Cámara de Representantes. El señor Clark nos ofreció una recepción, pronunció un discurso y me presentó en la reunión, al igual que lo hizo el señor Bryan en Lincoln. Es uno de los recuerdos más agradables de mi experiencia en Misuri, porque, salvo algunas excepciones, es la persona más entretenida que he conocido. Posteriormente, compartimos un viaje en automóvil que duró todo el día, durante el cual el señor Clark rara vez dejó de hablar y yo rara vez dejé de reír.

INCIDENTES EN LAS CONVENCIONES

Desde 1887 hasta 1914, tuvimos una convención de sufragio al año, y asistí a cada una de ellas. En capítulos anteriores, he mencionado varios episodios más o menos importantes relacionados con estas convenciones. Ahora, recordándolas todas a medida que me acerco al final de estas memorias, recuerdo algunos incidentes adicionales que tuvieron un impacto en eventos posteriores. Por ejemplo, durante la convención de Atlanta de 1895, un prominente clérigo de esa ciudad, cuyo nombre misericordiosamente omito, realizó un ataque muy encendido contra el sufragio femenino. El domingo anterior a nuestra llegada, este caballero predicó un sermón advirtiendo a todos que se mantuvieran alejados de nuestras reuniones, ya que nuestro esfuerzo no era obtener el derecho al voto para las mujeres, sino fomentar el matrimonio interracial entre personas de raza negra y blanca. Además, afirmó que las sufragistas intentaban deshacer los hogares de Estados Unidos, degradar la moral de las mujeres y que todos éramos infieles y blasfemos. Terminó con un ataque personal contra mí, diciendo que el domingo anterior había predicado en la Iglesia Metodista Memorial Epworth de Cleveland, Ohio, un sermón que era tan blasfemo que ya no podía hacerse nada por purificar la iglesia, más allá de quemarla.

Como es habitual en nuestras convenciones, se había anunciado que yo daría el sermón en nuestra conferencia dominical y no es necesario decir que la acusación del reverendo creó un profundo interés público en este discurso. Yo ya había seleccionado un texto, pero cambié inmediatamente mis planes y anuncié que repetiría el sermón que había pronunciado en Cleveland y que el ministro de Atlanta consideraba tan blasfemo. El anuncio atrajo a una audiencia que llenó el Teatro de la Ópera y requirió un grupo de oficiales de policía para mantener en orden a la multitud en la calle que no pudo entrar. La asamblea naturalmente esperaba que yo respondiera al ataque del clérigo, pero no hice ninguna referencia. Simplemente repetí, con énfasis, el sermón que había pronunciado en Cleveland.

Al concluir el servicio, uno de los directores de la iglesia del crítico reverendo vino y se disculpó por su pastor. Tenía un gran respeto por él, dijo el director, pero en este caso no podía haber ninguna duda en la mente de cualquiera que hubiera escuchado ambos sermones, que el mío era el tolerante, reverente y cristiano. El ataque nos hizo ganar muchos amigos, primero debido a su injusticia y luego debido a la tolerancia con buen humor con la que las sufragistas lo aceptaron.

Por cierto, la convención de Atlanta fue organizada y en gran parte financiada por las señoritas Howard, tres hermanas que vivían en Columbus, Georgia, y todas ellas eran miembros de la Asociación de Mujeres del Estado de Georgia. Es un hecho notable que, en muchos de nuestros estados del sur, el movimiento del sufragio ha sido liderado por tres hermanas. En Kentucky, las tres hermanas Clay comandaron los esfuerzos durante muchos años. En Texas, las tres hermanas Finnegan hicieron un espléndido trabajo; en Luisiana, las hermanas Gordon fueron nuestras más fieles aliadas, mientras que en Virginia contamos con la invaluable ayuda de Mary Johnston,¹⁵⁵ la novelista, y sus dos hermanas. Solíamos decir, en tono jocoso, que si hubiera un fracaso en la organización de cualquier estado del sur, debería atribuirse al hecho de que ninguna familia tenía tres hermanas para comenzar el movimiento.

Después de la convención de Atlanta, fuimos directamente a Washington para asistir a la convención del Consejo Nacional de Mujeres, y en el primer día de este consejo, Frederick Douglass¹⁵⁶ asistió a la reunión. El señor Douglass se había ganado un lugar especial en el corazón de las sufragistas, porque durante la primera convención de sufragio para mujeres jamás celebrada en Estados Unidos (en Seneca Falls, Nueva York), él fue la única persona presente que apoyó a Elizabeth Cady Stanton cuando presentó su resolución a favor del voto para las mujeres. Incluso Lucretia Mott se sorprendió por este paso radical y le susurró en privado a su amiga en el oído: “¡Elizabeth, estás haciendo que nuestras

¹⁵⁵ Mary Johnston (1870-1936), novelista norteamericana de gran éxito. Cabe destacar que 3 de sus novelas fueron adaptadas al cine mudo.

¹⁵⁶ Frederick Douglass (1818-1896) fue un esclavo fugitivo que, tras alcanzar la libertad, alcanzó una enorme reputación como orador. Durante toda su vida fue un firme defensor de las causas abolicionista y sufragista.

pretensiones suenen ridículas!” Sin embargo, Frederick Douglass tomó la palabra en defensa de la moción de la señora Stanton, prestando un servicio que las sufragistas nunca olvidaron.

Por lo tanto, cuando la presidenta del consejo, la señora May Wright Sewall, vio entrar al señor Douglass en el salón de convenciones de Washington esa mañana en particular, nos nombró a Susan B. Anthony y a mí como comité para acompañarlo a un asiento en la plataforma, lo que hicimos gustosamente. El señor Douglass pronunció un breve discurso y luego abandonó el edificio, dirigiéndose directamente a su hogar. Allí, al entrar en su vestíbulo, sufrió un ataque al corazón y murió mientras se quitaba el abrigo. Su muerte sumió en tristeza la convención, y a su funeral, que se llevó a cabo tres días después, asistieron muchos hombres y mujeres prominentes que eran delegados nuestros. A Susan B. Anthony y a mí se nos invitó a participar en los servicios fúnebres, y ella pronunció un breve discurso, mientras que yo ofrecí una oración.

El evento tuvo una secuela en Atlanta, ya que llevó a nuestro enemigo clerical a repetir sus acusaciones contra nosotros, y a usar el funeral de Frederick Douglass como prueba de que estábamos de acuerdo con la raza negra.

Bajo la grácil dirección de la señorita Kate Gordon¹⁵⁷ y la Asociación de Mujeres del Estado de Luisiana, celebramos una convención especialmente inspiradora en Nueva Orleans, en 1903. En ninguna convención anterior, las disposiciones fueron más perfectas y ciertamente en ningún otro lugar los hombres de una comunidad cooperaron más generosamente con las mujeres para recibirnos. Un club de hombres pagó el alquiler de nuestro local, fletó un barco de vapor y nos ofreció un paseo por el río Mississippi, además de contribuir de otras maneras a que la ocasión resultara un éxito. La señorita Gordon, que era presidenta del comité del programa, introdujo la innovación de ponerme ante el público durante veinte minutos todas las noches, al final de la sesión

¹⁵⁷ Kate M. Gordon (1861-1932), sufragista de Nueva Orleans muy polémica en su momento a raíz de ciertas opiniones respecto al derecho al voto femenino (que defendía, aunque se oponía a que se aprobara mediante Enmienda constitucional) y ciertas opiniones raciales que parecen indicar un cierto racismo encubierto.

regular, para responder preguntas. Los presentes tenían el privilegio de hacer cualquier pregunta que desearan, y yo las respondía, si podía.

Éramos conscientes de los peligros que implicaba una discusión sobre la cuestión racial, y entre las mujeres del Norte entendimos que debíamos tomar todas las precauciones para evitar caer en semejante discusión. No había sido fácil persuadir a la señorita Anthony de la sabiduría de esta decisión; su enfoque era enfrentarse a los problemas de frente y abiertamente. Pero estuvo de acuerdo en que debíamos respetar las convicciones de los hombres y mujeres del Sur, que nos estaban recibiendo con tanta hospitalidad.

En la noche de apertura, mientras tomaba mi lugar para responder preguntas, casi el primer papel que me pasaron incluía esta cuestión:

“¿Cuál es su propósito al traer su convención al Sur? ¿Es deseo de las sufragistas imponernos la igualdad social entre mujeres blancas y negras? La igualdad política sienta las bases para la igualdad social. Si otorgan el derecho al voto a las mujeres, ¿no harían a la mujer negra y blanca iguales en lo político y, por lo tanto, sentarían las bases para una futura reclamación de igualdad social?”

Coloqué la nota a un lado y no respondí a la pregunta. La segunda noche me la entregaron nuevamente, con las mismas palabras, y nuevamente la ignoré. La tercera noche me la volvieron a hacer llegar, con el siguiente añadido: “Evidentemente no se atreven a responder a esta pregunta. Por lo tanto, nuestra conclusión es que ese es su propósito”.

Cuando leí esto, fui al frente de la plataforma.

“Aquí”, dije, “hay una pregunta que me han hecho durante tres noches consecutivas. No la he respondido porque nosotras, las mujeres del Norte, hemos decidido no entrar en ninguna discusión sobre la cuestión racial. Pero ahora el autor de esta nota me dice que no nos atrevemos a responder. Quiero decir que sí que nos atrevemos a responder si ustedes se atreven a escuchar la respuesta, y dejo en sus manos decidir si debo responderla o no”.

Leí la pregunta en voz alta. Luego, el público pidió la respuesta, y la di con estas palabras, que reproduzco con la mayor precisión que puedo recordar:

“Si la igualdad política es la base de la igualdad social, y si al otorgar la igualdad política se sientan las bases para una reclamación de igualdad social, solo puedo responder que ya han presentado esa reclamación. No esperaron el sufragio femenino, sino que privaron de derechos a sus mujeres blancas y negras, haciéndolas iguales en lo político. Pero han hecho algo más que eso. Han dado el derecho al voto a sus hombres negros, convirtiéndolos así en los superiores políticos de sus mujeres blancas. ¡Nunca antes en la historia del mundo se ha dado el caso de que hombres que fueron esclavos fueran los gobernantes políticos de sus antiguas amas!”

El punto caló hondo y fuerte. Lo llevé un poco más lejos.

“Las mujeres del Sur”, dije, “no están solas en su humillación. Todas las mujeres de Estados Unidos la comparten con ellas. No hay otra nación en el mundo en la que las mujeres ocupen la posición de degradación política que ocupan las mujeres estadounidenses hoy. Las mujeres alemanas son gobernadas por hombres alemanes; las mujeres francesas son gobernadas por hombres franceses. Pero en Estados Unidos, las mujeres americanas son gobernadas por hombres de todas las razas bajo la luz del sol. No hay un solo color, desde blanco hasta negro, desde rojo hasta amarillo, no hay una sola nación desde un polo al otro, que no envíe su contingente para gobernar a las mujeres estadounidenses. Si los hombres estadounidenses están dispuestos a dejar a sus mujeres en una posición tan degradante como esta, no deben sorprenderse cuando las mujeres estadounidenses decidan elevarse por encima de ella”.

Cuando terminé de hablar, se impuso un silencio sepulcral entre el público. No sabíamos qué iba a suceder. Luego, de repente, cuando la verdad de la afirmación los golpeó, los hombres comenzaron a aplaudir.

Otro episodio también contribuyó a que el mensaje del sufragio femenino llegara a las mujeres del Sur. La Legislatura había aprobado una ley que permitía a las mujeres contribuyentes votar en cualquier elección en la que se impusieran impuestos especiales para mejoras, y la primera elección después de la aprobación de esta ley fue en Nueva Orleans, en la que se planteaba la cuestión de mejorar el drenaje para la ciudad. La señorita Gordon y la asociación de sufragio conocida como el Era Club

se involucraron entusiastamente en la lucha por un mejor drenaje. Según la ley, las mujeres podían votar por poderes, si preferían, en lugar de hacerlo en persona, por lo que la señorita Gordon fue a los hogares de las antiguas familias criollas conservadoras y a otras familias cuyas mujeres no estaban dispuestas a votar en público, y recopiló sus poderes.

Resultaba necesario que la firma de un testigo acompañara al documento de poder, pero según la ley de Luisiana, ninguna mujer podía ser testigo de un documento legal. La señorita Gordon fue llevada de un lugar a otro por su cochero de color, y después de haberse asegurado el voto delegado, generalmente se descubría que no había ningún hombre en el lugar que pudiera actuar como testigo. Esta era la oportunidad de la señorita Gordon. Con una sonrisa de gran dulzura, ella decía: “Le pediré a Sam entre y nos ayude”; y el cochero de color se bajaba del carruaje y, escribiendo su firma en el poder de la aristocrática dama, le proporcionaba el valor legal que le faltaba. De esta manera, la señorita Gordon consiguió trescientos poderes, y trescientas mujeres muy conservadoras tuvieron la oportunidad de comparar su posición legal con la de Sam. El proyecto de ley de drenaje se aprobó y el interés en el sufragio femenino se desarrolló de manera progresiva.

Un episodio especial acontecido en la convención de Buffalo de 1908 fue la recepción de una nota que me pasaron mientras estaba sentada en el escenario. Cuando la abrí, cayó un cheque, tan grande que estaba segura de que había sido enviado por error. Sin embargo, después de preguntar a uno o dos amigos que me acompañaban en la tarima si lo había leído correctamente, anuncié a la audiencia que si se suscribiera una cierta cantidad de dinero inmediatamente, revelaría un secreto, un secreto muy interesante. Las audiencias son tan curiosas como los individuos. La cantidad fue suscrita de inmediato. Luego mostré un cheque por valor de 10.000 dólares, donado para nuestro trabajo de campaña por la señora George Howard Lewis,¹⁵⁸ en memoria de Susan B. Anthony, y leí a la audiencia la encantadora carta que lo acompañaba. El dinero se utilizó durante las campañas del año siguiente, en parte en

¹⁵⁸ Katharine Bell Lewis (Mrs. G.H. Lewis) (1848-1930), inventora y empresaria norteamericana

Washington, donde ya se había presentado una enmienda.

En un capítulo anterior, he descrito el establecimiento de nuestra sede en Nueva York como resultado de la generosa oferta de la señora O. H. P. Belmont en la convención de Seattle en 1909. Durante nuestro primer año en estas hermosas salas de la Quinta Avenida, la señora Pankhurst hizo su primera visita a Estados Unidos, y le ofrecimos una recepción. Sin embargo, esto fue antes de la adopción de los métodos destructivos que desde entonces han marcado las actividades del grupo de sufragistas militantes del cual la señora Pankhurst es presidenta. Nunca han existido simpatías entre las sufragistas estadounidenses por el movimiento sufragista militante en Inglaterra, y personalmente estoy completamente en contra de este hecho. No creo en la guerra en ninguna forma; y si la violencia por parte de los hombres es indeseable para lograr sus objetivos, lo es aún más por parte de las mujeres; ya que las mujeres nunca parecen estar en su mejor momento en combates físicos contra los hombres. En cuanto a la militancia en Estados Unidos, ninguna generación que lo intentara podría triunfar. Ninguna victoria podría venir a nosotros en ningún estado donde se probaran los métodos militantes. Son indignos, inapropiados, en otras palabras, no son propios de los principios estadounidenses.

La convención de Washington de 1910 contó con la presencia del Presidente Taft¹⁵⁹, quien, a invitación de la Sra. Rachel Foster Avery, pronunció un discurso. Se entendía, por supuesto, que él iba a apoyar firmemente el sufragio femenino; pero, para nuestra gran decepción, el Presidente, un caballero encantador y simpático, parecía incapaz de comprender la importancia de la ocasión. Comenzó su discurso con elogios exagerados hacia las mujeres, que fueron recibidos con respetuoso silencio. Luego abordó el tema del sufragio femenino, pero se mostró confuso y sin rumbo, y terminó con unas palabras desafortunadamente elegidas: “Me opongo”, dijo, “a la extensión del sufragio a mujeres que no estén capacitadas para votar. ¡Difícilmente esperarías poner el voto en manos de bárbaros o salvajes en la selva!”

¹⁵⁹ William Howard Taft (1857-1930), 27° Presidente de los Estados Unidos.

Estas palabras llamativas en una convención de sufragio fueron seguidas naturalmente por un silencio opresivo, que el Sr. Taft, ya completamente despojado de su aplomo, rompió diciendo que las mejores mujeres no votarían y que, por el contrario, las peores mujeres sí que lo harían.

En la audiencia había muchas mujeres de estados donde el sufragio ya estaba establecido; mujeres de alta moralidad, esposas y madres que habían votado por el señor Taft. Las palabras que acababan de escuchar debieron de parecerles un pobre agradecimiento. Alguien silbó, no se sabe si fue un hombre o una mujer, excepto el culpable, y se inició una manifestación que yo detuve inmediatamente. Luego el Presidente terminó su discurso. Fue muy amable con nosotras al marcharse, estrechó las manos de muchas de nosotras y fue especialmente cordial con la anciana madre del Senador Owens, quien había venido a la convención para escuchar su primer discurso sobre el sufragio femenino. A menudo me he preguntado qué pensó él de ese discurso mientras regresaba a la Casa Blanca. Probablemente lamentó tanto como nosotras que lo hubiera pronunciado.

En 1912, en una reunión oficial de la junta en Bryn Mawr, se nombró a la señora de Stanley McCormack¹⁶⁰ para ocupar una vacante en la Junta Nacional. Posteriormente, contribuyó con 6.000 dólares para pagar las deudas relacionadas con nuestra conexión temporal con el *Woman's Journal* de Boston, y realizó un trabajo muy eficiente para nosotros. Personalmente, la entrada de la señora de Stanley McCormack en nuestro trabajo ha sido una fuente de profunda satisfacción y consuelo para mí. Puedo decir sinceramente de ella lo que Susan B. Anthony dijo de mí: "Ella es mi mano derecha". En Nashville, en 1914, fue elegida primera vicepresidenta, y en un grado notable desde entonces me ha liberado de la carga del trabajo técnico de la presidencia, incluyendo la supervisión del trabajo en la sede central. A esto dedica todo su

¹⁶⁰ Katharine Dexter McCormick (1875-1967); esposa de Stanley Robert McCormick (1874-1947). Cuando su esposo fue incapacitado judicialmente a causa de la esquizofrenia que sufría, Katharine pasó a controlar la fortuna familiar, que empleó para sufragar no solo la causa sufragista sino la investigación científica que llevaría al desarrollo de los primeros anticonceptivos orales femeninos.

tiempo, con la ayuda de una secretaria ejecutiva que se encarga de las labores rutinarios de la asociación. De esta manera, me ha permitido dedicar la mayor parte de mi tiempo al campo en el que aún se nos presentan oportunidades inspiradoras: el trabajo de campaña en varios estados.

También estamos agradecidos a la esposa de Medill McCormack¹⁶¹ por su trabajo admirable y su entusiasta apoyo. En la convención de Washington (D.C.) de 1913, fue nombrada presidenta del Comité del Congreso, con la señora. Antoinette Funk,¹⁶² la señora Helen Gardner¹⁶³ de Washington y la señora Booth de Chicago como sus asistentes. Los resultados que lograron fueron tan brillantes que fueron unánimemente reelegidas para los mismos cargos este año, con la incorporación de la señorita Jeannette Rankin,¹⁶⁴ cuya energía y servicio nos ayudaron a ganar el estado de Montana.

Gran parte del éxito de la convención de Washington de 1913 se debió al trabajo de este Comité del Congreso, respaldado por el gran número de estados que ya habían conseguido el sufragio, que nos permitió obtener una excelente votación en la Cámara de Representantes sobre el proyecto de enmienda a la Constitución nacional que otorgaba el sufragio a las mujeres de Estados Unidos. Esta medida, conocida como el proyecto de Susan B. Anthony, había sido presentada ante cada Congreso durante cuarenta y tres años por la Asociación Nacional de Sufragio de la Mujer. En 1914, por primera vez, fue llevada fuera del comité, debatida y votada en la Cámara de Representantes. Obtuvimos 174 votos a favor y 204 en contra. La primavera anterior, en el mismo Congreso, el mismo proyecto fue aprobado en el Senado con 35 votos a favor y 33 en contra.

¹⁶¹ Ruth Hanna McCormick (1880-1944), esposa de Medill McCormick (1877-1925), Senador por el estado de Illinois entre 1917 y 1919. Ruth desempeñó el cargo de Congresista entre 1929 y 1931.

¹⁶² Antoinette Funk (1873-1942), sufragista y abogada norteamericana.

¹⁶³ Helen Gardner (1878-1946), historiadora del arte y activista norteamericana.

¹⁶⁴ Jeannette Rankin (1880-1973), primera mujer elegida para la Cámara de Representantes de Estados Unidos y primera mujer en el Congreso de Estados Unidos.

Los aspectos más interesantes de la convención de Washington de 1913 fueron las reuniones masivas de trabajadores lideradas por Jane Addams y la audiencia ante el Comité de Reglas de la Cámara de Representantes, esta última fue la primera audiencia que se realizó ante este Comité con el propósito de obtener un Comité de Sufragio en la Cámara de Representantes que correspondiera con un comité similar en el Senado. Durante muchos años, habíamos tenido audiencias ante el Comité Judicial de la Cámara de Representantes, que era un comité tan ocupado que no tenía tiempo ni interés en dedicarse a nuestra propuesta. Por lo tanto, consideramos necesario tener un comité especial propio. La audiencia comenzó en la mañana del miércoles 3 de diciembre y duró dos horas. Luego se les dio tiempo a los antisufragistas, y su audiencia comenzó al día siguiente, continuó durante ese día y la mañana del siguiente, cuando a nuestra Asociación Nacional se le dio la oportunidad de presentar un argumento de refutación por la tarde. Fue la audiencia más larga en la historia del movimiento sufragista y una de las más importantes.

Durante la sesión del Congreso en 1914, se hizo otro esfuerzo enérgico para lograr la designación de un comité especial a favor del sufragio ante la Cámara de Representantes. Sin embargo, cuando el éxito empezó a vislumbrarse, los demócratas fueron convocados a una reunión por el líder de la minoría, el señor Underwood, de Alabama, y nuestra propuesta fue derrotada por 127 votos en contra y 58 a favor. Evidentemente, los demócratas actuaron de esa forma ante el temor de que los votos unidos de los miembros republicanos y progresistas, junto con los de ciertos miembros demócratas, consiguieran sacar adelante la propuesta; mientras que si se convocaba esta reunión y se tomaba una votación desfavorable, “el acuerdo de caballeros” que controlaba la acción del partido demócrata en el Congreso obligaría a los demócratas a favor del sufragio a votar en contra de la designación del comité, lo que, por supuesto, aseguraría su derrota.

La reunión bloqueó la designación del comité, pero brindó un gran aliento a las sufragistas del país, que sabían que era una admisión tácita de que la propuesta recibiría una votación favorable en caso de llegar al Congreso sin obstáculos.

Otro aspecto destacado de la convención de 1913 fue el nuevo método de elección de funcionarios, mediante el cual se realizaba una votación primaria sobre las nominaciones y luego se emitía una votación regular; se añadió un funcionario a los miembros de la junta oficial, pasando de ocho a nueve miembros. Las nuevas funcionarias elegidas fueron la señora Breckenridge de Kentucky, bisnieta de Henry Clay, y la señora Catherine Ruutz-Rees de Greenwich, Connecticut. Los antiguos funcionarios fueron reelegidos: Miss Jane Addams como primera vicepresidenta, las señoras Breckenridge y Ruutz-Rees como segunda y tercera vicepresidentas, la señora Mary Ware Dennett¹⁶⁵ como secretaria de correspondencia, la señora Susan Fitzgerald como secretaria de actas, la señora de Stanley McCormack como tesorera, la señora Joseph Bowen de Chicago y la señora de James Lees Laidlaw,¹⁶⁶ de la ciudad de Nueva York, como auditoras.

Sería difícil reunir a un grupo de mujeres con más habilidades destacadas o trabajadoras más conocidas en diversas áreas de trabajo filantrópico y educativo que las integrantes de esta admirable junta. En la convención de 1914, celebrada en Nashville, varias de ellas renunciaron, y desde ese momento (en 1914), los asuntos de la “Asociación Nacional” están en manos de este inspirador grupo, nuevamente dirigido por la escritora de estas memorias, que ha sido objeto de muchas críticas y reflexiones:

- La señora de Stanley McCormack, primera vicepresidenta.
- La señora de Desha Breckenridge,¹⁶⁷ segunda vicepresidenta.
- La doctora Katharine B. Davis,¹⁶⁸ tercera vicepresidenta.
- La señora de Wade Rogers,¹⁶⁹ tesorera.

¹⁶⁵ Mary Coffin Ware Dennett (1872-1947), además de ser una destacada sufragista fue una pionera en el campo de la educación sexual en Estados Unidos.

¹⁶⁶ Harriet Burton Laidlaw (1873-1949), además de destacar como defensora del sufragio, le cabe el honor de ser la primera mujer en convertirse en Directora Financiera de la prestigiosa firma *Standard & Poor's*.

¹⁶⁷ Madeline McDowell Breckinridge (1872-1920), se involucró en la lucha contra la tuberculosis, además de en la lucha por el sufragio femenino.

¹⁶⁸ Katharine Bement Davis (1860-1935) jugó un destacado papel no solo en el campo del sufragismo, sino también por su contribución a la reforma del sistema penal norteamericano.

¹⁶⁹ Emma Wider Rogers (1855-1922), sufragista y escritora norteamericana.

- La señora de John Clark, secretaria de correspondencia.
- La señora Susan Walker Fitzgerald,¹⁷⁰ secretaria de actas.
- Las señoras de Medill McCormack y Walter McNabb Miller, de Misuri, auditoras.

En un libro de la extensión de este, que se centra tanto en detalles de mi propia vida como acerca del desarrollo de la gran Causa, se hace, por supuesto, imposible mencionar a todas las mujeres que han colaborado con nosotros, aunque verdaderamente me gustaría hacer una lista de honor donde se les diera a todas el reconocimiento que merecen. Al volver la vista atrás, me sorprende ver cuánto he dicho sobre muchas mujeres con las que he trabajado muy de cerca, como Rachel Foster Avery, por ejemplo, con quien viví felizmente durante varios años; Ida Husted Harper, historiadora del movimiento sufragista y biógrafa de la señorita Anthony, con quien hice muchos viajes encantadores a Europa; Alice Stone Blackwell, la reverenda Mary Safford, Jane Addams,¹⁷¹ Katharine Waugh McCullough,¹⁷² Ella Stewart,¹⁷³ la señora Mary Wood Swift,¹⁷⁴ la señora Mary S. Sperry,¹⁷⁵ Mary Cogshall, Florence Kelly,¹⁷⁶ la señora de Ogden Mills Reid¹⁷⁷ y la señora de Norman Whitehouse¹⁷⁸ (por mencionar solo a dos de las jóvenes y activas participantes en nuestro trabajo en Nueva York), Sophonisba Breckenridge,¹⁷⁹ la señora. Clara B.

¹⁷⁰ Susan Walker Fitzgerald (1871-1943), sufragista y escritora. En este campo, destacan sus obras *Women in the Home* (1908) y *What is a Democracy?* (1910).

¹⁷¹ Jane Addams (1860-1935), sufragista y socióloga. Primera mujer en ser galardonada el Premio Nobel de la Paz, en el año 1931.

¹⁷² Katharine Waugh McCullough (1862-1941), abogada y sufragista.

¹⁷³ Ella Nora Phillips Stewart (1893-1987), sufragista y primera farmacéutica afroamericana.

¹⁷⁴ Mary Wood Swift (1841-1927), activista social, muy involucrada en las causas del sufragismo, la nacionalización de emigrantes y la alfabetización.

¹⁷⁵ Mary Elizabeth Simpson Sperry (1833-1921), sufragista norteamericana que, en cierto modo, sirvió de eslabón entre las sufragistas más veteranas y la nueva generación.

¹⁷⁶ Florence Kelly (1859-1932) es recordada, además de por su labor como sufragista, por pelear por unas condiciones de trabajo dignas y por ser la persona que consigue introducir el salario mínimo en Estados Unidos.

¹⁷⁷ Helen Rogers Reid (1882-1970), periodista que llegó a presidir *The New York Herald Tribune*.

¹⁷⁸ Vira Boarman Whitehouse (1875-1857).

¹⁷⁹ Sophonisba Breckenridge (1866-1948), destacó como activista, así como científica.

Arthur,¹⁸⁰ la reverenda Caroline Bartlett Crane,¹⁸¹ la señora de James Lees Laidlaw, la señora. Raymond Brown, la maravillosamente ejecutiva presidenta de nuestra Asociación de Sufragio del Estado de Nueva York y mi benefactora, la señora George Howard Lewis de Buffalo. A todas ellas, y a miles de otras más, debo expresarles mi agradecimiento por su amistad y su ayuda.

¹⁸⁰ Clara B. Arthur (1858-1929).

¹⁸¹ Caroline Bartlett Crane (1858-1935), jugó un papel destacado en el movimiento sufragista, así como en la mejora de las condiciones sanitarias de las ciudades de Estados Unidos.

RECUERDOS DEL CONSEJO

He hablado mucho sobre el interés que suscitaron las reuniones internacionales en Chicago, Londres, Berlín y Estocolmo. Que haya mencionado menos las de Copenhague, Ginebra, La Haya, Budapest y otras ciudades no significa que fueran menos importantes; ciertamente, las maravillosas líderes de mujeres de Europa que las hicieron brillantes no deben ser pasadas por alto o caer en el olvido.

Sin embargo, resulta necesario explicar antes la diferencia entre las reuniones de la Alianza del Sufragio y las reuniones del Consejo Internacional. Las reuniones del Consejo están compuestas por sociedades de diversas naciones, que son auxiliares del Consejo Internacional; estas sociedades representan todas las líneas de actividades de las mujeres, ya sean educativas, industriales o sociales, mientras que la membresía, que incluye a más de once millones de mujeres, representa probablemente la organización de mujeres más grande del mundo. La Alianza Internacional del Sufragio representa principalmente el interés del sufragio, mientras que el Consejo Internacional tiene solo un departamento de sufragio. Tan popular se volvió esta Alianza Internacional después de su formación en Berlín por la señora Catt, en 1904, que en la reunión de Copenhague, solo tres años después, más de dieciséis naciones diferentes estaban representadas por delegadas regulares.

Fue desafortunado, por lo tanto, que haya elegido esta ocasión para protagonizar un espectacular fracaso personal en el púlpito. Me habían invitado a predicar el sermón de la convención y, por primera vez en mi vida, tenía un intérprete. Pocas experiencias, creo, pueden ser más desagradables que estar de pie en un púlpito, pronunciar una frase y luego esperar pacientemente mientras se repite en un idioma que uno no entiende, por un hombre que está poniendo su propio énfasis y, posiblemente, dándole su propia interpretación. Estaba muy descontenta, y temo que lo mostré, porque sentía, al mirar las caras de esos amigos que entendían danés, que no estaban recibiendo lo que yo les estaba dando.

Y no lo estaban, porque después me enteré de que el intérprete, un buen hermano ortodoxo, le había dado al sermón un sesgo ultraortodoxo que aquellos que conocían mi credo ciertamente no reconocieron. Toda la experiencia me desanimó mucho, pero sin duda fue buena para mi alma.

Durante la reunión de Copenhague, el Concejo Municipal nos ofreció un banquete y en el discurso de bienvenida, uno de los concejales comentó de manera ligera que esperaba que en nuestra próxima visita a Copenhague hubiera mujeres miembros del Concejo para recibirnos. En ese momento, esto parecía simplemente una broma agradable, pero dos años después, el Parlamento promulgó una ley que otorgaba el sufragio municipal a las mujeres de Dinamarca, y siete mujeres fueron elegidas para el Concejo Municipal de Copenhague. ¡Así de rápido crece el movimiento sufragista en estos días inspiradores!

Al recordar el Consejo Internacional de 1899 en Londres, uno de mis recuerdos más vívidos tiene a la Reina Victoria como figura central. La corte inglesa estaba de luto en ese momento y no se estaban celebrando audiencias públicas; sin embargo, fuimos invitadas a Windsor entendiendo que, aunque la Reina no podría recibirnos formalmente, pasaría por entre nuestras filas, recibiría a Lady Aberdeen¹⁸² y nos daría a las demás la oportunidad de hacer una reverencia y obtener el reconocimiento de Su Majestad hacia nuestra Causa. La Reina acordó con su chambelán que nos servirían té y una comida; pero antes de que se sirviera este refrigerio, de hecho, inmediatamente después de nuestra llegada, ella entró en su familiar pequeño carro tirado por un poni y fue conducida lentamente a lo largo de las filas de mujeres que se inclinaban y que debían recordarle a un campo de trigo en un fuerte viento.

Entre nosotras había un grupo de mujeres indias, y estas, vestidas con sus trajes típicos, aportaron un pintoresco toque de color brillante a la escena mientras hacían profundas reverencias. Captaron la atención de la Reina, quien se detuvo y les dirigió algunas cordiales palabras. Esto nos dio al resto de nosotras una excelente oportunidad para observarla de cerca, y debo admitir que mi sangre inglesa se agitó repentinamente

¹⁸² Ishbel Hamilton-Gordon, Marquesa de Aberdeen y Temair (1857-1939), jugó un muy destacado papel en defensa de los derechos de la mujer en Inglaterra, Canadá e Irlanda.

y con lealtad mientras estudiaba la figura rechoncha. Estaba vestida completamente de negro, de manera muy sencilla, con un sombrero negro plano y una capa negra. El único toque de color que tenía era un parasol blanco y negro con mango dorado. Sin embargo, fue su rostro lo que me impresionó, ya que me dio una impresión completamente diferente de la Reina de las que había recibido de sus fotografías. Sus ojos en las imágenes siempre parecían un tanto fríos, y su rostro resultaba bastante arrogante; pero había una dulzura y una amabilidad muy tiernas en los ojos que dirigí a las mujeres indias, y toda su expresión fue inesperadamente suave y benévola. Detrás de ella, como asistente personal, caminaba un enorme hombre de la India con su traje nativo completo, y la rodeaban de cerca caballeros de su séquito, todos ellos uniformados.

Para ese momento, mis pensamientos estaban puestos en mi cortesía, que deseaba hacer convencional, si no grácil; pero la naturaleza no me lo ha puesto fácil para inclinarme a la tierra como lo estaban haciendo Lady Aberdeen y las mujeres indias, y temo que logré poco más que demostrar mis buenas intenciones. Sin embargo, la Reina estaba entrando en el espíritu de la ocasión. Se detuvo para hablar con una representante canadiense, y creo que habría terminado hablando con muchas otras; pero justo en el momento oportuno, una mujer salió corriendo de la fila, tomó la mano de Su Majestad y la besó, y Victoria, sorprendida y posiblemente temiendo un ataque general, se apresuró a seguir adelante.

Otra imagen que recuerdo fue la formada por la Duquesa de Sutherland, la Condesa de Aberdeen y la Condesa de Warwick, quienes estaban paradas juntas para recibirnos al pie de la escalera de mármol en Sutherland House. Todas ellas estaban literalmente cubiertas de brillantes joyas, y la Condesa de Aberdeen llevaba la famoso esmeralda de Aberdeen. En la recepción de Lady Battersea, tuve mi primer encuentro con Mary Anderson Navarro y pude agradecerle el placer que me había brindado en Boston hacía ya tanto tiempo. Luego la reprendí suavemente por alejarse de nosotros, señalándole que se le había dado un gran talento que debería haber seguido compartiendo con el mundo.

“Ven a ver a mi bebé”, se rió Madame Navarro. “Ese es el mejor argumento que puedo ofrecer para refutar el tuyo”.

En la misma recepción mantuve una interesante conversación con James Bryce.¹⁸³ Recientemente había escrito su libro *The American Commonwealth* y yo lo acababa de leer. Por lo tanto, fue el primer tema que introduje en nuestra conversación. El comentario del señor Bryce me divirtió. Me dijo que había cambiado completamente su opinión hacia las aspiraciones sufragistas de las mujeres, porque tantas mujeres habían leído su libro que realmente creía que eran inteligentes, y había llegado a sentir mucha más simpatía por ellas. Estas no fueron sus palabras exactas, pero su significado era inequívoco y su actitud mental era sincera y espontánea. Y, reflexionando al respecto, estoy de acuerdo con él en que *The American Commonwealth* es algo así como un obstáculo intelectual para la mente promedio.

En 1908 se celebró el Consejo Internacional en Ginebra, y aquí, por primera vez, nos presentaron, como entretenimiento, las danzas de un país; la escena fue especialmente brillante, ya que todos los bailarines llevaban sus trajes típicos. Además, por primera vez en la historia de Ginebra, los edificios del Parlamento se abrieron a las mujeres y se le entregó la llave de la ciudad a una organización de mujeres. En ese momento, las mujeres suizas estaban luchando por obtener el voto en cuestiones eclesiásticas, y contribuimos a su causa tanto como pudimos. Hoy en día, muchas mujeres suizas tienen el derecho de ejercer este derecho, el primer privilegio político que la libre Suiza les ha otorgado.

La reunión de la Alianza Internacional en Amsterdam en 1909 fue la más grande celebrada hasta ese momento, y gran parte de su éxito se debió a la doctora Aletta Jacobs, presidenta de la Asociación Nacional de Sufragio de Holanda. La doctora Jacobs tuvo algunas ayudantes maravillosas entre las mujeres de su país, y ella misma era una líder ideal, paciente, entusiasta e incansable. Ese año, los gobiernos de Australia, Noruega y Finlandia pagaron los gastos de las delegadas de esos países, una innovación alentadora. Una de las características interesantes de la reunión fue una cantata compuesta para la ocasión y presentada por la Banda Real de la Reina, bajo la dirección de una mujer, Catharine van

¹⁸³ James Bryce (1838-1922), jurista, historiador y político liberal británico.

Rennes,¹⁸⁴ una de las más distinguidas compositoras y maestras en Holanda. Ella escribió tanto las letras como la música de su cantata y la dirigió admirablemente; y los músicos de la Banda Real se entregaron por completo a su espíritu y tocaron como hombres inspirados. Esa noche tuvimos más música, así como una exhibición de danzas folclóricas inolvidable.

Ese mismo año, en junio, celebramos la reunión del Consejo Internacional en Toronto, y como Canadá nunca ha mostrado un gran interés en el sufragio, se hizo un esfuerzo fallido para excluir este tema del programa. Me pidieron que presidiera las reuniones sobre el sufragio bajo la ingenua y obvia teoría de que así estaría demasiado ocupada para decir gran cosa. Había esperado que la Condesa de Aberdeen, quien era la presidenta del Consejo Internacional, ocupara la silla, pero ella se negó a hacerlo, o incluso a hablar, ya que el Conde de Aberdeen había sido recientemente nombrado Virrey de Irlanda, y ella deseaba evitarle cualquier incomodidad que pudieran causarle sus actividades públicas. Reconocimos la sabiduría de su decisión, pero, por supuesto, la lamentamos y, por lo tanto, me complació especialmente cuando, en la noche del sufragio, la condesa, acompañada por sus ayudantes con sus brillantes uniformes, entró en la sala. No estábamos seguros de que estaría con nosotros, pero ella ingresó de la manera encantadora y graciosamente habitual, tomó asiento a mi lado en el escenario y mostró un gran interés en el programa y la gran reunión ante nosotros.

A medida que avanzaba la reunión, vi que estaba cada vez más entusiasmada y hacia el final de la noche le pregunté discretamente si no deseaba pronunciar unas palabras. Ella dijo que diría muy pocas. Me había puesto al final del programa, con la intención de hablar unos veinte minutos; pero antes de comenzar mi discurso, presenté a la condesa, y para mi gran deleite, ella empleó los veinte minutos que me correspondían en un discurso magnífico en el que defendió vigorosamente el sufragio femenino. Nos brindó la mejor y más oportuna ayuda que podríamos haber tenido y sin duda fue un gran impulso para el movimiento.

¹⁸⁴ Catharine van Rennes (1858-1940).

En Londres, en el Consejo de la Alianza de 1911, por primera vez nos ofrecieron una charla a cargo de hombres sufragistas, además de un espectáculo a cargo actrices del país. En Estocolmo, al año siguiente, escuchamos a varias de las oradoras más interesantes del mundo: Selma Lagerlof,¹⁸⁵ que acababa de recibir el premio Nobel, Rosica Schwimmer¹⁸⁶ de Hungría, la doctora Augsburg de Munich y la señora Philip Snowden¹⁸⁷ de Inglaterra. La señorita Schwimmer y la señora Snowden resultan, a día de hoy, conocidas para el público norteamericano, pero por aquel entonces, yo no había tenido aún la ocasión de escuchar a ninguna de las dos. Quedé impresionada por la habilidad de ambas y sus diferentes estilos: la señorita Schwimmer era pura fuerza y ardor, mientras que la señora Snowden irradiaba calma y dignidad. La doctora Augsburg llevaba el cabello corto y se vestía de manera muy excéntrica; pero olvidamos su apariencia mientras la escuchábamos, porque era una oradora inspirada.

El discurso de Selma Lagerlof hizo llorar a la gran audiencia. Tanto hombres como mujeres se secaban las lágrimas de los ojos sin disimulo mientras ella describía el sacrificio y el sufrimiento de las mujeres suecas, cuyos hombres habían emigrado a Estados Unidos para labrarse un hogar en ese país, y que, cuando se quedaban atrás, luchaban solas, esperando y deseando el mensaje para unirse a sus esposos, que con demasiada frecuencia nunca llegaba. El discurso causó una gran impresión, así que lo hicimos traducir y distribuimos entre los suecos de Estados Unidos, dondequiera que celebrábamos reuniones en áreas suecas.

La señorita Lagerlof me resultó sumamente interesante y quedé encantada cuando me invitó a desayunar con ella una mañana. En nuestro primer encuentro, parecía un poco fría y tímida, un poco “difícil”, como se suele decir, pero en cuanto comenzamos a hablar, descubrí que era una persona franca, cordial y llena de magnetismo. Tenía dudas acerca

¹⁸⁵ Selma Lagerlof (1858-1949), escritora sueca, fue la primera mujer en recibir el Premio Nobel de Literatura, en el año 1909.

¹⁸⁶ Rosica Schwimmer (1877-1948), activista y pacifista húngara. Fue nominada en diversas ocasiones al Premio Nobel de la Paz.

¹⁸⁷ Ethel Snowden (1881-1951), socialista británica, defensora de los derechos de la mujer y los trabajadores.

de su nivel de inglés, aunque en verdad habla nuestro idioma muy bien. En aquel momento, estaba volcada en mejorar las condiciones de vida de los campesinos de su propio país y me habló de esta labor, así como de sus libros y del programa del Consejo con tanta amistad y confianza que cuando nos despedimos, me daba la sensación de que la conocía de toda la vida.

Al Consejo de La Haya en 1913 acudí como invitada de la señora de Richard Halter, a quien también le debo un hermoso y maravilloso viaje en automóvil de un extremo a otro de Holanda, que concluyó en Ámsterdam, en casa de la doctora Aletta Jacobs. Allí conocimos a dos jóvenes holandesas, las señoritas Boissevain y Rosa Manus.¹⁸⁸ Las dos contaban con una gran fortuna y ardían en deseos de ayudar a sus compatriotas; aunque no acababan de decidir a qué causa concreta debían prestar su apoyo. Por ese motivo, nos pidieron consejo a la señora Catt y a mí misma. Tras hablar con nosotras, se embarcaron en la organización de una exposición nacional centrada en la evolución del trabajo femenino entre 1813 y 1913. La misma contaba con una sala que exponía el progreso del sufragio femenino a lo largo del mundo; pero cuando la Reina de Holanda visitó la exposición, se negó a visitar esta sección, asegurando que no el asunto del sufragio femenino no le interesaba lo más mínimo. El Príncipe Consorte, sin embargo, pasó mucho tiempo en la sala, e insistió en que le explicaran los pormenores del movimiento sufragista; lo que hizo con gran alegría y dedicación las señoritas Boissevain y Manus. Cuando el invierno siguiente la Reina leyó su discurso anual, expresó su deseo de que cambiara la Constitución de Holanda para que el sufragio se extendiera a la población femenina. Nosotras sentimos que su cambio de actitud se debió a la exposición organizada por nuestras jóvenes amigas, probablemente con ayuda del Príncipe Consorte.

Inmediatamente después de estos días en Ámsterdam, partimos hacia Budapest para asistir a la Convención de la Alianza Internacional. Durante el camino, nos detuvimos en varias convenciones, en Berlín, Dresde, Praga y Viena. En Praga me deshonré a mí misma al quedarme dormida y faltar a un discurso de bienvenida que me dedicaba el alcalde.

¹⁸⁸ Rosa Manus (1881-1942), activista holandesa. Fue detenida por los nazis, encarcelada y, finalmente, asesinada en la cámara de gas del Campo de concentración de Ravensbrück.

Sin embargo, el momento más destacado de la sesión nocturna que tuvo lugar en esa ciudad recayó en una dama bohemia, que insistió en pronunciar su discurso en checo; lo que hizo durante exactamente una hora y quince minutos. Yo, por mi parte, comencé a hablar a las doce y cuarto de la noche. Más tarde supe que la última oradora comenzó sus comentarios a las una y cuarto de la madrugada.

Creo oportuno mencionar aquí que en Viena me dieron la ovación de mi vida; como hicieran antes con Susan B. Anthony en la ciudad de Berlín. Cuando terminé mi discurso, la numerosa audiencia se puso en pie y aplaudió durante muchos minutos. Este inesperado homenaje me sorprendió mucho y me conmovió profundamente.

La reunión en Budapest representó un gran triunfo personal para la señora Catt. Estoy segura de que nadie más que la casi adorada presidenta de la Alianza Internacional del Sufragio podría haber controlado una convención compuesta por mujeres de tantas nacionalidades diversas, con tantos puntos de vista diferentes, mientras que la confusión de idiomas hacía que la comprensión general resultara casi imposible. Pero acabo siendo un gran éxito en todos los sentidos. Destacó especialmente la hospitalidad de los funcionarios de la ciudad y, de hecho, de todo el pueblo húngaro. Después de la convención, pasé una semana en el castillo de la Condesa Iska Teleki,¹⁸⁹ en los montes Tatra. Allí, forjamos una amistad que desde ese momento me ha producido muchas alegrías, mientras caminamos muchos kilómetros por las montañas y a lo largo de las orillas de arroyos maravillosos y la condesa, que conocía toda la tradición popular de su tierra, me contaba cuentos y respondía a mis innumerables preguntas. Cuando partí hacia Viena, llevaba conmigo una cesta de pequeños abetos de las cimas de los Tatras; que me acompañó en mi viaje, pasando por Viena, Florencia y Génova. Una vez en casa, con orgullo añadí esos árboles, que habían llegado en buen estado, al “Bosque de Arden” en mi propiedad de Moylan.

¹⁸⁹ Iska Teleki (1864-1937), destacada periodista y escritora húngara; precursora del movimiento a favor del sufragio femenino en su país.

¡VALE!¹⁹⁰

Cuando rememoro los diez años que fui presidenta de la Asociación Nacional Estadounidense de Mujeres Sufragistas, no puedo sentir más que gratitud y euforia por los avances alcanzados. El número de miembros ha pasado de 17.000 mujeres a más de 200.000 y el número de sociedades auxiliares ha aumentado en una proporción similar.

Cuando antes se llevaba a cabo una campaña cada diez años, hoy en día desarrollamos de cinco a diez cada año. De un presupuesto de 14.000 o 15.000 dólares para las campañas, ahora empleamos 40.000 o 50.000 dólares. Solo en Nueva York ya hemos recaudado 15.000 dólares para la campaña que llevaremos a cabo en ese estado este año, mientras que las cifras en Pensilvania, Massachusetts y Nueva Jersey también son similares.

En 1906, el sufragio completo prevalecía en cuatro estados; ahora lo hace en doce. Nuestro movimiento ha avanzado desde su etapa inicial, académica, hasta convertirse en un factor político vital y no existe en el presente ningún movimiento en nuestro país que despierte mayor interés en la prensa u opinión pública que el sufragio femenino. De este modo, hemos logrado captar la atención de toda la nación, gracias a los esfuerzos de todas y cada una de las mujeres que han contribuido de manera entusiasta a la Causa. Nuestro éxito actual es el resultado de un magnífico trabajo en equipo que hace que resulte inevitable que antes o después alcancemos el éxito en todos y cada uno de los estados del país. Cada funcionario de nuestra organización, cada director de campaña, cada orador, cada trabajador, por humilde que sea, ha hecho su parte.

No afirmo algo tan fantasioso y utópico como que exista entre todas nosotras una armonía universal. Hemos atravesado dificultades y diferencias, sin duda. Yo misma he hecho frente a mis propios problemas.

¹⁹⁰ En castellano en el texto fuente.

Desde la convención anual de Washington, en 1910, en cada convención posterior se han llevado a cabo intentos de destituirme. Entre mis oponentes, ha habido contendientes formidables, mujeres nobles, de firmes valores que consideran de manera honesta que a mis sesenta y ocho años soy ya demasiado vieja para continuar con esta labor. Puede que tengan razón y yo estaré encantada de dejar el cargo cuando la mayoría de mujeres de la organización así lo desee. Pero, de momento, cada año una gran mayoría de mujeres sigue mostrándome su confianza, de modo que me siento confiada y dispuestas a continuar ejerciendo el cargo.

Al pensar en los recuerdos que he descrito en este libro, me doy cuenta sin duda de que ya no soy una mujer joven; un hecho que me hizo ver por primera vez, de forma muy impactante, una mis pequeñas sobrinas. Ella misma y su hermanita de seis años se habían declarado sufragistas, y como primer resultado de su conversión a la Causa, ambas se volvieron objeto de las burlas de parte de sus compañeros de escuela. La niña más pequeña regresó a casa después de esta trágica experiencia, llorando amargamente y declarando que ya no quería ser sufragista; una muestra de apostasía por la cual su sabia hermana de ocho años la reprendió enérgicamente.

“¿No te da vergüenza?” le preguntó, “¿dejarlo solo porque se han reído una sola vez? ¡Mira a la tía Anna! ¡DE ELLA llevan riéndose cientos de años!

Hay ocasiones en las que verdaderamente me da la sensación de que llevo peleando cientos de años, aunque momentos después, de nuevo me da la sensación de que no ha pasado más que un instante, cuando vuelvo a oír en mi cabeza el eco de mi voz infantil predicando a los árboles en los bosques de Michigan.

Pero, con independencia de que haya sido un periodo largo o, por el contrario, haya sido breve, de lo que no cabe duda al recordar los esfuerzos hechos, los desánimos, tanto los fracasos como las pequeñas victorias, la lucha sin duda ha resultado “valiosa”, como la definiera en sus últimas horas de vida Susan B. Anthony. Considero que no hay nada más importante a lo que pueda aspirar un ser humano que a amar una gran Causa más que a su propia vida y disfrutar del privilegio de dedicarse precisamente a esa Causa durante toda su vida.

En cuanto a los demás regalos que me ha hecho la vida, he hecho muchas amistades; he contemplado la belleza de muchas tierras; gozo del respeto de miles de hombres y mujeres que ni siquiera me conocen en persona. Por eso, aunque he dado absolutamente todo lo que he tenido, estimo que he recibido mil veces más de lo que he aportado. Ni el mundo ni mi Causa me deben nada en absoluto, pero desde lo más profundo de un corazón lleno de gratitud, yo les reconozco a ambos mi eterna deuda.

EL FIN

